



Revista de Historia de América



*El carácter de nuestra política
interna y externa ha sido la
imprevisión. Ni los gobiernos ni
los partidos ni la prensa se han
propuesto con alta seriedad un
plan viable, una propaganda
eficaz.*

El Continente Enfermo.



**INSTITUTO PANAMERICANO DE
GEOGRAFÍA E HISTORIA**

número 166-nueva época

septiembre-diciembre 2023

ISSN (impresa) 0034-8325

ISSN (en línea) 2663-371X

**AUTORIDADES DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
2022-2025**

PRESIDENTE	Dra. Patricia Solís	<i>Estados Unidos</i>
VICEPRESIDENTA	Lic. Rocsanda Pahola Méndez Mata	<i>Guatemala</i>
SECRETARIO GENERAL	Mtro. Antonio Campuzano Rosales	<i>México</i>

COMISIÓN DE CARTOGRAFÍA

(Costa Rica)

Presidente:

MSc. Max Alberto Lobo Hernández

Vicepresidente:

MSc. Christian Núñez Solís

COMISIÓN DE GEOGRAFÍA

(Chile)

Presidente:

Dr. Hermann Manríquez Tirado

Vicepresidente:

Dr. Rodrigo Barriga Vargas

COMISIÓN DE HISTORIA

(República Dominicana)

Presidente:

Dr. Filiberto Cruz Sánchez

Vicepresidente:

Dra. Reina Cristina Rosario Fernández

COMISIÓN DE GEOFÍSICA

(Ecuador)

Presidente:

Dr. Mario Calixto Ruiz Romero

Vicepresidente:

Dra. Alexandra Alvarado Cevallos

MIEMBROS NACIONALES DE LA COMISIÓN DE HISTORIA

Argentina	Dr. Natalio Botana
Belice	
Bolivia	Tcnl. DIM. Juan Manuel Molina Patiño
Brasil	Dr. André Figueiredo Rodrigues
Chile	Dra. Luz María Méndez Beltrán
Colombia	
Costa Rica	Dr. Wilson Picado Umaña
Ecuador	Dr. Carlos Montalvo Puente
El Salvador	Lic. Pedro Escalante Arce
Estados Unidos	Dr. Erick Detlef Langer
Guatemala	Lic. Miguel Alvarez
Haití	Dr. Watson Denis
Honduras	Liliam Barahona
México	Antrop. Diego Prieto Hernández
Nicaragua	
Panamá	Dr. Osman Robles
Paraguay	Dr. Herib Caballero Campos
Perú	Lic. Lourdes R. Medina Montoya
Rep. Dominicana	Lic. Filiberto Cruz Sánchez
Uruguay	Dr. Juan José Arteaga
Venezuela	



Revista de
Historia de
América



INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Número 166, Nueva época

México

septiembre-diciembre 2023

INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

REVISTA DE HISTORIA DE AMÉRICA

Publicación periódica fundada en 1938 por Silvio Arturo Zavala Vallado

Contacto editorial:

Alexandra Pita González

Editora de la *Revista de Historia de América*

Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS), Universidad de Colima
Av. Gonzalo de Sandoval 444, Colonia Las Víboras, C.P. 28040, Colima, Col., México

Teléfono +52 312-3161000 ext. 47301

Correo electrónico: revhistoamerica@ipgh.org

<https://revistasipgh.org/index.php/rehiam>

Editor invitado: Dr. Hubonor Ayala Flores

Universidad Veracruzana (México)

Correo electrónico: hayala@uv.mx

Asistente editorial: Ninón Irene Llano Guibarra

Corrección de estilo: Celia Cervantes Gutiérrez

Canje, ventas y distribución de publicaciones:

Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Secretaría General

Apartado Postal 18879 C.P. 11870, Ciudad de México, México

Teléfonos (52 55) 5277-5791 / 5277-5888 / 5515-1910

Correo electrónico: publicaciones@ipgh.org

<https://www.ipgh.org>; <https://revistasipgh.org/>

D.R. © 2023 Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Imagen de portada: César Zumeta (escritor, periodista, diplomático y político venezolano).
<https://bitly.ws/V3T5>. Dominio público.

Revista de Historia de América, núm. 166, nueva época, septiembre-diciembre 2023, periodicidad cuatrimestral, editada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-arzobispado núm. 29, Col. Observatorio, Alcaldía Miguel Hidalgo, 11870 Ciudad de México, México. Tels.: (52 55) 5277-5791 / 5277-5888 / 5515-1910. publicaciones@ipgh.org, <http://www.ipgh.org>, <https://revistasipgh.org/>. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-010811354200-203 otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor (México), ISSN (impresa): 0034-8325, ISSN (en línea): 2663-371X. Licitud de título y contenido en trámite. Editora Alexandra Pita González, Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS), Universidad de Colima, Av. Gonzalo de Sandoval 444, Colonia Las Víboras, 28040 Colima, Col., México, Teléfonos: (52 312) 3161-000 ext. 47301, revhistoamerica@ipgh.org, <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam>. Un agradecimiento particular a la Universidad de Colima, México, en la persona de su Rector Christian Jorge Torres Ortiz Zermeno, por el apoyo brindado. Responsable de la última actualización de este número: Departamento de Comunicación Social del IPGH, Ex-arzobispado núm. 29, Col. Observatorio, Alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11860, Ciudad de México, México | Fecha de última modificación: 18 de septiembre de 2023.

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los contenidos o imágenes de la publicación, incluido el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea para usos estrictamente académicos y sin fines de lucro, citando la fuente sin alteración del contenido y otorgando los créditos autorales.

Revista de **Historia de América**

NÚMERO 166, NUEVA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2023

ÍNDICE

ARTÍCULOS

**Arqueología del saber e historia intelectual: más allá del
estructuralismo y la fenomenología**

ELÍAS J. PALTI

Archaeology of knowledge and intellectual history.

Beyond Structuralism and Phenomenology

9

**A Controversial Debate: The Issue of Religious Tolerance
in the Early Chilean Republic (1823-1833)**

VALENTINA VERBAL STOCKMEYER

Un debate controversial: el problema de la tolerancia religiosa en la
temprana república chilena (1823-1833)

31

**La institucionalización *editorial* de la historia patria en Colombia,
1900-1918: un estudio de la Biblioteca Nacional de Historia**

GABRIEL DAVID SAMACÁ ALONSO

The editorial institutionalization of the national history in

Colombia, 1900-1918: a study of the National Library of History

53

**Rafael Altamira y Crevea y su contribución a la moderna
historiografía iberoamericana**

ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO

Rafael Altamira and his contribution to modern Ibero-American
historiography

83

**DOSSIER AMÉRICA LATINA: LA METÁFORA DEL
“CONTINENTE ENFERMO”**

Presentación

AIMER GRANADOS

113

Enfermedades y males de América Latina.

Intervenciones intelectuales entre 1898 y 1930

PAULA BRUNO

Diseases and ills of Latin America. Intellectual interventions
between 1898 and 1930

117

Reflexiones sobre la generación de 1900 a partir de la obra de Francisco Bulnes <i>El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos</i> (1899)	
CARLOS MARICHAL	
Reflections on the generation of 1900 from the book of Francisco Bulnes <i>El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos</i> (1899)	137

<i>Pueblo enfermo de Alcides Arguedas o la desilusión como problema</i>	
ALEXANDRA PITA GONZÁLEZ	
<i>Pueblo enfermo</i> by Alcides Arguedas or <i>dissapointment as a problem</i>	163
Variaciones sobre la metáfora del “Continente Enfermo”. El caso de César Zumeta: “El hierro fortifica. Armémonos”	
AIMER GRANADOS	
Variations on the metaphor of the “Sick Continent”. The case of César Zumeta: “Iron fortifies. Let us arm ourselves”	191

RESEÑAS

Cristina Fonseca Ramírez y Pedro Pérez Herrero (eds.), <i>El poder de la imagen: iconografía, representaciones e imaginarios en América (siglos XVI-XX)</i>	
FABIÁN HERRERA LEÓN	215
Marina Franco y Claudia Feld (dirs.), <i>ESMA. Represión y poder en el centro clandestino de detención más emblemático de la última dictadura argentina</i>	
MARIO VEGA HENRÍQUEZ	219

DOCUMENTOS

La Decena trágica narrada por uno de los acompañantes del presidente Madero	
JUAN GONZÁLEZ MORFÍN	
The Decena trágica narrated by one of President Madero’s companions	227

Revista de Historia de América	
• Presentación	259
• Política editorial	265

Comité Editorial

Revista de Historia de América

DRA. ESTHER AILLÓN SORIA
Universidad Mayor de San Andrés
(Bolivia)

DRA. BEATRIZ ALCUBIERRE MOYA
Universidad Autónoma del Estado de
Morelos (México)

DR. HUBONOR AYALA FLORES
Universidad Veracruzana (México)

DRA. PAULA BRUNO
Universidad Torcuato Di Tella
(Argentina)

DR. JULIÁN CASTRO REA
University of Alberta (Canadá)

DR. THOMAS C. FIELD JR.
Embry-Riddle Aeronautical University
(Estados Unidos)

DR. THOMAS FISCHER
Universidad Católica Eichstätt
(Alemania)

DRA. PATRICIA GALEANA
Universidad Nacional Autónoma de
México (México)

DR. ROBERTO GARCÍA FERREIRA
Universidad de la República (Uruguay)

DR. AIMER GRANADOS GARCÍA
Universidad Autónoma Metropolitana-
Cuajimalpa (México)

DR. FABIÁN HERRERA LEÓN
Universidad Michoacana de San
Nicolás de Hidalgo (México)

DR. DANIEL IGLESIAS
Universidad de Lille (Francia)

Dr. Carlos Marichal
El Colegio de México (México)

DRA. ASCENSIÓN MARTÍNEZ RIAZA
Universidad Complutense de Madrid
(España)

DR. JESÚS MÉNDEZ REYES
Universidad Autónoma de Baja
California (México)

DR. PABLO ORTEMBERG
Universidad de Buenos Aires
(Argentina)

DRA. ERIKA PANI BANO
El Colegio de México (México)

DRA. PRISCILA PERAZZO
Universidade Municipal de São Caetano
do Sul (Brasil)

DRA. MACARENA PONCE DE LEÓN
Pontificia Universidad Católica de Chile
(Chile)

DRA. DANAY RAMOS RUIZ
Universidad de La Habana (Cuba)

DRA. CLAUDIA ROSAS LAURO
Pontificia Universidad Católica del Perú
(Perú)

DR. JOSÉ ANTONIO SERRANO ORTEGA
El Colegio de Michoacán (México)

DRA. MARYBEL SOTO
Universidad Nacional de Costa Rica
(Costa Rica)

DR. YANNICK WEHRLI
Sociedad Suiza de Americanistas
(Suiza)

Artículos



Arqueología del saber e historia intelectual: más allá del estructuralismo y la fenomenología

*Elías J. Palti**

*Recibido: 4 de marzo de 2023
Dictaminado: 30 de mayo de 2023
Aceptado: 20 de junio de 2023*

RESUMEN

Con la publicación de "Las palabras y las cosas" (1966), Foucault produjo un verdadero impacto en la escena intelectual francesa. Se trata de una obra peculiar. No sólo porque habla de cosas de las que normalmente los filósofos no hablan e incluso la mayoría ignora. El proyecto mismo de una arqueología del saber resulta difícil de ubicar, dada su inscripción disciplinar problemática, en la intersección entre filosofía e historia, situación que lo aparta simétricamente de los marcos prevaletentes en ambas áreas. El presente ensayo busca mostrar en qué sentido el análisis de Foucault acerca de los diversos marcos epistémicos dentro de los cuales habría de desplegarse el pensamiento, marcó una ruptura respecto de la tradición de historia de las ideas, permitiendo una comprensión mucho más precisa de las diferencias entre los distintos sistemas conceptuales y cómo se fueron alterando a lo largo del tiempo nuestros modos de comprensión de la realidad.

Palabras clave: *Foucault, arqueología del saber, historia intelectual, epistemología, estructuralismo, fenomenología.*

* Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de Quilmes-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: eliaspalti@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3716-9219>

Archaeology of knowledge and intellectual history. Beyond Structuralism and Phenomenology

ABSTRACT

The release of Foucault's "The Order of Things" (1966) produced a real impact on the French intellectual scene. It is a peculiar work. Not only because it talks about things that philosophers do not normally talk about, indeed most of them ignore. The very project of an archaeology of knowledge is difficult to locate in the scholarly milieu, given its problematic disciplinary inscription, at the intersection between philosophy and history, departing symmetrically from the prevailing frameworks in both areas. This essay seeks to show in what sense Foucault's analysis of the various epistemic frameworks within which thought unfolded, marked a break vis-à-vis the tradition of the history of ideas, paving the way for a much more precise understanding of the differences among the different conceptual systems, the transformations in our ways of understanding reality.

Key words: *Foucault, Archaeology of knowledge, Intellectual history, Epistemology, Structuralism, Phenomenology*

Con la publicación de *Las palabras y las cosas* (1966) Foucault produce un verdadero impacto en la escena intelectual.¹ Se trata de una obra peculiar. No sólo porque habla de cosas de las que normalmente los filósofos no hablan e incluso la mayoría ignora. El proyecto mismo de una arqueología del saber resulta difícil de ubicar, dada su problemática inscripción disciplinar, en la intersección entre filosofía e historia, apartándose simétricamente de los marcos prevaletentes en ambas áreas.

Por un lado, dicho proyecto no busca dar forma a una nueva filosofía que se oponga o trate de superar a las demás. Lo que busca es trascender el plano del discurso filosófico para acceder al ámbito de sus mismas condiciones de posibilidad, cómo fue posible para los/las pensadores/as del pasado, decir lo que dijeron. En síntesis, la arqueología del saber es una reconstrucción del suelo epistémico, del conjunto de saberes particulares a partir del cual se levantaron los distintos sistemas filosóficos. Y esto la aleja también de la historia de las ideas, centrada exclusivamente en el contenido de los discursos.

Dicha tarea conlleva una mayor atención a las discontinuidades para investigar cómo se fue reconfigurando históricamente ese suelo epistémico. La historia del pensamiento tradicionalmente analiza la misma como si

¹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (París: Gallimard, 1966), 407.

se desplegara sobre una superficie uniforme. Sus unidades de análisis, los “modelos de pensamiento” o “tipos ideales”, aparecen como suertes de entidades transhistóricas. Si bien lo que en ellos se afirma se produjo en un momento dado, bien podría haberse hecho en cualquier otro momento. En su definición no hay nada de *orden conceptual* que nos permita entender por qué aparecieron en un momento dado y no en cualquier otro.

Estos modelos, además, suelen plantearse en términos binarios (mecanicismo vs organicismo, materialismo vs idealismo, individualismo vs holismo, racionalismo vs historicismo, etc.), los cuales se definen a partir de su mutua oposición ($A \neq \neg A$), constituyen lo que Koselleck llama *contraconceptos* asimétricos, siendo que uno de ellos aparece como la contracara negativa del otro.² Juntos agotan así el universo de lo concebible: todo lo que no es individualista debe necesariamente ser holista y así sucesivamente. En sus marcos, *tertium non datum* (A o $\neg A$). Lo cierto es que estos esquemas dicotómicos imprimen necesariamente a los relatos resultantes un fuerte carácter teleológico. La historia intelectual aparece como la ardua y eterna marcha hacia la realización final del tipo ideal. Y esto lleva a los historiadores de ideas a incurrir en inevitables anacronismos conceptuales.

El planteo de Foucault en *Las palabras y las cosas*, abre las puertas a una comprensión más precisa de las diferencias entre los distintos sistemas conceptuales, cómo se fueron alterando a lo largo del tiempo los modos de comprensión de la realidad, los diversos marcos epistémicos dentro de los cuales habrá de desplegarse el pensamiento, volviendo de este modo imposible la transposición de ideas y conceptos de un periodo a otro, evitando caer en el tipo de anacronismos conceptuales que son propios a la tradición de historia de ideas.

LA ARQUEOLOGÍA DEL SABER Y EL SURGIMIENTO DEL SUJETO MODERNO

El objetivo fundamental de Foucault en *Las palabras y las cosas* es distinguir dos epistemes, a los que denomina, respectivamente la “Era de la representación”, inherente a la “época clásica” (los siglos XVII y XVIII) y la “Era de la historia”, que corresponde a la “época moderna” que, para Foucault, inicia a comienzos del siglo XIX y supuestamente, llegaría hasta el presente.

Antes de referirme al texto de Foucault, es necesario citar un trabajo de Alain de Libera, titulado *Archéologie du sujet*, el cual, entiendo, resulta revelador de algunos de los malentendidos que dicha obra ha suscitado.³ En

² Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos*.

³ Libera, *Archéologie du sujet I: Naissance du sujet*.

su obra, De Libera se propone retomar el proyecto arqueológico foucaultiano de reconstruir el suelo epistémico del que nace el concepto moderno de sujeto. Esto lo entiende en el sentido de rastrear sus antecedentes remotos, los cuales cree descubrirlos ya presentes en la Edad Media. Sin embargo, esta interpretación no se concilia con la idea foucaultiana de una arqueología del saber. De hecho, es exactamente lo opuesto. Lo que Foucault buscaba demostrar es por qué no existía ni podría nunca haber existido un concepto de sujeto antes de comienzos del siglo XIX, ya que no existían las condiciones epistémicas de posibilidad para ello. Ningún concepto puede preexistir a sus mismas condiciones de existencia. Lo que cambia para Foucault no son sólo los conceptos sino, fundamentalmente, aquello a lo que éstos se refieren. Los pensadores medievales no decían cosas distintas respecto de lo mismo que hablarían los pensadores modernos, sino que hablaban de cosas muy diversas; unos y otros vivían en *mundos* muy distintos.

Esto se vincula con aquello que resultó más escandaloso, su provocativo anuncio de la “muerte del sujeto” o la “muerte del hombre”, lo que ha dado lugar a una serie de malentendidos. Foucault se refería a una configuración conceptual específica, un modo particular de concebir la subjetividad (que tampoco se trata de una entidad eterna, como suponen sus críticos). Entender cuál es ésta es el objetivo que recorre centralmente esta obra. Esto nos lleva al otro punto que señala Alain de Libera, que es su intento de conjugar las ideas de Heidegger con las de Foucault. Según dice, Heidegger fue quien estableció el origen del concepto moderno de sujeto, al que lo identifica con el sujeto cartesiano (el *ego cogito*), en tanto que el agente del pensamiento, que es aquél al que Foucault se referiría al anunciar su inminente muerte. Nuevamente, de Libera malinterpreta demasiado obviamente a Foucault. De hecho, *Las palabras y las cosas* puede considerarse, en su esencia, un debate contra esa visión establecida por Heidegger acerca del origen del sujeto moderno.

Aunque Foucault no lo explicita, parece claro que el objetivo de *Las palabras y las cosas* era refutar la hipótesis estándar acerca del vínculo entre modernidad y subjetividad que Heidegger sintetizara en “La era de la imagen del mundo”. Dicho texto se trata de una Conferencia que en 1938 Heidegger dicta en Friburgo y que aparece reproducida en *Holzwege (Caminos del bosque)*.⁴ Allí Heidegger discurre sobre las raíces etimológicas del término *subjectum*. Éste, según señala, es la traducción latina del *hypokeimenon* al que refiere Aristóteles en su *Física* y en su *Metafísica* e indica el substrato de la predicación (aquello que sostiene o subyace a todos sus predicados), cuya función es análoga a la materia (*hyle*), la cual persiste a través de los cambios

⁴ Heidegger, “La época de la imagen del mundo”, *Caminos del bosque (Holzwege)*, pp. 63-90.

de forma (*morphē*) que se imponen sobre ella. En principio, cualquier cosa o ser del que pudiese predicarse algo sería “sujeto”.

La identificación del “sujeto” con el Yo, iniciada por Descartes, es precisamente, dice, lo que marca la emergencia del pensamiento moderno. Con la modernidad, pues, el Hombre deviene el fundamento último de la inteligibilidad del mundo, que entonces se ve reducido a la condición de mero material para su accionar. Esto supuso, afirma, una ruptura conceptual fundamental. El hombre es ahora el que se *re-presenta* el mundo, aquél que le confiere sentido al mismo. Surge, en fin, la idea de una “imagen del mundo”, que es lo que define a la modernidad como época, la cual no podría haber existido antes.

Lo que busca mostrar Foucault contrariamente a lo que afirma Heidegger, es que en los siglos XVII y XVIII no era aún posible encontrar este concepto del hombre como sujeto, el cual surgirá recién en el siglo XIX. Comprender esta distinción resulta crucial. Para Foucault de hecho constituye el núcleo de su proyecto arqueológico. Éste tomaría el término de la expresión con que Hegel abre su *Fenomenología del Espíritu*: “de lo que se trata es pensar lo Absoluto no como *substancia*, sino también como *sujeto*”.⁵ El “sujeto” del que se habla, que ya no es meramente “substancia”, es un concepto reflexivo, un *en sí y para sí*, “el movimiento del ponerse a sí mismo o la mediación de su devenir otro”.⁶ Sólo entonces cabría hablar propiamente de un Sujeto moderno (y, en definitiva, de un episteme moderno), al menos en el sentido que le atribuye Foucault: aquel tipo de Ser de cuya interioridad dimana la Historia, la cual constituye una dimensión suya inherente. El Sujeto, a diferencia de la Substancia, ya no es meramente el sustrato de la predicación (aquello que se mantiene inmutable por debajo de los cambios de forma que se le imponen, como decía Heidegger) sino una fuerza dinámica. Lo que lo define como tal es el hecho de contener dentro de sí el principio de sus propias transformaciones (lo cual se encuentra vinculado estrechamente al surgimiento en el siglo XIX de la idea del organismo viviente como asociado a la capacidad de autogeneración y autodesarrollo). Se produce entonces el tránsito de la “Era de la representación” a la “Era de la historia”. El punto es que la emergencia de este concepto marcará una ruptura conceptual no menos crucial que la señalada por Heidegger, quien confundiría así dos concepciones de la subjetividad muy distintas entre sí, colocándolas bajo el rótulo común de “sujeto moderno”.

En este sentido, *Las palabras y las cosas* abriría una perspectiva más rigurosa de la historia conceptual, evitando así confundir conceptos correspondientes a distintas épocas que se fundan, respectivamente, en regímenes de saber ya

⁵ Hegel, *Fenomenología del espíritu*, p. 15.

⁶ *Ibíd.*

muy distintos entre sí. Desarrollar esto escapa al alcance del presente trabajo. Lo que nos interesa es indagar cuál es la metodología sobre la que se funda su proyecto arqueológico y entender en qué sentido Foucault se aparta de los marcos propios de la “historia de ideas”, por qué el tránsito del plano filosófico al plano metafilosófico, a las condiciones epistémicas de posibilidad del propio discurso filosófico, marca un hito fundamental, replanteando los modos tradicionales de abordar los textos.

EL PROYECTO ARQUEOLÓGICO

En *La Arqueología del saber* (1969) Foucault trata de aclarar el marco conceptual a partir del cual elabora su proyecto arqueológico, tal como lo presenta en su trabajo anterior, *Las palabras y las cosas*.⁷ Y también el sentido de las categorías a las que apela, las cuales habrían dado lugar a malentendidos. Vamos a enfocarnos en lo que sigue, pues, en este último libro de Foucault.

¿Cómo se interpreta generalmente la idea foucaultiana de una arqueología del saber? Se entiende que Foucault retomaría la idea de Kant de las formas *a priori* del conocimiento, pero historizándolas. Éstas no serían innatas, comunes a todo el género humano, sino construcciones históricas diversas y cambiantes a lo largo de los siglos. Esta interpretación, sin embargo, pierde de vista aquel aspecto fundamental de su proyecto arqueológico y tiene que ver con la falta de perspectiva histórica de quienes así lo interpretan. El universo conceptual en el que se inscribe el pensamiento de Foucault se situaba muy lejos del de Kant. Más que retomar a Kant, el punto de referencia es el postkantismo, más precisamente, la serie de críticas posteriores al proyecto kantiano.

En el esquema kantiano, según lo presenta en su *Crítica de la razón pura*,⁸ el fenómeno, el objeto de conocimiento, surge de la convergencia de las categorías que aporta el sujeto y las intuiciones sensibles que nos vienen del mundo, de la cosa-en-sí o noumeno. Este último, en cambio, resulta incognoscible: no accedemos al mundo tal cual es, sino a partir del modo en que lo percibimos o podemos comprenderlo. Foucault parte de la fenomenología, que surge en el siglo xx como un intento de responder al desafío que, en su momento, planteara Friedrich Jacobi al concepto kantiano. Según señalaba Jacobi, el sistema kantiano presupone la existencia de una cosa-en-sí, ya que sin ella no puede articularse, pero nunca puede dar cuenta de esta, dado que, como Kant sostiene, resulta insondable.⁹ Esto quiere decir, afirma, que dicho

⁷ Foucault, *La arqueología del saber*.

⁸ Kant, *Crítica de la razón pura*, edición bilingüe alemán-español.

⁹ Jacobi, “David Hume über den Glauben, oder Idealismus und Realismus. Ein Gespräch,” en *Werke*, vol. II.

esquema se sostiene de una premisa que quiebra todo su sistema, que escapa de su alcance. La conclusión que extrae Jacobi es la siguiente: “sin la cosa-en-sí no puedo entrar en el sistema kantiano, pero con la cosa-en-sí ya no puedo permanecer dentro de él”. De lo que se trataría, pues, es intentar abordar aquello que presupone pero no alcanza a explicar, esa intuición de aquello que lo funda pero que yace más allá de su alcance.

Lo anterior conduce al proyecto de la fenomenología, que consiste en acceder a esa intuición primitiva, el momento institutivo de un determinado suelo de objetividades virtuales. Ya no busca solamente cómo se constituye el objeto en tanto objeto de conocimiento sino aquello que yace más allá, el objeto en tanto que tal. Tampoco éste, para Husserl, es algo dado, sino algo construido en lo que Husserl en los escritos reunidos en la *Crisis de las ciencias europeas* definía como “mundo de la vida” (*Lebenswelt*). Es allí que se articula el horizonte de sentido dentro del cual un tipo particular de saber puede desplegarse.¹⁰

El “mundo de la vida” remite a ese ámbito institutivo de sentidos primitivos de realidad, ese suelo de verdades autoevidentes, que se dan inmediatamente a la conciencia y hacen posible un trato significativo con nuestro entorno social y natural (como los códigos fundamentales de una cultura). Éste se sitúa en un plano anterior a la distinción entre objeto y sujeto, en el cual ambos se encuentran aún fundidos.

Husserl retoma aquí el concepto de *Umwelt* (mundo circundante), que desde la biología fue desarrollado por Jacob von Uexküll.¹¹ Konrad Lorenz, uno de los fundadores de la etología o ciencia del comportamiento animal sintetiza este concepto cuando afirma que “el paramecio conoce la piedra en la forma del obstáculo”.¹² La piedra no tiene una esencia inherente. Un objeto, en tanto tal y no solamente como objeto de conocimiento, toma su ser a partir del sistema de relaciones prácticas que un determinado sujeto establece con él; es decir, sólo se vuelve significativo en el interior de un cierto “mundo.” Es en este sentido también que hay que comprender el proyecto arqueológico de Foucault. Éste busca instalarse en lo que llama la “región media” que vincula a las palabras con las cosas, como señala en *La arqueología del saber* respecto de su libro anterior *Las palabras y las cosas*:

Las palabras y las cosas es el título —serio— de un problema; es el título —irónico— del trabajo que modifica su forma, desplaza los datos, y revela, a fin de cuentas, una tarea totalmente distinta. Tarea que consiste en no tratar

¹⁰ Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*.

¹¹ Véase Juan Manuel Heredia, *Mundología. Jakob von Uexküll. Aventuras inactuales de un personaje conceptual*.

¹² Lorenz, *La otra cara del espejo*.

—en dejar de tratar— los discursos como conjuntos de signos (de elementos significantes que envían a contenidos o a representaciones), sino como prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan. Es indudable que los discursos están formados por signos; pero lo que hacen es más que utilizar esos signos para indicar cosas. Es ese *más* lo que los vuelve irreducibles a la lengua y a la palabra. Es ese "más" lo que hay que revelar y hay que describir.¹³

En una formación discursiva encontramos dos estratos distintos, un sistema de enunciados y un régimen de visibilidad, es decir, un conjunto de objetividades virtuales que habrán subsecuentemente de ser capturadas en el saber. Los modos de producción de este campo de objetividades virtuales, el suelo de positivities, remite así a un ámbito previo al saber, a un ámbito preconceptual. Los tests gestálticos, como el de pato-conejo, sirven para ilustrar esta distinción. En estos tests, no es que veamos primero un ojo, una oreja, etc., y entonces digamos "ah... entonces es un pato", sino a la inversa. Primero tenemos que identificar al pato para luego decir, "ah... entonces ésta es la oreja, éste el pico, etc.". Es decir, para desarrollar un conocimiento de tipo discursivo de un objeto primero tenemos que poder identificar qué es eso de lo que hablamos, es decir, debemos poseer una pre-comprensión del mundo, de igual manera que para poder determinar cuáles de todos los hechos que ocurren constituye un hecho histórico, debemos poseer una pre-comprensión de qué es la historia.

Estas operaciones institutivas de sentidos primitivos de realidad son, tanto para Foucault como para la fenomenología, de orden preconceptual. *La arqueología del saber* se propone trasladar la reflexión hacia ese plano preconceptual o precategorial. Los enunciados, dice, trazan las líneas que ligan a los objetos definiendo recorridos posibles en el interior de un campo discursivo dado. Esos trazados son las articulaciones de los diversos saberes, como sería un determinado sistema filosófico. Un campo discursivo se abre, en fin, a infinidad de recorridos posibles, permite la definición de diversidad de series de enunciados.

"ESTRUCTURAS" VS. "FORMACIONES DISCURSIVAS"

Las palabras y las cosas fue una obra aclamada, pero también objeto de críticas. Más allá de la crítica al anuncio de la "muerte del sujeto", la mayoría se refiere a cuestiones puntuales de precisión histórica (muchas, en realidad injustificadas, ya que tienden a confundir su arqueología del saber con una vulgar historia de ideas). Las críticas que más perturbaron a Foucault fueron aquellas de índole teórico-metodológica. Una de las más recurrentes es que su

¹³ Foucault, *La arqueología del saber*, p. 81.

énfasis en la discontinuidad en la historia del pensamiento lo lleva a recaer en la idea estructuralista de totalidad cultural. Para Foucault, de hecho, habría un solo episteme en cada periodo, lo que parece devolverlo a la idea de *Zeitgeist*, de “espíritu del tiempo”, ignorando la coexistencia plural de discursos en toda época o periodo histórico. En efecto, toda formación cultural es, de hecho, siempre heterogénea, carece de consistencia lógica o unidad orgánica al nivel del pensamiento.

La segunda crítica refiere a que, por un lado, Foucault parte del supuesto de la discontinuidad histórica, pero por el otro, su visión estructuralista lo lleva a rechazar la presencia de un sujeto situado fuera de las estructuras, lo cual le impide explicar el cambio estructural. Esto se vincula con una ruptura conceptual que se produjo a fines del siglo XIX, con la quiebra de las concepciones evolucionistas teleológicas de la historia. En los marcos del régimen de saber que surge en el siglo XX, y que en otro lado llamo la “Era de las Formas”, las estructuras, a diferencia de lo que ocurría en la “Era de la Historia” del siglo anterior, carecerían de todo impulso inherente hacia su autotransformación.¹⁴ Por ende, ahora sólo la presencia de un agente colocado por fuera de las mismas, de una instancia de subjetividad trascendental, podría explicar el cambio estructural.

En este sentido, *La arqueología del saber* es, en gran medida, un texto de Foucault en debate consigo mismo, un intento de desprenderse de aquellos aspectos que en *Las palabras y las cosas* lo acercaban a un concepto estructuralista más tradicional. Ante esta crítica, Foucault va a enfatizar los *acontecimientos discursivos* antes que las estructuras. Esto lo lleva a abandonar el concepto de “episteme” y hablar de una “formación discursiva”, es decir, un “archivo” que no refiere al universo de enunciados estructuralmente posibles, sino al conjunto de aquellos enunciados efectivamente realizados. El punto fundamental, sin embargo, es que no responderían a un único principio generador. De allí que la “formación discursiva” no sería propiamente una “estructura” sino que funciona como lo que llama un “centro de dispersión”.

La conformación de un archivo supone así una operación de recorte del universo simbólico disponible en el interior de una formación discursiva. Lo que se trata de entender es: ¿por qué se producen ciertos enunciados y no otros posibles en un campo de opciones que no se encuentra estructuralmente determinado? De esta definición surge una serie de estrategias para reconstruir cómo se configura una formación discursiva. La primera y fundamental es la de identificar los “puntos de difracción”, esto es, aquellos puntos a partir de los cuales los enunciados se pueden desplegar en una diversidad de direcciones posibles. Una formación discursiva estaría habitada por pluralidad de puntos

¹⁴ Palti, *Intellectual History and the Problem of Conceptual Change*.

de difracción que hace que los recorridos posibles en su interior pierdan su carácter determinista, que su despliegue no responda a una lógica de tipo deductiva según la cual de ciertas premisas se derivan necesariamente ciertas conclusiones. En este sentido, la formación discursiva, como veremos luego, se asemeja a lo que en termodinámica se denomina un “atractor anómalo”, que contiene infinitud de “puntos de bifurcación”.

El aspecto fundamental aquí es que una formación discursiva, a diferencia de una estructura, instituye un campo de opciones posibles, un conjunto de direcciones por las que habrán de desplegarse (o no) los discursos, jalonados por una serie de instancias que producen inflexiones y vuelven su despliegue indeterminado estructuralmente. Sus críticos perderían de vista hasta qué punto su perspectiva se aparta del estructuralismo. Sin embargo, el problema que preocupa a Foucault es que este énfasis en la pluralidad de contenidos discursivos conduce a sus críticos a ignorar un hecho fundamental: que estas distintas series no existen de forma aislada, que se vinculan e interactúan de manera permanente entre sí. De ahí que justamente la cuestión clave sea reconstruir sus diversos modos de interacción, el medio mismo por el cual esos discursos cobran forma.

De acuerdo con Foucault, explicar estos modos de interacción conlleva dos tareas. La primera, reconstruir la economía de la constelación discursiva dado el régimen particular de interacciones que se establece entre los diversos discursos. Un ejemplo sería el vínculo en la “época clásica” (los siglos XVII y XVIII) entre la Gramática General, la historia natural y el Análisis de las Riquezas, con las relaciones de analogía, oposición y complementariedad que se estableció entre ellas. La segunda, en cambio, conduce más allá del plano estrictamente discursivo, a la función que debe ejercer el discurso estudiado en un campo de prácticas no discursivas, como por ejemplo, el papel de la Gramática General en la práctica pedagógica. Esto es lo que explicaría las direcciones en las que se desplegó un discurso dado, el cual, como vimos, no se encuentra preestablecido estructuralmente.

El resultado de este sistema de interacciones es una formación discursiva. Entre la serie de enunciados que la constituyen no existe una relación de tipo deductivo, inferencial, pero sí podemos hallar un juego de analogías y diferencias en lo que hace a sus reglas de formación. Foucault define el tipo de relaciones entre los distintos tipos de discursos presentes en una formación discursiva en términos de *isomorfismos* (elementos discursivos completamente diferentes que pueden formarse a partir de reglas análogas) e *isotopías* (conceptos absolutamente diferentes que ocupan, sin embargo, una posición análoga en la ramificación de un sistema de positividad). Siguiendo a Gilbert Simondon, cabría hablar mejor de *isodinamismos* (identidades operativas del dinamismo de estructuras heterogéneas).¹⁵

¹⁵ Simondon, *L'individuation psychique et collective*.

Vemos hasta aquí, someramente, en qué sentido su idea de una “formación discursiva” se distingue ya del concepto estructuralista. Sin embargo, el peligro que esto conlleva, para Foucault, es que este afán de romper con el rigorismo estructural pueda recaer en una visión atomista de los discursos, como ocurría en la vieja “historia de ideas”. Como señalamos, esa pluralidad de discursos que habita una formación discursiva dada no existe aislada. Los distintos tipos de discursos no son entidades autogeneradas, sino que se articulan en función del tipo de vínculo que establecen mutuamente, sólo se constituyen como tales a partir del propio juego de sus interacciones recíprocas. Esto significa que la dinámica del despliegue de una formación discursiva tiene, para Foucault, un carácter *performativo*, que se conforma como tal en sus mismos usos y sólo retrospectivamente puede aparecer como el producto de algún principio generador común que los antecede (lo que lleva a confundir estas formaciones discursivas con estructuras, en el sentido estructuralista del término).

Existe un aspecto en que el proyecto arqueológico de Foucault se aparta más drásticamente del concepto estructuralista. El punto fundamental es que la arqueología del saber de Foucault, en realidad, busca trascender el puro plano formal de los discursos, el juego de las referencias mutuas entre significantes, para ver cómo se establece a partir de ellos la referencia a la realidad, cómo se produce el proceso de investimento significativo de un dominio dado de realidad, en fin, cómo se produce el paso del puro significante al significado, de la pura gramática de los discursos a la semántica histórica, que es, en definitiva, el proyecto fenomenológico. Sin embargo, Foucault se aparta, a su vez, de la fenomenología en cuanto que rechaza la idea de que ello remita a una conciencia fundante, a la presencia de sentidos anteriores a toda trama discursiva. Podría decirse, en síntesis, que Foucault busca combinar y oponer mutuamente el concepto estructuralista con el proyecto fenomenológico. La referencia a la crítica de un contemporáneo suyo, Jacques Derrida, tanto a la fenomenología como al estructuralismo, resulta ilustrativa al respecto.

MÁS ALLÁ DEL ESTRUCTURALISMO Y LA FENOMENOLOGÍA

Derrida muestra cómo el estructuralismo y la fenomenología son corrientes opuestas pero una reenvía a la otra permanentemente; ambas resultan, en última instancia, indisociables.¹⁶ ¿Cuál es la crítica que hace Derrida al estructuralismo? El concepto estructuralista del lenguaje como un puro sistema de relaciones entre significantes señala su carácter autocontenido, supone un juego de referencias mutuas. Esto quiere decir que, para definir un determinado

¹⁶ Véase Jacques Derrida, *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*.

significante, sólo puedo hacerlo mediante otro significante, el cual, a su vez, sólo puede definirse a partir de otro, y así al infinito. El gran problema que hace surgir este planteo estructuralista es lo que Baudelaire llamaba “el vértigo de la hipérbole”: el peligro de un deslizamiento permanente en la cadena de los significantes sin encontrar nunca un punto de anclaje.

Para prevenir este deslizamiento al infinito, en el que el sentido se encontraría siempre diferido y nunca podría alcanzar a definirse nada, es necesario que se ponga un término, encontrar un punto de anclaje a partir del cual toda esta cadena de significantes cobre un sentido definido. Es preciso que alguno de los elementos del sistema adquiera el carácter de un significado universal que sirva de punto de referencia inmediato a la realidad, esto es, que no se encuentre mediado por ese juego de referencias recíprocas que constituye el lenguaje. Es lo que Lacan llamaba *points de capiton*, esos nudos a partir de los cuales toda la cadena de los significantes puede cobrar un sentido, que permite escapar del círculo de las referencias recíprocas y remitir así a una realidad externa.

Esto quiere decir, sin embargo, que el concepto estructuralista se sostiene sobre la base de un presupuesto que quiebra, justamente, el concepto estructuralista del lenguaje como un puro sistema de relaciones recíprocas. Es decir, que aquello que lo funda es también aquello que lo destruye. Como señala Derrida, encontramos en esta necesidad de un fundamento último, el gesto metafísico elemental, el punto en el que el estructuralismo se funde con la fenomenología, a la cual vino a oponerse: el presuponer que hay un punto de referencia inmediata a la realidad, que no se encuentra mediado por las tramas categoriales y en que el sentido se presenta inmediatamente a la conciencia (lo que Derrida llama “metafísica de la presencia”). Esto nos lleva, a su vez, a la crítica de Derrida a la fenomenología.

Toda la fenomenología de Husserl, como vimos, está fundada en la búsqueda permanente de ese momento previo a toda articulación de orden discursivo, la instancia institutiva de sentidos primitivos de realidad, de configuración de un *mundo*. Es allí, en esa instancia preconceptual que se instituyen esas verdades autoevidentes que fundan un sistema dado de saber. Husserl distingue entre *Hinweis* (indicación) y *Bedeutung* (entendimiento, querer decir), término que hace referencia a la realidad que no se ve obligada a atravesar la materialidad del sistema de relaciones lingüísticas. Husserl encuentra el modelo de esta forma de saber espontáneo en el monólogo interior. Sin embargo, Derrida muestra cómo la idea de autoafección, el proyecto de fundar el sentido en un tipo de discurso que no se encuentre atravesado por las mallas del lenguaje, resultaría siempre frustrado. El sentido se encontraría inevitablemente atrapado en la red categorial de un sistema dado de referencias conceptuales.

La idea foucaultiana de episteme o formación discursiva, se distingue en un punto fundamental del concepto estructuralista en cuanto que no

se trata simplemente de un sistema de puros significantes, sino que busca comprender cómo se instituye un sentido de realidad, ese paso del significante al significado, en fin, cómo se articula un “mundo”, que es también el objeto de la fenomenología. Sin embargo, al mismo tiempo se aparta de ésta en que no presupone la existencia de una conciencia fundante, algún tipo de subjetividad trascendental colocada por fuera de aquellas estructuras de sentido que constituyen sus propias condiciones de posibilidad. Como señala el estructuralismo, se trata de un supuesto de orden metafísico, ilusorio.

Así, el despliegue de las formaciones discursivas no responde a ninguna determinación estructural, pero tampoco emana de alguna suerte de conciencia trascendental incondicionada. Podría decirse que, más allá de sus críticas al estructuralismo, éste “despertó a Foucault de su sueño dogmático”, el “sueño antropológico”. Esto nos conduce a la segunda de las críticas que realizaron a Foucault: la imposibilidad de dar cuenta del cambio estructural, al cual presupone, ya que las estructuras no son, como para Kant, innatas, no tienen un fundamento natural, sino que son formaciones contingentes que tampoco tienen, como para Hegel, un principio de desarrollo immanente.

Para Foucault, de hecho, el cambio estructural resulta inexplicable. Esta inexplicabilidad refiere al carácter *acontecimental* de los fenómenos disruptivos, aquellos que trastocan un orden dado. Lo nuevo no puede explicarse a partir de la lógica precedente sin reducirlo a una mera prolongación o despliegue de lo ya existente. Pero tampoco se explica por la apelación a un ámbito de pura idealidad, un ámbito trascendente a las mismas, lo que se trata de una mistificación, cuyo origen se propone, justamente, explicar. En definitiva, Foucault rechaza la idea fenomenológica de una subjetividad fundante, pero en el marco del régimen de saber del siglo xx, quebradas ya las perspectivas evolucionistas-teleológicas, es decir, privados los sistemas de un impulso inherente hacia su autotransformación, sin la apelación a aquélla, el cambio estructural resultará inexplicable.

En suma, mientras que la dinámica de despliegue y articulación de las formaciones discursivas tiene, en su perspectiva, un carácter *performativo*, el paso de una a otra, en cambio, tiene un carácter *acontecimental*. Esto surge, en última instancia, del doble rechazo al estructuralismo y la fenomenología, a los que al mismo tiempo apela para oponerlos entre sí. La idea de acontecimiento, cabe aclarar, no refiere al tipo de indeterminación producida por la ocurrencia de eventos azarosos o impredecibles. Por ejemplo, en un tiro de dados el resultado resulta incierto, azaroso, pero, una vez producido podemos perfectamente definirlo, inscribirlo dentro de nuestra criba. La idea de acontecimiento supone, en cambio, un principio más radical de indeterminación, como el resultado de un tiro de dados que no sepamos definir e inscribir en nuestra grilla y nos obligue a reconfigurarla.

El acontecimiento se coloca así en Foucault en el lugar del sujeto trascendental como la instancia fundante de un campo de discursividad, el cual, si bien surge a partir de las estructuras precedentes, tampoco obedece a ninguna lógica de desarrollo evolutivo, no es un mero despliegue lineal, sino que supone un quiebre, instala un horizonte completamente diverso a lo hasta entonces disponible. Sin embargo, en Foucault la idea de “acontecimiento” aparece todavía de manera vaga. Lo cierto es que en las décadas siguientes se colocará en el centro de las reflexiones, tanto en el campo de las disciplinas humanísticas, como en las ciencias naturales. Y, de este modo, empezará a cobrar un sentido más preciso.

Un punto de referencia importante al respecto es la termodinámica de los sistemas disipativos elaborada por Ilya Prigogine (Premio Nobel de Química en 1977),¹⁷ que permitirá comprender algunos aspectos clave del concepto arqueológico foucaultiano.

ORDEN A PARTIR DEL CAOS

La noción de *acontecimiento* forma parte integral de la teoría elaborada por Prigogine para explicar el comportamiento de sistema alejados de su estado de equilibrio, lo que llamó “orden a partir de fluctuaciones” u “orden a partir del caos”. Pero antes de analizar dicha teoría vamos a explicar cómo era la termodinámica del siglo XIX y cómo cambia en el curso del siglo XX.

Las leyes de la termodinámica fueron establecidas por Clausius en la década de 1850. La ley de la entropía afirma básicamente (en realidad, hay tres formulaciones distintas de ella), que el grado de desorden microscópico en el universo aumenta en la medida en que la energía tiende a distribuirse en forma pareja a través del mismo (lo que explica, por ejemplo, por qué una taza caliente se enfría). Este último estado es el llamado estado de equilibrio final o “estado atractor”, el cual es perfectamente predecible, aunque no su marcha hacia el mismo. Por ejemplo, una gota de tinta azul derramada en un vaso de agua produce manchas de formas impredecibles y cambiantes, aunque sabemos que el resultado final será una solución homogénea de color azul claro (si la tinta es soluble en agua). Y esta solución resultará estable y elástica a la acción de perturbaciones externas (si agitamos el envase que la contiene, siempre volverá a su estado “atractor” original, la solución homogénea de color azul claro). Ahora bien, en el siglo XIX la termodinámica se enfocó exclusivamente en los estados de equilibrio final, que, como vimos, son los únicos previsibles, dejando de lado el análisis del curso hacia él, el cual es

¹⁷ Véase Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *Entre el tiempo y la necesidad y La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*.

aleatorio, indeterminable. Y ello dará lugar a un concepto evolucionista distinto del organicista.

En aquél, lo que confiere un carácter determinista al desenvolvimiento del sistema ya no está colocado en su mismo origen, el cual, según el concepto organicista, contendría germinalmente el término hacia el cual todo este desarrollo conduce (su *telos*). En el concepto evolucionista termodinámico, lo que permite la determinabilidad del sistema está dado sólo por su estado de equilibrio final, mientras que el punto de origen resulta indeterminado. No importa cuál sea éste, cualquiera que fuere, siempre podemos saber cuál será el punto hacia donde tal desarrollo converge. Vemos así cómo en la segunda mitad del siglo XIX surge un nuevo concepto evolucionista que introduce un elemento de indeterminación, que produce un aflojamiento del determinismo del evolucionismo organicista propio de las filosofías de la historia, de matriz idealista, de la primera mitad del siglo. Encontramos aquí también el núcleo de las diferencias, por ejemplo, entre el positivismo de Comte y Spencer (cuya idea de un “evolucionismo integral”, tal como lo formula en *Primeros principios*, se basa en las leyes de la termodinámica).¹⁸ Este es un buen ejemplo, por otro lado, de lo que se propone Foucault, esto es, relacionar los sistemas de pensamiento con el suelo de saber particular en que se funda cada uno, y cómo este suelo de saber se fue modificando a lo largo del tiempo. Sólo esto permitiría entender su matriz conceptual, el tipo de lógica que los articula.

Volviendo a la termodinámica, en 1877 Boltzman explicó esta ley de la entropía, que los sistemas termodinámicos se orientan de modo irreversible hacia su estado de equilibrio final, que es también el más caótico a nivel microscópico, en términos estrictamente estadísticos. Según demostraba, la ocurrencia del estado final de equilibrio se explica por la infinita mayor probabilidad (y, en términos prácticos, la cuasi-necesidad) de la distribución regular (y, por lo tanto, caótica) de las moléculas a lo largo del sistema.¹⁹

¹⁸ Spencer, *Primeros principios*.

¹⁹ Esta ley probabilista puede ilustrarse, de manera intuitiva, de un modo sencillo. Si se arroja una moneda al aire tiene 50% de probabilidades de que salga cara y 50% de que salga ceca. Si se arrojan en cambio 2, las posibilidades son 25% de que salgan ambas cara, 25% de que salgan ambas ceca y 50% de que salgan una cara y una ceca. Por supuesto, en este último caso no nos interesa cuál sea cual, en la medida en que no hemos identificado las monedas. Es decir, este estado (la distribución regular de las caras y cecas) es más “caótico” a nivel “microscópico” aunque también más probable (y más estable) a nivel “macroscópico”. A medida que aumentamos la cantidad de monedas, las alternativas también aumentan, pero sólo la posibilidad de una distribución regular de las caras y cecas se multiplica con ellas. De allí que, en caso de ser infinitas las monedas (o las moléculas, como en el caso de la propagación de los gases) las posibilidades de una distribución regular sean infinitamente superiores a las de cualquiera otra variante intermedia. Y también el más indeterminado, es

Veamos ahora qué es lo que cambia a partir de Prigogine. Volviendo al ejemplo de la tinta en el vaso, la termodinámica del siglo XIX se concentró en los estadios de equilibrio final que eran los únicos determinables, mientras que el curso hacia ellos es aleatorio. Lo que se propuso Prigogine es estudiar estos estados intermedios, el despliegue de la mancha en el vaso, aquello que no obedece a ningún patrón. Más precisamente, intenta desarrollar una teoría que pueda dar cuenta del comportamiento de los sistemas alejados de su estado de equilibrio, aquellos que se encuentran en intercambio con su entorno, y que son, de hecho, los más comunes en estado natural (el estado de equilibrio se da en realidad en condiciones experimentales, generalmente artificiales).

Esto remite a una serie de categorías, que convergen en muchos aspectos con el planteo de Foucault, como las de atractor fractal, desarrollada por Benoît Mandelbrot, puntos de bifurcación, no-linealidad, fluctuación, autoorganización. En el contexto de esta nueva teoría, el orden y el caos no pueden considerarse dos términos opuestos (estructuras y sujetos, como lo era en el pensamiento del siglo XX), pero tampoco dos momentos dentro un proceso evolutivo más general (como en el concepto historicista organicista del siglo XIX). En las estructuras disipativas ambos términos se encuentran inextricablemente asociados. A fin de comprender esta distinción será necesario explicar aquellos conceptos claves elaborados por Prigogine, comenzando por el de “atractor fractal”, el cual lo toma, en realidad de Benoît Mandelbrot.

El “atractor fractal” se puede ilustrar mediante una olla de base redonda. Si arrojamus en ella una pequeña bola, se dirigirá exactamente hacia el centro. Éste será su “estado atractor”: si agitamos la olla, la bola siempre tenderá a volver a su posición original en el centro de ella. Ahora, si la abollamos en el medio, dejando allí una saliente con dos cavidades en sus lados, introducimos con ello un elemento de indeterminación: si arrojamus en ella la bola ya no sabremos a cuál de ambos lados de la saliente habrá de dirigirse. Si sabemos, sin embargo, que cualquiera que éste fuere, si posteriormente agitamos la olla, la bola siempre volverá a su posición original, a menos que agitemus lo suficiente como para llevar a la bola por encima de la cima de la saliente. En este caso, de nuevo, ya no sabremos a dónde irá, podrá moverse a los lados de cualquiera de las dos cavidades. Esta cima representa lo que en termodinámica se llama *punto de bifurcación*, señala un umbral superado en el que el comportamiento del sistema se torna errático, puede evolucionar hacia nuevos regímenes de funcionamiento estable, esto es, el sistema se vuelve capaz de generar nuevos regímenes de consistencia.

decir, el que nos brinda menos información de su conformación a nivel microscópico. Ya no podemos identificar cómo se han distribuido las moléculas, lo cual carece de toda estructura. Las moléculas ya no forman cadenas, redes o lo que fuere, no podemos descubrir ningún patrón en la configuración interna del sistema.

Un *objeto fractal* es como una olla que posee, por definición, infinitas salientes y cavidades, lo que produce una completa indeterminación en el caso de sistemas en relación con su entorno (lo que los mantiene siempre alejados de su estado de equilibrio). Esto es lo que sucede con las estructuras disipativas. Los físicos dicen que se trata de sistemas no-deterministas, lo que significa que las ecuaciones lineales resultan insuficientes para describir su comportamiento. Para representarlo, habrá que apelar a otras teorías y conceptos, como los provistos las matemáticas del caos de René Thom y la geometría de Mandelbrot.

¿Cuáles son las consecuencias de estos desarrollos? Como dijimos, se quiebra aquí la oposición entre caos y orden. El caos no es lo opuesto al orden sino generador de orden. Por otro lado, la indeterminación de los sistemas ya no proviene de acción de agente (un “sujeto”) colocado por fuera de los mismos, sino que es el resultado de su propia actividad. Esto supone, a su vez, que los sistemas poseen dos características adicionales. En primer lugar, son *creativos*, es decir, son capaces de generar nuevos órdenes de consistencias, diferentes de su estado original de equilibrio e impredecibles en él, a través de la acción de su propia actividad interna. En segundo lugar, como consecuencia de esta actividad conducente a fluctuaciones sucesivas, a estos sistemas les es inherente la existencia de un *horizonte temporal* más allá del cual no podemos percibir (ya sea para predecir en prospectiva o explicar en retrospectiva su comportamiento) puesto que, superado éste, toda información, toda memoria de su situación original, se ha perdido irremediamente.

Lo anterior revela que estamos ante un nuevo quiebre epistémico, fundado en un concepto distinto de la temporalidad. La indeterminabilidad de los sistemas, la contingencia, ya no presupone la acción de algún agente colocado por fuera de los mismos, sino que le es una dimensión inherente. Esto se vincula, a su vez, con el concepto de *metaevolución* desarrollado en el campo de la biología teórica. Estudios sobre las propiedades autoorganizativas de los sistemas vivos condujo a los chilenos Héctor Maturana y Francisco Varela a elaborar su noción medular de *autopiesis*. Los mecanismos de retroalimentación positiva de las desviaciones producidas en los sistemas determinan su apertura no sólo en relación con los productos de su actividad interna, sino también respecto a las propias reglas que gobiernan su desarrollo, es decir, la trascendencia de la evolución en una metaevolución (la evolución de los mismos principios evolutivos).

MÁS ALLÁ DE LAS “FILOSOFÍAS DE LA CONCIENCIA”

El proyecto foucaultiano de tratar de trascender la oposición entre fenomenología y estructuralismo se vincula estrechamente a su crítica de

aquello que constituye la matriz fundante de la historia de ideas: las “filosofías del sujeto” o “filosofías de la conciencia”. Éstas imaginan que el ámbito simbólico es algo que circula exclusivamente en la mente de los sujetos. Sobre este supuesto se funda, en última instancia, la antinomia de base de la historia de ideas entre “ideas” y “realidades”. Por un lado, existirían ideas autogeneradas, producidas en un mundo de idealidad pura, que preexisten a los modos por los cuales pueden circular socialmente y solo de manera subsecuente vendrían a inscribirse en realidades materiales concretas. Y por otro lado, un ámbito de realidades sociales crudamente empíricas que no se encontrarían siempre atravesadas por tramas conceptuales.

Frente al argumento que busca rescatar a la historia intelectual del reduccionismo sociológico (la visión del plano ideológico como mera emanación de lo económico-social) y que afirma la idea de la “autonomía relativa” de la esfera ideológica respecto de lo social (lo que supone que el conocimiento histórico se produce de manera aditiva, superponiendo esferas de saber: historia económica + historia social + historia política + historia intelectual), Foucault, afirmaría exactamente lo opuesto, esto es, buscaría mostrar hasta qué punto las prácticas y los discursos se encuentran estrechamente vinculados, al punto que resultan indisolubles. Es decir, para él, no habría historia social que no sea historia intelectual, y viceversa, historia intelectual que no sea historia social. Toda práctica social, política o económica se sostendría necesariamente de una serie de supuestos de orden conceptual, y no se pueden modificar unos sin que se modifiquen los otros, lo que volvería fútil toda discusión acerca de cuál sería la “determinante en la última instancia”, discusión, en última instancia, insoluble, que conduce inevitablemente a una oscilación perpetua, como el caso del huevo y la gallina (los cambios ideológicos suponen cambios sociales, pero a la inversa, ningún cambio social se podría explicar si no se hubieran producido antes cambios a nivel ideológico, y así al infinito).

Esto que en el “periodo arqueológico” era su proyecto de base, en el periodo siguiente, el llamado “genealógico”, cobra forma más definida. Entonces abandona su concepto de “episteme” o de “formación discursiva” y comienza a hablar, en cambio, de “discurso”. Este término, en la acepción foucaultiana del mismo, intenta dar cuenta o hacer manifiesto otro rasgo fundamental que distingue un lenguaje de un sistema de ideas. Lo que muestra aquí Foucault es que los discursos o lenguajes, a diferencia de las ideas, no son atributos subjetivos, no remiten a la conciencia del sujeto. Ya no se trata de entender qué es lo que *piensan* los sujetos. No es eso de lo que se ocupa la historia intelectual. En definitiva, los lenguajes son entidades *objetivas*, relativamente independientes de las ideas de los sujetos, algo que está fuera de su control y de lo que ellos no son del todo conscientes. Los lenguajes cambian sin pedirnos permiso. De hecho, no sabemos cómo cambió el lenguaje político en

los últimos veinte años mejor de lo que conocemos cómo cambió la política, la sociedad o la economía. Nos vemos inmersos en esos cambios, sin ser conscientes de ellos; participamos de esos nuevos lenguajes, como formamos parte también de la economía globalizada, en tanto agentes económicos, sin saber realmente cómo funciona ésta.

Un ejemplo puede servir para ilustrar esto. Solemos hablar de la secularización del mundo moderno ocurrida en el siglo xvii. Ahora, ¿qué estamos diciendo cuando afirmamos que se secularizó el mundo? ¿Decimos que la gente no cree más en dios? En realidad, no es así; la mayoría de la gente sigue creyendo en la existencia de dios. La desacralización del mundo no significó necesariamente que la gente dejase de creer en dios. Según dicen las encuestas cerca del 90% de la población mundial sigue creyendo que dios existe. Pero eso no viene al caso. Aun cuando el 100% de la gente crea en la existencia de dios, seguiría siendo cierto que, como afirmara Nietzsche, dios ha muerto. Porque esto no tiene nada que ver con las creencias de los sujetos, sino con los modos en que esas creencias pueden articular públicamente. Aun las propias ideas religiosas solo pueden hoy manifestarse y expresarse en una esfera pública ya secularizada.

Otro ejemplo explica mejor esto. Cierta vez Pierre-Simon Laplace, el astrónomo líder a fines del siglo xviii, quien completó el sistema astronómico newtoniano, fue citado a la corte por Napoleón, quien le increpa y cuestiona que en su sistema no haya lugar para dios. A lo que Laplace responde, suscitando la sonrisa en la corte: “Esa es una hipótesis de la que puedo prescindir”. Y efectivamente era así. En esos momentos nuestras visiones sobre el mundo natural, y también nuestros sistemas políticos y sociales, ya no funcionaban sobre la base del supuesto de la existencia de dios. Éstos podrían funcionar perfectamente sin este supuesto. Es eso lo que entendemos por “secularización del mundo”. Es independiente de la conciencia y de la voluntad de los sujetos. Yo no puedo resacralizar el mundo, como sí puedo cambiar mis ideas y dejar, por ejemplo, de ser judío y volverme cristiano o musulmán, o lo que fuere. Esto es algo que está fuera de mi control y no soy del todo consciente cómo se produjo y por qué se produjo. Es algo que se produjo objetivamente en la realidad y que se impuso a los sujetos, sean o no conscientes de ello.

La idea de *discurso* remite a este carácter objetivo de los lenguajes. Foucault habla más específicamente de una imbricación entre el plano de lo simbólico y de las prácticas. Los discursos remiten a sistemas de prácticas, instituciones, como lo es el sistema penitenciario, etc. Son éstos los que definen las condiciones de *visibilidad* de los objetos, los modos de articulación de un mundo. Los discursos, pues, no son ideas del sujeto, sino que remiten a una dimensión simbólica imbricada en las propias prácticas sociales. Toda práctica pone en juego, en su mismo ejercicio, una serie de supuestos. De lo que se

trata, precisamente, es de entender esos presupuestos implícitos en los propios sistemas de acciones.

Por ejemplo, esto que llevamos en nuestros bolsillos no vale nada, no es más que un papel pintado, pero aceptamos que vale lo que dice que vale. Es una ilusión, pero no es una ilusión que está en nuestras cabezas, que circula exclusivamente en la mente de los sujetos, sino una ilusión operativa en la propia realidad (de hecho, nadie tiraría sus billetes a la basura al descubrir que en sí mismos no valen nada). Lo cierto es que la economía funciona sobre la base de esa ilusión. En fin, se trata de penetrar esa dimensión simbólica constitutiva de las propias prácticas y que resulta indisociable de las mismas.

No es casualidad que quienes iniciaron la historia conceptual, como Otto Brunner o Quentin Skinner hayan sido estudiosos del Antiguo Régimen. Está claro que es imposible entender cómo funcionaba la política del periodo si no consideramos una serie de supuestos, como, por ejemplo, que la autoridad venía de Dios, que el mundo responde a un orden jerárquico que se encuentra establecido desde el plan mismo de la creación, etc. Si no tomamos en cuenta esos presupuestos, es imposible comprender cómo funcionaba la práctica política en esos tiempos. El punto es que, cuando pasamos a la modernidad, pareciera que nuestros sistemas políticos no tuvieran presupuestos, que obedecieran a una lógica racional, espontánea y natural. Lo que busca la historia intelectual es socavar críticamente ese velo de naturalidad con que nuestras prácticas políticas se nos presentan y descubrir la serie de supuestos, contingentemente articulados, que se encuentran operando en ellas. Es esto lo que Foucault intenta señalar con su concepto de “discurso”.

De allí que resulte inconsistente la crítica que realizan, por ejemplo, Paul Rabinow y Hubert Dreyfus en un libro, por otro lado, excelente, sobre Foucault, titulado *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. En él, estos autores retoman esa definición de discurso de Foucault como el conjunto de reglas que regulan una determinada práctica para inmediatamente volver sobre la vieja antinomia entre “prácticas y discursos” (entre materialismo e idealismo) y así cuestionarle su énfasis en los discursos en detrimento de las prácticas, a las que ellos consideran más fundamentales y determinantes.²⁰

De hecho, su propia reconstrucción del pensamiento de Foucault vuelve esta crítica absurda. Es evidente que ninguna práctica, como la práctica clínica, por ejemplo, preexiste al conjunto de reglas que la regulan, no viene primero la práctica y después las reglas que la rigen, Ya sea que éstas se encuentren o no especificadas o codificadas, no existe práctica alguna que no suponga reglas para su ejercicio. En última instancia, Rabinow y Dreyfus pierden de vista el núcleo de la propuesta de Foucault, que consiste, precisamente, en quebrar la

²⁰ Rabinow y Dreyfus, *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, p. 67.

antinomía tradicional entre “prácticas y discursos”, mostrar hasta qué punto ambos resultan indisociables.

Esto nos devuelve a su propuesta en *Las palabras y las cosas*, que busca distinguir los distintos regímenes de saber a fin de inscribir los sistemas de pensamiento dentro de su contexto conceptual específico, poder reconstruir los mismos a partir del suelo epistémico, del conjunto de saberes particulares sobre los que, en cada caso, se fundan. Ahora bien, estas mutaciones epistémicas son, al mismo tiempo, de orden conceptual y objetivo, algo que para la historia de ideas aparece como un oxímoron, una contradicción en los términos. Vemos aquí en qué sentido el proyecto foucaultiano de una arqueología del saber rompe con los marcos tradicionales de la historia de ideas, abriéndonos así una perspectiva más rigurosa, en términos históricos, de los sistemas conceptuales, evitando los anacronismos y los binarismos propios a aquella tradición. En este sentido, entiendo que, más allá de las críticas y revisiones a las que pueda someterse, marcó un hito crucial, un quiebre irreversible en nuestros modos de comprender la historia del pensamiento, volviendo inviable un mero regreso a las viejas certidumbres de la historia de ideas.

REFERENCIAS

- De Libera, Alain, *Archéologie du sujet I: Naissance du sujet*, Paris, Vrin, 2007.
- Derrida, Jacques, *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, Valencia, Pre-Textos, 1985.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Planeta, 1986.
- , *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 2002.
- Heidegger, Martin, *Caminos del bosque (Holzwege)*, Madrid, Alianza, 2010.
- Heredia, Juan Manuel, *Mundología. Jakob von Uexküll. Aventuras inactuales de un personaje conceptual*, Buenos Aires, Cactus, 2022.
- Hegel, G.W. F., *Fenomenología del espíritu*, México, FCE, 1985.
- Husserl, Edmund, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Altaya, 1999.
- Jacobi, Friedrich H., “David Hume über den Glauben, oder Idealismus und Realismus. Ein Gespräch”, en *Werke*, vol. II, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968.
- Kant, Immanuel, *Crítica de la razón pura*, edición bilingüe alemán-español, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lorenz, Konrad, *La otra cara del espejo*, Barcelona, Plaza y Janes, 1985.
- Palti, Elías J., *Intellectual History and the Problem of Conceptual Change*, Cambridge, Cambridge U.P., en prensa.

Prigogine Ilya y Stengers, Isabelle, *Entre el tiempo y la necesidad*, Madrid, Alianza, 1990.

———, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1990.

Rabinow, Paul y Dreyfus, Hubert, *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.

Simondon, Gilbert, *L'individuation psychique et collective*, París, Aubier, 1989.

Spencer, Herbert, *Primeros principios*, Buenos Aires, Peuser, 1945.

A Controversial Debate: The Issue of Religious Tolerance in the Early Chilean Republic (1823-1833)*

*Valentina Verbal Stockmeyer***

*Recibido: 31 de mayo de 2023
Dictaminado: 20 de julio de 2023
Aceptado: 9 de agosto de 2023*

ABSTRACT

Between the years 1823-1833, after the War of Independence, Chile had an intensive debate related to the issue of religious toleration, which was conducted in various pamphlets and newspapers, with two major political groups clashing over the subject: Conservatives and Liberals. While the former thought that Chile should not even recognize these practices because it was essentially a Catholic country, the latter wanted to grant a certain recognition to the Protestant practices brought to the country by the Americans and British. Following François-Xavier Guerra, the central thesis of this article states this debate expresses a major conflict among two conceptions of modernity.

Key words: *religious tolerance, Early Chilean republic, conservatives, liberals, anglo-saxon actors.*

¹ The author is especially grateful to Jenna Gibbs, who supervised this paper in the context of a research seminar at FIU on the Protestant expansion in the Atlantic world.

² PhD. Candidate in Atlantic History, Florida International University, Miami, Estados Unidos.
E-mail: vverbal00@fiu.edu. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0650-1565>

Un debate controversial: el problema de la tolerancia religiosa en la temprana república chilena (1823-1833)

RESUMEN

Entre los años 1823-1833, después de la Guerra de la Independencia, Chile experimentó un intenso debate en relación con el problema de la tolerancia religiosa, el cual se desarrolló en diversos folletos y periódicos, en el que intervinieron dos grandes fuerzas políticas: conservadores y liberales. Mientras los primeros pensaban que no se debería reconocer ese culto porque Chile era esencialmente un país católico, los segundos querían otorgar un cierto reconocimiento al culto protestante, traído al país por estadounidenses y británicos. Siguiendo a François-Xavier Guerra, la tesis central de este artículo es que ese debate expresa la existencia de un conflicto mayor entre dos concepciones de modernidad.

Palabras claves: *tolerancia religiosa, temprana república chilena, conservadores, liberales, actores anglosajones.*

1. INTRODUCTION

On April 29, 1822, the British national Maria Graham reported in her journal that she had received a kind visit from Ignacio Zenteno, the governor of Valparaíso, to express his condolences for the death of her husband. She recorded that he assured her that she could have all the “ceremonies and honors as our church and service demand, and has promised the attendance of soldiers,” adding this brief sentence: “All this is kind and it is liberal”.¹ Graham was the daughter of Vice Admiral Jorge Dundas, whom she accompanied to India in 1808. There, she married the captain of the English Royal Navy, Thomas Graham. In 1822, they both set out for South America. During the trip, near Cape Horn, Captain Graham died. He was later buried at Valparaíso where she decided to stay on and during this time in Chile became a chronicler, describing Chilean society in great detail.

Graham kept her journal during 1822, recording not only everyday customs and events, but also discussing the need for the country (recently independent from Spain) to consolidate as an open society guaranteeing civil rights, such as freedom of religion and freedom of the press. She made several interesting points on the issue of religion. First, she noted the great power of the Catholic Church in

¹ Graham, *Journal of a Residence in Chile*, p. 4.

Chile. For instance, she said: “The influence of the [Catholic] Church too, which had hitherto been almost omnipotent in favor of the ancient order of things, began to be exerted, perhaps unintentionally, in the cause of independence”.² Second, Graham described the presence of a significant number of British residents in Valparaíso, who performed commercial functions in particular. Furthermore, she highlighted the fact that many of those residents provided important services in favor of Chilean independence, for example, through the importation of both naval and military weapons and supplies.³ Third, Graham pointed out that in Chile, Protestant worship was only allowed in private homes, without complete public tolerance. Specifically, she asserted that despite the fact that the purchase of land for Protestant cemeteries and interreligious marriages was allowed, tolerance was not perfect because worship could only take place in homes and not in churches.⁴

Between 1823 and 1830, after the Chilean War of Independence and government of Bernardo O’Higgins (1810-1823), the country had extensive discussions on the kind of society that would be best for its future. A truly critical debate was related to the issue of religious tolerance. This debate was conducted in various periodical pamphlets and newspapers, with two major political groups clashing over the subject: the conservatives and liberals. While the former believed that Chile was essentially a Catholic country and should not even recognize Protestant denominations, the latter wanted to grant a certain recognition to those denominations, which were brought to the country principally by the British.

Historiography typically considers only the conservative standpoint in this debate. Two exceptions to this rule are, however, worth mentioning: Ricardo Donoso and Ana María Stuenkel. Donoso devotes an entire chapter to what he calls “The fight against the influence of the Church,” referring to the power that the Catholic Church continued to have in the nineteenth century. Donoso affirms that nineteenth-century liberals set out to fight for the consecration of two great civil liberties: freedom of the press and religious tolerance.⁵ These two freedoms were closely connected because liberals used the press to criticize the power of the Catholic Church in society.

For her part, Ana María Stuenkel argues that the Chilean elites, at least in the period studied here, never sought to discard the Catholic faith as an axis of social and political life in Chile.⁶ To do this, she studies one of the intellectual arguments between Juan Egaña and José María Blanco White from 1824 to

² *Ibid.*, p. 197.

³ *Ibid.*, p. 224.

⁴ *Ibid.*, pp. 224-225.

⁵ Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, p. 175.

⁶ Stuenkel, “Tolerancia religiosa y orden social”, p. 24.

1826. Egaña was the main author of the 1823 Constitution, a document that categorically denied religious tolerance and reflected Egaña's view, while Blanco White was passionately opposed to that position.⁷

The aim of this research is to explain the debate between conservatives and liberals on religious tolerance in 1820s Chile. This paper argues that this debate expresses the typical struggle between tradition and modernity, or more precisely between a conservative modernity and liberal modernity. To approach the liberal conception of modernity in the context of Latin American independences and state formation processes (the 1810-1840 period approximately), this research adopts the concept of alternative modernity from François-Xavier Guerra. In his book *Modernity and Independences*, Guerra states alternative modernity "is above all the 'invention' of the individual. The concrete individual, 'empirical agent, present in every society', is now going to become the 'normative subject of the institutions,' and values".⁸

Keeping in mind the topic of religious tolerance, it is important to consider that while conservatives wanted to maintain the predominance of the Catholic church in society, liberals believed that guaranteeing religious tolerance (in conjunction with other civil rights such as freedom of the press) was necessary to abandon what they called *colonial backwardness*. The challenge for the liberals was to abandon their 'barbaric past' (represented by Spain) and arrive to their 'civilized future' (represented by England and the United States). This point is related to the distinction typically made between civilization and barbarism, and between the East and West, as Edward Said argues. Specifically, *orientalism* for Said is the stereotypical Western vision of the eastern world.⁹

To support the argument posed in these pages, this paper is divided into four main sections: the first presents the historical context for readers who do not necessarily know the details of Chilean history in the nineteenth century; the second explains the conservative standpoint, paying special attention to Juan Egaña, who was the most important ideologue of that political faction; the third reviews the pamphlet *El Liberal*, published between 1823 and 1825, which presents the liberal point of view; and the fourth refers to the vision of some unexpected allies of the liberals who emerged to support them: Heman Allen and Samuel Larned, diplomatic representatives from the United States, and George Canning, the Foreign Minister from the United Kingdom. In choosing between pamphlets or newspapers, it was important to focus the

⁷ José María Blanco White (1775-1841) was a former Spanish priest who, due to abandoning the Catholic faith, fled to London because he feared being tried by the Inquisition. In London, he followed the process of Independence and early state construction in Latin America very closely.

⁸ Guerra, *Modernidad e Independencias*, p. 113.

⁹ Said, *Orientalism*.

study on *El Liberal* because in the period studied, it is the document that most systematically addresses the liberal perspective on the religious question.

In addition, and as a backdrop for both positions, the 1828 Constitution (liberal) and the 1833 Constitution (conservative) will be cited in this paper, as well as some documents associated with these constitutions. By so doing, we will see that the conservative and liberal positions regarding religious tolerance were not only expressed in the texts of Juan Egaña and *El Liberal* but that they were also representative of the period studied in these pages. However, the main sources referred to in this work, Juan Egaña and *El Liberal*, are emblematic for describing the struggle for modernity behind the debate on religious tolerance in a much more doctrinal way.

2. A BRIEF HISTORICAL CONTEXT

The years 1823-1830, prior to the 1833 Constitution,¹⁰ are referred to as the period of Anarchy or Political Learning, depending on one's historiographical point of view. For example, in his book *La fronda aristocrática en Chile*, Alberto Edwards does not hesitate to typify the period 1823-1830 as one of anarchy. In this work, he entitles chapter six "Anarchic Interregnum," describing the period as follows: "In Chile we had an imitation of that distinctly South American order of things during the seven years that elapsed between the fall of O'Higgins and the revolution of 1829. They have given that epoch the conventional name of 'the era of the novices',¹¹ but in reality, it was just the time of our governments 'without form'".¹²

For his part, Julio Heise categorically denies the existence of anarchy in those years, applying the denomination of *Political Learning* to the period and giving much more importance to the process of constitutional organization that the political elites sought to build in those years. Heise says: "For conservative historians [like Edwards], militarism, dictatorships, disorder, and moral and material misery would have been the characteristics of this period". He points out that what happened in Chile, however, was a natural process of decolonization, which was symptomatic of a social body convulsed by frequent oscillations between the traditional order of the Motherland [Spain] and new forces in favor of a political renovation.¹³ Heise considers that any process of independence, of abandonment of the condition of colony with respect to a metropolis, implies the existence of a certain degree of convulsion or disorder.

¹⁰ This constitution is very relevant because it has been the longest-standing charter in Chile's history. Since that time, Chile has introduced two more constitutions: in 1925 and in 1980.

¹¹ The original word in Spanish is "pipiolos".

¹² Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 57. This book was originally published in 1928.

¹³ Heise, *Años de formación y aprendizaje políticos*, pp. 11-12.

Yet despite this situation, the important thing for him is to pay attention to the process of state formation in constitutional terms.

But beyond this discussion, there is no doubt that various intellectual debates were very fruitful in the period studied here, such as the political system (presidential versus parliamentary) and civil liberties. Specifically, the debate on religious tolerance referred to the need to establish, within the constitution, the right to private worship of beliefs other than Catholicism, which in practice implied a certain recognition of Protestant denominations in Chile.

The two great political forces of the period, the conservatives and liberals, clashed in this debate. While the conservatives were in favor of simply not persecuting Protestants who practiced worship in their houses, the liberals aspired to explicitly recognize that worship in the Constitution, which, in turn, implied public recognition of other, non-Catholic denominations. In fact, both positions respectively were represented in the constitutions of 1823 and 1828: in the first, drafted by Juan Egaña, and in the second, created by José Joaquín de Mora, a Spanish liberal writer.¹⁴ Beyond these constitutional documents, however, which contain very brief rules on religion, the most interesting sources on this topic for this period are the fiery discussions that occurred in several pamphlets and newspapers.

Although in general the conservatives can be thought of as one great force, they were, in fact, composed of three main groups: the *pelucones*, which was the largest group, *estanqueros* (tobacconists) and *o'higginistas*. The *pelucones* group was formed by the landed aristocracy and some jurists, such as Juan and Mariano Egaña (father and son, respectively). The *estanqueros* group, led by Diego Portales, believed in an authoritarian and centralized government that would put an end to anarchy. Besides Portales, this group was formed by Manuel José Gandarillas and Manuel Rengifo, among others. The *O'Higginistas* group, as their name implies, were made up of O'Higgins followers, the vast majority of whom longed for their leader's return to Chile from exile in Perú. This group's leaders comprised José Antonio Rodríguez Aldea, José Joaquín Prieto, and Miguel Zañartu, among several others.

For its part, the liberals were made up of the *pipiolos* (novices) and the federalists. The former had Francisco Antonio Pinto and José Joaquín de Mora as exemplar representatives. The federalists were led by José Miguel Infante. While the *pipiolos* fundamentally aspired to establish a system of greater parliamentary pre-eminence and to consecrate civil liberties, the federalists

¹⁴ The 1833 Constitution, prepared by Mariano Egaña, was a reflection of the Charter of 1823, created by his father, Juan.

added the establishment of a federal regime, similar to that of the United States, to that aspiration.¹⁵

Finally, as we have seen in Graham's testimony, the context for the debate on religious tolerance in Chile arose from the small but symbolic presence of Protestants in the country, especially in the port of Valparaíso. Andrés Baeza's recently published book provides a good way to understand the significance of the Protestant presence. Baeza studies the relations between Chileans and the British during the so-called *era of Independence* (1806-1831). For instance, he studies the influence of some British sailors, especially Lord Cochrane, in the formation of the Chilean navy. Additionally, he examines the presence of British merchants and missionaries in Chile. These relationships are summarized by Baeza in the following terms: "From 1806 to 1831, both British and Chilean 'state' and 'non-state' actors interacted across several 'contact zones', thereby configuring this relationship in multiple ways".¹⁶

For example, in chapter three, Baeza tells the story of Luke Matthews, a Protestant Bible seller, to illustrate the presence of missionaries in Chile (and other South American countries). Protestant Bibles were not the same as Catholic ones; the latter have another book (the Deuteronomy), as well as footnotes with explanations according to the papal magisterium. Yet Baeza shows that in practice, despite some protests, Matthews did not suffer any official persecution. Although this may be a relevant example of the impact of religious tolerance on people and their lives at this time, the main debate was focused on the decision to include or exclude laws covering the private worship of Protestant denominations in the constitution.

3. CHILE IS A CATHOLIC NATION! JUAN EGAÑA AGAINST RELIGIOUS TOLERANCE

Juan Egaña (1768-1836) was one of the most important political ideologues involved in Chilean state formation. Following the Bernardo O'Higgins government (1817-1823), Egaña was the principal creator of the 1823 Constitution. Although this document came under discussion in parliament, Egaña's respected juridical opinion prevailed. As the British historian Simon Collier asserts: "The small liberal element in Congress violently opposed many of the proposals and presented a counter-draft on 16 December. This

¹⁵ This classification, which might not be absolutely necessary in this paper, may be important for the purpose of pointing out that, although there were two major political forces, they had subgroups and internal differences, which among other things explain the climate of disorder in 1820s Chile. For a brief description of political groups of the studied period, see Campos Harriet, *Historia constitucional de Chile*, pp. 135-136.

¹⁶ Baeza, *Contacts, Collisions and Relationships*, p. 3.

counter-draft was ignored. Egaña's ascendancy was now sufficiently complete to ensure an easy passage for the Constitution".¹⁷

Despite the fact that the 1823 Constitution was enacted on December 29, during the first half of 1824 it was subjected to several critiques by political leaders, especially liberals, who expressed their opposition in the press. One critique was that the implementation of the Constitution was impossible due to its cumbersome nature. Specifically, these liberal opponents asserted that the constitution created a complex system of public bodies and required the elaboration of more than thirty complementary laws and the hiring of a large number of state officials.¹⁸ A second critique was related to the authoritarian and traditional nature of the constitution; Article 10 stated: "The religion of the state is the Apostolic and Roman Catholic religion, to the exclusion of the worship and exercise of any other".¹⁹ The relevant point in this provision was not only that the Catholic religion was the official state religion, but also that it expressly excluded the worship of any other denomination.

In a pamphlet entitled *Instructive Examination on the Political Constitution of Chile*, Egaña defended the constitution against its critics. But why did he defend this specific exclusion of religious practice? First of all, Egaña was convinced that laws change customs and then customs transform themselves into civic virtues. As there was no clear separation between law and customs, for Egaña, the law was therefore a necessary tool to change the ethic of the citizens.²⁰ For this reason, in his *Instructive Examination*, Egaña asserted that the best constitution is one that allows customs to become civic virtues.²¹ For him, the presence of the Catholic faith was a fundamental pillar of civic morality, and it is no coincidence that in the same pamphlet Egaña bluntly said: "Without uniform religion a people of merchants will be formed, but not of citizens."²² Clearly, the Catholic Church was the only uniform religion for Egaña. To assert this position, he made two main arguments: first, it was not possible to speak of religious tolerance in Chile because only Catholic worship was recognized; and second, the history of other countries had shown that the acceptance of various religious denominations led to bloody civil wars.²³

¹⁷ Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence*, p. 261.

¹⁸ This Constitution implied the recruitment of 20,000 state officials. Galdames, *Historia de Chile*, p. 641. It is worth remembering that the census of 1835 shows a population of 1,103,036 people. See *Repertorio chileno año de 1835*.

¹⁹ *Constitución Política del Estado de Chile*, promulgada en 29 de diciembre de 1823.

²⁰ See article 249 of the Constitution of 1823.

²¹ Egaña, "Examen Instructivo sobre la Constitución de Chile," p. 8. This document was first published in 1824.

²² Egaña, "Examen Instructivo sobre la Constitución de Chile," p. 39.

²³ *Ibid.*, pp. 38-39.

Egaña's most important argument, however, was that religious unity was a necessary condition for civic virtue in society.²⁴ A pluralism of values was an unimaginable concept for him, even as a *modus vivendi* favoring peaceful coexistence between people of different beliefs or ideas.²⁵ On the contrary, he thought it would be a sad route to social conflict, violence, and bloodshed. At the same time, it is necessary to clarify that Egaña did not believe in persecuting the private worship of Protestant denominations. His central point is that these denominations should not be recognized by the state because the role of the state was to foster a civic morality that, for him, depended on religious unity. The contrary, for Egaña, would imply the destruction of the state.

In a work specifically dedicated to the religious issue, Egaña explained his position in greater detail, making some fundamental distinctions that are worth considering, including some definitions of religious tolerance. He made three key points. First, Egaña points out that while nature can be the subject of discovery and innovation, there is nothing new to discover in morality and politics.²⁶ In this way, he wanted to show that morality and politics must be fed by immutable principles that the state must preserve precisely to favor the survival of the state itself. Second, Egaña distinguished three types of religious tolerance: a) *a simple tolerance*, which consists of the non-persecution of private opinions; b) *a public tolerance*, which gives the right to publicly profess worship of any religion and also allowing the construction of temples; and c) *a free tolerance*, which confers the freedom or impunity to not profess any religion.²⁷ As mentioned, Egaña emphasized that he was in favor of the first type and against the others. For him, the diversity of religious beliefs produced irreligion. Third, Egaña believed that the state had only two options: to recognize only one official religion or give way to absolute disbelief, which he called *irreligion*.²⁸ Along these lines, in article 359 of his Moral Code—a bill that was never approved—Egaña proposed to sanction atheism or the practice of beliefs that deny the existence of eternal life with the penalty of exile.²⁹

In general, Egaña's political project had a highly authoritarian and coercive component on which this work cannot expand for reasons of brevity. It is striking to note, however, that much of the historiography that studies Egaña tends to omit or overlook the authoritarian nature of his political project. For

²⁴ Egaña, "Examen Instructivo sobre la Constitución de Chile", p. 39.

²⁵ For the idea of tolerance as *modus vivendi*, see Gray, *Two Faces of Liberalism*, especially the chapter one on liberal tolerance.

²⁶ Egaña, Memoria política sobre si conviene en Chile la libertad de cultos, p. 4.

²⁷ *Ibid.*, pp. 5-6.

²⁸ *Ibid.*, p. 9.

²⁹ Egaña, "Proyecto del Código Moral de la República chilena".

example, Cristóbal García-Huidobro argues that Egaña did not want to control people's private lives, which is what is taught in Chilean schools;³⁰ however, upon reading just some of Egaña's works it can be seen that his forceful character is more real than what García-Huidobro affirms.

Other historians, like Simon Collier, tend to see a naive utopian rather than a markedly authoritarian thinker. Collier says that the failure of the 1823 Constitution can be explained by Egaña's own idea of perfection. He adds: "Egaña himself considered the rejection of his utopia a huge and terrible injustice," and "Egaña's own peculiar emphasis in political theory was, on the whole, alien to the common revolutionary philosophy".³¹

For his part, Javier Infante underlines the idea that Egaña was a "son of his time" because he "had as his starting point the existing political system [the old regime], and he firmly believed that the new model should not depart from that regime".³² Infante seems to believe that Egaña's authoritarian conservatism was simply part of the context of the time. But this was not exactly so: Egaña's approach was contested by the liberal faction as well.

4. THE OTHER SIDE OF THE COIN. A LOOK AT THE PAMPHLET *EL LIBERAL*

As previously mentioned, almost all historiography on this topic overlooks or minimizes the views of liberal supporters of religious tolerance in 1820s Chile. This oversight is probably due to the fact that in 1830 there was a civil war between the conservatives and liberals; the conservatives were victorious, giving rise to an authoritarian regime that lasted three decades (1830-1860).³³ Given this context, it could be construed that most historians tend to see the state formation process in Chile as a "manifest destiny" in favor of a closed society.

El Liberal, instead, was a pamphlet characterized by its strong support of an open society based on two great civil rights: freedom of the press and religious tolerance. This periodical pamphlet, which survived only three years, presented views opposed to those presented by Juan Egaña in popular conservative pamphlets.³⁴ In essence, the authors of *El Liberal* (Diego José

³⁰ García-Huidobro, "Hablen cartas y callen barbas," p. 18.

³¹ Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence*, p. 284.

³² Infante, "La Suiza de América", p. 66.

³³ See Collier, *Chile: The Making of a Republic*. This book provides a very good contextual analysis of the Conservative period in Chile.

³⁴ *El Liberal* was launched on July 18, 1823 and closed on February 4, 1825. But also, it closed "voluntarily" on January 16, 1824, due the persecution against freedom of the press, fostered

Benavente and Pedro Trujillo, among others) believed that the country should surpass their colonial backwardness, which was largely represented by the enormous power of the Catholic Church in Chilean society. Moreover, since most historiography has ignored them, it is interesting to observe the specific arguments that these authors promoted in favor of religious tolerance.

The *El Liberal* posed four key arguments in favor of religious tolerance: a) *an historical argument* (Chile's transition to an adult and modern society), b) *a religious argument* (regarding the Old and New Testament), c) *a utilitarian argument* (which states that diversity allows innovation and progress), and d) *a liberal argument* (only individuals can determine their own beliefs and ideas).

To begin, *the historical argument*. The authors of the *El Liberal* believed that the country had to abandon its colonial backwardness and transit to an adult and modern society. In their first publication (July 28, 1823), *El Liberal* likened the colonial period to childhood: "Three hundred years slaves of an absolute king, children of a cruel and foolish mother who, fearing our growth, did not want to take away the walkers of childhood"³⁵ Then, when answering the question on the challenges of the present, *El Liberal* responded that a key challenge is to avoid religious fanaticism, which "wants to return us to centuries of barbarism".³⁶

Perhaps it may be relevant to consider that this historical argument was part of a broader critique of the power of the Catholic Church. In general, the authors of *El Liberal* saw in this church a symbol of both cultural and material backwardness. For this reason, this pamphlet did not hesitate to relate the Catholic Church to the expression 'dead hands'. This term not only indicated the fact that ecclesiastical properties could not be objects of human commerce, but also expressed the idea that this religious denomination represented the lack of movement, with which the Chilean liberals of the time identified the notions of progress and modernity. For instance, on August 8, 1823, *El Liberal* exclaimed: "With these funds stuck in dead hands, with those closed fields in the middle of our city, how many useful things could be undertaken!"³⁷

The religious argument. The editors of the *El Liberal* constantly insisted that their aim was not to attack religion itself, but the absence of freedom given to this matter. For this reason, they did not hesitate to use arguments of authority drawn from the Bible. For instance, on January 3, 1824, the *El Liberal* said that Abraham learned that he should receive foreigners in his

by Juan Egaña. Afterward, it will work again on August 17 of the same year. See Silva Castro, *Prensa y periodismo en Chile*, p. 76.

³⁵ "El Liberal," p. 10. The names of people are not cited since the published articles reflect the stance of *El Liberal*.

³⁶ *Ibid.*, p. 11.

³⁷ *Ibid.*, p. 15.

house even if they possessed a different God.³⁸ A second interesting example of the use of the religious argument can be seen when, on November 11, 1824, *El Liberal* argued that Jesus of Nazareth established tolerance as one of his main principles. The editors claimed that, although the Samaritans were schismatic and intolerant of the Hebrew people, Jesus taught the apostles to tolerate them.³⁹ They then added that the prayers of Protestants are not so different from those of Catholics because they both call on the same Lord.⁴⁰

The utilitarian argument. This argument was the one perhaps most frequently raised. It stated that diversity of beliefs and opinions was fundamental for the best ideas or greatest things to flourish. On January 16, 1823, *El Liberal* posed the issue in these terms: “We can still return to ignorance, to brutalization, to servitude. [But] we are already more intelligent [because] our ideas have flown more highly, [so] we are capable of great things. Everything is an effect, a series of your virtues, which were communicated from your hearts to ours”.⁴¹ In general, the authors of *El Liberal* were convinced that the diversity of ideas would necessarily produce greater intellectual and scientific knowledge. For this reason, they added: “All the enlightened men of Spain, Portugal, France, and other Catholic countries are convinced of the just need to establish religious tolerance everywhere”.⁴²

Finally, it is *the liberal argument*. When criticizing article 10 of the 1823 Constitution, which established the Catholic religion as the official state religion and excluded the worship of any other, the editors of *El Liberal* claimed that the state cannot have dominion over religious beliefs because “my conscience and my opinion do not belong but to me alone, and I must not give account of them but to the same God that I adore”.⁴³ This argument could be understood as liberal in itself because the center of its reasoning is the idea that individuals have rights that cannot be taken away by any other power, including the state.

Precisely on the basis of this specifically liberal argument, the authors of this pamphlet also strongly defended freedom of the press. In addition, they defended this freedom in order to be able to, among other things, criticize the power the Catholic Church had over Chilean society. On January 16, 1824, *El Liberal* printed: “Freedom of the press is the surest guarantor of civil liberty, just as newspapers are the barometer of opinion. But Chile lacks both. In Chile,

³⁸ *Ibid.*, p. 120.

³⁹ *Ibid.*, p. 235.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 235-236

⁴¹ *Ibid.*, p. 133.

⁴² *Ibid.*, p. 126.

⁴³ *Ibid.*, p. 141.

the criminal, the fanatic, and the proud is more willing to be a vile slave than to be syndicated by the press".⁴⁴

Unlike conservatives, liberals believed that individuals should be the epicenter of political and social action. Obviously, they did not think of individuals as acting in isolation, but in what Carlos Forment calls a "civic democracy," which is "understood in Tocquevillian terms as a daily practice and form of life rooted in social equality, mutual recognition, and political liberty, [and that] was, by the mid-nineteenth century, rooted in the region".⁴⁵

From *El Liberal*, it can be concluded that religious tolerance was part of this standpoint. Otherwise, it is no coincidence that the 1828 Constitution, promulgated by Francisco Antonio Pinto and drawn up by José Joaquín de Mora, expressly enshrined this right.⁴⁶ Despite the fact that Article 3 stated that the national religion was "the Catholic Apostolic Roman, excluding the public exercise of any other," Article 4 added that one would be persecuted or harassed for their private opinions".⁴⁷ At first sight, this provision does not seem to deviate from Egaña's approach, who argued that he was not in favor of persecuting private opinions (or worship); nevertheless, it had one great difference: although it did not recognize the public worship of non-Catholic denominations, it did establish a certain recognition of the existence of religious diversity in the country. This, considering the period studied here, constituted a truly important advance because, in practice, it implied a public recognition of non-Catholic denominations.

The reference to the 1828 Constitution shows that the ideas expressed in *El Liberal* were not isolated, and that they represented an emblematic vision in the 1820s, which was legally enshrined in the constitution. However, the triumph that the Charter of 1828 represented for the liberals was momentary, since it would soon be defeated by the conservative revolution of 1829 and, in legal terms, by the 1833 Constitution, which implied a return to the exclusion of the religious tolerance included in the 1823 Constitution.

Specifically, Article 5 of the Charter of 1833 established that the "religion of the Republic of Chile is Catholic, Apostolic and Roman, excluding the public

⁴⁴ *Ibid.*, p. 131.

⁴⁵ Forment, *Democracy in Latin America*, p. xi.

⁴⁶ Most historians assert that Mora was the principal author of the 1828 Constitution. Collier, for instance, asserts: "The Constituent Congress of 1828 had set high standards of debate and was a contrast to the acrimonious and futile congresses of the recent past, and the Constitution itself was drawn up with the help of José Joaquín de Mora, who even Juan Egaña was forced to admire, though Manuel de Salas found him 'somewhat ideological'". Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence*, p. 321.

⁴⁷ *Constitución de la República de Chile*. 1828.

exercise of any other”.⁴⁸ Although this provision seems to tacitly recognize the private exercise of non-Catholic cults, it was a setback with respect to the Liberal Charter of 1828. The country would have to wait until 1865 before an interpretative law in the 1833 Constitution provided non-Catholics with the right to worship in private venues, just as the 1828 Constitution had provided 37 years earlier.

5. UNEXPECTED ALLIES: HEMAN ALLEN, SAMUEL LARNED, AND GEORGE CANNING

It is still surprising to consider that Chilean liberals were not the only ones defending religious tolerance; they had the intellectual help of the plenipotentiary ministers of the United States in Chile: Heman Allen (1824-1827) and Samuel Larned (1828-1829).⁴⁹ Just one day after taking office, Allen addressed an official letter to the Chilean Foreign Minister, in which he complained about the lack of religious tolerance for American citizens in Chile. Due to its relevance, this short letter is worth reading in its entirety:

The Minister Plenipotentiary of the United States of America has the honour to represent to the Minister of Foreign Relations that perceiving with sincere regret, that the laws and usages of Chile, the citizens of his country, as well as other foreigners, are denied the free exercise of their accustomed religions worship, and the solemn rites of interment: and having learned, that in some instances, shameful indecencies have been committed, upon the dead bodies of his countrymen: finds himself constrained, by every obligation of duty, so far as respects American citizens respectfully to tinge, upon the consideration of the government of Chile, the necessity of providing by law, for the protection of those privileges, which they have thus be accustomed to enjoy; embracing future as well as present residents, occasional as well as permanent ones.

And believing that a request, in itself so just, and founded upon those principles of reciprocity, which form the great basis of national intercourse, will be met the government of Chile, which such corresponding an act shall banish every motive of complaint: and thus afford a repetition of its desire, to perpetuate those friendly relations, which new so happily subsist, the undersigned salutes the Minister, with his most distinguished consideration. Heman Allen.⁵⁰

⁴⁸ *Constitución Política de 1833*, p. 3.

⁴⁹ “Chiefs of Mission for Chile,” Office of The Historian, <https://history.state.gov/departmenthistory/people/chiefsomission/chile> [January 2, 2022].

⁵⁰ “El Liberal,” pp. 154-155.

As we can see, this letter constitutes a strong claim in favor of American citizens. However, and probably as a kind of division of functions with Allen, Larned became the more vocal participant in the public debate on the benefits of federalism and religious tolerance at a time when Chile was discussing the possibility of establishing a federal system. Ricardo Donoso notes that Larned was “the most enthusiastic defender of freedom of worship and the most passionate propagandist for federalism”.⁵¹

While serving as the United States Secretary of the diplomatic office in Chile (he became Minister Plenipotentiary later), Larned published some “observaciones” on Egaña’s writings, in which Egaña vehemently criticized United States federalism. At the same time, Larned took the opportunity to refute Egaña’s vision of religious tolerance. In many aspects, his arguments were very similar to those made by the Chilean liberals (see the previous section).

Larned responded to Egaña’s idea that religious tolerance, specifically the recognition of the worship of Protestants in private places, threatened the existence of the state since the state should have a common collective identity. For example, Larned said that in the United States it was possible to reconcile the existence of homogeneous laws with the religious and cultural freedom of citizens.⁵² His central argument maintained that diversity was precisely what characterized his country and formed the basis of its order and progress. Larned argued: “Reason and experience have shown that the only government legislation on this point must be negative;⁵³ with a simple declaration of the equality of the rights of all, insofar as it does not harm peace and good order of society”.⁵⁴

Furthermore, Larned contradicted Egaña’s argument that religious tolerance could lead to irreligion. According to him, “the experience of England, of the other Protestant countries of Europe, and especially that of the United States of about two hundred years, has shown that the multitude of religions in a state does not lead to irreligion, but they purify and promote not only religion but also national morality”.⁵⁵

In addition, Larned made a pragmatic but very interesting argument because it exposed the contradiction of Egaña and the conservatives to the light of the sun. He pointed out that, thanks to the religious freedom existing in the United States, the Catholic denomination had experienced great growth. Larned implicitly argued that it was not logical to defend the religious freedom

⁵¹ Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, 73.

⁵² Larned, *Observaciones en contestación*, p. 12. The original edition was in 1825.

⁵³ Negative in terms of unmolested exercise of religious worship.

⁵⁴ Larned, *Observaciones en contestación*, p. 17.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 18.

of Catholics in the United States without, at the same time, doing the same with Chilean or foreign Protestants living in Chile. Specifically, he revealed that Egaña's argumentative trap consisted in presenting religious unity as essential for the state, but that such unity was necessarily and solely based on the Catholic religion.⁵⁶

In other words, for Larned, equality before the law and religious tolerance were reciprocal entitlements for all people, regardless of the religious beliefs they possessed. For him, the right of minorities to express their beliefs and undertake worship was most relevant and religious tolerance did not produce anarchy or chaos but a *modus vivendi* in which everyone benefited.

Finally, it is interesting to note that, almost at the same time as Heman Allen's complaint about the lack of tolerance, George Canning, Foreign Minister of the United Kingdom,⁵⁷ made a very similar claim: "It is important to secure to British subjects, who may at any time establish themselves in Chile, and in the several states of the South America continent, not only the enjoyment of civil rights, but the unmolested exercise of religious worship".⁵⁸ And then, he added: "The toleration of religious opinions, unmolested exercise of religious worship, and the decent celebration of the rites of sepulture, according to their own persuasion, are no less indispensable for the comfort and well-being of the members of a Christian community".⁵⁹

Unsurprisingly, the intervention of the British minister caused a certain scandal in the conservative circles of Chile who discussed in the press, for example, whether Canning's words constituted a request or an imposition. But the truth is that, although Chile was indeed a country with a Catholic majority, the need for greater civil liberties, including the need to recognize the worship of Protestants, was a hotly debated topic in the public sphere, particularly in the media of the press.

CONCLUSION

When Maria Graham wrote her diary in 1822, a year before the fierce debate on religious tolerance began in the country, she noticed that the society she was discovering and exploring was in a dilemma: to advance or not, and to what extent, towards becoming an open society. For example, on June 2, 1822, she wrote: "I am interested in the character of the people and wish well to the good

⁵⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁵⁷ "George Canning. British statesman", *Britannica*:
<https://www.britannica.com/biography/George-Canning> [January 2, 2022].

⁵⁸ "El Liberal," 155.

⁵⁹ *Íbidem*.

cause of independence. Let the South American colonies one secured that, and civil liberty, and all its blessings, will come in time”.⁶⁰

Graham recalls an occasion when she attended a worship ceremony in a Catholic church. Graham said that while she was inside the church, praying to her only God with fervor, she was suddenly interrupted in her prayers by the Marian processions, through which the Catholics venerate the mother of Jesus as the main mediator between God and human beings. She commented: “I never felt my devotion more fervent, but I was soon roused from it to join in the procession, and then, indeed, I felt my Protestant prejudices return”.⁶¹

Her observations begged several pivotal questions: Did the country need to advance toward a society in which there were no prejudices between the different religious denominations? Was Chile prepared for a system that recognized at least the private worship of the Protestants? While for the conservatives both questions called for a negative answer, for the liberals the establishment of a regime of religious tolerance was not only possible, but also necessary. Also, as we have already seen, the concept of religious tolerance was quite limited, constituting only a first step along the path toward an open society in terms of civil liberties.

In summary, it can be said that an important difference between conservatives and liberals resided in the fact that while the former believed in the need to impose a certain moral order through the state, the latter accepted a broader pluralism of values. And it is worth recalling that the conservatives believed that customs should have a Catholic basis. Therefore, the debate on religious tolerance in post-independence Chile (and perhaps in Latin America as a whole) was a dispute between tradition and modernity, or more specifically, between conservative modernity and liberal modernity. Why? In the first place, even though the conservatives also believed in material progress (Egaña loved science and was a gifted inventor),⁶² at the end of the day they defended the idea that social and moral order should be protected by a certain religious belief, the Catholic faith. In this sense, religious tolerance was presented as a path towards either disorder or chaos. The liberals, unlike their adversaries, wanted to establish civil liberties, such as freedom of the press and religious tolerance. They understood the establishment of these civil liberties to be the transition from childhood to adulthood, from ignorance to wisdom. Likewise,

⁶⁰ Graham, *Journal of a Residence in Chile*, p. 30.

⁶¹ *Ibid.*, p. 45.

⁶² Collier highlights this point: “The range of his imagination was wide. Among his more ‘practical’ schemes was a design for a primitive typewriter, and he also drafted the basis for an international system of writing and a type of musical language, both for the purposes of universal communication.” Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence*, p. 262.

they believed that the apparent disorder associated with freedom would allow for the emergence of better and more innovative ideas.

In other words, although the conservatives believed in a certain Enlightenment definition of modernity (for instance, scientific, technological, and educational advances among other aspects), they deeply distrusted individual freedom, in particular when it was related to beliefs or opinions. Represented emblematically by Juan Egaña, Chilean conservatives thought that the social and political order required Catholic religious unity. Furthermore, according to Guerra, these conservatives followed an *absolutist modernity* that consisted of emulating —*mutatis mutandis*— the reformist spirit of the Bourbon dynasty in Catholic Spain.⁶³ At least, this is Bernardino Bravo Lira's thesis, which argues for the continuity between that dynasty and the conservative regime imposed in Chile by Diego Portales and José Joaquín Prieto since 1830.⁶⁴

For their part, the liberals—represented especially in these pages by the pamphlet *El Liberal* and some unexpected allies—gave several arguments in favor of religious tolerance and, in a broader sense, a more open society, which can be summarized by the notion of *alternative modernity* (Guerra) or more simply *liberal modernity*. At the end of the day, the first Chilean liberals sought to put individuals at the epicenter of social and political life, although in a realistic and gradual way, not dogmatically or deontologically. In other words, while traditional society related rights to group status, modern society thought rights pertained to individuals. Taken in this sense, it is no coincidence that in the preamble to the 1828 Constitution, which, as previously mentioned, recognized religious tolerance as indicated above, Francisco Antonio Pinto said that constitutions and laws must limit the power of authorities and guarantee the rights of individuals.⁶⁵

As previously stated, the reference to Francisco Antonio Pinto and the 1828 Constitution is relevant because both represent a political and legal triumph for the liberal position described in these pages. In addition, even though it was only a momentary triumph, since the Charter of 1833 represented a return to that of 1823, the reference is further relevant because the liberal vision of religious tolerance (for example, the one expressed in the pamphlet *El Liberal*) was not something isolated but part of a trend that existed in the 1820s. In fact, another pamphlet that defended the 1828 Constitution, published in 1829, endorsed the idea that one should not be persecuted for private opinions

⁶³ Guerra, *Modernidad e Independencias*, p. 78.

⁶⁴ Bernardino Bravo Lira, *El Estado de Derecho en la Historia de Chile*.

⁶⁵ *Constitución de la República de Chile*. 1828, II.

because such opinions “are not subject to the inspection and jurisdiction of man, but only to that of God [...]”.⁶⁶

Moreover, it is important to recall that a civil war occurred in Chile between 1829 and 1830 that saw conservatives and liberals face off on the battlefield, and which led to victory for the former. After this civil war, the so-called conservative period (1830-1860) began, represented by the 1833 Constitution written mainly by Juan Egaña’s son, Mariano Egaña. This document suppressed religious tolerance absolutely, thus guaranteeing the conservative position and closing the subject of religious tolerance. Specifically, this new constitution put paid to the idea that “no one will be persecuted or harassed for their private opinions”.⁶⁷

As Mark Bloch asserts, to understand the present we must look to the past, but we must also look to the present from the past, regardless of its distance. ⁶⁸By studying the ‘struggle for tolerance’⁶⁹ (and civil liberties in general) from this perspective, it can be concluded that for some minorities (ethnic, national, and sexual, among others) the struggle for tolerance continues. Perhaps, this element justifies this research nowadays.

Finally, the state formation process in Chile, studied mainly from a unilateral and conservatives’ perspective, overlooks the other side of the coin, the liberals’ perspective, and creates a minimized historiography. Despite its apparent binary classification system, distinguishing between conservatives and liberals in the nineteenth century in Latin America (not only in Chile) is a first step toward appreciating the complexity of that time and avoiding the oversimplification of the interests of the political elites.⁷⁰ The distinction referred to here, with all the necessary nuances that must be made, can be useful for a more complete study of the state formation process in Chile and Latin America and the struggle for individual freedom.

⁶⁶ *Breve exposición de la Constitución chilena o diálogo entre un ciudadano y un diputado al Congreso de 1828*, p. 29.

⁶⁷ See article 5, Constitución de la República de Chile, jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833.

⁶⁸ Bloch, *Introducción a la historia*, pp. 34-41.

⁶⁹ For his concept, I follow Henry Kamen, *Nacimiento y Desarrollo de la tolerancia*.

⁷⁰ For instance, Nara B. Milanich does not sufficiently distinguish the relevance of the political struggle between liberals and conservatives in Chile because, for her, the most important conflict among Chileans was determined by a class factor. Nara B. Milanich, *Children of Fate*. The same, *mutatis mutandis*, can be said for Gabriel Salazar, *Construcción del Estado en Chile*.

REFERENCES

I. Primary sources

- “El Liberal”, in Guillermo Feliú Cruz, *Colección de antiguos periódicos chilenos 1823-1824*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1965, pp. 9-343.
- Breve exposición de la Constitución chilena o diálogo entre un ciudadano y un diputado al Congreso de 1828*, Santiago, Imprenta de R. Rengifo, 1829.
- Constitución de la República de Chile de 1828*, Santiago, Imprenta de R. Rengifo, 1828.
- Constitución de la República de la República de Chile, jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833*, Santiago, Imprenta de la Opinión, 1833.
- Constitución Política del Estado de Chile, promulgada en 29 de diciembre de 1823*, Santiago, Imprenta Nacional, 1823.
- Egaña, Juan. “Examen Instructivo sobre la Constitución de Chile”, en Guillermo Feliú Cruz, *Colección de antiguos periódicos chilenos 1824-1825*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1966, 7-51.
- Egaña, Juan, “Proyecto del Código Moral de la República chilena”, en *Colección de algunos escritos políticos, morales, poéticos y filosóficos del Dr. Don Juan Egaña, senador de la República de Chile*, tomo V. Código Moral, Burdeos, Imprenta Laplace y Beaume, 1836.
- Egaña, Juan, *Memoria política sobre si conviene en Chile la libertad de cultos*. Caracas: Imprenta de G.M. Devisme, 1829.
- Graham, María, *Journal of a Residence in Chile. During the Year 1822, and a voyage from Chile to Brazil in 1823*, Charlottesville and London, University of Virginia Press, 2003.
- Larned, Samuel, *Observaciones en contestación a un artículo que se publicó en la abeja chilena sobre sistemas federativos en general, y con relación a Chile; y algunas reflexiones sobre un impreso intitulado “Memoria política sobre si conviene en Chile la libertad de cultos”*, Buenos Aires, Imprenta de Hallet, 1826.
- Repertorio chileno año de 1835*, Santiago, Imprenta Araucana, 1835.

II. Secondary sources

- Baeza, Andrés, *Contacts, Collisions and Relationships: Britons and Chileans in the Independence era, 1806-1831*, Liverpool, Liverpool University Press, 2019.
- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Bravo Lira, Bernardino, *El Estado de Derecho en la Historia de Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996.
- Britannica*, “George Canning. British statesman,” <https://www.britannica.com/biography/George-Canning> [January 2, 2022].
- Campos, Harriet, Fernando, *Historia constitucional de Chile*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1997.
- Collier, Simon, Chile: *The Making of a Republic 1830-1865. Politics and Ideas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- doi: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511512070>

- Collier, Simon, *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833*, Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- Donoso, Ricardo, *Las ideas políticas en Chile*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1946.
- Edwards, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997.
- Forment, Carlos A., *Democracy in Latin America. 1760-1900. Vol. I Civic Selfhood and Public Life in México and Perú*, Chicago, The University Chicago Press, 2003.
doi: <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226112909.001.0001>
- Galdames, Luis, *Historia de Chile. La Evolución constitucional. Vol. I*, Santiago, Balcells & Compañía, 1924.
- García-Huidobro, Cristóbal, “Hablen cartas y callen barbas: notas sobre un epistolario de Juan Egaña”, en García-Huidobro, Cristóbal, y Javier Infante, *Muy Señor Mio. Un Epistolario de Juan Egaña Risco 1801-1833*, Santiago, Academia Chilena de la Historia and Historia Chilena, 2016, pp. 11-19.
- Gray, Jhon, *Two Faces of Liberalism*, New York: The New Press, 2000.
- Guerra, François-Xavier, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009.
- Heise, Julio, *Años de formación y aprendizaje políticos 1810-1833*, Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- Infante, Javier, “La Suiza de América. Antiguo Régimen e Ilustración en Juan Egaña”, *Revista de Historia del Derecho*, núm. 50, 2015, pp. 57-100.
- Kamen, Henry, *Nacimiento y Desarrollo de la tolerancia en la Europa moderna*, Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- Milanich, Nara B, *Children of Fate. Childhood, Class, and the State in Chile, 1850-1930*, Durham, Duke University Press, 2009.
doi: <https://doi.org/10.1215/9780822391296>
- Office of The Historian, “Chiefs of Mission for Chile”, <https://history.state.gov/departments/history/people/chiefs-of-mission/chile> [January 2, 2022].
- Said, Edward W., *Orientalism*, London, Penguin Books, 2003.
- Salazar, Gabriel, *Construcción del Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los “pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2011.
- Silva Castro, Raúl, *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1958.
- Stuven, Ana María, “Tolerancia religiosa y orden social. Juan Egaña vs. José María Blanco White”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 5, 2016, pp. 23-44.

La institucionalización *editorial* de la historia patria en Colombia, 1900-1918: un estudio de la Biblioteca Nacional de Historia

*Gabriel David Samacá Alonso**

Recibido: 8 de junio de 2023

Dictaminado: 21 de julio de 2023

Aceptado: 8 de agosto de 2023

RESUMEN

El artículo busca reconstruir la concepción y puesta en marcha de la Biblioteca de Historia Nacional como parte del proceso de institucionalización que experimentó la escritura de la historia en Colombia en las dos primeras décadas del siglo xx. Esta empresa comenzó como una iniciativa particular para convertirse en uno de los proyectos fundamentales de la Academia Nacional de Historia. Mediante la compilación, preparación y publicación de fuentes documentales, así como la difusión de investigaciones originales, se sentaron las bases para la práctica científica de la historia. A partir de algunas herramientas de la historia de la edición, sostenemos que la formalización del saber histórico en este país norandino fue posible gracias a la labor editorial que emprendió el Estado para afianzar una visión del pasado centrada en la construcción del orden republicano por encima de las diferencias partidistas. La historia oficial elaborada desde la Academia no estuvo exenta de las debilidades administrativas, limitaciones económicas y avatares propios de un Estado en tiempos de postguerra. El trabajo se basa en el estudio de la correspondencia

* Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia. Correo electrónico: gsamaca@uninorte.edu.co.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8319-2073>

institucional, documentación personal de uno de los principales editores de la Biblioteca, los volúmenes publicados en las dos primeras décadas y publicaciones seriadas.

Palabras clave: *historia patria, Biblioteca de Historia Nacional, Academia Nacional de Historia, historiografía, historia de la edición, Colombia.*

The editorial institutionalization of the national history in Colombia, 1900-1918: a study of the National Library of History

ABSTRACT

The article seeks to reconstruct the conception and implementation of the National History Library as part of the institutionalization process that history writing experienced in Colombia in the first two decades of the 20th century. This company began as a private initiative to later become one of the fundamental projects of the National Academy of History. Through the compilation, preparation, and publication of documentary sources, as well as the dissemination of original research, the foundations for the scientific practice of history were laid. Based on some tools from the history of publishing, we argue that the formalization of historical knowledge in this northern Andean country was possible thanks to the editorial work that the State undertook to consolidate a vision of the past focused on the construction of the republican order above partisan differences. The official history elaborated from the Academy was not exempt from the administrative weaknesses, economic limitations and vicissitudes of a State in post-war times. The work is based on the study of institutional correspondence, personal documentation of one of the main editors of the Library, the volumes published in the first two decades and serial publications.

Key words: *National History, National History Library, National Academy of History, Historiography, History of publishing, Colombia.*

INTRODUCCIÓN

Colombia arribó al siglo xx de manera traumática gracias al saldo que dejó la guerra civil más extensa de su historia republicana (1899-1902), la separación del departamento de Panamá (1903), un contexto de polarización política y un ambiente de postración económica y moral.¹ A pesar

¹ Bergquist, *Café y conflicto en Colombia*, Sánchez y Aguilera (eds.), *Memoria de un país*, Bonilla y Montañez (eds.), *Colombia y Panamá*.

de la victoria de las tropas oficiales, este escenario representó la debacle de un proyecto político que, si bien inició desde las filas moderadas de los dos partidos políticos tradicionales, fue conservatizándose progresivamente hasta llegar a la confrontación fratricida de los Mil Días.² En términos culturales e ideológicos los sucesivos gobiernos que se extendieron desde 1878 hasta 1930 —La Regeneración, el quinquenio de Rafael Reyes, el paréntesis republicano y la República Conservadora— se arroparon bajo los preceptos del hispanismo, el catolicismo y el tradicionalismo.³ No obstante, se presentaron disidencias y debates que obligan a matizar la supuesta homogeneidad cultural durante esta transición finisecular.⁴

La construcción de una cultura de alcances nacionales con epicentro en la capital de la República fue retomada desde finales del ochocientos cuando se crearon varias instituciones enfocadas en el cultivo de la lengua, las bellas artes, la música y la ciencia.⁵ Sin embargo, la puesta en marcha y el alcance de estas entidades deja mucho que desear sobre el éxito de un proyecto hegemónico a escala nacional.⁶ En el marco de la postguerra y con miras a recomponer la maltrecha comunidad nacional, algunos sectores de las élites políticas consideraron pertinente acudir a la historia como fuente de cohesión social y superación de los odios partidistas.⁷ A diferencia de lo que considera Carlos Rincón, quien postula que la propuesta de crear una academia de historia fue de los vencedores de la guerra civil, se plantearon antes por lo menos dos propuestas para crear una institución oficial encargada de cultivar el pasado nacional.⁸ Los hombres de prensa, Pedro María Ibáñez (1854-1919) e Ignacio Borda (1849-1897) sugerían una institución centrada en la defensa

² Palacios, “La regeneración ante el espejo liberal”, pp. 261-278 y Abel, *Política, Iglesia y Partidos*, pp. 15-98.

³ Urrego, *Intelectuales, estado y nación en Colombia*, pp. 37-82.

⁴ Así como los liberales recuperaron lentamente espacios para la participación política, a nivel cultural corrientes filosóficas, literarias y, en general, de pensamiento más “moderno” hicieron presencia en algunas instituciones educativas y medios impresos. Una visión matizada sobre la cultura durante la transición del siglo XIX al XX en: Sierra (ed.), *La hegemonía conservadora*.

⁵ Para el tema del cultivo de la gramática como fuente de poder véase *Deas*, Miguel Antonio Caro y amigos: *Gramática y poder en Colombia*, pp. 25-60. Más recientemente: Rodríguez, *The City of Translation*. Jiménez, *Ciencia, lengua y cultural nacional*. Para el tema de las asociaciones científica en la época consultar: Obregón, *Sociedades científicas en Colombia*. Acerca de la creación de la Academia de Bellas Artes y el rol jugado por el general, pintor y hombre de prensa conservador, Alberto Urdaneta, véase Moreno, Alberto Urdaneta.

⁶ Süsselbeck, *Las Academias Correspondientes*, pp. 271-294.

⁷ Melo, *Historiografía Colombiana*, pp. 85-90, Tovar, *Porque los muertos mandan*, pp. 155-165, Betancourt, *Historia y Nación*, pp. 45-84 y Rodríguez, *Memoria y olvido*, pp. 14-15.

⁸ Rincón, *Avatares de la memoria*, p. 76.

de la historia nacional. Por su parte, José María Vergara y Vergara (1831-1872) o Carlos Holguín (1832-1894) querían que tal entidad fuese una filial de la academia española para enfatizar en el legado de la madre patria.⁹

Así pues, meses antes de terminar la guerra, en mayo de 1902, fue sancionada la creación de una Comisión de Historia y Antigüedades Patrias encargada de velar por el pasado de la nación, sus archivos y antigüedades.¹⁰ Conformada por hombres pertenecientes a los dos partidos políticos, entre los que se contaban abogados, médicos, ingenieros y militares, a finales de ese mismo año la corporación ascendió a la categoría de academia gracias a la presión que ejercieron algunos de sus miembros al Gobierno de José Manuel Marroquín.¹¹ La creación de la Academia Nacional de Historia (ANH) representó el punto de llegada de una forma de practicar la historia cuyas características se perfilaron con claridad en el último tercio del siglo XIX.¹² Quienes cultivaban de manera individual y aislada el pasado desde una perspectiva patriótica contaron, a partir de entonces, con un lugar de encuentro que sirvió de plataforma para poner en funcionamiento proyectos conmemorativos, pedagógicos y editoriales a fin de instalar la *historia patria* como un saber legítimo y necesario en la reconstrucción del orden republicano.¹³

Como parte de este proceso, en el presente artículo nos ocuparemos de uno de los principales proyectos editoriales que contribuyeron a la

⁹ Las propuestas hispanistas de crear una academia de historia en Vergara y Vergara, J. M., “Introducción”, *Revista de Bogotá*, Tomo I, núm. 1, agosto de 1871, p. 6. Sin autor, “Varia”, *Colombia Ilustrada*, núm. 11, Bogotá, 15 de marzo de 1890, p. 175 y Sin autor, “Varia”, *Colombia Ilustrada*, núm. 15, Bogotá, 15 de agosto de 1890, pp. 239-240. La postura nacionalista fue impulsada por Pedro María Ibáñez e Ignacio Borda, liberal y conservador moderado respectivamente. Su postura se puede ver en *Las Noticias*, año IV, núm. 239, Bogotá, sábado 24 de agosto de 1889, p. 188 y *Las Noticias*, año IV, núm. 300, Bogotá, 21 de junio de 1890, s.p.

¹⁰ Ministerio de Instrucción Pública, “Resolución Número 115 (9 de mayo de 1902). Por la cual se establece una Comisión de Historia y Antigüedades Patrias”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, año I, núm. 1, septiembre de 1902, p. 1.

¹¹ Vicepresidencia de la República, “Decreto Número 1808 de 1902 (12 de diciembre) por el cual se crea la Academia de Historia y Antigüedades”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, año I, núm. 5, enero de 1903, pp. 195-196.

¹² Samacá, “La labor historial del Ibáñez”.

¹³ Al respecto, Cardona hace hincapié en el sentido pedagógico, retórico y movilizador de la historia patria a partir de la preocupación por la materialidad del discurso histórico. Las empresas editoriales ligadas a la Academia de Historia abarcaron diferentes formatos como las obritas de uso escolar, la publicación seriada y el libro, ya fuese individual o parte de una colección. Véase Cardona, Patricia, “Repensar la historia patria: materialidad, formas narrativas y usos. Colombia segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, núm. 16, enero-junio de 2011, pp. 33-56.

institucionalización de la historia y la consolidación de la ANH: la Biblioteca Nacional de Historia (BNH). A lo largo de las dos primeras décadas del siglo pasado, sus promotores, el abogado conservador de línea moderada, Eduardo Posada Muñoz (1862-1942) y el médico liberal, también moderado, Pedro María Ibáñez (1854-1919), lideraron la publicación de una veintena de títulos que esperaban convertir en un monumento para afianzar la historia de la patria. ¿Cuáles fueron sus propósitos y alcances? ¿Qué logros consiguieron con esta empresa editorial y qué avatares experimentó? ¿De qué manera esta colección sirvió para institucionalizar la historia como un conocimiento con pretensiones científicas y cuál fue su destino? ¿Cómo fue recibida por el público?¹⁴ Como veremos a continuación, a pesar de su carácter oficial, la historia cultivada en la Academia no estuvo exenta de las debilidades administrativas, limitaciones económicas y avatares propios de un Estado en tiempos de postguerra.

UNA COLECCIÓN PERSONAL: EL MOMENTO DE POSADA E IBÁÑEZ (1901-1910)

A finales del siglo XIX, en el mundo occidental las colecciones editoriales —algunas de las cuales tomaron el nombre de Bibliotecas— fueron un artefacto impreso ligado a la construcción de comunidades nacionales y la estructuración de las disciplinas científicas mediante la sistematización, difusión y mediación de los conocimientos. Según Miriam Nicoli, la publicación de estas series: “Se adapta a la profesionalización del oficio de sabio y, en paralelo, al declive del interés por las publicaciones de divulgación popular”.¹⁵ Al lado de otros impresos con funciones académicas, las colecciones se inspiraban en el principio de la reunión de textos que apuntaba a la totalidad del conocimiento compilado en pos de la exhaustividad en un campo del saber específico. Ello explica la condición serial que posibilitó la entrada, de manera progresiva, a un número cada vez mayor de autores y títulos al mercado editorial. Como bien

¹⁴ Indirectamente, el trabajo toma como referencia algunos aspectos del circuito de la comunicación propuesto por Darnton en 1982 el cual, más allá de los reparos y críticas de los que ha sido objeto, representa una propuesta flexible para pensar la historia de la edición como una subdisciplina que articula prácticas editoriales, de lectura y escritura de diferentes agentes del mundo del libro. Claro está, el artículo no pretende abordar todos los momentos que el autor identificó y definió para el mundo libresco en el siglo XVIII. Véase Darnton, Robert, *El beso de Lamourette*, pp. 117-146. Una revisión del mismo por parte del historiador estadounidense a su modelo original en Darnton, Robert, “Retorno a “¿Qué es la historia del libro?””, *Prismas*, núm. 12, 2008, pp. 157-168. Una visión general de la historia del libro que también sirve de referente a este trabajo es: Finkelstein y McCleery, *Una introducción a la historia del libro*.

¹⁵ Nicoli, “Entre declaraciones de editores”, pp. 50-51.

señala Mollier, tampoco podemos perder de vista sus efectos en la definición de la condición autoral, particularmente en lo atinente a la consagración de algunos nombres como autores nacionales.¹⁶

En Colombia, hasta los años ochenta del siglo XIX surgieron las primeras colecciones especializadas en campos como la Filosofía, la Geografía y la Historia. Tales objetos no pasaron de ser compilaciones de textos presentados en un solo volumen. Este panorama empezó a cambiar a partir de 1893 cuando apareció la Biblioteca Popular, iniciativa del librero e intelectual Jorge Roa (1858-1927), quien reunió por primera vez a escritores nacionales y extranjeros con el fin de promover, a precio módico, el acceso a las grandes obras del pensamiento.¹⁷ Con estos escasos antecedentes a principios del siglo pasado surgió una nueva colección bibliográfica dedicada al emergente campo de la historia. Hasta ese momento, los interesados en el pasado nacional o universal accedían a este saber a través de títulos sueltos; ya fuesen compendios para uso escolar, obras más robustas dirigidas a un público más amplio y algunas compilaciones documentales que, como las crónicas coloniales, estaban dirigidas al reducido mercado de los eruditos.¹⁸

Para el caso que nos interesa, la BHN representó toda una novedad en el mundo editorial colombiano de principios de siglo por varias razones, entre ellas, la de estar dedicada a un saber con pretensiones científicas y la de gozar de apoyo oficial para su impresión. En el periodo de estudio, esta colección experimentó dos periodos diferenciados por los actores que controlaron el proyecto editorial y el tipo de obras publicadas. En el primero, que abarca de 1901 a 1910, el protagonismo recayó en Ibáñez y Posada, quienes definían los títulos, gestionaban los manuscritos y determinaban la distribución de los volúmenes. En el segundo, que hemos ubicado entre 1911 y 1918, la Academia de Historia y el Gobierno nacional tomaron las riendas de la empresa editorial más allá de la financiación estatal que siempre recibió.

Pero, ¿cómo surgió esta iniciativa? En 1899, tras compartir el premio de un concurso con motivo del primer centenario de nacimiento del prócer José María Córdova, Posada e Ibáñez propusieron al Gobierno nacional el rescate de una serie de manuscritos que se hallaban dispersos, olvidados y en riesgo de perderse. El referente inmediato fue el incendio de las Galerías Arrubla donde se hallaba el Archivo del Concejo de Bogotá, perdiéndose buena parte de la documentación del periodo colonial de la ciudad.¹⁹ La propuesta tenía, entre otros objetivos, contribuir a posicionar la nación colombiana en el concierto

¹⁶ Mollier, *La lectura y sus públicos*, pp. 161-167.

¹⁷ Pineda, “Colecciones colombianas”, pp. 279-310 y “Jorge Roa y la Librería Nueva”, pp. 109-130.

¹⁸ Cardona, *Trincheras de tinta*.

¹⁹ Corradine, “Las Galerías de Arrubla”.

civilizatorio internacional. Para ello, los proponentes estaban dispuestos a ceder los documentos que habían recopilado informalmente a lo largo de su vida y que resguardaban en sus bibliotecas personales.²⁰ Además, ofrecieron la escritura de los prólogos, la anotación de cada volumen y la supervisión de los trabajos de imprenta.²¹ Al parecer, la propuesta tuvo eco entre las autoridades nacionales por lo que podemos inferir que el contrato de publicación se firmó poco antes de la creación de la CHAP. Legalmente, Posada e Ibáñez fueron los primeros titulares de la propiedad literaria de la colección que más tarde pasaría a ser de la Academia.²²

Concebida como un “monumento que intentamos levantar a nuestra historia” y “obra de civilización y patriotismo”, la BHN fue asumida por sus promotores como una respuesta intelectual a las “horas de tan crueles golpes y de congojas tántas [sic]” que vivía el país a principios de siglo. “Sean, pues, las hojas de estos libros como hojas de las plantas que crecen sobre un campo de combate y cubren piadosas los despojos de la carnicería”, decían con una gran dosis de esperanza los editores.²³ Según los interesados, tal empresa era necesaria ya que la publicación de la historia nacional se había dado en otros países como Francia, España y Venezuela. Junto a la preocupación porque el país imprimiera sus propias obras, subrayaron la perentoria adhesión a los principios de la ciencia histórica europea que estaba llamada a derrumbar “historietas” mediante la “paciente investigación” basada en documentos. La concepción de la historia que animaría la BHN conjugaba aspectos de la historia como tribunal y su afán por hallar la verdad como un fallo judicial, el necesario disfrute literario y el perfeccionamiento político que pudiera derivarse del conocimiento social.²⁴

De acuerdo con los editores, la empresa editorial que inicialmente debía ocuparse del rescate de piezas originales, estaba llamada a contrarrestar “los himnos deificadores, á las fábulas cándidas, á la ciega diatriba” reemplazándolas por “el análisis frío, la realidad sin máscara, la justa apreciación de los

²⁰ Farro, Máximo, “Ciencias del archivo”, pp. 225-249. Las bibliotecas personales de estos letrados pueden ser entendidas como bibliotecas de trabajo, concepto que incluye tanto el acervo bibliográfico como diferentes tipos de materiales impresos y manuscritos que sirven como “taller” del historiador.

²¹ Carta de Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez al Sr. Ministro de Instrucción Pública, Bogotá, 24 de diciembre de 1901, en Velandia, *Un siglo de historiografía*, p. 72.

²² La referencia a la propiedad literaria la encontramos en una nota del segundo tomo publicado en 1903.

²³ Posada, Eduardo, “Introito”, en Posada Muñoz, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (eds.), *La Patria Boba*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1902, p. v.

²⁴ Posada, Eduardo, “Introito”, en Posada Muñoz, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (eds.), *La Patria Boba*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1902, pp. x-xii.

acontecimientos y de los hombres”.²⁵ Aunque no era frecuente en el país explicitar los referentes historiográficos de estos aficionados al pasado, los creadores de la colección manifestaron abiertamente sus simpatías por los avances en la disciplina histórica de países como Suiza, Alemania y Francia. En particular, referenciaron los nombres de Champollión y Langlois, a quienes sumaron algunos autores colombianos que, como los hermanos Ángel y Rufino José Cuervo, habían dado muestras fehacientes de una historia rigurosa.²⁶

El monumento a la historia nacional debía estar conformado por documentos inéditos y trabajos históricos agotados que servirían para sentar las bases de la historia científica de la nación. Entre los títulos que tomaron como ejemplo citaron las crónicas de Pedro Simón o las de Lucas Fernández de Piedrahita, publicadas en los años ochenta por Medardo Rivas.²⁷ El primer subperiodo de la historia de la BHN se caracterizó por el predominio de compilaciones documentales dedicadas a la Independencia. Así, el volumen inaugural titulado *La Patria Boba*, reunió tres documentos de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, dos de los cuales fueron donados por particulares a los editores y uno más encontrado en la Biblioteca Nacional.²⁸ La edición, que contó con el decidido apoyo del Ministro de Instrucción Pública, José Joaquín Casas, incluyó referencias biográficas de los autores de los documentos, así como correcciones, anotaciones y comentarios sobre el contenido.²⁹

La decisión de iniciar la colección con estos documentos correspondía a un interés por las fuentes de los albores de la República, entre las que se

²⁵ Posada, Eduardo, “Introito”, en Posada Muñoz, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (eds.), *La Patria Boba*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1902, p. vii.

²⁶ Es interesante la referencia directa y relativamente temprana a la versión francesa de la *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos publicada originalmente en 1898. Como sabemos, fue uno de los manuales que difundió los principios de la escuela metódica alemana en comparación con la obra Ernest Bernheim que apareció en 1889, la mejor síntesis de dicha escuela pero que no tuvo traducción al castellano sino décadas después. Véase Betancourt, *América latina*, pp. 61-62.

²⁷ A manera de ejemplo se puede mencionar: Fernández de Piedrahita, Lucas, *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1881. Otro de los referentes citados fue la compilación de: Cuervo, Antonio, Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia, 4 vols., Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891-1894.

²⁸ Los manuscritos trataron los últimos días de la Colonia, los sucesos en torno al 20 de julio en la pluma de un testigo y un poema de tinte realista, que en su conjunto ofrecían gran claridad y “tanta riqueza de detalles. Sus títulos eran: *Tiempos coloniales* de J. A., Vargas Jurado, *En la Independencia* de J. M. Caballero y *Santafé Cautiva* de J. A. de Torres y Peña. “Acta de la sesión del 1º de junio, 1902”, en: AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fl. 7.

²⁹ Posada, Ibáñez, *La Patria Boba*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1902.

ponderó especialmente aquellas que se llevó Pablo Morillo para España en la coyuntura de la restauración monárquica y la cual pretendían recuperar.³⁰ Tras la publicación del primer título, los editores confiaban que se desataría una oleada de reminiscencias por el pasado patriótico traducida en la puesta a disposición de archivos privados:

Pueda ser que la visita de este prefacio —y en ello no hay vanidad— contribuya á hacer obra de renacimiento y salud en nuestros ateneos hoy mudos: quizá con esta simple insinuación reaparecerán viejas reminiscencias; brotarán de las bibliotecas y archivos —hoy especie de panteones— la tradición conmovedora, el episodio íntimo, la anécdota gráfica; y vendrán muchos hombres de estudio á contemplar desde las cumbres de nuestra historia, el pasado glorioso, el presente tan triste, y allá un porvenir envuelto aún por la neblina. En esta cúspide se respirará al menos, un aire más puro y más benéfico que en medio de los miasmas de la política!³¹

Como sucedió con la biografía documental dedicada a Antonio Nariño, segundo título publicado, la documentación fue recuperada de trabajos anteriores como el realizado por Vergara y Vergara, así como de papeles que estaban en manos de coleccionistas privados.³² A medida que se adelantaba el trabajo editorial, Posada e Ibáñez, ya en el seno de la Academia, compartían avances en las sesiones regulares. A propósito de estos primeros títulos que, como vemos, tenían un claro énfasis en la Independencia, es posible apreciar la división del trabajo editorial. Posada se ocupaba de la escritura de los prólogos, mientras que Ibáñez anotaba la documentación y de cuando en cuando corregía la tipografía de las pruebas. El acopio y organización de toda la documentación era una tarea compartida.³³ Para la confección de cada volumen, los editores procedían a partir de una serie de criterios intelectuales y de método. Entre ellos, era prioritaria la originalidad de los documentos respecto a versiones corregidas y “disminuidas” que no se ajustaban a la concepción de la

³⁰ “Acta de la sesión del 1º de junio, 1902”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fl. 7. “Informe del Secretario. Dr. Pedro M. Ibáñez, 1902”, en *Academia Colombiana de Historia, Informes Anuales de los Secretarios de la Academia durante los primeros cincuenta años de su fundación, 1902-1952*, pp. 18-19.

³¹ Posada, “Introito”, pp. 20.

³² Posada, “Prefacio”, pp. 32.

³³ En el primer informe rendido por Ibáñez como secretario afirmó con una gran dosis de modestia ante un selecto auditorio: “Como prenda de la seriedad de la obra, básteme decir que es uno de sus editores el señor Eduardo Posada, nuestro Presidente, a quien toca cubrir con su erudición reconocida la incompetencia de su compañero en estos trabajos de edición de la Biblioteca de Historia.” Véase: “Informe del secretario. Dr. Pedro M. Ibáñez, 1902”, en *Academia Colombiana de Historia, Informes Anuales de los secretarios de la Academia durante los primeros cincuenta años de su fundación, 1902-1952*, p. 17.

obra y la colección. Otros gestos editoriales eran la rectificación de datos gracias a la búsqueda de la fuente original en los archivos “curiales”, la explicación a los lectores de la importancia de los documentos insertados y la búsqueda de amenidad que debía presidir la escogencia de las piezas.³⁴

A pesar de los ánimos conciliatorios que precedían la BHN, la cercanía y parentesco de algunos letrados de la época con los forjadores de la Independencia desataron agudas confrontaciones tras la publicación de ciertos títulos. Por ejemplo, el abogado liberal, Adolfo León Gómez (1857-1927), criticó la inclusión de un documento de Nariño que, según él, afectaba la honra y nombre de su familiar, José Acevedo y Gómez, el famoso “Tribuno del Pueblo”, uno de los protagonistas del 20 de julio de 1810. El caso de Gómez deja ver cómo la edición de estas compilaciones documentales no estuvo exenta de polémica al cuestionarse en el seno de la misma Academia aquello que debía publicarse.³⁵ La defensa de los editores consistió en reiterar su misión indeclinable de ofrecer al público de forma íntegra los documentos que tenían a la mano, sin importar los efectos políticos que generasen, máxime cuando no estaban bajo su control. Antes que el cálculo político estaba por encima la verdad histórica que no pretendía “herir a vivos ni a muertos”. En una sesión de la Academia reiteraron que no estaban dispuestos a mutilar la publicación de documentos que debían servir a los historiadores del futuro en su deber de contar la historia tal cual aconteció.³⁶

Más allá de esta polémica, una de las razones que esgrimieron los editores para la publicación de la “biografía documental” fue el descuido en el que estaba la memoria de uno de los hombres más importantes de la historia nacional. A principios del siglo pasado, Nariño no tenía ni una estatua, arco, monumento, columna o mausoleo que le recordara a las nuevas generaciones su importancia histórica. Sus restos los guardaba el militar Wenceslao Ibáñez, último familiar vivo del prócer quien, casualmente, era pariente de Ibáñez. Por tal razón, consideraban imperativo tributar homenaje bibliográfico al prócer: “Va este volumen como modesta corona sobre la memoria del héroe y como muestra de admiración y gratitud para esa sombra inmortal, que velando estará en las regiones de lo ignoto, como lo hiciera en vida, por la salud, independencia y prosperidad de esta patria, probada por tantos y tan crueles infortunios”.³⁷ La admiración a esta figura se evidencia en los epítetos utilizados a lo largo de la obra, entre los que podemos resaltar los de “Gran cundinamarqués”, “Moisés”, “Precursor” e “ilustre bogotano”, entre otros.

³⁴ Posada, “Prefacio”, pp. 11-16.

³⁵ “Acta de la sesión del día 15 de marzo de 1903”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 42-43.

³⁶ “Acta de la sesión del día 15 de marzo de 1903”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 45-46.

³⁷ Posada, “Prefacio”, pp. 32.

La edición de todas las obras representaba una aventura y un desafío particular que bien nos podría llevar, si las fuentes lo permitieran, a reconstruir la historia de cada volumen. Sin embargo, de la primera etapa de la BHN que, como hemos dicho, tuvo un claro interés documental, debemos destacar el caso de la *Recopilación Historial* de Aguado. Este título no sólo representó un giro en el énfasis independentista, sino que involucró una serie de negociaciones entre los editores, altos funcionarios del Gobierno nacional y amigos letrados en España donde se encontraba el documento original.³⁸ Su relevancia estaba en el carácter completamente inédito del mismo, razón por la cual fueron invertidos considerables recursos y esfuerzos para obtener una copia del original que reposaba en la biblioteca de la Real Academia de Historia de España.³⁹ Para los interesados, este “códice” de la “historia antigua” del país sentaba las bases del pasado nacional al contener las primeras noticias de “nuestros aborígenes y nuestros conquistadores”. Con ello, “Viene así el presente libro a prestar un gran servicio a los eruditos. Se podrán ver los yerros de pluma o de imprenta del Padre Simón al comparar sus datos con la fuente de donde los tomó”.⁴⁰

Temporalmente, las restantes compilaciones documentales abarcaron la transición entre el siglo XVIII y el XIX con temáticas ligadas a la ruptura del lazo colonial. Esto se puede apreciar en el volumen titulado *Los Comuneros*, compuesto por documentación original y algunos textos cedidos por historiadores allegados para la ocasión.⁴¹ El origen de los manuscritos se remontó a una copia que los editores hicieron de *El Vasallo Instruido* de Joaquín de Finestrada en 1902, gracias al Ministro de Instrucción Pública y al archivo personal de Ibáñez, a donde llegaron algunas piezas obsequiadas por un compañero de armas de Tomás Cipriano de Mosquera en 1860.⁴² Los otros

³⁸ Aguado, *Recopilación Historial*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. v, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906.

³⁹ La gestión implicó buscar la persona idónea para realizar la transcripción y conseguir recursos públicos para financiarla. Incluso, los académicos pensaron publicar el volumen en España cosa que finalmente no se concretó. “Acta de la sesión del día 1º de abril de 1906”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fl. 116 y “Acta de la sesión ordinaria del 15 de septiembre de 1906”, en: AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fl. 123.

⁴⁰ Posada, “Introducción”, pp. 12.

⁴¹ Sin autor, *Los Comuneros*, p. 4.

⁴² Los artículos publicados correspondieron a una biografía de José Antonio Galán escrita por Ángel María Galán y a los sucesos de Zipaquirá, punto de inflexión del movimiento cuyo autor fue el consocio Luis Orjuela. Los documentos eran una selección del tratado de fidelidad al Monarca que el fraile capuchino, Joaquín de Finestrada, escribió a finales del siglo XVIII y que conocemos como *El vasallo instruido*. Los demás documentos abarcaron otros momentos y espacios del levantamiento, entre ellos los hechos de los Llanos orientales, Neiva y un proceso contra el líder Ambrosio Pisco. El volumen cerró con una cronología elaborada por Posada que serviría de guía a los lectores para “disipar por medio de la cronología la

dos títulos aparecieron en el contexto del centenario de la Independencia en 1910 como parte del magro homenaje que la Academia adelantó en la magna efeméride. Uno de ellos fue la biografía documental del mencionado José Acevedo y Gómez, cuya edición corrió por cuenta del nieto, el citado Adolfo León Gómez.⁴³

El otro compendio fue el octavo volumen de la colección, proyecto que los académicos acariciaron tempranamente, pero que sólo se concretó al final de la primera década de labores.⁴⁴ Con la publicación de las *Relaciones de mando* de los virreyes, los editores concibieron las administraciones virreinales como un modelo para la gestión pública en el presente. La idea inicial contemplaba incluir algunos discursos de presidentes del periodo republicano para dar cuenta de las líneas de continuidad con los “buenos” gobiernos de los tiempos virreinales.⁴⁵ Sin embargo, tal cometido se disolvió por los avatares propios de la colección, entre otros, debido a los problemas crónicos en materia de impresión en los talleres oficiales.⁴⁶ Con la publicación de este nuevo volumen y la conciencia firme de la utilidad política de la historia, Posada e Ibáñez creían que “las frías e imparciales páginas de la historia” podían mostrar a los gobernantes que en la Colonia reinaron “un gran espíritu público y un alto deseo de equidad y de justicia”, en contraste con las pasiones partidistas de tiempos recientes.⁴⁷

El interés del alto Gobierno y los editores por este proyecto coincidió con una petición de la Sociedad Geográfica de Madrid con el fin de conmemorar el descubrimiento del Océano Pacífico con la publicación de las memorias de los Virreyes “entre los siglos xvi y xx” y de un Atlas con mapas “de la América

confusión que hay sobre estos acontecimientos. Cuando se precian las fechas se descubren los paracronismos y los procronismos y se determinan bien los personajes y los episodios.” Posada, Eduardo, “Prólogo”, en *Los Comuneros*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. iv, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905, p. xvi.

⁴³ León, *El Tribuno del Pueblo*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. vii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1910. Aunque no es el lugar para ahondar en el sentido de la compilación, conviene señalar que uno de los objetivos fundamentales de Gómez fue rescatar el lugar de los hombres civiles y de pensamiento que englobó como próceres en el proceso de configuración del régimen republicano y democrático que cumplía cien años en detrimento de las figuras militares, identificadas con el bando de *los libertadores*.

⁴⁴ “Acta de la sesión del día 15 de septiembre de 1903”, en AACH. Libro de Actas, Tomo i. 1902-1907, fl. 63.

⁴⁵ Sin autor, “Prólogo”, en Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (comps.), *Relaciones de mando*, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. viii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1910, p. x.

⁴⁶ “Acta de la sesión del día 1º de febrero de 1909”, en AACH. Libro de Actas, Tomo ii. 1908-1910, fl. 64 y “Acta de la sesión del día 1º de julio de 1909”, en AACH. Libro de Actas, Tomo ii. 1908-1910, fl. 94.

⁴⁷ Posada, Ibáñez, *Relaciones de mando*, p. 9.

colonial”.⁴⁸ La respuesta de Ibáñez fue la de informar a sus consocios que ya estaban trabajando en la publicación de los informes e incluso que los materiales ya se encontraban en la Imprenta Nacional. De esta forma, respondieron a Madrid con dicha noticia que dejaba bien posicionada a la Corporación respecto a una importante asociación científica europea.⁴⁹ Abonar el terreno para una historia de la administración pública que fuese útil en el presente o celebrar los tiempos coloniales, lo cierto es que las *Relaciones de Mando* colmarían un vacío histórico sobre una época de la que sólo se conocía por un Cuadro cronológico que Vergara y Vergara publicó, casi subrepticamente, en un Almanaque en los años sesenta.⁵⁰

A pesar de sus llamados a la neutralidad y objetividad, los diferentes títulos que conformaron la colección de historia nacional estuvieron al servicio de la política de manera recurrente. Además de su labor como compiladores de documentos, los editores también participaron en esta etapa como autores de una biografía que resultó ganadora de un concurso oficial, convocado en plena guerra, sobre la vida de Pedro Alcántara Herrán.⁵¹ El jurado, conformado por Enrique Álvarez Bonilla, Rafael Pombo y José María Cordovez Moure, reconocidos hombres de letras de la capital, dio como ganador el trabajo firmado por Erckmann Chatrian, seudónimo que correspondía a los editores de la BHN.⁵² Al parecer, en plena guerra los autores recopilaron información durante seis meses sobre la figura de Herrán, parte de la cual fue publicada como un anexo en la versión final que tuvo el texto ganador.

El libro fue el tercer título de la BHN y se inspiró historiográficamente en las enseñanzas del inglés Thomas Babington Macaulay (1800-1859), quien sostenía que una obra histórica debía tener como guía la verdad, “el criterio frío é independiente”, el alejamiento de los partidos políticos y “la

⁴⁸ “Acta de la sesión del día 15 de junio de 1907”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fl. 143.

⁴⁹ “Acta de la sesión del día 15 de junio de 1907”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 144-145.

⁵⁰ Sin autor, “Prólogo”, en Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (comps.), *Relaciones de mando*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. VIII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1910, p. v-vi.

⁵¹ “Decreto Número 171 de 1900 (18 de octubre). Que conmemora el centenario del natalicio del General Pedro Alcántara Herrán”, en Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro M., *Vida de Herrán*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. III, Bogotá, Imprenta Nacional, 1903, pp. 469-470.

⁵² El seudónimo utilizado por los ganadores correspondió a la pareja de dramaturgos franceses, Émile Erckmann (1822-1899) y Alexandre Chatrian (1826-1890), quienes escribían sus obras por mitades. Republicanos reconocidos y admirados por el mismo Víctor Hugo, se especializaron, mientras duró su trabajo mancomunado, en temas de historia de militar y cuentos fantasmales.

crítica imparcial, cimentada en sólida documentación”.⁵³ La convocatoria del concurso y la obra de los académicos ganadores tenían un propósito evidente en el marco de la conflagración que vivía el país a principios de siglo. La figura de Herrán representaba, a juicio de las elites letradas y del Gobierno, el mejor ejemplo a seguir para los políticos, gobernantes, militares, hombres de letras y pueblo en general, en tanto su vida pública significó el predominio del bien común sobre los partidos. El mérito de la investigación, conformada por 24 capítulos y varios anexos documentales, residía en mostrar al prohombre como gestor de una “República civil, económica y de hermanos en Jesucristo” por encima de los odios partidistas.

Providencial parece que en los momentos de cerrar con abrazos de cristianos una contienda fratricida, se provea a la divulgación y perpetuo recuerdo y consulta de la vida y escritos característicos del gran patriota que, una vez disuelta aquella Colombia, cuya existencia cifró él (con tantos otros ilustres) en la existencia de su creador y Libertador, no reconoció oficialmente más partidos ni programas que el del bien común, y murió en los brazos de todos y con la pluma en la mano y la voz de Senador en los labios, esforzándose por dejarnos una República civil, económica y de hermanos en Jesucristo, y en comunes infortunios, glorias y esperanzas. El fondo de este libro, que incluye preciosos y magistrales escritos de su héroe, sea nuestro evangelio político, y no nos hará sonrojar la vista de nuestra patria en el concurso universal de las civilizadas.⁵⁴

De la totalidad de los capítulos, trece fueron escritos por Ibáñez y once por Posada, sin contar un Exordio de éste, un cuadro cronológico elaborado por los dos y una considerable sección documental en la que se distinguió un extenso apartado de correspondencia. Más que un “rápido boceto” como lo llamaron sus autores, la *Vida de Herrán*, tuvo como eje su faceta de hombre público, especialmente el ejercicio de diferentes cargos militares y políticos. De la parte elaborada por Ibáñez nos interesa subrayar el tipo de escritura que practicó a lo largo de 126 páginas pobladas de breves capítulos en los que desarrolló episodios concretos de la vida del personaje, desde sus lides como militar de la Independencia hasta llegar a la primera magistratura en 1841. Su contribución a la obra ganadora fue inspirada por otras plumas nacionales de las que retomó el canon de la correcta escritura biográfica:

Lejos de nosotros el furor biographicus de que habla Macaulay, que crea el criterio deificador; queremos que esta narración histórica, aunque tenga páginas

⁵³ Posada e Ibáñez, *Vida de Herrán*, p. 43.

⁵⁴ Pombo, Rafael, Cordovéz M. José y Álvarez Bonilla, Enrique, “La biografía del General Herrán”, en: Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro M., *Vida de Herrán*, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. III, Bogotá, Imprenta Nacional, 1903, p. 474.

que dejen impresión de tristeza, esté basada en la verdad y sujeta a la crítica imparcial, cimentada en sólida documentación. Obrando así, de acuerdo a la corriente moderna, “se despoblará de dios nuestro Olimpo, pero en cambio se poblará de tipos humanos nuestra Historia;” bella frase de nuestro compatriota Ricardo Becerra, que condensa nuestro pensamiento y sirve de guía a nuestras tendencias. Para escribir páginas de historia hay que abandonar las simpatías que puedan ligarnos con los hombres y con los partidos políticos, y juzgar con criterio frío é independiente, como lo hicieron ya entre nosotros D. José Manuel Restrepo, el General Posada Gutiérrez y D. Ángel y D. Rufino José Cuervo.⁵⁵

La otra obra inédita que tuvo cabida en esta primera etapa de la empresa editorial oficial trató sobre la Convención de Ocaña de 1828, cuyo autor, el abogado José Joaquín Guerra (1873-1933), también buscó algunas lecciones de la historia para la actualidad en clave suprapartidista.⁵⁶ Más allá del conato de debate que originó en el seno de la institución por su tesis central, nos interesa señalar el sentido político de las decisiones editoriales de Posada e Ibáñez.⁵⁷ La publicación de este trabajo se convirtió en un asunto institucional debido a las implicaciones del tema tratado pues, como sabemos, dicha Convención fue uno de los momentos decisivos para el final del proyecto colombiano. La confrontación entre grupos santanderistas y bolivarianos generó una serie de interpretaciones que herían susceptibilidades por la filiación que se estableció con los partidos tradicionales y las consecuencias negativas de las luchas políticas para la nación. En tal sentido, la obra fue sometida a un proceso de revisión y discusión al interior de la Corporación que, si bien no condujo a su censura, sí fue objeto de enconados debates y observaciones. El socio Adolfo León Gómez fue el encargado de revisar el manuscrito en los primeros meses de 1907, concluyendo que si bien no estaba de acuerdo con algunas tesis del autor y, más aún, con sus opiniones políticas, el libro era “importantísimo y valioso trabajo de historia, que merece la gratitud de la Patria y la aprobación de la Academia [...]”.⁵⁸ A pesar de haber sido aprobado por la Corporación, el

⁵⁵ Posada e Ibáñez., *Vida de Herrán*, p. 43.

⁵⁶ Guerra, *La Convención de Ocaña*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. vi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908.

⁵⁷ La tesis general remitió al “[...] perjuicio inmenso que alcanzan a producir los odios en partido y las venganzas personales, la exaltación y el egoísmo colocados frente por frente en el estrecho recinto de la representación nacional”. Véase, Guerra, *La Convención de Ocaña*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. vi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908, p. xvi.

⁵⁸ León Gómez, Adolfo, “Informe de una comisión”, en Guerra, José Joaquín, *La Convención de Ocaña*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. vi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908, p. xi. El informe fue firmado el 15 de julio de 1907. “Acta de la sesión del día 1º de mayo de 1907”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 135-136.

manuscrito fue leído por su autor en diferentes sesiones con el fin de que los consocios supieran de su contenido antes de que terminara la impresión.⁵⁹

La apuesta reiterada por una historia imparcial y objetiva se acompañó con una postura política patriótica que criticaba la polarización en el pasado y buscaba en el mismo algunas lecciones para el presente. Esta orientación fue posible gracias al control que ejercieron los editores de la colección. Con ello culminó la primera etapa de la BHN caracterizada por el énfasis en el periodo independentista y el protagonismo de los promotores de la serie quienes definían y preparaban los títulos, supervisaban los trabajos de impresión, escribían las presentaciones y ejercían un mayor control sobre la distribución de los ejemplares.

DE EDITORES A AUTORES NACIONALES EN UNA COLECCIÓN OFICIAL, 1911-1918

El cambio más significativo que experimentó la BHN en su segunda etapa fue el papel desempeñado por los creadores de la colección quienes, si bien no dejaron de figurar como editores, se convirtieron en autores de alcance nacional. Las decisiones de los títulos a publicar, así como otros aspectos del funcionamiento de la colección, comenzaron a ser asumidos por la ANH y el Ministerio de Gobierno. De la misma forma, el tipo de títulos que componían la colección se invirtió, de manera que en esta etapa aparecieron más investigaciones que compilaciones documentales. El número de títulos también creció, pues se pasó de ocho en la primera fase a trece entre 1912 y 1918. Los tomos IX y XV correspondieron a documentos relacionados con personajes como Francisco José de Caldas y Rufino Cuervo,⁶⁰ respectivamente. Las investigaciones se concentraron en un pequeño grupo de nuevos autores como Carlos Cuervo Márquez, José Dolores Monsalve, Francisco José Urrutia, el norteamericano William Robertson y los directores de la colección.⁶¹

⁵⁹ La lectura de los diferentes capítulos se dio entre julio y noviembre de 1907. Véase “Acta de la sesión del día 23 de julio de 1907”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 151-153 y “Acta de la sesión del día 15 de noviembre de 1907”, en AACH. Libro de Actas, Tomo I. 1902-1907, fls. 166-167.

⁶⁰ Posada, Eduardo (comp.), *Obras de Caldas*, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. IX, Bogotá, Imprenta Nacional, 1912; Posada, Eduardo (Comp.). *Cartas de Caldas*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xvXV, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917, Cuervo, Luis Augusto, *Epistolario del doctor Rufino Cuervo (1826-1840)*, Tomo I, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xxII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918.

⁶¹ Cuervo Márquez, Carlos, *Vida del doctor José Ignacio de Márquez*, II tomos, Biblioteca de Historia Nacional, vols. xvII y xvIII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917; Urrutia, Francisco José, *Páginas de historia diplomática. Los Estados Unidos de América y las Repúblicas*

A pesar de estos cambios, Ibáñez y Posada mantuvieron un lugar preponderante en la marcha de la BHN al publicar seis títulos durante este segundo momento. En el caso del primero, como veremos más adelante, su obra cumbre, las *Crónicas de Bogotá*, tuvo una segunda edición aumentada mientras que Posada aprovechó el contexto para convertir al formato libro varios de sus trabajos que habían aparecido en las páginas del *Boletín de Historia y Antigüedades*.⁶² Lo que podría considerarse como la consolidación del proyecto editorial, a medida que se institucionalizó, fue matizado por las limitaciones estructurales propias de las publicaciones oficiales. Como sucedió con las obras de Posada, una buena parte fueron financiadas con recursos propios con el fin de evitar el constante retraso de los talleres de la Imprenta Nacional (véase Anexo 1). Ni siquiera las órdenes perentorias de los ministros responsables o el hecho de que la Imprenta fuese dirigida por un académico lograron resolver esta limitación.⁶³ Cuando el dinero no salió del bolsillo de los académicos, éstos procuraron gestionar recursos públicos para mandar a imprentas particulares los títulos que preparaban. No obstante, todo parece indicar que por los altos costos fue imposible concretar tal solución, con lo que siguió el crónico retraso en la impresión de las publicaciones de la ANH.⁶⁴

Hispano Americanas de 1810 a 1830, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xx, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917; Monsalve, José Dolores, Antonio de Villavicencio (el protomártir) y la Revolución de la Independencia, tomo I, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xix, Bogotá, Imprenta Nacional, 1920; Robertson, William Spence, Francisco de Miranda y la Revolución de la América española, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xxi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918.

⁶² A estos se sumó un volumen mixto que abordó el 20 de julio de 1810 como tema central. Su autor escribió casi cien páginas narrando los principales acontecimientos ocurridos en Bogotá y complementó el libro con una selección de documentos que abarcaron más de las dos terceras partes. Ver: Posada, Eduardo, El 20 de julio: capítulos sobre la revolución de 1810, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xiii, Bogotá, Imprenta de Arboleda y Valencia, 1914.

⁶³ AACH. Correspondencia. Tomo II, 1909-1912, fl. 259. Carta de Carlos Bravo, Subsecretario del Ministerio de Gobierno al Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia, Bogotá, 25 de septiembre de 1911. Acta de la sesión del día 1º de setiembre de 1910”, en AACH. Libro de Actas, Tomo III. 1910-1912, fl. 56. “Acta de la Sesión del día 2 de noviembre de 1911”, en AACH. Libro de Actas, Tomo III. 1910-1912, fl. 131 y “Acta del día 15 de mayo de 1920”, en AACH. Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922, fls. 274-275.

⁶⁴ En el marco de la gestión de la Ley 28 de 1916 que aprobó recursos públicos para mandar a imprimir las publicaciones de la Academia, la cotización de un tiraje de 150 ejemplares de un volumen de la BHA en “papel satinado, 4º mayor, valdría aproximadamente \$850 el volumen”. “Acta de la sesión del 1º de julio de 1916”, en AACH. Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922, fls. 165-166.

A pesar de ello, los interesados mantuvieron la secuencialidad de la colección con el fin de robustecer el proyecto con nuevos títulos, entre otras razones, por el prestigio que representaba formar parte de la selecta nómina de autores. El carácter oficial de la BHN no sólo afectó la impresión de los nuevos títulos, también impactó su distribución, aunque no siempre de manera negativa. De esta forma, a partir de 1912 podemos apreciar en diferentes fuentes la tendencia a un mayor control por parte del Ministerio de Gobierno en detrimento de la autonomía de la Academia para disponer libremente de los ejemplares.⁶⁵ De allí se derivó el peso atribuido a los canjes institucionales, mecanismo priorizado por el Ministerio de Gobierno para garantizar la circulación de las obras, cuya autorización era necesaria incluso para cumplir con la demanda de otros despachos como el de Instrucción Pública.⁶⁶ Igualmente, priorizaron la entrega de ejemplares a oficinas públicas de acuerdo con una jerarquía donde los niveles locales recibían un solo ejemplar de cada título, mientras que en las oficinas nacionales la cantidad se triplicaba.⁶⁷

Sin embargo, la circulación de la BHN trascendió los canales institucionales establecidos para las publicaciones oficiales. Los académicos continuaron con la gestión personal de algunos ejemplares para atender las peticiones provenientes de amigos, colegas e instituciones extranjeras interesadas en las labores de la Corporación.⁶⁸ En otras ocasiones, se encomendó a socios bien posicionados políticamente con el fin de que obtuvieran una deferencia para

⁶⁵ “Acta de la sesión del día 15 de octubre de 1910”, en AACH. Libro de Actas, Tomo III. 1910-1912, fl. 69.

⁶⁶ “Acta de la sesión del 1º de diciembre de 1913”, en AACH. Libro de Actas, Tomo IV. 1912-1915, fl. 76. La Academia se ajustó a esta situación como se evidencia en una solicitud de ejemplares que les fueron requeridos como canjes institucionales. Véase “Acta de la sesión del 4 de diciembre de 1916”, en AACH. Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922, fl. 108.

⁶⁷ AACH. Correspondencia. Tomo II, 1909-1912, fl. 247. Carta del Secretario de Gobierno de Cundinamarca al Sr. Dr. D. Pedro M. Ibáñez, Secretario Perpetuo de la Academia, [Bogotá], 1 de julio de 1911. La carta de respuesta en AACH. Correspondencia. Tomo II, 1909-1912, fl. 249. Carta de Rafael Ucro al Señor Secretario de la Academia de Historia, Bogotá, 5 de julio de 1911. AACH. Correspondencia. Tomo IV, 1913-1923, fl. 35. Carta del Secretario de Hacienda del Departamento de Antioquia al Sr. Presidente de la Academia Nacional de Historia, Medellín, 8 de septiembre de 1915.

⁶⁸ CMQB-BPPMI. Carpeta Correspondencia 1912. Carta de Antonio Miguel Alcover al Sr. Pedro M. Ibáñez, La Habana, 3 de septiembre de 1912. “Ruego a Ud. se sirva ordenar que sean remitidos a este Ministerio 10 ejemplares de cada uno de los tomos 1º, 2º, 3º, 4º y 5º de la “Biblioteca de Historia Nacional”, obras que se necesitan con suma urgencia para completar unas colecciones que del Exterior han solicitado”. Véase AACH. Correspondencia. Tomo IV, 1913-1923, fl. 22. Carta del Ministerio de Gobierno, Sección 1a-Negocios Generales al Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia, Bogotá, 24 de octubre de 1913.

acceder a ejemplares extras.⁶⁹ En menor medida, la colección hizo parte del comercio librero a través de la venta directa en el local de la Academia, en la Imprenta Nacional y en algunas de las librerías particulares.⁷⁰ Por ejemplo, el precio al público en *La Americana*, del conservador José Vicente Concha, era considerablemente superior al que se vendía en la ANH. Es preciso decir que el precio era relativamente alto para un libro de historia nacional, ya que costaba una cuarta parte más que varios títulos de historiadores extranjeros como Charles Seignobos o Thomas Macaulay.⁷¹ Algunos títulos de la colección eran comercializados en otras partes del país como en Barranquilla, donde la Casa de José Vicente Mogollón era el principal distribuidor.⁷²

La preocupación fundamental del Gobierno y los académicos era enviar las producciones nacionales al exterior, pues recordemos que uno de los propósitos centrales de la BHN fue posicionar el país en el concierto de las “naciones civilizadas”.⁷³ Dicha pretensión era razonable debido a las dificultades que existían a principios de siglo, más allá de los años de la Gran Guerra, para crear un mercado editorial americano. Esto se lo hizo saber Antonio Miguel Alcover a Ibáñez en septiembre de 1912 cuando acusó recibo de varios títulos de la Biblioteca en La Habana. A la petición de más libros, el corresponsal cubano sumó una queja acerca de la casi imposibilidad de acceder a la producción intelectual continental en contraste con el dominio de las librerías y casas comerciales que distribuían materiales europeos. La carta de Alcover deja ver que, si bien había múltiples dificultades, la colección colombiana trascendió fronteras otorgando algún grado de reconocimiento a la historiografía colombiana. Por su relevancia, nos permitimos citarla en extenso:

⁶⁹ “Acta de la sesión del 15 de noviembre de 1915”, en AACH. Libro de Actas, Tomo v. 1915-1922, fl. 16. “Acta de la sesión del 1° de abril de 1916”, en AACH. Libro de Actas, Tomo v. 1915-1922, fl. 37.

⁷⁰ “Acta de la sesión del día 16 de agosto de 1910”, en AACH. Correspondencia. Tomo II, 1909-1912, fl. 50.

⁷¹ La información sobre la librería en: Catálogo de la Librería Americana, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1911, pp. 19, 24 y 36.

⁷² *Boletín Bibliográfico y Comercial de la Casa J.V. Mogollón & Ca.*, Barranquilla, año I, 20 de mayo de 19??, s.p. en CMQB-BPPMI. Libro sin registro, s.fl.

⁷³ Al finalizar 1917, el cónsul de Colombia en Roma le decía a Ibáñez con cierto gracejo sobre la importancia que había alcanzado la BHN: “Llevamos ya (perdone que me incluya) 20 volúmenes de la [Biblioteca de] Historia Nacional y todos de interés palpitante y [ilegible] ¿a quién se debe? A U. que empezó con la Patria Boba y resultó la Patria sapientísima y orgullosa de tener hijos tan buenos servidores como U.” Véase CMQB-BPPMI. Carpeta Correspondencia 1917. Carta de José Manuel Goenaga [al] Sr. Dr. D. Pedro M. Ibáñez, Roma, 26 de noviembre de 1917.

Confírmole mi anterior de Agosto ppdo, en que le acusaba recibo de las obras “El Tribuno de 1810” y “Recopilación Historial”, y le suplicaba el envío de las otras obras publicadas por la Academia, tales como “La Patria Boba”, “El Precursor”, “Vida de Herrán”, “Los Comuneros” y volumen VI. Supongo que ya haya llegado á su poder esa carta.

Con motivo de un trabajo que tengo en la imprenta, en que hago una relación bibliográfica hispano-americana, hubo de intervenir en la parte referente á Colombia, el Dr. Gutiérrez Lee, Ministro Plenipotenciario de esa República, proporcionándome algunos datos, que me han hecho saber de un libro de Ud. titulado “Crónicas de Bogotá”, y aquí me tiene Ud., pluma en mano, rogándole el obsequio de un ejemplar. ¿De qué otra manera conseguirlo? Lo corriente, lo que procede, lo que aconseja la discreción, es comprar, acudir al mercado. Pero, ¿es eso fácil para el que vive en lejano país que no sostiene relaciones comerciales con ese? Así se explicará Ud, no solo que me vea en la forzosa situación de pedir, sino en la más sensible de no poder adquirir algunos libros que me interesan, como, por ejemplo, una “Historia de Colombia”. El trabajo que tengo en la imprenta, y á que antes he aludido, es precisamente una tesis acerca de la necesidad de establecer facilidades para el comercio de libros, entre los países de la América Latina. Tan fácil que nos es pedir un libro á cualquier librero de Europa, y tan imposible que eso mismo nos resulta para con un librero de América. Por otra parte, es difícil que en ningún lugar de América se desconozcan á los Garnier, los Michand, los Hiersemann, los Fernando Fè, los Jubera, Los Bailly-Bailliere, los Montaner, los Mauci, los Tempore, etc, etc, etc. Y, en cambio, puedo asegurarle, a fe de caballero, que no conozco ningún librero bogotano. Y dando por sentado lo más difícil, o sea que conociera uno, ¿atendería encargos que no fueran acompañados del importe? ¿Cómo girar? ¿Qué garantía le queda al que gira?⁷⁴

La segunda etapa de la BHN también se caracterizó por una aparición irregular debido a su condición oficial. Si bien este problema no era nuevo respecto a la primera etapa, la competencia con otras publicaciones oficiales afectó sistemáticamente la colección que terminaría rezagada en los talleres de la Imprenta Nacional. A pesar de que los antiguos editores continuaron fungiendo como tales, no ejercieron el mismo liderazgo en la definición y distribución de los títulos. A medida que la colección de institucionalizó, Posada e Ibáñez se convirtieron en autores de la misma. Junto con otros académicos aprovecharon la oportunidad para dar a conocer sus propios trabajos, fuese nuevas ediciones de obras ya publicadas o compilaciones en formato libro de textos que aparecieron inicialmente como artículos de revista. El giro hacia la publicación de investigaciones y, en menor medida, de compilaciones

⁷⁴ CMQB-BPPMI. Carpeta Correspondencia 1912. Carta de Antonio Miguel Alcover al Sr. Pedro M. Ibáñez, La Habana, 3 de septiembre de 1912.

documentales, delinear un nuevo momento de esta empresa editorial que se hizo cada vez más oficial.

A través de la segunda edición de las *Crónicas de Bogotá* es posible apreciar con mayor detalle los avatares, propósitos y contingencias que experimentaron las obras que hicieron parte de la segunda fase de la BHN. Aparecido en 1892, las *Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones*, fue el libro que consagró a Ibáñez como historiador a finales del siglo XIX. Este trabajo, sumado a sus colaboraciones en medios periódicos y folletería sobre temas históricos, le permitieron acceder a múltiples posiciones de poder al interior de la Academia y ser reeditado en la colección que ayudó a crear.⁷⁵ En el contexto de la BHN la obra se multiplicó por cuatro en los volúmenes X, XI, XII y XXII sumando dos mil páginas aproximadamente. Con ello, Ibáñez dejó de ser un historiador bogotano para convertirse en un autor de alcance nacional, entre otras cosas, por la pretensión de convertir las *Crónicas* en una historia del principal epicentro de la vida colombiana. Sin embargo, por motivos de salud, que lo condujeron a la muerte en octubre de 1919, la nueva edición quedó inconclusa. El último tomo que apareció póstumamente en 1923 fue arreglado por su amigo, Eduardo Posada, quien juntó los manuscritos que dejó Ibáñez con los mismos contenidos de la primera edición que abarcaban la historia contemporánea.⁷⁶

Formar parte de la colección editorial como autor le permitió a Ibáñez volcar a la imprenta las pesquisas documentales y bibliográficas que realizó por más de tres décadas. Gracias al apoyo oficial, el editor-autor se explayó en detalles que los límites de un solo volumen, financiado en su momento por el Gobierno departamental, no le permitían. En términos de su confección, la segunda edición se basó sistemáticamente en fuentes publicadas por la ANH como el Archivo Santander, otros volúmenes de la misma Biblioteca y documentación aparecida en el BHA. Otra novedad residió en el uso de bibliografía internacional que le llevó a enmarcar su narración en contextos más amplios.⁷⁷ La nueva versión incorporó varias imágenes, entre ellas fotgrabados y fotografías de diferentes lugares de la ciudad con el fin de tornarla más atractiva para el público.⁷⁸ Los lectores eruditos también contaron con cuatro índices que

⁷⁵ Samacá, “La labor historial de Ibáñez”, pp. 314-394.

⁷⁶ Posada, “Isasogue”, p. 1.

⁷⁷ Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, p. 192-207.

⁷⁸ En el primer tomo se insertaron 29, en el segundo 21 y en el tercero 26 imágenes. Antes de salir el primer tomo, el encargado de la Litografía Nacional envió una carta a Ibáñez confirmando la posibilidad de imprimir tres planos de Bogotá que harían parte de la nueva obra. Véase CMQB-BPPMI. Carpeta Correspondencia 1913. Carta de Francisco A. Cano al Señor Secretario de la Academia Nacional de Historia, Bogotá, 16 de mayo de 1913.

facilitarían la consulta de la obra.⁷⁹ En suma, las *Crónicas* aportaron a la Biblioteca una detallada historia del país contada desde su centro gracias a la cual su autor alcanzó fama y reconocimiento nacional. Como lo señaló su amigo y coeditor, Eduardo Posada Muñoz:

Creímos cuando empezó a circular esta nueva evocación de nuestras crónicas que habían sido un error del doctor Ibáñez darle tamaño crecimiento, y que con tal aglomeración de pormenores, de inserciones y de citas podría quitarle el colorido y amenidad que le resultaría en un solo libro. Pensamos que el público le hallaría sabor de miscelánea y no le daría todo el aplauso que tuvo la obra a fines del siglo pasado; y que tal vez sería lo mejor escribir separadamente algunas monografías sobre los monumentos de la ciudad o bocetos de personajes notables. Aun nos permitimos observarle esto al autor, en el seno de la amistad, ya que estábamos, en algo, autorizados para ello por la intimidad y confianza de nuestras relaciones, por la bondad con que él oía nuestros conceptos, y por haber sido nosotros quienes le indicamos un día la conveniencia de esta reimpresión, y lo alentamos muchas veces para que emprendiera tan simpática faena.

Pero él, con razón, no se resignaba a dejar inéditos tantos datos que tenía compilados, tantas tradiciones que había recogido, tantos episodios que guardaba su portentosa memoria, tantos rasgos menudos que su erudición brotaba y esparcía en profusión al tocar cualquier acontecimiento o vida de un hombre célebre. De ahí esa aglomeración de detalles y de extractos que en veces se salieron de los límites de la ciudad y pasaron de la relación solariega a la historia general del país.⁸⁰

Más allá de estos cambios y mejoras, la impresión de los cuatro tomos no escapó a los avatares referidos de la imprenta oficial. Pese a las recomendaciones e insistencia de varios socios por obtener los mejores materiales, particularmente el papel para reproducir fotograbados de alta calidad, las respuestas de la Imprenta Nacional estuvieron sujetas a las restricciones acostumbradas.⁸¹ A la recarga de trabajo se sumaron problemas como la escasa disponibilidad de los tipos que también eran empleados en otras impresiones oficiales como la *Memoria del Ministerio de Obras Públicas*.⁸² Las dificultades condujeron a

⁷⁹ Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, Tomo III, Biblioteca de Historia Nacional, vol. XII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917, p. 441-469. Los cuatro índices fueron: de autores consultados, de materias, analítico y de ilustraciones.

⁸⁰ Posada, “Isasogue”, en: Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, Tomo IV, Biblioteca de Historia Nacional, vol. XXII, Bogotá, Imprenta Nacional, 1923, pp. II-III.

⁸¹ “Acta de la sesión del 2 de febrero de 1914”, en : AACH. Libro de Actas, Tomo IV. 1912-1915, fl. 82 o “Acta de la sesión del 1º de mayo de 1916”, en AACH. Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922, fl. 48.

⁸² AACH. Correspondencia. Tomo III, 1906-1919, fl. 167. Carta de J.D. Monsalve al Sr. Dr. E. Pedro M. Ibáñez, Bogotá, 18 de octubre de 1919.

insertar en varios tomos fe de erratas atribuidas a errores de los tipógrafos.⁸³ Pese a estas condiciones, a medida que los pliegos salían, la Secretaría o los socios designados para entenderse con la Imprenta los presentaban en las sesiones como prueba de los avances, lentos pero reales, de la nueva edición de la obra.⁸⁴

Aunque hubo limitaciones editoriales estructurales propias del mundo oficial, los autores que ingresaron a la BHN gozaron de ciertas ventajas respecto a las condiciones que imponía el mundo editorial privado. En el caso del libro de Ibáñez, pero seguramente en otros, el estatus oficial de las obras facilitó su circulación en diferentes lugares tanto del interior del país como del exterior, eso sí, con un énfasis en las oficinas públicas a escala nacional. Esto les permitió a los autores figurar en contextos a donde el comercio librero o las redes personales no podían llegar. Tal labor corrió por cuenta de la Sección de Prensa del Ministerio de Gobierno que asumía los costos de envío. Gracias a ello, el prestigio y posición de los diferentes autores en el naciente campo historiográfico colombiano experimentó una notable mejoría en comparación con los tiempos en que oficiaban como historiadores fuera del marco de la Academia Nacional de Historia.

MANERA DE CIERRE

Con la muerte de Pedro María Ibáñez el 21 de octubre de 1919, la vida institucional de la ANH culminó una primera etapa de existencia. Con ello, la marcha de la BHN también experimentó cambios que nos permiten sugerir el fin de una época en la larga historia de una colección que llega hasta el presente. En la sesión del 15 de mayo de 1920, los académicos decidieron implementar tres cambios sobre la manera en que debía funcionar la colección con el ánimo de retomar su control. En primer lugar, acordaron no enviar originales a la Imprenta Nacional debido al retraso que experimentaban los volúmenes de la colección en los talleres oficiales. Igualmente, insistieron en la necesidad de que la Biblioteca estuviera bajo control de la dirección de la Academia en la persona del cofundador, es decir, Eduardo Posada Muñoz. Por último, decidieron insertar en los nuevos títulos el nombre de los fundadores a manera de reconocimiento póstumo a la figura de Ibáñez.⁸⁵

De la primera época de la colección podemos concluir que la formación y consolidación de la Biblioteca de Historia Nacional estuvo en el núcleo de la

⁸³ Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, Tomo II, Biblioteca de Historia Nacional, vol. XI, Bogotá, Imprenta Nacional, 1915, p. 468.

⁸⁴ “Acta de la sesión del 1º de marzo de 1913”, en AACH. Libro de Actas, Tomo IV. 1912-1915, fl. 19.

⁸⁵ “Acta de la sesión del día 15 de mayo de 1920”, en AACH. Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922, fl. 274.

institucionalización de la historia patria que emprendió la Academia. Como parte de este proceso también fue creado el *Boletín de Historia y Antigüedades*, primera publicación periódica especializada en el pasado nacional. Estos dos hechos permiten sostener que la academización de la historia tuvo un componente editorial central que podemos considerar como medio y fin de la consolidación de la Corporación que nació en medio de la guerra. El posicionamiento de una visión de la historia postulada como objetiva, científica y apolítica, centrada en la defensa del Estado nacional, fue posible gracias a la existencia de tales condiciones editoriales. En cuanto al contenido, la operación historiográfica que estaba en la base de la empresa editorial analizada pretendió articular el pasado prehispánico, los siglos de predominio español y la fundación de la República, con un claro predominio de la ruptura del vínculo colonial.

La puesta en marcha de la BHN también permite matizar la condición oficial de la historia patria como un relato todopoderoso de las elites de los partidos políticos, de las clases dominantes de la época o de un aparato estatal robusto.⁸⁶ Si bien el carácter oficial de los más de veinte títulos referenciados permitió a los autores acceder a una serie de beneficios, también implicó efectos negativos al vincular su trabajo intelectual a las debilidades y limitaciones de las entidades oficiales. Entre lo positivo, la colección garantizó la impresión con recursos públicos de las obras, al tiempo que ofreció distribución y circulación por los canales estatales. A ello debemos sumar, quizás lo más importante para los autores, el prestigio que representó ser parte de un distinguido grupo que definía los contornos de la historia nacional. En cuanto a lo negativo, el principal problema fue la lentitud y tardanza en los trabajos editoriales que tornaron irregular su aparición, a lo que debemos sumar algunas restricciones en materia de distribución, con impacto en el fortalecimiento de las redes académicas de algunos autores.

Finalmente, esta historia deja ver algunos matices en la relación que existió entre lo público y lo privado en la consolidación de un saber y una institución cultural dedicada al pasado de la patria. La BHN empezó como una iniciativa particular de dos letrados que venían trabajando en temas históricos desde hacía varios años. Sin el contexto de la guerra civil y sus efectos en la conciencia nacional, es posible que el empeño de Posada e Ibáñez no hubiese tenido el alcance que logró gracias a la creación de la ANH, que incorporó inmediatamente el proyecto a su agenda institucional. La puesta en marcha

⁸⁶ En una dirección similar se puede consultar el trabajo de Murillo sobre dos experiencias históricas del Estado colombiano como librero en el siglo XIX. Como plantea el autor, la labor de intermediación que realizó el Estado entre circuitos internacionales de impresos y públicos locales puede ser entendida como “una historia de ambiciones, frustraciones y leves éxitos”. Véase Murillo, “El Estado como librero: políticas oficiales y cultural impresa en Colombia, 1821-1886”, pp. 271-302.

de la colección implicó un complejo proceso de negociación entre editores, autores, altos funcionarios del Gobierno nacional, letrados intermediarios y operarios de los talleres tipográficos oficiales. En estas condiciones, las figuras de Posada e Ibáñez mantuvieron protagonismo en los dos momentos de la primera etapa de la Biblioteca. Ya fuese mediante la edición de compilaciones documentales o la publicación de investigaciones, la Biblioteca de Historia Nacional contribuyó al proceso de institucionalización de la historia como un saber llamado a forjar la unidad entre los colombianos.

FINANCIAMIENTO

El artículo es resultado del proyecto “La construcción de una cultura histórica desde Colombia: heroicidad, conmemoraciones y usos políticos del pasado, 1880-1930”, agenda interna de investigación con código 2023-014, financiada por La Vicerrectoría de Investigación, Creación e Innovación de la Universidad del Norte.

ARCHIVOS

Archivo Academia Colombiana de Historia

Correspondencia. Tomo II, 1909-1912.
Correspondencia. Tomo IV, 1913-1923.
Libro de Actas, Tomo I, 1902-1907.
Libro de Actas, Tomo II. 1908-1910.
Libro de Actas, Tomo III. 1910-1912.
Libro de Actas, Tomo IV. 1912-1915.
Libro de Actas, Tomo V. 1915-1922.

CMQB, BPPMI Casa Museo Quinta de Bolívar-Biblioteca Personal Pedro María Ibáñez

Carpeta Correspondencia 1912.
Carpeta Correspondencia 1913.
Carpeta Correspondencia 1917.
Libro sin registro.

FUENTE PERIÓDICA

Revista de Bogotá, 1871.
Colombia Ilustrada, 1890.
Las Noticias, 1889-1890.

FUENTE EDITADA

Academia Colombiana de Historia, *Informes Anuales de los Secretarios de la Academia durante los primeros cincuenta años de su fundación, 1902-1952*, Bogotá, Editorial Minerva, 1952.

- Aguado, Fray Pedro de, *Recopilación Historial*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. v, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906.
- Catálogo de la Librería Americana*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1911.
- Cuervo, Antonio, *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*, 4 vols., Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891-1894.
- Cuervo Márquez, Carlos, *Vida del doctor José Ignacio de Márquez*, II tomos, Biblioteca de Historia Nacional, vols. xvii y xviii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.
- Cuervo, Luis Augusto, *Epistolario del doctor Rufino Cuervo (1826-1840)*, Tomo I, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xxii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918.
- El Precursor: Documentos sobre la vida pública y privada del General Antonio Nariño*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. ii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1903.
- Fernández de Piedrahita, Lucas, *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1881.
- Guerra, José Joaquín, *La Convención de Ocaña*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. vi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1908.
- Ibáñez, Pedro M., *Crónicas de Bogotá*, Tomo II, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1915.
- Ibáñez, Pedro M., *Crónicas de Bogotá*, Tomo III, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.
- León Gómez, Adolfo, *El Tribuno del Pueblo*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. viii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1910.
- Monsalve, José Dolores, *Antonio de Villavicencio (el protomártir) y la Revolución de la Independencia*, Tomo I, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xix, Bogotá, Imprenta Nacional, 1920.
- Posada Muñoz, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (eds.), *La Patria Boba*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. i, Bogotá, Imprenta Nacional, 1902.
- Posada, Eduardo (comp.), *Obras de Caldas*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. ix, Bogotá, Imprenta Nacional, 1912.
- Posada, Eduardo (comp.), *Cartas de Caldas*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xv, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.
- Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro M., *Vida de Herrán*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. iii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1903.
- Posada, Eduardo e Ibáñez, Pedro María (comps.), *Relaciones de mando*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. viii, Bogotá, Imprenta Nacional, 1910.
- Posada, Eduardo, *El 20 de julio: capítulos sobre la revolución de 1810*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xiii, Bogotá, Imprenta de Arboleda y Valencia, 1914.
- Robertson, William Spence, *Francisco de Miranda y la Revolución de la América española*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xxi, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918.
- Sin autor, *Los Comuneros*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. iv, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
- Urrutia, Francisco José, *Páginas de historia diplomática. Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano Americanas de 1810 a 1830*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. xx, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.

REFERENCIAS

- Abel, Christopher, *Política, Iglesia y Partidos en Colombia: 1886-1953*, Bogotá: FAES, Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- Bergquist, Charles, *Café y conflicto en Colombia (1886-1910): La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*, Bogotá, Banco de la República, El Áncora, 1999.
- Betancourt Mendieta, Alexander, *Historia y Nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia*, Medellín, La Carreta, Universidad Autónoma San Luis de Potosí, 2007.
- , *América latina: cultura letrada y escritura de la historia*, México, Siglo XXI, Anthropos, Universidad Autónoma San Luis Potosí, 2018.
- Bonilla, Heraclio y Montañez, Gustavo (eds.), *Colombia y Panamá: la metamorfosis de la nación en el siglo XIX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- Cardona, Patricia, “Repensar la historia patria: materialidad, formas narrativas y usos. Colombia segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, núm. 16, enero-junio de 2011, pp. 33-56.
doi: <https://doi.org/10.19053/01227238.1582>
- , *Trincheras de tinta: La escritura de la Historia patria en Colombia, 1850-1908*, Medellín, Fondo Editorial EAFIT, 2016.
- Corradine, Alberto, “Las Galerías de Arrubla, sobre la Plaza de Bolívar, en Bogotá: Historia de un edificio emblemático de la capital”. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-125/las-galerias-de-arrubla-sobre-la-plaza-de-bolivar-en-bogota>], consultado el 7 de agosto de 2019.
- Darnton, Robert, *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- , “Retorno a ‘¿Qué es la historia del libro?’”, *Prismas*, núm. 12, 2008, pp. 157-168.
- Deas, Malcolm, “Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y poder en Colombia”, *Del poder y la gramática y otros ensayos de historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, pp. 25-60.
- Farro, Máximo, “Ciencias del archivo, lenguas indígenas argentinas y tecnología de papel: las bibliotecas personales como espacio de producción erudita en la antropología argentina, 1860-1910”, en Aguirre, Carlos y Salvatore, Ricardo, *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX*, Lima, Pontificia Universidad Católica, 2018, pp. 225-249.
doi: <https://doi.org/10.18800/9786123173647.009>
- Finkelstein, David y McCleery, Alistair, *Una introducción a la historia del libro*, Paidós, Buenos Aires, 2014.
- Jiménez, Ángel Andrés, *Ciencia, lengua y cultural nacional: la transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2018. doi: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587812381>
- Melo, Jorge Orlando, *Historiografía Colombiana: realidades y perspectivas*, Medellín, Editorial Marín Vieco, 1996.
- Mollier, Jean-Yves, *La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea: ensayos de historia cultural en Francia*, Buenos Aires, Ampersand, 2013.
- Moreno de Ángel, Pilar, *Alberto Urdaneta*, Bogotá, Colcultura, 1972.

- Murillo Sandoval, Juan David, “El Estado como librero: políticas oficiales y cultural impresa en Colombia, 1821-1886”, en Rubio, Alfonso (ed.), *Minúscula y plural: cultura escrita en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, 2016, pp. 271-302.
- Nicoli, Miriam, “Entre declaraciones de editores e intenciones prácticas de lectores: el uso de las colecciones científicas eruditas en Suiza romanda a finales del siglo XIX”, en Rivalán Guégo, Christine y Nicoli, Miriam (eds.), *La Colección: Auge y consolidación de un objeto editorial Europa/Américas, siglos XVIII-XXI*, Bogotá, Universidad de los Andes, Universidad Nacional de Colombia, 2017, pp. 49-67.
- Obregón Torres, Diana, *Sociedades científicas en Colombia: la invención de una tradición, 1859-1936*, Bogotá, Banco de la República, 1992.
- Palacios, Marco, “La regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”, en Sierra Mejía (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 261-278.
- Pineda Cupa, Miguel Ángel, “Colecciones colombianas de la primera mitad del siglo XX: una revisión bibliográfica y editorial”, en Guzmán Méndez, Diana Paola; Marín Colorado, Paula Andrea; Murillo Sandoval, Juan David y Cupa Pineda, Miguel Ángel (eds.), *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia: siglos XVI-XXI*, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano, CERLALC, 2018, pp. 279-310. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctvc5pc42.13>
- , “Jorge Roa y la Librería Nueva: antecedentes y aspectos esenciales sobre el editor colombiano a finales del siglo XIX”, *Lingüística y Literatura*, 71, 2017, pp. 109-130. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n71a06>
- Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, *Memoria y olvido: usos públicos del pasado en Colombia, 1930-1960*, Bogotá, Universidad del Rosario, Universidad Nacional de Colombia, 2017. DOI: <https://doi.org/10.12804/th9789587388565>
- Rodríguez-García, José María, *The City of Translation: poetry and ideology in Nineteenth-Century Colombia*, New York, Palgrave, 2010.
- Samacá Alonso, Gabriel, “La labor historial de Ibáñez”: escritura, circulación, lecturas e institucionalización de la historia patria desde Bogotá, 1878-1923”, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, El Colegio de México, 2019.
- Sánchez, Gonzalo y Aguilera Peña, Mario (eds.), *Memoria de un país en guerra: Los Mil Días 1899-1902*, Bogotá, Planeta, 2001.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.), *La hegemonía conservadora*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018.
- Süselbeck, Kirsten, “Las Academias Correspondientes de la Lengua en la Hispanoamérica del siglo XIX”, en Carreras, Sandra y Carrillo Zeiter, Katja (eds.), *Las ciencias en la formación de las naciones americanas*, Madrid, Iberoamericana Verbuet, 2014, pp. 271-294.
- Tovar Zambrano, Bernardo, “Porque los muertos mandan: El imaginario patriótico de la historia colombiana”, en Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel y Tovar Zambrano, Bernardo (eds.), *Pensar el Pasado*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Archivo General de la Nación, 1997, pp. 125-169.
- Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, estado y nación en Colombia: de la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Universidad Central, Siglo del Hombre, 2002.
- Velandia, Roberto, *Un siglo de historiografía colombiana: Cien años de la Academia Colombiana de Historia*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 2001.

ANEXO 1

Títulos de la Biblioteca de Historia Nacional 1902-1920

<i>Volumen</i>	<i>Año</i>	<i>Autor/ Editor</i>	<i>Título</i>	<i>Editorial</i>	<i>Tipo</i>
I	1902	Eduardo Posada Muñoz y Pedro María Ibáñez (Eds.)	<i>La Patria Boba</i>	Imprenta Nacional	Documentos
II	1903	Eduardo Posada Muñoz y Pedro María Ibáñez (eds.)	<i>Documentos sobre la vida pública y privada del General Antonio Nariño</i>	Imprenta Nacional	Documentos
III	1903	Eduardo Posada Muñoz y Pedro María Ibáñez	<i>Vida de Herrán</i>	Imprenta Nacional	Investigación
IV	1905	Eduardo Posada Muñoz y Pedro María Ibáñez (eds.)	<i>Los Comuneros</i>	Imprenta Nacional	Documentos
V	1906	Fray Pedro de Aguado	<i>Recopilación Historial</i>	Imprenta Nacional	Documentos
VI	1908	José Joaquín Guerra	<i>La Convención de Ocaña</i>	Imprenta Nacional	Investigación
VII	1910	Adolfo León Gómez	<i>El Tribuno del Pueblo</i>	Imprenta Nacional	Documentos
VIII	1910	Eduardo Posada Muñoz y Pedro María Ibáñez (Comps.)	<i>Relaciones de mando</i>	Imprenta Nacional	Documentos
IX	1912	Eduardo Posada Muñoz (comp.)	<i>Obras de Caldas</i>	Imprenta Nacional	Documentos
X	1913	Pedro María Ibáñez	<i>Crónicas de Bogotá, Tomo I</i>	Imprenta Nacional	Investigación
XI	1915	Pedro María Ibáñez	<i>Crónicas de Bogotá, Tomo II</i>	Imprenta Nacional	Investigación
XII	1917	Pedro María Ibáñez	<i>Crónicas de Bogotá, Tomo III</i>	Imprenta Nacional	Investigación
XIII	1914	Eduardo Posada Muñoz	<i>El 20 de julio: capítulos sobre la revolución de 1810</i>	Imprenta de Arboleda y Valencia	Investigación/ Documentos
XIV	1914	Eduardo Posada Muñoz	<i>Biografía de Córdoba</i>	Imprenta Eléctrica	Investigación
XV	1917	Eduardo Posada Muñoz (comp.)	<i>Cartas de Caldas</i>	Imprenta Nacional	Documentos

<i>Volumen</i>	<i>Año</i>	<i>Autor/ Editor</i>	<i>Título</i>	<i>Editorial</i>	<i>Tipo</i>
XVI	1917	Eduardo Posada Muñoz	<i>Bibliografía bogotana</i> , Tomo I	Imprenta de Arboleda & Valencia	Investigación
XVII	1917	Carlos Cuervo Márquez	<i>Vida del doctor José Ignacio de Márquez</i> , Tomo I	Imprenta Nacional	Investigación
XVIII	1917	Carlos Cuervo Márquez	<i>Vida del doctor José Ignacio de Márquez</i> , Tomo II	Imprenta Nacional	Investigación
XIX	1920	José Dolores Monsalve	<i>Antonio de Villavicencio (el protomártir) y la Revolución de la Independencia</i> , Tomo I	Imprenta Nacional	Investigación
XX	1917	Francisco José Urrutia	<i>Páginas de historia diplomática. Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano Americanas de 1810 a 1830</i>	Imprenta Nacional	Investigación
XXI	1918	William Spence Robertson	<i>Francisco de Miranda y la Revolución de la América española</i>	Imprenta Nacional	Investigación
XXII	1918	Luis Augusto Cuervo Márquez	<i>Epistolario del doctor Rufino Cuervo (1826-1840)</i> , Tomo I	Imprenta Nacional	Documentos
XXIII	1920	Luis Augusto Cuervo Márquez	<i>Epistolario del doctor Rufino Cuervo (1841-1842)</i> , Tomo II	Imprenta Nacional	Documentos

Rafael Altamira y Crevea y su contribución a la moderna historiografía iberoamericana

*Roberto Fernández Castro**

*Recibido: 23 de febrero de 2023
Dictaminado: 10 de mayo de 2023
Aceptado: 30 de mayo de 2023*

RESUMEN

Este artículo hace un balance historiográfico de la obra del historiador Rafael Altamira y Crevea, siguiendo la posible actualidad de su proyecto liberal, pacifista y regenerador, así como sus principales contribuciones que fecundaron e impulsaron el trabajo de destacados historiadores hispanoamericanos del siglo XX, sobre todo en cuanto a sus aspiraciones de modernidad. A partir de la pregunta ¿cuál es actualmente el sitio de Rafael Altamira en la historiografía mexicana, hispanoamericana y española?, se pretende mostrar la relevancia de los estudios acerca de su obra en ambos lados del Atlántico que, con una perspectiva bidireccional, podría conducir a una mayor comprensión del pensamiento exiliado o la modernidad iberoamericana.

Palabras clave: *Rafael Altamira y Crevea, historiografía, exilio español, hispanoamericanismo, modernidad.*

* Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México. Correo electrónico: robertofc76@hotmail.com

Rafael Altamira and his contribution to modern Ibero-American historiography

ABSTRACT

In this article, a historiographical balance of the work of the historian Rafael Altamira is made, following through it the possible actuality of his liberal, pacifist and regenerative project, as well as his main contributions, which fertilized and promoted the work of some of the most prominent Spanish-American historians of the 20th century, especially in terms of their aspirations for modernity. Based on the question about what Rafael Altamira's place is currently in Mexican, Spanish-American and Spanish historiography, it is intended to show the relevance of the studies about his work on both sides of the Atlantic that, seen from a bidirectional perspective, could lead to an even more comprehensive breadth of vision in the study of exiled thought or Ibero-American modernity.

Key words: *Rafael Altamira y Crevea, historiography, spanish exile, hispanoamericanism, modernity.*

INTRODUCCIÓN

La necesidad que hay en México de investigaciones originales de historia de la historiografía, requiere trabajos que combinen el interés por averiguar cómo ocurrieron ciertos acontecimientos del pasado señalados como históricos y esfuerzos teóricos encaminados a analizar los conceptos, las nociones y los términos que empleamos para tematizar dichos acontecimientos, incluyendo su comprensión global y general dentro de ámbitos regionales de variada espacialidad y temporalidad. Esto quiere decir que incluso como un paso previo a la afirmación de los enfoques discursivos o narrativistas que aspiran a ponernos delante de la representación historiográfica del pasado, acercarnos a aquellos conceptos y nociones como categorías del pensamiento, como algo concreto, actuante y vivo.

Sólo así podremos entender de qué modo en la obra de un historiador tan prolífico como Rafael Altamira, los temas de la paz y la convivencia humanas, la coincidencia entre el hispanismo y el americanismo, así como las prácticas del republicanismo y del liberalismo, se combinaron para describir su presente e incluso participar activamente en lo social y político, pero también para ofrecer opciones educativas y de enseñanza de la historia, que dejaron su huella en la obra de intelectuales e historiadores hispanoamericanos del siglo

xx que intervinieron para dar forma a la profesionalización de los estudios históricos en América.

Este no es un objetivo que se pueda satisfacer en pocas páginas y no es posible hacerlo aquí, pero si se reconoce la importancia de cada uno de estos aspectos, no dejará de sorprender que la vida y la obra de Rafael Altamira en México haya merecido tan poca atención, a pesar de vivir en este país sus últimos años como exiliado entre 1944 y 1951, además de haber realizado una visita fundamental entre 1909 y 1910, en la plenitud de su vida intelectual. Considero que es necesario conocer y estudiar a fondo el sentido que Rafael Altamira depositó en lo que él llamaba “el valor social del conocimiento histórico”, a través de la explicación de su propio repertorio conceptual y de lo que éste significó para la historiografía mexicana e iberoamericana de nuestro tiempo.

He aquí el origen del presente trabajo. A partir de la pregunta acerca de cuál es actualmente el sitio de Rafael Altamira en la historiografía mexicana, hispanoamericana y española, se pretende mostrar la relevancia de los estudios sobre su obra en ambos lados del Atlántico que, con una perspectiva bidireccional, podría conducir una mayor comprensión del pensamiento exiliado y la modernidad iberoamericana. Como un paso previo e indispensable, presentaré un breve balance historiográfico que puede servir como estado de la cuestión a estudios posteriores sobre diversos temas y cuestiones que Altamira cultivó.

La falta de un mayor número de trabajos de esta naturaleza ha dificultado conocer la complejidad de la historiografía de la primera mitad del siglo xx que, a veces con demasiada ligereza, se engloba como “el exilio historiográfico español”, incluso haciéndolo coincidir, de manera apresurada, con el debate entre el historicismo mexicano y la historiografía neopositivista o con el proceso de profesionalización de los estudios históricos.

En este sentido, el caso de Altamira puede ser ejemplar, además de comprender y antes que condenar o subestimar su cientificismo, resulta importante esclarecer la relación que hay entre sus ideas acerca del liberalismo social, el regeneracionismo, la renovación cultural y el modernismo, en abierto y franco compromiso con la tarea de un historiador riguroso que, por añadidura vivió un exilio forzado en nuestro país. Por eso creo que si se estudia a la historiografía como principio constitutivo de la manera de contar con el pasado de un modo verdaderamente propio, el valor que adquiere la obra de Altamira es actual por su proyecto liberal, pacifista y regenerador, pero también por su compromiso y su contribución para encontrar el sentido de algunas realidades históricas e historiográficas que fecundaron el trabajo de los más importantes historiadores iberoamericanos del siglo xx y que sigue alimentando una de las aspiraciones más problemáticas de esta historiografía:

la de la modernidad. Lo ideal sería llegar a identificar cómo se relacionaron los ideales políticos del intelectual liberal español (hispanoamericanismo, regeneracionismo y pacifismo) con la teoría historiográfica que lo condujo a identificar los conceptos de historia y civilización (modernismo, cientificismo y krausismo) en una propuesta de profesionalización rigurosa de los estudios históricos, México y Argentina principalmente, pero también en otras naciones de América Latina.

Así, este trabajo muestra las dos etapas mexicanas de Altamira (su visita de 1909-1910 y su exilio de 1944-1951) y revalora su sitio dentro de la historiografía hispanoamericana actual, a partir de los estudios realizados por quienes lo conocieron y fueron sus discípulos, además de trabajos como los de Ignacio Peiró Martín, Mari Paz Balibrea, Antolín Sánchez Cuervo, Juan Manuel Ledezma Martínez o Guillermo Zermeño Padilla, por citar algunas aportaciones recientes desde la historiografía cultural, el replanteamiento de los paradigmas del pensamiento exiliado y las variedades de la modernidad occidental iberoamericana.

Y es que entre lo escrito acerca de Altamira durante la segunda mitad del siglo veinte y lo que va del presente, un número importante de especialistas españoles han dedicado sus investigaciones a la obra del historiador alicantino, en renovados intentos por comprender su trayectoria intelectual en conjunto, tanto la europea como la hispanoamericana, completando así, la parte que en las regiones hispanoamericanas resulta menos familiar. Baste recordar aquí los enormes esfuerzos que, sobre todo desde 1987, llevó a cabo la nieta del historiador Pilar Altamira (1939-2021) para rescatar, difundir y revalorar su obra.

Una obra con los alcances historiográficos, teóricos, políticos y educativos, como la de Altamira, no debería pasar desapercibida en el estudio de la historiografía mexicana y su relación con la historiografía americanista. Si su primer viaje no fuera motivo suficiente para llamar nuestra atención, sí debería recordarse que casi treinta años después, coincidiendo con la institucionalización de los estudios humanísticos en México —por los que clamó Justo Sierra en 1910—, él y “otros altamiras españoles” llegaron como exiliados de la guerra civil española y europea iniciada en 1936.

ALTAMIRA Y LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA E HISPANOAMERICANA

Para mostrar la fortuna crítica que ha tenido la obra de Altamira, referiré primero lo escrito en México y después abriré un espacio de comparación con autores y textos españoles y de otras naciones iberoamericanas que, como en el caso argentino, han sido cada vez más numerosas. La revisión bibliográfica revela una concentración en la huella intelectual de Altamira en México, sin estudiar a fondo el pensamiento y la obra anterior a su circunstancia española

y americanista. La posible explicación se debe, primero, a que se considera de manera diferenciada al historiador hispanoamericanista del historiador español o europeo, dejando de lado con frecuencia las circunstancias de su propia vida como personaje político e intelectual de la restauración monárquica y, desde luego, también como historiador de una generación en buena medida decimonónica, profundamente liberal, pero no necesariamente republicana.

En 1952, un año después de la muerte de Altamira, la Universidad Nacional Autónoma de México publicó un folleto con las conferencias leídas en el homenaje que se rindió a su memoria el 9 de julio de 1951 en el Palacio de Bellas Artes. En esa ocasión, el patrocinio de varias instituciones educativas y académicas de México y España dejó constancia de una iniciativa tomada por “razones de tipo sentimental”, como reconoció Bernardo Giner de los Ríos, mas eso no impidió que quienes participaron en el acto (Javier Malagón, Silvio Zavala, Luis A. Santullano, Raúl Carrancá y Trujillo, Luis Garrido y Álvaro Alborno), aparte de elogiar al maestro y destacar una personalidad que había rebasado “todo límite concreto”, describieran las líneas principales de su trabajo como historiador, educador, juez y jurista, con un fondo sustancial, el de su labor en favor de la paz y la convivencia humanas.¹

Casi veinte años después, aquellos textos de Javier Malagón y de Silvio Zavala, ampliados y complementados con publicaciones posteriores a 1952, fueron reunidos en el pequeño libro titulado *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*. Aquí, la visión de conjunto encontró su principal motivación en la filosofía de la historia hispánica: “el honroso papel de propagador de la civilización occidental que ha cumplido el espíritu español, es un rumor sosegado y continuo que denuncia cosas más positivas que las aparentes y deslumbrantes de la historia política, porque se trata de un espíritu que marcha a cuestras de sus hombres”.² De ahí que hispanismo y americanismo fueran una y la misma obra en la trayectoria intelectual del maestro.

En 1982, cuando el gobierno mexicano aceptó la propuesta de publicar una obra en la que se hiciese un recuento de lo aportado por españoles republicanos que se exiliaron en el país como resultado de la guerra civil, Juan A. Ortega y Medina escribió un largo texto en el que pasó revista, uno a uno, a los historiadores españoles más importantes que se asentaron en México para continuar su fecunda labor intelectual.³ En sus páginas, el historiador mexicano de origen malagueño, no sólo tuvo que disculpar el retrato de Altamira

¹ Unos meses antes de su fallecimiento, Rafael Altamira había sido propuesto como candidato al premio Nobel de la Paz, contando con la adhesión de personalidades e instituciones de reconocido prestigio a nivel internacional. Vid. Asín Vergara, *Rafael Altamira 1866-1951*.

² Malagón y Zavala, *Rafael Altamira Crevea. El historiador y el hombre*. La primera edición del libro, en 1971, corrió a cargo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

³ Ortega y Medina, “Historia”, en *El exilio español en México 1939-1982*, pp. 237-294.

hecho por Luis González en 1976, como un hombre “devoto de sí mismo”, “interesado únicamente en desplegar ante sus alumnos su *currículum vitae* adornado de toda clase de moños y listones”;⁴ también se permitió destacar la contradicción entre la necesaria imparcialidad científica del historiador, sostenida por Altamira y la simpatía temática desplegada en su misma obra. Lo importante es que Ortega y Medina no se olvidó de mencionar que los cimientos de una mutua comprensión entre los miembros de “la diversa y dispersa familia hispánica”, habían sido echados por un hombre “cabal y probo”, “republicano y liberal”.

Más tarde, en el otoño de 1987, por iniciativa española se celebró en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM un “Simposio en homenaje a Rafael Altamira” con la participación de una nueva generación de investigadores de España, Argentina, Venezuela y México. Rafael Diego Fernández, quien ya antes había publicado un trabajo acerca de Altamira y la historia del derecho.⁵ Se refirió a la huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica, ponencia que fue comentada por Jaime del Arenal Fenochio. Después, Ascensión H. de León Portilla, ofreció una perspectiva del exilio de Altamira en el contexto de los exilios españoles en América, comentada ésta por Matilde Mantecón y José Antonio Matesánz; mientras Javier Malagón y Juan A. Ortega y Medina aludieron a los escritos del historiador y a su idea de la historia respectivamente. A continuación, Mariano Peset rescató a José María Ots Capdequí como discípulo de Altamira y fue comentado por María del Refugio González. El argentino Víctor Tau Anzoátegui, con comentario de Beatriz Bernal, trazó un paralelo intelectual entre Altamira y su compatriota Ricardo Levene. Silvio Zavala, quien ya se había encargado del discurso inaugural, reprodujo su texto sobre el americanismo de Rafael Altamira y fue comentado por Guillermo F. Margadant y Carlos Bosch García.⁶

Hasta aquí, lo único que parecía ser ya inaceptable en la obra de Altamira, al menos para los historiadores mexicanos del momento, era el supuesto positivismo de su metodología y de su teoría de la historia. Sin embargo, en 1992, Ricardo Pérez Montfort sugirió algo más en materia política.⁷ A raíz de

⁴ González, “La pasión del nido”, *Historia mexicana*, XXV-4, abril-junio 1976, pp. 530-598.

⁵ Fernández, “Don Rafael Altamira y Crevea y la historia del derecho en México”, pp. 245-262.

⁶ Tres años después, cuando las ponencias del Simposio fueron publicadas por el mismo Instituto, en un apartado denominado “Documentos” (a pesar de ser el único), fue incluido el ensayo de “Aproximación intelectual e ideológica a Rafael Altamira” que Rafael Asín Vergara escribió en *Rafael Altamira 1866-1951*, el volumen que con motivo del mismo homenaje fue publicado en Alicante, la ciudad natal donde nació la idea de hacer un reconocimiento a Altamira con resonancias en el mundo hispanoamericano. Pero de él hablaré más adelante.

⁷ Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange: Los sueños imperiales de la derecha*

un estudio anterior llevado a cabo en colaboración con Brigitte von Mentz, Daniela Grollova y Verena Radkau, Pérez Montfort dijo haber encontrado que los grupos de oposición de clase media y de derecha, durante el régimen cardenista, habían tenido como una de sus características ideológicas fundamentales “su identificación con la causa tradicionalista, católica y pretoriana de aquella España que se había rebelado en contra del gobierno republicano en el verano de 1936”. Al profundizar al respecto, se dieron cuenta que había una extensa corriente que relacionaba a varios sectores de la derecha mexicana con la española, a través de lo que en aquella época daban por llamar “hispanismo” o “hispanidad”.⁸

El estudio de Pérez Montfort acerca del hispanismo “como principio de la ideología conservadora” sacó a relucir un aspecto clave del “trauma” histórico hispanoamericano. Según él, el planteamiento de un tutelaje moral de España sobre sus antiguas colonias, no sólo había quedado como uno de los elementos centrales del hispanismo liberal, sino incluso lo había identificado con el punto de vista conservador. Por tanto, la política de acercamiento con América, promovida por Altamira en España, en el fondo sólo había buscado la reconciliación entre “la madre patria” y sus “hijas”, pero nunca un trato de igual a igual. Su posición en este sentido no fue excepcional, pues el concepto de superioridad de lo español sobre lo americano, permeaba la mayor parte de las reflexiones españolas sobre la América Latina de la época, tanto del bando liberal como del conservador.⁹ Así, de un modo sorprendente, el hispanismo liberal de Altamira parecía contarse entre los antecedentes imperiales del movimiento falangista. Una conclusión que tomaba en cuenta la participación de ciertos personajes españoles en la vida social y política del país, mas no el origen de la visita de Altamira ni su pasado español.¹⁰

española y México.

⁸ *Ibidem*, p. 11.

⁹ Es este precisamente el tema que explora el libro de Isidro Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, quien incluye algunas menciones de Rafael Altamira, pero Sepúlveda conocía al historiador alicantino desde mucho antes y le había dedicado un artículo precursor en cierto sentido: “Rafael Altamira: Programa americanista español”, pp. 123-142.

¹⁰ Como se verá a continuación, la tesis de Pérez Montfort es una cuestión que puede seguirse y creo que corregirse, no sólo siguiendo las investigaciones de Juan Manuel Ledezma y Aimer Granados que citaré más adelante, también observando cómo es que en el contexto de las contribuciones hechas desde la Revista *América española*, de Francisco y José Elguero, las referencias a Altamira y su obra son casi inexistentes, precisamente por su filiación política liberal, y esto ocurre con buena parte de la intelectualidad hispano-mexicana en el periodo 1910-1939, extendiéndose, a veces, hasta encontrar algunas protestas en contra de los propios exiliados, sobre todo cuando se les consideraba más cercanos a posiciones comunistas. Pero por el otro extremo, debe recordarse que en América Española sí colaboraron Rodolfo

Tal vez resulte útil recordar brevemente este episodio. La primera vez que Rafael Altamira y Crevea pisó tierras mexicanas, lo hizo procedente del Callao el 11 de diciembre de 1909. Desembarcó en Salina Cruz como parte de su viaje por América, en calidad de delegado de la Universidad de Oviedo y en representación de diversas instancias españolas. Tenía por misión, el entonces ya prestigioso autor de la *Historia de España y de la civilización española (1900-1904)*, encontrar nuevas formas de cooperación hispanoamericana en términos de mutua comprensión y conocimiento histórico. Visitó universidades, centros de cultura y entidades científicas de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Cuba, México e incluso Estados Unidos, nación que apenas en 1898, al despojar a España de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, había asestado uno de los golpes más duros al patriotismo y al sentimiento de nacionalidad españoles.

El programa de Altamira en México incluyó numerosas conferencias en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Normal de Maestros, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, entre otros; todas ellas acerca de temas jurídicos, históricos y de instrucción pública y enseñanza, los tres grandes intereses en la obra de Altamira. En todas estas actividades la presencia de Justo Sierra fue decisiva. El entonces ministro de Instrucción Pública del régimen porfirista y promotor de la nueva Universidad Nacional había conocido a Altamira en 1900, cuando ambos tomaron parte en un congreso celebrado en España sobre temas pedagógicos. Esto favoreció que Justo Sierra no dudara en ofrecer al maestro español la titularidad de la cátedra de historia del derecho que había ideado, pensando en él dentro de la futura Escuela de Altos Estudios de la Universidad. El compromiso se formalizó, pero el inicio de la revolución armada de 1910 en México, la incorporación de Altamira al año siguiente en la Dirección de Primera Enseñanza, así como los trabajos realizados al frente del Seminario de historia de América y contemporánea de España, creado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid —ambas funciones por Orden Real—, impidieron su cumplimiento.

Jaime del Arenal Fenochio, uno de los participantes en el homenaje de 1987, volvió sobre la obra de Altamira en 1993, pero esta vez para editar algunas de las conferencias que entre 1909 y 1910 impartió el maestro en materia de derecho.¹¹ Jaime del Arenal hizo posible conocer un conjunto de breves

Reyes, Carlos Pereyra, Alberto María Carreño, Jesús Galindo y Villa, entre otros hispanistas mexicanos, pero en su momento, la revista, que se anunciaba como “destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española...”, sí llegó a ser acusada como germanófila, muy lejos de las posiciones políticas de Altamira.

¹¹ Rafael Altamira y Crevea, *La formación del jurista*. Más recientemente, Eva Elizabeth Martínez Chávez en su libro *España en el recuerdo, México en la esperanza. Juristas*

textos que confirmaron y ampliaron una idea ya expresada por Rafael Diego Fernández en 1988. Según ellos, si bien era cierto que en 1910 no se había podido concretar la iniciativa de Justo Sierra para que Altamira impartiera un curso de historia del derecho en la futura Escuela de Altos Estudios, las conferencias del visitante español tuvieron un efecto muy positivo en el futuro de la enseñanza de dicha materia dentro de las aulas mexicanas, y más específicamente, en la creación de la Escuela Libre de Derecho, heredera por lo tanto, de la Institución Libre de Enseñanza fundada en Madrid en 1876 y de la cual Altamira había sido uno de sus principales artífices.

Tres años después de publicadas dichas conferencias, Javier Garciadiego sugirió una hipótesis todavía de mayor alcance para valorar la huella de Altamira en México en materia de enseñanza.¹² No desatendió la idea de relacionar los orígenes de la Escuela Libre de Derecho con la Institución Libre de Enseñanza, pero tampoco la respaldó. Su estudio acerca de la Universidad Nacional le permitió considerar en cambio, que la influencia de Altamira “pudo ser mayor en la difusión de las ideas sobre la necesidad de crear universidades populares, como se había hecho en Oviedo y Valencia.” En otras palabras, cabía la posibilidad de leer el mensaje de Altamira como uno de los inspiradores de las dos secesiones por las cuales pasaron la educación y la cultura mexicanas tras la caída del porfiriato, la de la Escuela Libre de Derecho y la de la Universidad Popular, como parte de un proceso de ajustes políticos y de redefinición de objetivos sociales.

Dos referencias más acerca de la obra de Rafael Altamira en el medio mexicano se inscriben dentro del campo de la teoría de la historia, pero coinciden con las anteriores, se remiten sobre todo a la visita de 1909-1910. La primera corresponde a Álvaro Matute, quien en *La teoría de la historia en México 1940-1968*, menciona la conferencia acerca de los “Principios de la

republicanos del exilio, ofreció un perfil de Altamira como jurista, comparando su trayectoria con la de otros intelectuales y profesionistas exiliados en México, pero como ha dicho, esto lo hace “en clave biográfica” y desde una perspectiva distinta de la historia intelectual.

¹² Garciadiego Dantan, *Rudos contra científicos: la Universidad nacional durante la Revolución mexicana*, p. 187. Véase también Adriana Gutiérrez Hernández, *Casino español de México: 140 años de historia*, quien destacó como uno de los efectos más importantes de la presencia de Altamira en México la creación de un clima favorable para el restablecimiento de la Universidad, contra la resistencia que existía para la realización de dicho proyecto en 1910. En la misma línea, el libro de Morelos Torres Aguilar, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*. Gracias a su estudio fue posible confirmar cómo es que la visita de Rafael Altamira permitía relacionar la idea de universidad popular, que más tarde recogieron algunos miembros del Ateneo de la juventud y Alfonso Pruneda en particular, con la idea de extensión universitaria y universidad popular en España. Desafortunadamente, algunos de estos hallazgos no han pasado todavía de ser hipótesis u opiniones formuladas en el contexto de intereses muy diversos.

ciencia de la historia” que el maestro español expuso en el Museo Nacional. Aunque el texto de la misma se desconoce, es interesante en distintos aspectos, primero porque es indudable que Altamira sembró ahí “ciertos conceptos e ideas, ya que algunos historiadores lo recuerdan por ello”;¹³ en segundo lugar porque, según el testimonio de Jesús Galindo y Villa, parece haber sido el único antecedente de un tratamiento amplio de las cuestiones de metodología y ciencias auxiliares de la historia en dicho establecimiento, antes de que Roberto Esteva Ruiz y Valverde continuara los cursos iniciados por Genaro García y el propio Galindo y Villa. En 1911, Porfirio Parra en *Plan de una historia general de Chihuahua*, confirmó también lo esencial de aquella conferencia de Altamira.¹⁴

Por otra parte, la suposición de Álvaro Matute acerca de la importancia que para el mismo Altamira debió representar dicha conferencia es bastante factible, pues aunque en *La enseñanza de la historia* (2ª. ed., 1895) y en *Cuestiones modernas de historia* (1904), sus dos textos más conocidos entonces en México, él ya se había ocupado del método histórico, otros textos como *Filosofía de la historia y teoría de la civilización* (1915) o su discurso sobre el *Valor social del conocimiento histórico* (1922) todavía estaban por venir. Sin embargo, Álvaro Matute siguió la línea trazada por Edmundo O’Gorman, Juan A. Ortega y Medina y Luis González en la comprensión de la obra de Altamira, considerándolo uno de los miembros de “la antigua escuela”, de “la desintegración del positivismo en México”, y de “la secuela empirista heredada a historiadores como Silvio Zavala”.

Y es que, si bien Rafael Altamira se esforzó por seguir siendo un historiador activo y publicar los resultados de sus últimas investigaciones en España, o todo lo que consideraba pendiente antes de morir, a su regreso a México, pareció ser un maestro venerable para muchos, pero inactual en cuanto a su pensamiento historiográfico para otros. Como escritor de historia, Altamira era ciertamente un hombre del siglo pasado y también de la antigua escuela en sus ideas. Durante toda su carrera sostuvo la cientificidad de la historia como una bandera de lucha contra quienes preferían *juzgar* en lugar de *comprender*. Por eso en 1945, al participar en la famosa polémica sobre la teoría de la historia que se suscitó entre Edmundo O’Gorman y Silvio Zavala, fue Altamira quien ofreció una respuesta a la postura vital, imaginativa e “inventora” de O’Gorman. Ahí, rechazó todo lugar a la predicción en la historia, porque el hombre, según lo había pensado él “por experiencia que no por filosofía”, es el ser dotado de mayor número de posibilidades. Lo que le preocupaba era

¹³ Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX: La desintegración del positivismo (1911-1935)*, p. 28.

¹⁴ Parra, *Plan de una historia general de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla*, pp. 37-38.

averiguar, con una serie de pruebas o fuentes, una verdad que satisficiera por el momento y que entonces se podía conocer, pues finalmente lo humano era algo que se estaba haciendo siempre.¹⁵

El siguiente de los historiadores mexicanos que también volvió sobre la obra de Altamira con una preocupación teórica fue Guillermo Zermeno.¹⁶ En un intento por entender la fusión entre la cultura laica y la cultura católica, alrededor de los mismos principios superadores del “autodidactismo” en Historia, Zermeno coloca la biografía intelectual de Altamira y su vínculo con el krausismo, como un indicador para entender el paso de la tradición historiográfica hispanoamericana a la tradición historiográfica científicista alemana.¹⁷

Desde esta perspectiva, tanto el elemento regeneracionista de una ilustración historiográfica como la afirmación del carácter científico de la historia, permitían sostener que el proyecto de Altamira formaba parte de una secuencia iniciada en Alemania (en cuanto a la admiración por sus instituciones académicas y científicas), que pasó por Francia y llegó a una España deteriorada por la crisis de 1898. Según esto, el exilio español no sólo habría hecho coincidir la voluntad mexicana de institucionalizar la educación superior y la investigación en historia con el “institucionismo” krausista, sino que además, la concepción krausista de la historiografía habría permitido a Altamira hacer de la historia el instrumento ideal para vincular a España con sus antiguos dominios, pero a partir de “bases filosóficas firmes”, lo cual quería decir: “hacer realidad el proyecto delineado por Kant acerca de cómo construir una historia en sentido cosmopolita, en el caso de Altamira y [Silvio] Zavala, de una historia global de los pueblos de civilización hispana”.¹⁸

En efecto, para Altamira, y esa es la idea dominante de toda su obra, decir *civilización* era lo mismo que decir *Historia*: ambas significaban la narración íntegra y orgánica de los hechos a través de los siglos. Esta idea podía ser discutible, pero lo que ni entonces ni ahora es desdeñable, era su concepto de historia de la civilización, que legó y no copió ni de pensadores franceses ni de sus maestros españoles, sino que fue construyendo a lo largo de su vida

¹⁵ Matute Aguirre, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*.

¹⁶ Zermeno Padilla, *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica*.

¹⁷ Un panorama general, puede verse en Ureña y Álvarez Lázaro, editores, *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*. En el caso específico de México, de Antolín Sánchez Cuervo, compilador, *Las polémicas en torno al krausismo en México (siglo XIX)*. Otros indicios que permiten completar y comprender el momento que vivía la institucionalización de los estudios históricos en México se pueden ver en Mora Muro (coord), *Los historiadores, una comunidad del saber. México, 1903-1955*.

¹⁸ Sánchez Cuervo, *Las polémicas*, p. 177.

como una vocación por la historia, primero sólo de su patria, pero después por la historia americana. La proyección internacional adquirida por la obra de Rafael Altamira desde los primeros años del siglo xx, pasó incluso por el reconocimiento de George P. Gooch, historiador inglés que se refirió a él como al autor del mejor resumen conocido hasta entonces en cualquier idioma acerca de “la compleja historia de la civilización española”, pero también por el recuerdo de Pierre Vilar, historiador hispanista de origen francés y filiación marxista, que acertadamente lo desmarcó de cualquier posible influencia de la, en su momento, omnipresente “escuela francesa de los Anales”.¹⁹

Recientemente, Juan Manuel Ledezma Martínez, aparte de su tesis doctoral titulada *Los programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira y su primera estancia en México, 1908-1910. Hacia la conformación de una red intelectual*, presentada en la Universidad Autónoma de Madrid en 2013, ha dedicado ya más de un trabajo complementario al conocimiento de la presencia de Altamira en México.²⁰ Sin embargo, siguiendo el ejemplo de Hebe Carmen Pelosi en Argentina, ha propuesto estudiar el viaje de Altamira como parte de un proyecto para el establecimiento de redes sociales e intelectuales entre España y América, por eso sus investigaciones se han centrado en el estudio de las reacciones políticas y académicas por la visita de Altamira, sobre todo a través del debate periodístico de la época. Así, la parte central de su investigación concluyó con el hallazgo de “un contexto nacional, caracterizado por un régimen en plena decadencia y una sociedad a punto de estallar como una bomba de tiempo”, puesto que las reacciones, tanto de la elite gobernante, como de la opositora, constituyeron “un ejemplo más de la resistencia al cambio que imperaba en las elites, en un contexto de descomposición política y social por el que atravesaba México. Asimismo, con estas reacciones se manifiesta una vez más la intolerancia católica proveniente de tiempos no tan alejados como los de la Reforma”.²¹

A pesar de que Ledezma ha recordado la importancia que para los vínculos hispano-mexicanos tuvo la figura política de Emilio Castelar y destacando la transformación que la guerra de 1898 trajo consigo en estas relaciones, lo que más destaca en el contexto de la historia mexicana, es la repercusión política e intelectual de la visita de Altamira, cuya imagen hace un contrapunto con el papel jugado por Telésforo García en la misma época. Desafortunadamente, un

¹⁹ Esta afirmación fue corroborada en 1959 por el propio Fernand Braudel en *La historia y las ciencias sociales*, pp. 130-200.

²⁰ Véase por ejemplo a su artículo “Telésforo García: un emigrante montaños en el porfiriato”, *Actas del Congreso Internacional “América Latina: la autonomía de una región. XV Encuentro de Latinoamericanistas españoles*, pp. 990-1000.

²¹ Ledezma Martínez, “La primera visita de Rafael Altamira a México: reacciones políticas y académicas”, pp. 111-124.

personaje tan central y a la vez tan complejo como Justo Sierra, por ejemplo, es descrito como “un positivista”, con lo que se deja de lado a otros personajes y proyectos en los que también se hizo sentir la influencia regeneracionista de Altamira en México, incluso a partir de 1944. Es este otro punto a destacar en los trabajos de Ledezma, que no sólo no se marcan diferencias entre las circunstancias de su visita y las de su exilio, sino que además repite sin mayor análisis o reflexión una interpretación que, como veremos a la luz de las investigaciones más recientes, se ha tornado problemática, y es la que consiste en afirmar que los republicanos españoles encontraron en México una segunda patria, que muchos echaron raíces en su nuevo país y que algunos pocos hasta se integraron profundamente en la vida intelectual.

Este es un tema digno examinarse, más allá de los alcances políticos que pudo tener durante el régimen cardenista o el posterior discurso de la unidad nacional, porque el propio Rafael Altamira, antes y después de 1944 meditó, escribió y publicó numerosas páginas acerca la patria y el patriotismo. Sin que se reconozca en ello algún tipo de agravio o ingratitud, es claro que Altamira no pudo haber considerado a México una segunda patria.²²

Otro punto, no menos importante, es que Ledezma ha continuado con sus investigaciones acerca de la primera visita de Altamira, tratando de demostrar que, en buena medida, fue gracias a ésta que se restablecieron las relaciones culturales, intelectuales y universitarias de España con los países americanos, con signos positivos de igualdad, solidaridad y cooperación. La conclusión es sólo razonable en cuanto permite distinguir las diferencias entre Altamira y el hispanismo conservador mexicano, pero sin duda, trabajos como los de Antonio Niño y Aimer Granados sobre la base del conocimiento de la obra del propio Altamira, han demostrado que esto no fue sí, las relaciones culturales entre España y América venían de tiempo atrás.

Lo que sí es cierto es que Altamira fue uno de los personajes que más hicieron “por consolidar un proyecto hispanoamericanista común a las dos orillas del Atlántico”, definiéndolo incluso en un sentido filosófico como un proyecto cultural común a los pueblos hispanos. De manera que la construcción de una memoria común a todos los pueblos hispanoamericanos, contribuyera a devolver a la civilización española todo su prestigio. De manera explícita, Altamira pensaba que el verdadero espíritu español no era unidireccional y se oponía al iberocentrismo, porque éste lo integraban no sólo las influencias de España en América, sino también todo lo que España podía obtener de los antiguos territorios. Había aquí una profunda coincidencia entre Justo Sierra y

²² Entre otras aportaciones hechas al respecto, la más explícita es la Ma. Magdalena Martínez Almira, *El concepto de Patria para Rafael Altamira*.

Rafael Altamira, para ambos, el hispanoamericanismo se fundamentaba en una relación entre países pares.²³

También Jaime del Arenal Fenochio y Andrés Lira han dado continuidad en sus investigaciones a la presencia de Altamira en México. El primero, diplomático mexicano e historiador del derecho, a quien he mencionado antes, ha estudiado el discurso renovador de Altamira a partir de su explicación de la historia de la civilización española, destacando el papel del Derecho como un instrumento civilizador en el pueblo español y en América. Como ha dicho en más de una ocasión, “lo que a mí siempre me ha importado de él, quizá por mi formación jurídica, es el hecho de que Altamira fue ante todo un jurista; historiador sí, pero también jurista”,²⁴ aunque un jurista que respondió a los problemas de su tiempo con la historiografía puesta al servicio de la paz, la comprensión y el entendimiento mutuo entre los pueblos.

Andrés Lira, en cambio, se ha interesado por la obra de Altamira de un modo más amplio y profundo, aunque indirecto, como profesor que fue de su maestro Silvio Zavala. El testimonio más claro de su rescate de la presencia de Rafael Altamira lo ha ofrecido a partir de una investigación en el archivo de Zavala, a través de la correspondencia intercambiada durante los años que conecta el inicio de la guerra en España, la incorporación al trabajo intelectual en México de Zavala y el apoyo que brindó a su maestro para sacarlos a él y a su familia de Europa con el fin de que se establecieran en México.²⁵

Por un lado, algunas de las cartas que Zavala recibió de Altamira y que Andrés Lira se encargó de rescatar, corroboran los apuros económicos que vivió el maestro español a partir de 1939, cuando se encontró totalmente solo en la Francia ocupada por los alemanes, sosteniendo a los once miembros de su familia ante el cese de sus funciones como juez del Tribunal de La Haya. Una situación que Clara E. Lida encontró también en las cartas enviadas por Altamira a Alfonso Reyes.²⁶ Aquí, la novedad estriba en el interés de Andrés Lira por la vida personal de ambos historiadores y los detalles que la correspondencia ofrece acerca de las publicaciones de Altamira en México que se concretaron en la década de los treinta, a pesar de múltiples dificultades, pero también las

²³ Sigo aquí el indispensable libro de Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, pp. 18, 106 y 219. Gracias a él he conocido también las referencias de Antonio Niño Rodríguez a Altamira, véase por ejemplo “Hispanoamérica en la configuración nacional española de comienzos del siglo XX”, pp. 171-211.

²⁴ Del Arenal Fenochio, “Rafael Altamira y el proceso de construcción de una historiografía humana: entre la historia y el derecho”, pp. 154-160.

²⁵ *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, edición y estudio preliminar de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2012.

²⁶ Lida, *La casa de España en México*, pp. 104-107.

que se realizarían incluso después del fallecimiento de Altamira, acerca de las cuales hay rastros e insistentes noticias.

A pesar de que no es algo en lo que él mismo se detenga a reflexionar o de lo que ofrezca mayor explicación, es muy interesante el modo como Andrés Lira recuerda la circunstancia de un exilio político. Al menos en México, la imagen cada vez más difundida del exilio español ha llegado a tener una connotación eminentemente cultural e intelectual, dejando de lado que los exiliados abandonaron su país por diferencias políticas, aunque no todos fueran republicanos, olvidando también que el exilio intelectual fue una minoría frente al mayoritario exilio de oficios y profesiones. Me parece que, sin proponérselo, Andrés Lira ha sido un historiador del proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos en México que ofrece además un caso que resultaría excelente para discutir los recientes planteamientos acerca del exilio y que lamentablemente se han centrado en filósofos o “pensadores”, dejando de lado a historiadoras e historiadores.²⁷

El último trabajo desde la perspectiva mexicana que quiero comentar es un artículo de Guillermo Zermeño, quien desde hace más de diez años se ha ocupado de la obra de Altamira en el contexto de la cultura histórica moderna. En su artículo “Rafael Altamira o el final de una utopía modernista”,²⁸ Zermeño no se muestra como un especialista en la obra de Altamira o del exilio español, pero sí como un teórico que comienza por considerar la importancia del concepto de civilización en la obra de Altamira, una civilización cuya crisis se manifiesta de muchas maneras y que, al final, no sólo mostraría el desencanto y derrota del propio Altamira, sino -y esto es lo que más valioso del artículo de Zermeño-, el análisis del legado de la historia de la civilización a la que pertenecerían tanto Altamira como Fernand Braudel, inscritos en el problema de la modernidad que busca reformarse autorreferencialmente.

Esta es la conclusión a la que llega Zermeño, sobre todo tomando en cuenta *El proceso histórico de la historiografía humana* (1948), el último libro “epistemológico” de Altamira, cuya publicación se habría producido cuando la presencia de Altamira en México tendía a desaparecer. Es más, su escasa recepción y hasta franco “ninguneo” en la historiografía mexicana podría explicarse según Zermeño, por varias razones: porque Altamira “no se incorporó plenamente a la vida intelectual del exilio”, porque hasta en su discípulo Zavala, su influencia apenas puede advertirse y porque era de

²⁷ Véase sobre todo Mari Paz Balibrea, *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, y Sánchez Cuervo (coord.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina*. En ninguno de los dos hay siquiera una mención a Altamira.

²⁸ Incluido en Sánchez Cuervo y Zermeño padilla, editores, *El exilio español del 39 en México. Meditaciones entre mundos, disciplinas y saberes*.

avanzada edad cuando se encontró con una nueva generación de estudiantes y colegas mexicanos, que no sólo vivían el auge del indigenismo, sino también la creciente influencia de la historiografía francesa, aparentemente más atractiva como historia total y como historia de la civilización.

Sin embargo, todo esto sólo es parcialmente cierto, ya que Silvio Zavala sí continuó hablando en términos de civilización y fue desde esta perspectiva que desarrolló tanto el enorme proyecto del Programa de Historia de América del Instituto Panamericano de Geografía e Historia como la historia de México, así como su interés por la obra de Justo Sierra, también un historiador de la civilización, concepto que pudo complementar con las obras de Lucien Febvre, Charles Morazé o Fernand Braudel, por ejemplos.

Según Zermeño, al menos en el *Proceso histórico de la historiografía humana*, Altamira parecía incluso resbalar por los vicios de “anacronismos modernizantes”²⁹, de ahí que, a la postre no sólo hubiera tenido escasa influencia en la historiografía mexicana, su trabajo representó también el final de una utopía irrealizable en México o en cualquier otra parte, lo cual vale la pena pensar con más detenimiento, pues la idea que Rafael Altamira difundió en España desde la primera edición de *Cuestiones modernas de historia* (1904), coincidía con la todavía “muy alemana” forma de acometer la historia de la historiografía que comentó Gooch- y que Altamira pondría finalmente en claro en su *Proceso histórico de la historiografía humana*, al manifestar que los lectores habrían de comprender cómo las generaciones de muchos siglos habían podido legar una posición sólida en la manera de concebir y exponer la historia de la humanidad y de cada uno de los pueblos antiguos y modernos. La finalidad de la historiografía era preparar a sus alumnos para que, además de “recibir su doctrina historiográfica, vieran por sí mismos el proceso que durante siglos fue trazando la curva conceptual de la Historia como literatura que busca el relato y la explicación de las actividades humanas creadoras del hecho antropológico de la vida social”.³⁰

²⁹ *Ibid.* p. 190. En términos más posmodernos y enfocados en el siglo XXI, Guillermo Zermeño ha publicado el artículo “Sobre la condición posnacional en la historiografía contemporánea”, donde parte de una contrastación entre el hispanismo de Marcelino Menéndez Pelayo y Rafael Altamira, pero en realidad retoma su propio texto anterior.

³⁰ Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*. No deja de sorprender cómo es que esta edición, se realizó para celebrar el 60 aniversario del fallecimiento de Altamira, anunciándola como una “obra ya clásica” y agregando tres textos de Pilar Altamira, Jaime del Arenal Fenochio y Fernando Serrano Migallón, especialmente escritos revalorarla en el contexto de todo lo publicado por Altamira en México, mostrar su importancia como una verdadera historia de la historiografía, digna de figurar al lado de los escritos de Eduard Fueter, Robin G. Collingwood o Benedetto Croce y, en una auténtica vuelta de tuerca, actualizar una obra que parece haber sobrevivido a las circunstancias que en su momento

Al reconocer que la nueva edición del *Proceso histórico de la historiografía humana* fue un verdadero parteaguas que dejó al descubierto las publicaciones en México sobre la obra de Altamira, conviene ahora enumerar los libros de este historiador: *Técnicas de investigación en la historia del derecho indiano* (1939), *Los cedularios como fuente histórica de la legislación indiana* (1945), *Bibliografía y biografía de Rafael Altamira y Crevea* (1946, Apéndice, 1948), *Máximas y reflexiones* (1948), *Manual de investigación de la historia del derecho indiano* (1948), *Proceso histórico de la historiografía humana* (1948), *Tierras y hombres de Asturias* (1949), *Ensayo sobre Felipe II hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana* (1950), *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana* (1951), *El derecho al servicio de la paz. Cuestiones internacionales* (1954) y *Biografía intelectual y moral de don Francisco Giner de los Ríos* (1955), los dos últimos, publicados de manera póstuma. a los que es preciso agregar numerosas contribuciones en libros colectivos, revistas y periódicos, entre 1937 y 1949.³¹ Como se puede ver, no es breve la obra de Altamira publicada en México, aunque ya no tuvo tiempo para completar sus investigaciones, poner en orden escritos previos o reeditar aquellos que, como *Máximas y reflexiones*, le interesaban mucho más por su contenido personal.

Desde luego México no fue el único país hispanoamericano en el que Altamira publicó antes y después de su exilio, pero sí el más importante después de su natal España y por delante de Argentina, donde existe constancia de su *Resumen histórico de la independencia de la América española* (1910) y apareció por primera vez *Autonomía y descentralización legislativa en el régimen colonial español: siglos XVI a XVIII* (1945), *Los elementos de la civilización y del carácter españoles* (1950), la reedición de su *Manual de historia de España* (1946), así como la traducción del libro colectivo *Hombres de Estado* (1939 y 1946) por la editorial Hachette, del que originalmente formaba parte su ensayo sobre Felipe II.³² Sin embargo, las investigaciones de Hebe Carmen Pelosi y Gustavo Hernán Prado han sido más contundentes para conocer a detalle la recepción y los aportes historiográficos de

llevaron a ignorarla y que ahora la descubren dialogando con autores, conceptos e incógnitas supuestamente superados.

³¹ En este rubro se destacan sus contribuciones a la *Revista de Historia de América*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia que dirigió Silvio Zavala desde su fundación en 1938, y en la que de hecho aparecieron dos libros más de Altamira, aunque divididos en artículos que sumaban cientos de páginas: *Los cedularios como fuente histórica de la legislación indiana* (1940-1945) y *Estudios sobre las fuentes de conocimiento del derecho indiano* (1947-1948).

³² No quiero omitir tampoco su libro de *Arte y realidad* que, si bien había sido publicado en Barcelona en 1921, encontró una reedición en Santiago de Chile el año de 1936.

Altamira en los países sudamericanos, particularmente en la enseñanza de la historia en Argentina, sin descuidar el antecedente del Grupo de Oviedo al que pertenecía Altamira cuando emprendió su viaje de 1909, así como el andamiaje institucional que respaldó las iniciativas de la Universidad de Oviedo.³³ Es significativo cómo las investigaciones de Gustavo Prado nacieron preguntándose por las razones del éxito del viaje de Altamira en 1909, mientras que en México la cuestión fue por qué el desconocimiento de su libro de 1948, de su obra en general y hasta de su propia persona.³⁴ Para no hablar de un verdadero “vencido”, como Altamira se calificó a sí mismo en uno de sus últimos artículos de México, resulta conveniente observar las diferentes etapas de recepción de su obra, y preguntarnos cómo y por qué desde determinado punto de vista parece un hombre del pasado que no tiene nada qué decir a la historiografía mexicana de mediados del siglo xx y ahora, a principios del siglo xxi, un clásico de indudable actualidad.

ALTAMIRA EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

La creciente labor que un número cada vez mayor de investigadoras e investigadores han realizado en España para revalorar la obra de Altamira en el último cuarto de siglo, amplía y diversifica las contribuciones hispanoamericanas.³⁵ En primer lugar, resulta imposible pasar revista a cada libro o artículo, siguiendo un orden cronológico. También debe tomarse en cuenta que en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes existe una sección especial que concentra documentos, imágenes, noticias, estudios y, desde

³³ Cabe mencionar también el libro *Rafael Altamira en Argentina. Vinculos sociales e intelectuales entre España y Argentina en tiempos del primer centenario de la Independencia*. Aunque se ha investigado poco y de manera un tanto marginal, se han comenzado a conocer las relaciones de Altamira con el Perú, a través de sus cartas con el historiador Jorge Basadre y el escritor Ricardo Palma. Véase E. Valero Juan, “Las cartas entre Ricardo Palma y Rafael Altamira en el contexto del 98”.

³⁴ El olvido de Altamira en México llegó a ser significativo. En 1983, cuando el Ateneo Español de México organizó *Homenaje a México. Historia contemporánea de una emigración*, el catálogo, de gran tamaño y con imágenes de numerosos artistas españoles emigrados, incluyó una sección de la obra escrita por filósofos, poetas, antropólogos, historiadores, periodistas, sociólogos, juristas, educadores y científicos, pero Altamira ni siquiera figuró en la lista.

³⁵ En este rubro valdría la pena mencionar a editoras y editores comerciales, que sin oponerse a las iniciativas académicas, han hecho su aportación para llevar la obra de Altamira a un público amplio. La editorial KKR publicó por primera vez en *España Tierras y hombre de Asturias* (2005), rescatándolo en la edición de Xuan Cándano y prólogo de David Ruiz. El caso más reciente es Javier Santillán, fundador y director de la editorial Gadir, quien se encontró el Ensayo sobre Felipe II en una librería de viejo y le gustó tanto que decidió reeditarla en 2022.

luego, casi todas las publicaciones de Altamira que pueden ser consultadas y leídas de manera digital. A dicha biblioteca habría que agregar, al menos un par de blogs, como el administrado por Pilar Altamira hasta antes de su fallecimiento, además de la página de la Real Academia de la Historia, que proporciona información completa acerca del historiador alicantino.

Esta segunda sección no aspira a ser exhaustiva, sino más bien sistemática y crítica en la medida de lo posible, por lo inabarcable de lo publicado en España durante los años recientes. El punto de partida es 1967, en este año, Francisco Almela y Vives publicó un breve libro, con apenas 31 páginas, titulado *Don Rafael Altamira, escritor valenciano*. Mientras tanto, para celebrar el primer centenario del nacimiento de quien fuera uno de los miembros más ilustres de su claustro académico, la Universidad de Oviedo rindió un pequeño homenaje a Altamira, al publicar las contribuciones de José Ma. Martínez Cachero, Luis Sela Sampil y Ramón Prieto Bances dando mayor relevancia a su obra literaria y sus vínculos con la intelectualidad asturiana. Fueron, sin embargo, los primeros esfuerzos por recordarlo en España, después de su muerte en el exilio.

En 1968, Vicente Ramos escribió la primera biografía personal del alicantino con muchos detalles de su infancia y juventud, así como algunas imágenes familiares, en un extraño libro de la editorial Alfaguara, que desde una perspectiva regionalista incluye también títulos de literatura, entre los que destaca el nombre de Camilo José Cela. Más tarde, como Cronista Oficial de la Provincia de Alicante, Ramos le sumó a esta primera biografía *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira* (1987), un libro no menos cargado de admiración e inspirado en el pacifismo de quien en dos ocasiones llegó a ser candidato al Premio Nobel de la Paz. Son dos libros con bibliografía muy completa, a partir del archivo de Altamira y el apoyo de su hija e hijo. Cabe observar que, sobre todo el primero, se publicó antes de la llamada transición democrática de España.

En el año de 1987, Rafael Asín Vergara gracias al Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert” editó un volumen relativo a la vida y obra de Altamira, acompañado de las ponencias de un coloquio coordinado por Armando Alberola bajo el mismo tema y una exposición que viajó por Oviedo, México, Madrid y Valencia, en el marco de la constitución de la “Fundación Rafael Altamira”. El libro es valioso porque además de la reconstrucción cronológica de la vida y obra de Altamira, es un álbum que reproduce imágenes, documentos, cartas y fotografías del contexto intelectual y político del jurista e historiador. En 2002, la Fundación Francisco Giner de los Ríos (Institución Libre de Enseñanza), con la colaboración de la Residencia de Estudiantes y el mismo Instituto “Juan Gil-Albert”, organizaron otra exposición sobre la vida intelectual y la labor educativa de Altamira, bajo la coordinación del propio Asín Vergara y

acompañada con una versión breve del mismo catálogo. Ambas publicaciones tuvieron la desventaja de proporcionar información escasa y con errores de los años 1944 a 1951 relativos al exilio de Altamira en México. Esto, seguramente debido, sobre todo, a la escasa información de la que se dispuso para esta etapa.

Aunque se trata de un rubro que bien podría tratarse por separado, el de las múltiples reediciones que los libros de Altamira han tenido en los últimos años, es importante mencionar que Asín Vergara, además de dichos catálogos y numerosos artículos y colaboraciones en obras colectivas, también fue responsable de prologar las nuevas ediciones de *Historia de la civilización española* (1988), *La enseñanza de la historia* (1997), *Psicología del pueblo español* (1997) y, con José María Jover, *Historia de España y de la civilización española* (2001). En esta misma línea cabe destacar la edición que José Martínez Millán hizo del *Ensayo sobre Felipe II* (1997), para la recién creada Fundación Rafael Altamira de Alicante.

Durante las décadas de los setenta y ochenta fue menos lo que se publicó en España acerca de Altamira y su obra. José María Ots de Capdequí y Javier Malagón, discípulos suyos en la Universidad Central de Madrid antes de la Guerra, y durante los primeros años exiliados con él en México, todavía lo recordaron en las páginas de la *Revista de Historia de América* y en la *Revista de Occidente*, mientras que Santiago Melón Fernández, también desde la Universidad de Oviedo, publicó *El viaje a América del profesor Altamira*. En realidad, este último estudio, aunque breve, adelantó el camino por el cual se habría de dar la recuperación definitiva de Altamira en España, como educador y representante de la llamada “Edad de plata” de la cultura española (1902-1939), en la que el proyecto americanista del grupo de Oviedo jugó un papel fundamental.³⁶

Es así como podemos explicar la publicación y las repercusiones del libro de Irene Palacio Lis, *Rafael Altamira. Un modelo de regeneracionismo educativo* (1986). Con él, se recordaron sus relaciones con Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate y Joaquín Costa, su papel como director general de Primera Enseñanza, así como su participación en la Institución Libre de Enseñanza, el Museo Pedagógico y la Extensión Universitaria que, sin llevar nunca a Altamira a simpatizar abiertamente con tendencias socialistas, sí lo mostraron como un activo promotor de la educación para todas y todos los españoles, sin que importaran edad, sexo o religión. Él mismo se pronunció en favor del ingreso que nunca se produjo de Emilia Pardo Bazán a la Academia y dedicó más de un artículo a la historia y la educación de las mujeres españolas. Gracias al libro de Irene Palacio, también se rescataron del olvido sus libros

³⁶ Además de las investigaciones de Gustavo Prado que ya he mencionado, vale la pena destacar el catálogo de la exposición bibliográfica y documental *Rafael Altamira y el grupo de Oviedo*, coordinada por Santos Manuel Coronas González.

Cuestiones obreras (1914), *Ideario pedagógico* (1923) y *Problèmes modernes d'enseignement en vue de la conciliation entre les peuples et de la paix morale* (1932), así como el ya citado libro *La enseñanza de la historia* (1891).

Una de las primeras reacciones importantes al libro de Irene Palacio, fue la publicación del libro colectivo que mencioné antes, coordinado por Armando Alberola, *Estudios sobre Rafael Altamira* (1987). Fue una publicación oficial, auspiciada por la Diputación Provincial de Alicante y la Caja de Ahorros de Alicante, que se esforzó por abarcar, por primera vez, toda la obra de Altamira. Participaron tanto autores ya reconocidos como jóvenes que luego profundizaron en sus propios temas, aunque siempre mostrando a Altamira como un precursor o un adelantado a su tiempo en muchos renglones de la nueva cultura española intelectual y académica del momento, incluyendo la participación del historiador francés Pierre Vilar y la mexicana Ma. Refugio González. No obstante, lo más importante han sido los resultados a largo plazo del libro de Irene Palacio, por un lado, motivar nuevos estudios sobre Altamira desde la pedagogía, y por otro, colocarlo como una figura imprescindible en el estudio de la historia del krausismo y regeneracionismo españoles.³⁷

Entre los nuevos temas, para los que Altamira parecía tener mucho que decir, el de la teoría de la historia ha encontrado numerosas y relevantes contribuciones. A partir del artículo de José Antonio Maravall, “La concepción de la historia en Rafael Altamira” (1990), historiadores y filósofos como Manuel Tuñón de Lara, Josep Fontana, Luis G. de Valdeavellano, José Luis Abellán y José Luis Villacañas iniciaron un diálogo con el pensamiento histórico de Altamira que no ha cesado, desde su papel modernizador en el tránsito de la historiografía española del siglo XIX al siglo XX, la actualidad de su concepto de civilización en el contexto historiográfico europeo, su papel en el proceso de institucionalización de los estudios históricos, hasta la relación entre enseñanza de la historia y conocimiento historiográfico, no han dejado de aparecer nuevas referencias en artículos o libros, ahora escritos por más jóvenes investigadoras e investigadores.³⁸

³⁷ No faltó tampoco la recuperación y publicación por primera vez en forma de libro de una obra que el mismo Altamira olvidó por tratarse de su actividad como crítico literario y por su adscripción modernista. Me refiero a *El realismo y la literatura contemporánea*, edición de Laureano Bonet, con la colaboración de Pau Miret. Con esta, Bonet continuó un precedente que Pedro Ruiz Torres había sentado ya al publicar *Cuestiones obreras*, el de acompañar las nuevas ediciones de las obras de Altamira con largos y profundos estudios preliminares. No menos riguroso fue el de Yolanda Gamarra en Rafael Altamira y Crevea, *La guerra actual y la opinión pública*.

³⁸ Por citar sólo un ejemplo, José Villacañas Berlanga se encargó de presentar la nueva edición de Rafael Altamira y Crevea, *Ideario político*, Valencia, Biblioteca valenciana, 2001, donde lo describió como un krausista de segunda generación, comentando su filosofía política de España.

Y vaya que había tela de dónde cortar, desde Cuestiones modernas de historia (1904), Filosofía de la historia y teoría de la civilización (1915), Valor social del conocimiento histórico (1922), que fue su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, pasando por el librito que Domingo Barnés tradujo como La enseñanza de la historia (1934), con las colaboraciones de Ernest Lavisse, Gabriel Monod, B. A. Hinsdale, Manuel B. Cossío y Altamira, hasta llegar, desde luego, a los artículos de la *Revista de la Universidad en México* y el ya citado *Proceso histórico de la historiografía humana* (1948).

Eva Ma. Valero Juan es otra de las investigadoras que más ha contribuido a la revaloración de Altamira en España en un rubro que sigue siendo polémico, ya no digamos en los países hispanoamericanos, sino también en España, con reflexiones agudas y muy críticas acerca del panhispanismo. Además de algunos artículos suyos, me refiero sobre todo al libro de Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América (2003), una expresión ya de por sí polémica, no del todo ajena al pensamiento de Altamira, pero sí muy distinta de cualquier nuevo intento de imperialismo intelectual. Volver a leer a Altamira resultó más que obligado. Por una parte, se reeditaron y comentaron *Mi viaje a América* (2007) y *La huella de España en América* (2008), éste con prólogo de Ma. Dolores de la Calle. Por otra parte, Altamira volvió a ser considerado figura clave de la historiografía americanista española, dando lugar a estudios comparativos con la obra y la actuación de Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Menéndez Pidal y Modesto Lafuente durante la llamada primera madurez de los estudios históricos en España (1900-1936), durante la guerra civil (1936-1939) y el exilio para unos o la dictadura para otros.³⁹

Otra publicación que trascendió los medios académicos y mereció elogiosas reseñas fue el monográfico de la revista *Canelobre* en su número 59, del verano de 2012, y que bajo el título de *Rafael Altamira: una voz que sobrepasa el silencio*, reunió casi doscientas páginas, enriquecidas con mucho material fotográfico, a un buen número de los ya reconocidos especialistas en la obra de Altamira. Con la coordinación de José Ferrándiz Lozano, escribieron desde Pilar Altamira, Francisco Moreno y Rafael Asín, hasta Gustavo H. Prado, Hebe Carmen Pelosi, Eva María Valero, José Luis Villacañas y Juan Manuel Ledezma. El número incluía un DVD con el documental *Rafael Altamira, una generación excepcional*, realizado por su bisnieto Álvaro Ramos, además de anunciar numerosas actividades organizadas por la Diputación Provincial de Alicante con motivo del 60 aniversario del fallecimiento de Altamira, como el establecimiento de los *Premios de Investigación Social Rafael Altamira* y las jornadas internacionales *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*.

³⁹ Véase por ejemplo el libro de Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España 1755-1936*, pp. 163-230.

Este trabajo se inscribe en la coyuntura del centenario del viaje de Altamira, la celebración del Año Internacional Rafael Altamira en 2011 y una larga serie de homenajes, conferencias, exposiciones y publicaciones, en un momento en el que la historiografía española está recuperando la memoria y se reapropia del exilio. Incluso en el ámbito personal y familiar el recuerdo de Altamira, con Pilar Altamira como principal cultivadora, se incrementa poco a poco. Hay otros espacios académicos de los que no me puedo ocupar aquí, que dan cuenta del significado historiográfico y la huella de Altamira en Estados Unidos, quien realizó un viaje de 1909-1910 invitado por la American Historical Association, durante el cual hizo amistad con Archer Huntington, fundador de la Hispanic Society, donde se conserva uno de los dos retratos que Joaquín Sorolla pintó del maestro alicantino. Estudios como los de C. P. Boyd, John E. Fagg y George L. Vázquez son muestra de la huella de Altamira, en un momento en el que estaba muy fresca la memoria de la guerra del 98 y se definían las pautas a seguir en la investigación científica de la historia.

Un último rubro al que quiero referirme es el de la publicación de documentos inéditos y cartas de Rafael Altamira. Como dije antes, en la Biblioteca Virtual Cervantes existe mucho material digitalizado y transcrito pero sin un orden y sentido históricos, son menos aprovechables. El libro editado por Andrés Lira, *Exilio político y gratitud intelectual* (2012), con las cartas tomadas del archivo de Silvio Zavala es de esta naturaleza. Otras publicaciones son *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar* (2006), de María de los Ángeles Ayala, *El camino de las letras. epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz ("Azorín")*, con Leopoldo Alas ("Clarín") en 2011, así como tres libros publicados en 2012: *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911) cuya introducción y edición es de G. J. G. Cheyne*; *Rafael Altamira*, de José Luis Abellán, así como *Rafael Altamira, José Lázaro Galdiano y La España Moderna* (1889-1905), editado por María de los Ángeles Ayala y Javier Ramos Altamira.

Gracias a estos trabajos ha sido posible conocer la presencia de Altamira en Chile, sus años de formación, primeras publicaciones y cómo el historiador se fue ganando un lugar en la historiografía a través de relaciones intelectuales que aprovechó, cultivó y no olvidó.⁴⁰ Sin lugar a dudas, es aquí donde cabe destacar un par de valiosas publicaciones de la Editorial Analecta de Pamplona: *Lecturas americanas* (2014), que compiló todas las colaboraciones de Altamira en la revista *La España Moderna* de Lázaro Galdiano, y *La guerra actual y*

⁴⁰ Para la edición mexicana del Ensayo sobre Felipe II que publicó el entonces Instituto de Historia de la UNAM en 1950, Altamira insistió en volver a reproducir el retrato de Felipe II que Lázaro Galdiano "guardaba en su museo privado" y que él había contemplado varias veces. Como se sabe, "una imagen distinta de todas las que se conocían del rey", conservada hasta el día de hoy en el Museo del editor y coleccionista.

la opinión pública española (2014), texto que un siglo antes sirvió a Altamira para ofrecer una España alternativa, decididamente opuesta a la violencia inscrito en la línea del derecho internacional, en el que se publica también un profundo estudio preliminar de Yolanda Gamarra.

Para cerrar esta revisión general de la historiografía española sobre la obra y persona de Rafael Altamira, refiero los trabajos de Ignacio Peiró Martín, uno de los más destacados historiadores de la historiografía española en la actualidad. En el libro editado por María Llombart Huesca, *Identidades de España y Francia. Un siglo de exilios y migraciones (1880-2000)*, ya había explorado “la educación patriótica de un historiador español: el primer viaje de estudios a París de Rafael Altamira” (2010). Sin embargo, su libro *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española* (2017) ofrece una de las reconstrucciones más completas de un periodo en el que la historiografía española se configuró alrededor del concepto de patria, la imagen cultural y nacional diversa que la mantuvo en tensión durante siglo y medio, hasta antes de 1939, cuando la cultura nacional española se desgajó en los más alejados y ocultos rincones de su territorio, se estableció como una sola y única cultura de la España nacionalista, o se exilió en una pluralidad de experiencias distintas por Europa y América.

Así, me parece que las investigaciones de Ignacio Peiró abren una perspectiva cultural mucho más amplia acerca del exilio republicano español, donde la vida de Rafael Altamira, como creo que casi la de ninguna historiadora o historiador del exilio mexicano, han sido tomadas en cuenta para formular nuevas hipótesis acerca del pensamiento exiliado. Una herramienta de consulta básica, el *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, publicado por Gonzalo Pasamar Alzuria e Ignacio Peiró (2002), es un buen punto de partida para pensar de otro modo el exilio historiográfico español en América. En el caso específico de Altamira, al menos lo coloca en un sitio más justo dentro del contexto general de la historiografía española del siglo xx.

CONCLUSIONES

Es posible afirmar que existe un carácter general en la tarea del historiador que presenta Rafael Altamira y encontrar un sentido integral en toda su obra. A pesar de que no todo lo escrito por el alicantino fueron historias propiamente dichas, el presente estudio historiográfico permite distinguir una constante en la relación del carácter liberal de su hispanoamericanismo, con el tema aparentemente teórico del valor social del conocimiento histórico. Lo que quiero decir es que tanto en México como en España se han privilegiado sus contribuciones como jurista y sobre todo como historiador. En ambos casos lo que se destaca es la amplitud de miras de su hispanoamericanismo, como divulgador y sistematizador de fuentes o como teórico de la historia.

Esto tiene mucho que ver con la distancia y la tensión entre lo escrito en México, en otros países americanos y en España acerca del maestro alicantino. La opinión se divide entre quienes encuentran una positiva herencia española de lucha por la libertad legada a los países hispanoamericanos, y quienes, por el contrario, no dejan de ver una aspiración imperialista entre los escritores de la península. Por fortuna se ha ido más allá de este nivel de debate. El estudio detenido y meditado de la vida y obra de Altamira superan el olvido en el cual ha quedado, debido a un nacionalismo y un americanismo mal entendidos en México durante la segunda mitad del siglo xx y lo que va del xxi. En este sentido, tiene mayor importancia el carácter positivo del proyecto liberal, pacifista y regenerador de Altamira en favor de la convivencia internacional, que de ningún modo puede ser interpretado como imperialista.

Esto último no es algo que sólo toque a México y España. Aún sin la debida profundidad, es posible observar en casos como Argentina, Chile y Perú, tales proyectos regeneradores de manera más enfática y duradera en la enseñanza de la historia, en el que el ideario de Altamira fue retomado para la elaboración de planes y programas de estudio por la actualidad y modernización que implicaban dentro de los proyectos progresistas americanos, a diferencia de México, donde la enseñanza de la jurisprudencia y la extensión universitaria sirvieron al impulso revolucionario o a la consolidación institucional posrevolucionaria.

Si a esto fuera posible sumar un interés específico por el pensamiento historiográfico o por la historiografía como pensamiento, a la par de la filosofía, la poesía o la literatura, los vínculos culturales e intelectuales entre España y México resultarían menos artificiales y aparentes de lo que a veces resultan ser. Como dije al principio, no bastan los homenajes ocasionales o las memorias, en la historia de la historiografía, en el estudio de la historiografía española del exilio, hace falta también un mayor número de investigaciones de largo aliento. Y más que servir como medio, el caso de Altamira se nos presenta como un ejemplo verdaderamente paradigmático.

Por eso en estas páginas, mi propósito ha sido mostrar cómo en un recorrido historiográfico amplio no sólo es posible rebasar los límites de una diversidad de perspectivas sobre el mismo tema o la suma de multitud de investigaciones que nos entregarían a un único personaje. En realidad, el balance historiográfico de lo que se ha hecho o dicho acerca de Altamira permite la concurrencia de diversas disciplinas, tan variadas como fueron sus intereses, así mismo, su experiencia histórica del exilio es un ejemplo clave para entender cómo su actuación y su pensamiento incidieron teórica y políticamente en la conformación de un nuevo paradigma de la disciplina histórica a ambos lados del Atlántico, superando con mucho los límites que ciertos partidos o banderas ideológicas podrían haber impuesto a su proceder en un momento dado.

Por eso me parece importante tomar a la historia de la historiografía como una suerte de caleidoscopio que, gracias a la concurrencia de los más variados intereses políticos, epistémicos o personales, permiten reconocer y acercarse a los diferentes conceptos que un intelectual como Altamira se fue allegando para constituir sus idearios pedagógico, político, literario e historiográfico. A la pregunta de cuál es el lugar que ocupa Altamira en la actualidad en la historiografía española, mexicana, y por qué no, hispanoamericana, podemos responder que se trata de un historiador cuya obra sigue generando preguntas fundamentales para entender América y la modernidad americana.

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer a la Dra. Clara E. Lida, al Dr. Aimer Granados y al Dr. David Jorge Penado del Seminario Permanente México-España de El Colegio de México, por haberme recibido en su sesión de febrero de 2023 para discutir este trabajo. La responsabilidad por las opiniones o los errores sigue siendo totalmente mía, traté de recoger todas sus observaciones y conservar la riqueza de sus comentarios.

REFERENCIAS

- Altamira y Crevea, Rafael, *Cuestiones obreras*, estudio preliminar de Pedro Ruiz Torres, Valencia, Universidad de Valencia, 2012.
- , *El realismo y la literatura contemporánea*, edición de Laureano Bonet, con la colaboración de Pau Miret, Alicante, Universitat d'Alacant, 2016.
- , *Ensayo sobre Felipe II hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana*, prólogo de Javier Santillán, Madrid, Gadir, 2022.
- , *Ensayo sobre Felipe II hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana*, México, Instituto de Historia. UNAM, 1950.
- , *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenochio, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.
- , *La guerra actual y la opinión pública*, estudio preliminar de Yolanda Gamarra, Pamplona, Analecta, 2014.
- , *Ideario político*, Valencia, Biblioteca valenciana, 2001.
- , *Proceso histórico de la historiografía humana*, 2ª. edición, México, El Colegio de México, 2011.
- , *Tierras y hombre de Asturias*, edición de Xuan Cándano, prólogo de David Ruiz, Oviedo, KRK ediciones, 2005.
- Arenal Fenochio, Jaime del, "Rafael Altamira y el proceso de construcción de una historiografía humana: entre la historia y el derecho" en Altamira, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira: Congreso Internacional octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013, pp. 154-160.
- Asín Vergara, Rafael, *Rafael Altamira 1866-1951*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert; Diputación Provincial de Alicante, 1987.

- Balibrea, Mari Paz, *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Barcelona, Montesinos, 2007.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.
- Fernández, Rafael Diego, “Don Rafael Altamira y Crevea y la historia del derecho en México”, *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, UNAM, 1988, tomo 1, pp. 245-262.
- Garciadiego Dantan, Javier, *Rudos contra científicos: la Universidad nacional durante la Revolución mexicana*, México, Centro de Estudios Histórico. El Colegio de México; Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM, 1996.
- González, Luis, “La pasión del nido”, *Historia mexicana*, vol. XXV, núm. 4, abril-junio 1976, pp. 530-598.
- Granados, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, 2ª. ed, El Colegio de México; Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimilapa, 2010.
- Gutiérrez Hernández, Adriana, *Casino español de México: 140 años de historia*, México, Porrúa, 2004.
- Homenaje a Porrúa. Historia contemporánea de una emigración*, México, Ateneo Español de México, 1983.
- Ledezma Martínez, Juan Manuel, “La primera visita de Rafael Altamira a México: reacciones políticas y académicas”, en Altamira, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira: Congreso Internacional, octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013.
- , “Telésforo García: un emigrante montañés en el porfiriato”, *Actas del Congreso Internacional “América Latina: la autonomía de una región. XV Encuentro de Latinoamericanistas españoles*, Madrid, Consejo Español de Estudios Iberoamericanos/ Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, 2012, pp. 990-1000.
- Lida, Clara E., *La casa de España en México*, con la colaboración de José Antonio Matesanz y Beatriz Morán Gortari, México, El Colegio de México, 1988. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctv26d91p>
- Lira, Andrés, *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, edición y estudio preliminar de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2012.
- Malagón, Javier y Zavala, Silvio, *Rafael Altamira Crevea. El historiador y el hombre*, 2a. ed., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986.
- Martínez Almira, Ma. Magdalena, *El concepto de Patria para Rafael Altamira*, Alicante, Universitat d’Alacant, 2020.
- Martínez Chávez, Eva Elizabeth, *España en el recuerdo, México en la esperanza. Juristas republicanos del exilio*, Madrid, Dykinson, 2020.
DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctv17hm8f3>
- Matute Aguirre, Álvaro, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- , *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX: la desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM; Fondo de Cultura Económica, 1999.

- Mora Muro, Jesús Iván, coordinador, *Los historiadores, una comunidad del saber. México, 1903-1955*, Zamora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de la Frontera Norte, 2021.
- Niño Rodríguez, Antonio, “Hispanoamérica en la configuración nacional española de comienzos del siglo xx”, en Pérez Vejo, Tomás (coord.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana 1810-1910*, México, El Colegio de México, 2011, pp. 171-211.
- Ortega y Medina, Juan A., “Historia”, *El exilio español en México 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica; Salvat, 1982, pp. 237-294.
- Parra, Porfirio, *Plan de una historia general de Chihuahua ó índice razonado de los capítulos que deben formarla*, México, Tip. De la Viuda de F. Díaz de León, 1911.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Hispanismo y Falange: Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Rafael Altamira en Argentina. *Vínculos sociales e intelectuales entre España y Argentina en tiempos del primer centenario de la Independencia*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Migraciones y Exilios, 2013.
- Rafael Altamira y el grupo de Oviedo, coordinación de Santos Manuel Coronas González, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2002.
- Sánchez Cuervo, Antolín y Zermeno Padilla, Guillermo (eds.), *El exilio español del 39 en México. Meditaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014.
- Sánchez Cuervo, Antolín (coord.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina*, Vicenç Navarro (pról.), Madrid, Tébar, 2008.
- (comp.), *Las polémicas en torno al krausismo en México (siglo XIX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Torres Aguilar, Morelos, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, México, UNAM, 2010.
- Valero Juan, E., “Las cartas entre Ricardo Palma y Rafael Altamira en el contexto del 98”, *Aula Palma*, núm. 20, 2023, pp. 391-411.
DOI: <https://doi.org/10.31381/ap.v20i20.4462>
- Vélez, Palmira, *La historiografía americanista en España 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2007. DOI: <https://doi.org/10.31819/9783954872718>
- Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- Sepúlveda, Isidro, “Rafael Altamira: Programa americanista español”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, núm. 3, 1990, pp. 123-142.
- Ureña, Enrique M. y Álvarez Lázaro, Pedro (eds.), *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1999.
- Zermeno Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica*, México, Centro de Estudios Históricos. El Colegio de México, 2002.
- , “Sobre la condición posnacional en la historiografía contemporánea”, *Revista de Historia de América*, núm. 163, julio-diciembre 2022, pp. 183-203.
DOI: <https://doi.org/10.35424/rha.163.2022.1974>

Dossier

◆————◆
**América Latina: la metáfora
del “Continente enfermo”**

Presentación

*Aimer Granados**

Ha sido una constante en la historia del pensamiento latinoamericano la preocupación por las dificultades que los países de la región, y la región misma en su conjunto, han afrontado en su aspiración para alcanzar plenamente su progreso. La vuelta del siglo XIX al XX, adentrándose, incluso, hasta la década de los 1930, tal vez sea el periodo en donde esta inquietud en torno a las “enfermedades” sociales ha tenido su mayor esplendor y desarrollo. Esto por la cantidad de libros, folletos, ensayos, artículos de periódicos y revistas en relación con esta problemática. Así mismo, por el número de intelectuales que reflexionaron y escribieron sobre estos temas. Durante este periodo la metáfora del “Continente enfermo” fue objeto de estudio entre algunos de los intelectuales latinoamericanos más reconocidos de ese momento histórico.

Estas narrativas sobre las incapacidades de los países de la región para alcanzar el progreso, suelen ubicarse dentro de lo que se ha dado en llamar la metáfora del “Continente enfermo”. Ésta es una categoría que incluye a otras que, como las nociones de “debilidad”, “imposibilidad”, “decadencia”, “desilusión”, “fracaso”, “minoría de edad” y sus nociones contrapuestas de “regeneración”, “progreso”, “desarrollo”, “evolución” y “civilidad/civilización”, entre otras, permean una discursiva muy central en la historia intelectual latinoamericana. Según lo sugiere Paula Bruno, una de las colaboradoras en este *dossier*, las narrativas médicas para diagnosticar los males del continente han constituido una especie de matriz, a partir de las cuales se explican las recurrentes crisis que han acompañado a la región a lo largo de su historia, incluso, de acuerdo con Bruno, se usan contemporáneamente.

Desde una historia intelectual, los cuatro trabajos que se presentan en este *dossier* en torno a la metáfora del “Continente enfermo”, realizados por

* Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Ciudad de México, México. Correo electrónico: agranados@cua.uam.mx.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8274-8324>

Paula Bruno, Carlos Marichal, Alexandra Pita y Aimer Granados, muestran claramente algunos de los rumbos metodológicos que desde fines del siglo pasado han impulsado esta subdisciplina en América Latina. En primer lugar, un análisis y abordaje de las ideas en la dimensión de su recepción. Es decir, las ideas, son susceptibles de transformarse y reinterpretarse según los diferentes contextos en que son enunciadas y recibidas. De lo cual resulta, por ejemplo, que las ideas que dieron sustento a la metáfora del “Continente enfermo”, en ningún momento constituyeron un pensamiento unívoco y uniforme, sino más bien todo lo contrario.

Devenidas y derivadas de múltiples razonamientos del pensamiento europeo de fines del siglo XIX y principios del XX, como el darwinismo social, el biologicismo social, el racialismo y el racismo, la psicología social, la criminología, la sociología, la historia, el positivismo, la etnología y la biología, entre otras ciencias y corrientes de pensamiento, la recepción de estas ideas en América Latina tuvo distintas interpretaciones por parte de los intelectuales que las reflexionaron y escribieron sobre ellas, aplicándolas a sus respectivas realidades sociales y culturales.

Por ejemplo, concluir que la causa y responsabilidad de las “enfermedades sociales” que padecía el continente latinoamericano durante el periodo en estudio recaía en el bajo perfil de su población negra, indígena, pobre y marginal. Algunos de los intelectuales estudiados en este *dossier* (Francisco Bulnes y Alcides Arguedas, analizados respectivamente por Carlos Marichal y Alexandra Pita), coincidieron en este tipo de diagnóstico. En sus argumentos explicativos Bulnes y Arguedas combinaron la historia, la sociología, la criminalística y muchas otras disciplinas, como ya se advirtió anteriormente en esta presentación; además del racismo, por supuesto. Según el planteamiento seguido por Bulnes y Arguedas, esta población poco apta para la civilización era perezosa, llena de vicios y limitada en su capacidad laboral, entre otras afectaciones.

Otros pensadores concluyeron que la responsabilidad recaía en las élites políticas y dirigentes, en los periódicos y los partidos políticos de la época (fue el caso de César Zumeta, estudiado por Aimer Granados). Hubo quienes achacaron la causa de las enfermedades del continente a sus condiciones culturales, las de la alimentación de la población y el consumo de bebidas embriagantes como el pulque y la chicha (F. Bulnes). Otros intelectuales argumentaron que las causas del subdesarrollo de la región y su poca capacidad para alcanzar el progreso debían encontrarse en factores que obedecían a la economía política empujada por el imperialismo de la época (C. Zumeta). De acuerdo con este razonamiento, el imperialismo norteamericano y europeo, mediante una división internacional del trabajo y de la producción de bienes

materiales, habían orillado a los países de la región a constituirse en economías extractivas y productoras de materias primas, pero a la vez en consumidores de los bienes industriales producidos por las economías noratlánticas. Esta perspectiva del determinismo geográfico es explorada por los estudios de P. Bruno y A. Granados. En F. Bulnes, el determinismo geográfico, también fue una de las aristas analíticas para argumentar la incapacidad de la región y sus países

Otro de los rumbos metodológicos de la historia intelectual latinoamericana que se vislumbra en este dossier es estudiar las ideas en conexión con otro conjunto de ideas (esta perspectiva es seguida en los estudios de P. Bruno y A. Pita). Bruno, incluso, sugiere pensar en la elaboración de un “corpus” de lenguajes aparecidos en los diagnósticos y paliativos de las “enfermedades” sociales del continente que han estado presentes en el siglo xx latinoamericano. Alexandra Pita, por su parte, rescata nociones como la “minoría de edad” y la “desilusión” que se articulan y tienen ecos semánticos con la narrativa en torno a la metáfora del “Continente enfermo”.

Son algunos más los métodos de una nueva historia intelectual que se retoman en los trabajos que componen este *dossier*. Sin entrar en detalles menciono algunos de ellos. En el estudio de Alexandra Pita sobresale el asunto de las ediciones que durante el período en estudio tuvo el *Pueblo enfermo*, de Arguedas. En las reflexiones de Carlos Marichal está presente el asunto de los diferentes formatos por donde circularon las ideas de la metáfora médica de las enfermedades del continente. Por otra parte, Marichal establece paralelos y contrapuntos entre Francisco Bulnes y su conocido libro *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*, con otros autores de la región que reflexionaron sobre las enfermedades sociales del continente, y otros temas abordados en el libro de Bulnes. Aimer Granados, matiza y singulariza el pensamiento de Zumeta en relación con el discurso sobre el “Continente enfermo”. Efectivamente, de acuerdo con el análisis de Granados, Zumeta se apartó del discurso racista y la mirada catastrófica sobre la población, para adoptar una crítica al imperialismo como causa de los males sociales de la región. Igualmente, Granados establece tipificaciones del intelectual latinoamericano en relación con la figura y las actividades que desarrolló Zumeta. Alexandra Pita da interesantes puntadas críticas en relación con la lectura del libro *Pueblo Enfermo*, de Alcides Arguedas, que hicieron algunos de sus pares intelectuales, destacadamente varios de los regeneracionistas españoles.

En suma, en este corto *dossier* sobre la metáfora del “Continente enfermo”, los lectores encontrarán un variopinto asomo metodológico y crítico a una nueva historia intelectual latinoamericana.

Enfermedades y males de América Latina. Intervenciones intelectuales entre 1898 y 1930*

Paula Bruno**

Recibido: 30 de mayo de 2023
Dictaminado: 7 de julio de 2023
Aceptado: 15 de julio de 2023

RESUMEN

La noción de América Latina como un espacio geográfico original y estructuralmente enfermo y sin posibilidades de sanar para tener un destino diferente al de la actualidad fue y es recurrente al pensar en las crisis y los descalabros que acompañan su historia. En este ensayo ofrezco un análisis sobre intervenciones de figuras letradas latinoamericanas que entre fines del siglo XIX y la década de 1920 recurrieron a la imagen de enfermedad —y otras

* Este artículo se sustenta en una investigación realizada en el marco del Proyecto: “De la gripe de 1918 a la COVID-19: un análisis histórico en Europa y América Latina”, financiado por la Fundación BBVA de España en el marco del programa “Ayudas a Equipos de Investigación Científica Sars-Cov-2 y Covid-19”, Humanidades, 2020. Versiones de este ensayo se encontrarán en español e inglés en los siguientes libros colectivos, coordinados por Maximiliano Fuentes Codera: *The Spanish Flu of 1918-1919. A Political and Cultural Approach from a COVID world*, publicado por Routledge; y *La gripe de 1918-1919. Una aproximación política y cultural desde un mundo pandémico*, publicado por la Editorial Prensas Universitarias de Zaragoza.

** Grupo Interuniversitario de Estudios sobre Diplomacias y Culturas (GIEDYC), Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: paugrabru@hotmail.com.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2877-617X>

nociones médicas asociadas— para explicar los destinos trágicos de la región y conformaron así un repertorio de ideas que parece destinado a perdurar. He focalizado la atención en dos momentos que considero densos en lo que a surgimiento de repertorios de ideas, imágenes y metáforas se refiere: por un lado, la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos y el imperialismo europeo como telón de fondo; por otro, la Gran Guerra y sus efectos, en superposición con el clima de los centenarios latinoamericanos (1910-1924), la Revolución Mexicana (1910) y la Reforma Universitaria (1918), que comenzó en Argentina y generó un movimiento universitario en otros países latinoamericanos. Como argumento general, sostengo que es factible organizar un corpus de textos producidos en distintos países latinoamericanos entre el siglo XIX y las décadas iniciales del XX que ha conformado un repertorio interpretativo que opera como matriz para caracterizar la región latinoamericana y asociar sus destinos a nociones como enfermedad, condena, imposibilidad y fracaso. He atendido a registros que se refieren a las enfermedades en un sentido literal y metafórico con el objetivo de mostrar cómo se imbricaban nociones como enfermedad-conquista-colonización y enfermedad-imperialismo-decadencia europea, entre otras.

Palabras clave: *intelectuales, ensayos de interpretación, crisis.*

Diseases and ills of Latin America. Intellectual interventions between 1898 and 1930

ABSTRACT

Latin America has been usually portrayed as an ill geographical space, with no possibility of healing in order to change its current destiny. It is also frequent to think about the crises and setbacks that accompany its history. This essay studies interventions of Latin American intellectuals and publicists who, between the end of the 19th century and the 1920s, resorted to the image of disease —and other associated medical notions— to explain the tragic destinies of the region and thus defined a repertoire of ideas that seem to have endured. The paper focuses on two moments because of their importance in the emergence of repertoires of ideas, images and metaphors. On the one hand, the 1898 war between Spain and the United States, and European imperialism as a backdrop; on the other, the Great War and its effects, overlapping with the setting of the Latin-American centennials (1910-24), the Mexican Revolution (1910) and the Reforma Universitaria (University Reform, 1918), which began in Argentina but created a university movement in other Latin American countries. Therefore, as a general argument, this paper argues that

it is feasible to organize a body of texts produced in different Latin American countries between the 19th century and the beginning of the 20th that has formed an interpretative repertoire, which operates as a matrix to characterize the Latin American region and associate its destiny to notions such as disease, condemnation, impossibility and failure. Particularly, the paper highlights how references to illnesses in literal and metaphorical senses show the overlap between notions such as disease-conquest-colonization and disease-imperialism-European decadence.

Key words: *intellectuals, interpretation essays, crisis.*

INTRODUCCIÓN

Hace exactamente 40 años, en 1983, la revista *Punto de Vista* publicó un texto de Carlos Real de Azúa titulado “Los males latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión”.¹ En el mismo, el autor argumenta que la agenda propuesta por la noción de “subdesarrollo” en la década de 1950 había reavivado una serie de interpretaciones sobre los males de la región y la búsqueda de paliativos para éstos. Al referir un género “bastante copioso y continuado” del ensayo latinoamericano destinado a pensar esos males, proponía una serie de ejes interpretativos para organizar esos textos expresados en los subtítulos del artículo, entre ellos: “Rémoras y lastres”, “El peso de una maldición”, “El tema de la culpa”, “La inversión de la culpa”, “La teoría de la conjura” e “Historia esotérica”. La lectura de esta contribución sigue siendo sugerente ya que permite dar cuenta de un inventario de tópicos que se han reiterado y replicado en distintos registros escritos, como crónicas, ensayos de interpretación pesimista, libros de revisión histórica, entre otros.

Con otros acentos, estos temas asumieron relevancia en el marco de los estudios culturales de las décadas comprendidas entre 1980 y los años 2000. Algunas contribuciones que apostaron a claves de análisis foucaultianos —o a cierta recepción de Foucault—, comenzaron a estudiar textos de ficción e intervención intelectual y a pensar cómo las élites latinoamericanas de fines del siglo XIX, preocupadas por el control social y la nacionalización ciudadana, crearon dispositivos de disciplinamiento social y corporal y cómo el uso de metáforas médicas en los discursos de políticos, escritores, higienistas, juristas y criminólogos tiñeron las formas de comprender a los países latinoamericanos como constitutivamente enfermos. Entre estos textos destacan los aportes de Hugo Vezzetti —autor pionero sobre estas temáticas—,² Jorge Salessi,³

¹ Real de Azúa, “Los males latinoamericanos y su clave”.

² Vezzetti, *La locura en Argentina*.

³ Salessi, *Médicos maleantes y maricas*.

Michael Arona,⁴ Gabriela Nouzeilles,⁵ Kristin Ruggiero,⁶ Edmundo Paz Soldán, entre otros.⁷ Los aportes inscriptos en estas tendencias hicieron foco en cómo se pensó, a fines del siglo XIX, a las naciones latinoamericanas como cuerpos enfermos sobre los que habría que aplicar terapéuticas sociales desde coordenadas de elites consideradas positivistas.

Ampliando el foco de estudio y sin circunscribir el corpus que aquí utilizo a los textos asociados al positivismo y sus declinaciones latinoamericanas —o a los exponentes de la “cultura científica”—⁸ en este artículo, realizo un análisis sobre las intervenciones intelectuales sobre América Latina como un espacio geográfico original y estructuralmente enfermo y sin posibilidades de sanar, para dar cuenta de cómo fue —y es— recurrente pensar las crisis y los descabros que acompañan su historia en el marco de esta matriz interpretativa. Ofrezco una interpretación sobre intervenciones de figuras letradas latinoamericanas que entre fines del siglo XIX y la década de 1920 recurrieron a la imagen de enfermedad —y otras nociones médicas asociadas— para explicar los destinos trágicos de la región y conformar así un repertorio de ideas que parece destinado a perdurar. He focalizado la atención en dos momentos que considero densos en lo que a surgimiento de repertorios de ideas, imágenes y metáforas se refiere: por un lado, la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos y el imperialismo europeo como telón de fondo; por otro, la Gran Guerra y sus efectos, en superposición con el clima de los centenarios latinoamericanos (1910-1924), la Revolución Mexicana (1910) y la Reforma Universitaria (1918), que comenzó en Argentina mas tuvo ecos en otros países latinoamericanos. Este último momento coincidió con la epidemia de gripe de 1918, circunstancia que, posiblemente, operó como elemento de reactivación del tópico de la enfermedad como clave interpretativa de las derivas latinoamericanas.

Por lo tanto, como argumento general, sostengo que es factible organizar un corpus de textos producidos en distintos países latinoamericanos entre el siglo XIX y las décadas iniciales del XX que ha conformado un repertorio interpretativo que opera como matriz —no necesariamente rígida— para caracterizar la región latinoamericana y asociar sus destinos a nociones como

⁴ Aronna, ‘Pueblos Enfermos’. *The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*.

⁵ Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*.

⁶ Ruggiero, *Modernity in the flesh. Medicine, Law, and Society in Turn-of-the-Century Argentina*.

⁷ Paz Soldán, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*.

⁸ Para un análisis sobre estas cuestiones puede verse Bruno, “Positivism and culture científica. Escenarios, hombres e ideas”, pp. 193-200.

enfermedad, condena, imposibilidad y fracaso. He atendido a registros que se refieren a las enfermedades en sentido literal y metafórico con el objetivo de mostrar cómo se imbricaban nociones como enfermedad-conquista-colonización y enfermedad-imperialismo-decadencia europea.

“NUESTRA AMÉRICA ENFERMA”

En 1877, desde Guatemala, el cubano José Martí le escribía a Manuel Mercado:

Yo vengo lleno de amor a estas tierras y a estas gentes, y si no desbordo de mí cuantos las amo, es porque no me lo tengan a servilismo y a lisonja. Estos son mis aires y mis pueblos. Si no hay muchas inteligencias desolladas, a animarlas vengo, no a avergonzarlas ni a herirlas. Ni me place oír decir a los extraños a los verdaderamente extraños por su espíritu acerbo de aversión, que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran.⁹

La cita presenta una ambigüedad constitutiva que replica en la de varios pensadores latinoamericanos aquí presentados: por un lado, se describe a la América de habla hispana como “nuestra América enferma” —atribuyendo a un difuso “los otros” esa caracterización—, pero por otro, se hace referencia a las potencialidades de la región.¹⁰

Cuando Martí escribió esa sentencia, la noción de la América de habla hispana como un espacio enfermo contaba con una extensa tradición de reflexiones que explicaban los males de las excolonias españolas señalando distintas enfermedades o patologías consideradas estructurales. Así, la noción de enfermedad se utilizaba en términos literales y metafóricos. Con la primera finalidad, por ejemplo, se señalaba cómo desde los procesos de conquista y colonización las enfermedades —viruela, sarampión, peste bubónica, gripe, tifus, y otras— habían sido claves para la sumisión de los pueblos originarios americanos frente a los europeos y sus intenciones coloniales. A partir de estas sentencias, se sostenía que desde la llegada de Colón a territorios americanos los pueblos originarios comenzaron una larga experiencia en la cual fueron vencidos, conquistados y colonizados. Estos procesos, de hecho, se han analizado en las últimas décadas como “conquista biológica”¹¹ y se ha interpretado que las naciones americanas, surgidas cuando se emanciparon de España, no podían torcer su rumbo porque contaban con esta marca de

⁹ Carta de José Martí a Manuel Mercado”, Guatemala, 19 de abril de 1877, reproducida en Martí, *José Martí. Correspondencia a Manuel Mercado*, p. 80.

¹⁰ Algunas referencias al respecto se encuentran en Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*.

¹¹ Cook, *La conquista biológica. Las enfermedades en el Nuevo Mundo*.

nacimiento que acompañaba sus destinos. De este modo, esa sumisión originaria de los cuerpos por parte de una supuesta superioridad europea que contaba entre sus armas a las enfermedades parecía ser constitutiva de las debilidades de una parte del continente para forjar sus destinos históricos.

En términos metafóricos, a lo largo del siglo XIX, la noción de enfermedad como característica intrínseca de la América de habla hispana adquirió fuerza en la obra de varios pensadores que comenzaron a definir un inventario de lo que se denominó “enfermedades americanas”. Así, por ejemplo, Domingo Faustino Sarmiento, consideró que la enfermedad originaria de las excolonias era la necesidad constante de hacer “revoluciones”, de generar luchas facciosas y enfrentamientos fratricidas. De este modo, la revolución como enfermedad política era el síntoma más representativo de los vicios de la llamada “política criolla” —considerada atávica y viciada— que no permitía que el orden deseado por las nuevas repúblicas llegara a concretarse.¹²

Pero no solamente la vida política estaba enferma, los pueblos eran también considerados portadores de patologías que imposibilitaban el surgimiento de sociedades civiles “modernas”. Así lo postuló, por ejemplo, Juan Espinosa —pensador nacido en Uruguay que participó en las luchas de la independencia contra España y luego desarrolló su trayectoria en Perú— en su *Diccionario republicano*, publicado en Lima en 1856. En esta obra se encuentra una entrada específica para la voz “Desidia”:

Enfermedad americana, común a todos los pueblos cálidos, en los que la tierra da espontáneamente el fruto sin necesitar de mucho cultivo. La desidia es opuesta a la actividad. El retrato de la desidia lo tenemos en el lépero de Méjico, en el roto de Chile, en los vagos, ociosos y mendigos de todas partes; en el marqués que nació rico y hoy está pobre, en el militar que después de sus campañas, no teniendo en qué ocuparse, se entrega a los vicios, pasa su vida en la crápula y muere en el hospital; y por último, en el pueblo que se deja dominar por cuatro pillos que lo explotan, lo vejan, lo oprimen y le arrebatan todos sus derechos con la facilidad que se despluma una gallina muerta: la desidia lo mató, los zorros lo pelan y se lo comen.¹³

En esta definición, las sociedades latinoamericanas, sin distinción de grupo social, eran consideradas enfermas. Con estos ejemplos, simplemente quiero señalar que en el pensamiento decimonónico generado en América Latina, las metáforas asociadas con la enfermedad eran utilizadas para explicar las demoras de la consolidación de órdenes políticos y sociales que publicistas y letrados consideraban las metas a las que estas naciones debían aspirar.

El diagnóstico de las enfermedades americanas no hizo más que consolidarse

¹² Sarmiento, “La política electoral de un presidente”, p. 401.

¹³ Espinosa, *Diccionario republicano*, p. 238.

y adquirir nuevos vocabularios al calor del cientificismo finisecular. He mostrado en otros trabajos que, en un período que se extiende entre 1889 y 1905, aproximadamente, cristalizaron repertorios de ideas e imágenes para pensar, por ejemplo, las tensiones geopolíticas y culturales sintetizadas en las expresiones “latinidad” y “yanquismo” y que voces como las de Rubén Darío y Paul Groussac fueron centrales para organizarlos.¹⁴ Junto con estas expresiones de carácter culturalista, obras consideradas parte de una tendencia de ensayos científicistas encontraban en la guerra explicaciones para argumentar sobre la decadencia de España y la latinidad y el éxito del sajonismo en clave racialista. En un clima de “cultura científica” —como la ha descrito Oscar Terán— convergían vocabularios provenientes del evolucionismo biológico y social (Charles Darwin y Herbert Spencer), las teorías deterministas (Hippolyte Taine), la criminología positivista italiana (Cesare Lombroso, Enrico Ferri, Raffaele Garófalo), el monismo materialista (Ernst Haeckel) y las teorías sociales que ponían el énfasis en la combinación de lo social y lo psíquico (Gustave Le Bon, Gabriel Tarde), entre otras.¹⁵

Las lecturas, apropiaciones y usos de estos referentes decantaron en repertorios de ideas en los que conceptos como progreso, evolución, raza, lucha por la vida, selección natural, organismo social, enfermedad social, leyes, estadios humanos inferiores y superiores, determinación biológica y afines, convivían en las obras de diferentes intelectuales que pretendían dar cuenta de (y operar sobre) fenómenos sociales, políticos, culturales y económicos complejos por medio de explicaciones causales, deterministas y monistas. De este modo, la “ciencia”, en un sentido amplio del término, fue utilizada como dadora de legitimidad de discursos y representaciones y la medicalización de los discursos se extendió a la par que se proponían terapéuticas sociales.

La guerra de 1898 había dejado a España sin sus últimas posesiones coloniales, por un lado y, en paralelo, mostraba a los Estados Unidos como una nación con intenciones de tener una hegemonía en el continente americano. En este contexto varios intelectuales entonaron discursos que se han caracterizado como parte de una tendencia: el primer antimperialismo latinoamericano —la expresión es de Oscar Terán.¹⁶ A la luz de estos diagnósticos, América Latina estaba ahora acechada por un nuevo tipo de imperialismo, el estadounidense, al que debía hacer frente de manera categórica.¹⁷

¹⁴ Puede verse Bruno, “Ecos de 1898. Los intelectuales latinoamericanos frente a España en el fin de siglo”, pp. 67-80.

¹⁵ Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*; Hale, “Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”.

¹⁶ Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, pp. 85-97.

¹⁷ Ramos, Julio, “Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism”, pp. 237-251.

Ante esta situación geopolítica algunas voces diagnosticaron que las enfermedades latinoamericanas no permitirían hacer frente al vigor norteamericano. Entre 1899 y 1905, aproximadamente, se publicaron varios ensayos de interpretación nacional o latinoamericana que se encargaron de sistematizar la idea de que los pueblos latinoamericanos estaban enfermos e imposibilitados de hacer frente a Estados Unidos. Si bien, en general, para dar cuenta de estos tópicos se considera a ensayistas positivistas que pensaron los problemas de la configuración de las identidades nacionales,¹⁸ destaco aquí que las voces que se apropiaron de la caja de herramientas de la “cultura científica” se ubicaban en un amplio espectro de posicionamientos ideológicos y políticos, pues incluía figuras provenientes del conservadurismo y de la cultura de izquierdas. Entre ellas, destaco aquí las del anarquista Manuel González Prada, la de los ensayistas positivistas Agustín Álvarez (nacido en Argentina), Francisco Bulnes (de origen mexicano) Joaquín Capelo (oriundo de Perú) y la de un exponente de lo que se ha denominado “biologicismo positivista de sesgo racista”, el argentino Carlos Octavio Bunge.

En 1888 el anarquista peruano González Prada proponía realizar un balance sobre la situación de su país a la luz de los acontecimientos de política internacional y señalaba:

¿Qué tenemos? En el Gobierno, manotadas inconscientes o remedos de movimientos libres; en el Poder judicial, venalidades y prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor y discusiones soporíferas sin chispa de elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ninguno se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama (...). Pueblo, Congreso, Poder Judicial y Gobierno, todo fermenta y despidе un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo; pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios y crímenes (...) En resumen, hoy el Perú es organismo enfermo; donde se aplica el dedo brota pus.¹⁹

El Perú como organismo enfermo no parecía generar, desde la perspectiva de González Prada, ninguna chance para posicionarse en el nuevo escenario internacional en el que Estados Unidos daba cuenta de su poderío y sus intenciones hegemónicas sobre el continente. El mexicano Bulnes, por su parte,²⁰ ante la decadencia española y las nuevas intenciones imperialistas del país del Norte propuso una lectura de América Latina según la cual algunos países no tenían más alternativa que someterse a la hegemonía

¹⁸ Terán, *América Latina, positivismo y nación*; Aronna, *Pueblos Enfermos. The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*.

¹⁹ González Prada, *Páginas libres*. Horas de lucha, p. 107. El texto original data de 1888.

²⁰ Sobre Bulnes y sus ideas puede verse el texto de Carlos Marichal de este *dossier*.

norteamericana mientras que otros podían, en cambio, ensayar una nueva forma de imperialismo intra-latinoamericano. Al respecto, consideraba que solamente algunas naciones contaban con la suficiente salud para diferenciarse y continuar el camino al progreso mientras que, otras, las que denomina tropicales y malditas, no tendrían futuro:

Así pues, Cuba, Haití, Santo Domingo, Centro América, Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Colombia, vivirán de sus elementos agrícolas y pastoriles casi sin exportación, hecho que determina el estado bárbaro aproximado al salvaje en una nación. Tal es el triste e inmediato porvenir de la mayoría de las naciones latinoamericanas. Quedan pues, con probabilidades de salvación, Brasil, Argentina, Chile y México. Uruguay y Paraguay tienen que ser pronto conquistadas por Brasil o Argentina, si se les permiten los Estados Unidos.²¹

A su vez, Bulnes sostenía que las formas políticas democráticas eran un total fracaso para la región: “respecto a las virtudes políticas para la democracia, ningún país latino las tiene y la mejor prueba es que tanto las democracias latinas antiguas, como las italianas del siglo XIV y XV, como las modernas europeas y americanas, no son más que un fracaso”. Este tipo de lectura sobre la incapacidad democrática como enfermedad latinoamericana tiene ecos ampliados en otra obra de 1899, escrita por el ensayista Agustín Álvarez. En su libro *Manual de patología política* enumeraba varias de las enfermedades morales y políticas que aquejaban a Argentina y a otras “democracias inorgánicas de América Latina” consideradas “formas de gobierno vacías”. El inventario que proponía para pensar en las patologías políticas era amplio: vicios de sistemas que se basan teóricamente en constituciones pero que respondían al nepotismo, abusos de poder y corrupción, incapacidad de la sociedad para demandar a sus gobernantes. Esta combinación daba como resultado democracias enfermas: “democracias pobres, desaseadas y mal habladas de Centro y Sud América”.²²

Si las democracias latinoamericanas estaban enfermas, desde la perspectiva de Joaquín Capelo, era en parte porque las elites consideraban que había respuestas sencillas a los problemas estructurales de las naciones que pretendían alcanzar ciertos estadios de progreso. Manifestaba en esta dirección: “sólo en estas nacionalidades enfermas se puede decir que la inmigración y el crédito no son solamente factores importantes y principales de progreso, sino que por sí solos, son el remedio para curar todos los males sociales; sólo en estos pueblos enfermos, se ha podido preconizar esas bárbaras doctrinas”.²³

²¹ Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas antes las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, p. 265.

²² Álvarez, *Manual de patología política*, p. 230.

²³ Capelo, *El problema nacional de la educación pública*, p. 27.

Con un registro más radical y pesimista aparece la mirada extrema propuesta por Carlos O. Bunge que publicó *Nuestra América* en 1905. En el libro invirtió el sentido mismo de la expresión “nuestra América”; dado que José Martí —quien acuñó la expresión— y otros pensadores había un dejo identitario positivo que apelaba a la unidad latinoamericana.²⁴ En cambio, para Bunge esa misma América estaba condenada por sus características raciales y políticas. La mezcla y el mestizaje eran rasgos patológicos de las sociedades hispanoamericanas que, en parte, estaban enfermas desde su origen porque “por sus venas corre sangre hispánica (española o portuguesa), indígena (mejicana, quichua, guaraní y demás), y negra (cafre, hotentote, mozambique)”.²⁵ De este modo, en la interpretación de Bunge, era la herencia española la que había generado los rasgos patológicos latinoamericanos de los cuales habían surgido conductas estructuralmente perniciosas que imposibilitaban el camino al progreso. Para Bunge “nuestra América enferma” no era una categoría propuesta por “los otros”, era la síntesis de las imposibilidades hispanoamericanas.

Este tipo de registro se generalizó en otras obras, como *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas y *La enfermedad de Centro-América*, de Salvador Mendieta. En dirección complementaria, en *El continente enfermo*, César Zumeta²⁶ señalaba que las enfermedades de América Latina eran heredadas y que para encontrar su salud debía limpiarse de pasado español, solamente así podrían encontrar un destino promisorio:

Lo que no hemos hecho, dijo con razón Martí, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas heredadas. Bien sabemos que no están exentos de vicios en los ojos, los pueblos que señalan la paja en el nuestro. Vicios tienen ellos, pero equilibrados por virtudes que redimen: debilidades los atormentan, pero exhiben energías mayores que los llevan hacia adelante en los caminos del progreso. Sabemos que también nosotros, en medio de muy hondas desventuras, tenemos una fuerza

²⁴ Martí, *Nuestra América*, con prólogo y cronología de Juan Marinello. Para análisis sobre la noción de “nuestra América” en el largo plazo pueden consultarse: Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*; y Ardao, *Nuestra América Latina*.

²⁵ Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social*, p. 118.

²⁶ Arguedas, *Pueblo enfermo*; Mendieta, *La enfermedad de Centro-América*; Zumeta, *El continente enfermo*. Para análisis sobre estos textos pueden verse, entre otros aportes: Gouveia, “Cura para um continente enfermo: unidade latino-americana e a fraternidade ibero/latina nos escritos de César Zumeta”, pp. 33-54; Silva H., “Salvador Mendieta y la Unión Centroamericana”, pp. 125-154; Gomes, “El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la raciología”, pp. 93-123. Sobre Arguedas véase también el ensayo de este *dossier* de autoría de Alexandra Pita González.

que sabiamente disciplinada es incontestable: nuestra redentora, nuestra salvaje soberbia de independencia.²⁷

Desde la perspectiva de Zumeta era hora de aferrarse a esa saludable necesidad de independencia para frenar el imperialismo norteamericano.

Con estas y otras intervenciones, la expresión “pueblos enfermos” pasó a ser utilizada en la transición del siglo XIX al XX de manera extendida. Así lo demuestra, por ejemplo, el uso casi coloquial que Rubén Darío hacía de la expresión para comentar obras de Manuel Ugarte,²⁸ la extensión del uso en correspondencias cruzadas en intelectuales latinoamericanos,²⁹ la proliferación de títulos que utilizaban la expresión enfermo o enfermedad para comentar situaciones latinoamericanas; entre ellos, además de los nombrados, se cuenta *El gobierno enfermo*, del educador Samuel de Madrid, que sumaba a las enfermedades latinoamericanas el “clericalismo” y su perniciosa intromisión en los sistemas educativos.³⁰

MIOPÍA NACIONAL, DELIRIOS CESARISTAS Y “LA GRIPE ESPAÑOLA DE NUESTROS PUEBLOS”

Las dinámicas de la Gran Guerra y sus efectos interpelaron a letrados latinoamericanos en más de un sentido. Por un lado, se produjeron piezas periodísticas y literarias que intentaban analizar o narrar la contienda y sus efectos devastadores. Destacan en este sentido poemas de la argentina Alfonsina Storni, como “Letanías de la tierra muerta”, de la chilena Gabriela Mistral “Ronda de paz” y la compilación poética de su compatriota Vicente Huidobro titulada *Hallali (poèmes de guerre)*, escrita en francés y publicada en Madrid en 1918. Estas son solamente algunas muestras destacadas de cómo los procesos bélicos impactaron en escritores de la América de habla hispana. Los tópicos de las tierras arrasadas, la multiplicación de sepulcros y la muerte masiva, de hecho, tuvieron una impronta de largo plazo en plumas latinoamericanas. Aún décadas después de finalizada la guerra, tanto la contienda en sí como la “gripe española” devinieron tópicos de la poesía latinoamericana, como puede verse en “Güigüe 1918” de Eugenio Montejo, o en “Altazor” de Huidobro, donde se lee: “Soy yo que estoy hablando en este año de 1919/Es el invierno/Ya la Europa enterró todos sus muertos/Y un millar de lágrimas hacen una sola cruz

²⁷ Zumeta, *El continente enfermo*, p. 17.

²⁸ Darío, *Cabezas*.

²⁹ A modo de ejemplo pueden verse los intercambios reproducidos en *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*.

³⁰ Madrid, *El gobierno enfermo*.

de nieve/Mirad esas estepas que sacuden las manos/Millones de obreros han comprendido al fin/Y levantan al cielo sus banderas de aurora/Venid venid os esperamos porque sois la esperanza/La única esperanza/La última esperanza”.³¹

Estos versos de Huidobro ponían en relación los estragos de la guerra con las promesas de futuro que podían ahora encontrarse, quizás, en otros territorios, experiencias o actores políticos y que en la pluma de numerosos intelectuales latinoamericanos comenzaron a tomar forma en el registro del ensayo de interpretación sobre el rol de América Latina después de la contienda. En varias intervenciones, la caracterización de Europa como el baluarte del progreso, la civilización, el orden y la ciencia cambió de signo y puso en cuestión la idea del Occidente civilizado. Con estas palabras sintetizaba Juan Bautista Terán, argentino que fue rector de la Universidad de La Plata, la opinión de parte de la intelectualidad latinoamericana:

La gran guerra ha causado en América una desilusión. Había tenido siempre a la Europa Occidental como a su madre y maestra y se sabía además preparada para escapar a los riesgos con que la amenazaban las disensiones de fronteras y agudos celos de intereses y razas antagónicas (...) Venida la guerra, vio a Europa arrojar sus inmensas riquezas en el incendio provocado por las pasiones con que su filosofía caracterizaba la barbarie y que se gloriaba de haber enterrado para siempre. Ella misma se encargó de proclamar el fracaso de su civilización.³²

Este tipo de diagnóstico entroncó con las condenas a la guerra como consecuencia del imperialismo de los países europeos. Así, por ejemplo, la costarricense Carmen Lyra señalaba en un artículo de la revista *Repertorio Americano*: “exhorto a todos los que experimenten la proclividad a conmoverse con la faramalla que se hace en torno del Soldado Desconocido (...) informarse sobre las ganancias fabulosas obtenidas durante la guerra por la mayor parte de los capitalistas de los países beligerantes”;³³ y el mexicano José Gaxiola destacaba: “La contienda europea nos ha enseñado algo tan terrible como los combates en las trincheras y en las entrañas del mar. Nos ha enseñado también la guerra económica”.³⁴ Probablemente, repercutían en estos registros las sentencias de Lenin sobre el imperialismo como “capitalismo agonizante”.

Junto a la desilusión y las lecturas sobre la guerra como hija de las ambiciones económicas y territoriales de las potencias europeas, se presentaron también interpretaciones que repensaban las coordenadas geopolíticas y consideraban a América Latina como un espacio posible de redención para la

³¹ Huidobro, *Altazor o el viaje en paracaídas*, p. 24.

³² Terán, *La salud de la América española*, p. 42.

³³ Lyra, “La farsa de ‘El soldado desconocido’”, pp. 243-244.

³⁴ Gaxiola, *La frontera de la raza*, p. 19.

humanidad. Desde ya, esta fue la opción de los intelectuales que proclamaban un discurso latinoamericanista, pero también tuvo expresiones en figuras como el argentino Ernesto Quesada, que, en una conferencia pronunciada en Bolivia, proponía pensar los ciclos históricos en clave spengleriana:

Y dado que nuestra América debe ser la cuna del próximo ciclo cultural, la responsabilidad de las clases dirigentes de estos países es enorme (...) Porque si un ciclo cultural languidece y sucumbe, otro se estremece y nace: ¡si ha de ser americano el nuevo ciclo gloria in excelsis para nuestro continente!³⁵

Desde la perspectiva de Quesada, Spengler y sus propuestas parecían anunciar que había llegado una nueva hora para “nuestra América” en la que las enfermedades estructurales podían dar paso a la redención. La así llamada “decadencia de Occidente” promovió propuestas latinoamericanistas que se articularon con ideas antiimperialistas³⁶ y que apuntaban a revertir los juicios sobre las condenas de los “pueblos enfermos”. Era ahora Europa el continente decadente y enfermo y, quizás, América podía ser una brújula para conducir los destinos futuros.

He mostrado en otros trabajos cómo en el contexto de la Gran Guerra y en el período posterior las lecturas sobre la contienda se superpusieron con algunos discursos celebratorios generados al calor del ciclo de los centenarios de las rupturas de los lazos coloniales de los ahora países latinoamericanos (1910-1924).³⁷ En ese escenario, surgieron ideas que ya no consideraban a “la raza latina” como estructuralmente patológica y que auguraban futuros promisorios para la región. Intervenciones como las del peruano Francisco García Calderón, el mexicano José Gaxiola y el chileno Joaquín Edwards Bello proponían en torno a los centenarios la conformación de una unidad supranacional que diera una identidad a América Latina en el nuevo contexto internacional. Así lo sentenciaba Edwards Bello: “Europa sucumbe acosada por las cargas de la guerra suicida, sepultada en la locura colectiva de 1914 (...) Tengo la certeza de que una Europa acorralada mirará a estas tierras como un campo propicio a la ventilación y la expansión”.³⁸ Estos discursos entroncaron con las voces del

³⁵ Quesada, *Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo*, p. 43.

³⁶ Sobre estos aspectos pueden consultarse: Funes, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*; Kozel, Grossi y Moroni (coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina*; Pita González, *La Unión Latino Americana y Boletín Renovación*. Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*.

³⁷ Puede consultarse Bruno, “Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra”, pp. 57-77.

³⁸ Edwards, *Nacionalismo continental*, p. 89.

latinoamericanismo afianzado en la década de 1920 y representado con figuras con el mexicano José Vasconcelos, el argentino Manuel Ugarte y el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre como figuras clave.

Ahora bien, en el marco de estos repertorios de ideas no todas eran esperanzas y redenciones. A la par, comenzaron a diagnosticarse otras enfermedades latinoamericanas que afloraban al calor de nuevas experiencias políticas. Debe recordarse aquí que las aspiraciones de la unión latinoamericana y la interpelación al latinoamericanismo como identidad entraban fuertemente en conflicto con los discursos del nacionalismo cultural puesto en escena en los festejos centenarios de manera institucionalizada. En este marco, Ugarte caracterizó como “miopía nacional” el encierro de las naciones latinoamericanas en coordenadas que hacían de sus propias fronteras las únicas válidas para pensar el futuro. Desde su perspectiva, estas acciones retrasaban las posibilidades de convertir a la región en la brújula de los nuevos destinos.

La “miopía nacional” como enfermedad de los países de habla hispana inauguraba un nuevo repertorio de nociones para abordar las patologías congénitas de América Latina.³⁹ García Calderón se refería a un “patriotismo celoso” que impediría poner freno a las aspiraciones desmedidas del imperialismo comercial y la expansión norteamericana.⁴⁰ En sintonía con estas apreciaciones, Vasconcelos sentenciaba, en *La Raza Cósmica*: “nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros”.⁴¹ Haya de la Torre en *Por la emancipación de América Latina* compartía estos juicios destacando: “la política de las clases gobernantes, que coopera en todo a los planes imperialistas de los Estados Unidos, agita los pequeños nacionalismos, mantiene divididos o alejados a nuestros países unos de otros y evita la posibilidad de la unión política de América latina (...) las clases gobernantes cumplen muy bien los planes divisionistas del imperialismo y agitan ‘causas patrióticas’”.⁴²

En este clima, los proyectos de unidad latinoamericana de la década de 1920 se proponían como remedios a las numerosas patologías nacionales y nacionalizantes de “nuestra América enferma”. Pero estos repertorios de ideas no solamente comenzaban a encontrar en programas de nacionalismo cultural sus trabas. Nuevas experiencias autoritarias, como la de Augusto Leguía en Perú y la de Juan Vicente Gómez Chacón en Venezuela, reactivaron a los ojos de numerosos intelectuales viejas enfermedades latinoamericanas como la del “cesarismo” y el “caudillismo”. Así, contra los proyectos de saneamiento de

³⁹ Ugarte, *El Porvenir de la América española*, p. 301.

⁴⁰ García Calderón, *La creación de un continente*.

⁴¹ Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, p. 6.

⁴² Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina*, p. 191.

la América Latina y las esperanzas despertadas por la Revolución Mexicana y el movimiento continental que dio eco a la Reforma Universitaria (surgido en Córdoba, Argentina, y extendido luego a otros espacios universitarios latinoamericanos),⁴³ las oportunidades históricas ofrecidas por la decadencia de Occidente comenzaban a ser puestas en cuestión frente al avance de experiencias autoritarias en América Latina y el desencanto o los cuestionamientos a la democracia liberal.

En este contexto, algunas reflexiones sobre la “gripe española” y los estragos causados en algunos países latinoamericanos entroncaron con las críticas a la incapacidad de conducir los destinos de las naciones de algunas figuras políticas. De este modo, la gripe como enfermedad endémica propició un nuevo escenario para reflexionar sobre las patologías americanas en sentido metafórico. Así, José Rafael Pocaterra, a la vez que describía los estragos de la “gripe española” en La Guaira criticaba la reacción de Juan Vicente Gómez Chacón (líder autoritario que se mantuvo en el poder entre 1908 y 1935) al señalar su incapacidad en tanto “sanador” de las enfermedades de Venezuela:

Una mañana, la pandemia de gripe que hacía su trágica gira universal -surgida de las miasmas del inmenso campamento europeo o traída en las alas de un soplo de expiación por la vasta iniquidad inútil- apareció en La Guaira... Un caso, dos, tres, seis, cien. Sobre la capital cayó como una niebla. La ráfaga barrió implacable desde los extramuros hasta el centro. Gómez, el amo de los venezolanos, el “hombre fuerte y bueno”, que ama a sus compatriotas y tiene tres lustros sacrificándose por ellos, huyó a refugiarse en su caverna estableciendo prevenciones ridículas.⁴⁴

Frente a una enfermedad real, el líder que se autoproclamaba como aquél que venía a erradicar los males estructurales de Venezuela se mostraba un cobarde, desde la perspectiva de Pocaterra. Las experiencias de estos liderazgos dieron pie a la interpretación de una nueva enfermedad latinoamericana: el “cesarismo”, considerado por algunos pensadores como una patología y por otros como una terapéutica. Vasconcelos, por ejemplo señalaba, en su obra ya referida: “Para todas las funciones del Estado hay una infinidad de hombres aptos; no hay «ninguno que encarne la patria», ninguno que «encarne la revolución»; no hay caudillos”;⁴⁵ mientras tanto para figuras como Laureano Vallenilla Lanz, que devino un apologeta del mismo líder que Pocaterra consideraba un cobarde, acuñó la noción de “cesarismo democrático” argumentando que si Venezuela

⁴³ Biagini, *Lucha de ideas en Nuestra América*.

⁴⁴ Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, p. 257.

⁴⁵ Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, p. 67.

estaba enferma y su pueblo incapacitado para tomar decisiones, había que acudir a la figura de un hombre fuerte:

Cesar democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular. ‘Él es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia’, es decir: Cesarismo Democrático; la igualdad bajo un jefe.⁴⁶

Mientras que los liderazgos de sesgo autoritario eran juzgados como delirios cesaristas, otros liderazgos personalistas eran celebrados, así, por ejemplo, hacia la década de 1920 surgieron varias reivindicaciones sobre la figura de Emiliano Zapata, considerado como un salvador para “nuestros pueblos enfermos de oscurantismos y tiranías”. En esta línea, Zapata era comparado con las figuras de los padres fundadores: “cuando las sociedades se pudren por sus propios escepticismos y maldades (...) y se convierten en serviles colectividades que solo obedecen y temen a los ogros de la satrapía personal (...) aparecen, entonces, los libertadores... llegan los Bolívars, los Zapatas”.⁴⁷ Los liderazgos personalistas eran juzgados, entonces, en términos de enfermedad o de terapéutica, de acuerdo con los posicionamientos de quienes los evaluaban.

Como se muestra, al calor de las experiencias autoritarias europeas y latinoamericanas, las metáforas médicas asumieron nuevas declinaciones y los usos metafóricos de un lenguaje médico para diagnosticar patologías se expandieron en los discursos políticos e intelectuales de maneras inéditas. En este contexto, varios intelectuales latinoamericanos se encolumnaron en las filas del antifascismo y llamaron a la movilización y a la resistencia de los pueblos como únicas formas de hacer frente a los regímenes en ascenso. En este escenario se dibujó una nueva metáfora sobre una enfermedad latinoamericana, surgida esta vez al calor de la devastación de la gripe española y la convicción de que existían enfermedades pandémicas latinoamericanas que debía ser combatidas. Manuel Ugarte señaló a comienzos de la década de 1930:

la ‘gripe española’ de nuestros pueblos es el arribismo en todas sus fases: internacional, social, político, literario. Un grupo, un jefe, una oligarquía se convierten en batuta de los otros y declaran la guerra al viento y a los pájaros, a cuanto no canta bajo la férula dictatorial. Lo único que nos puede redimir es la disidencia. Si hay en lo que acabo de decir orgullo, no es el del mísero mortal,

⁴⁶ Vallenilla Llaniz, *Cesarismo democrático y otros textos*, p. 147.

⁴⁷ List Arzubide, *Emiliano Zapata. Exaltación*, p. 18.

es el de un movimiento, es el de la limpia juventud que purifica el ambiente y levanta el nivel del teatro en que gesticulamos.⁴⁸

CONSIDERACIONES FINALES

He ofrecido aquí un recorrido por un repertorio de ideas que encontraban en la enfermedad y conceptos asociados inspiración para explicar lo que Carlos Real de Azúa ha denominado “los males latinoamericanos”.⁴⁹ En particular, he tratado de sugerir que los lenguajes médicos para diagnosticar y para ofrecer paliativos terminológicos o terapéuticos sociales no se circunscriben a discursos producidos en el cambio de siglo XIX y que es posible pensar en la construcción de un corpus que abarca un período de mediano o largo plazo.

A la luz de este planteo, puede pensarse en la perduración y la vigencia de este tópico interpretativo y diseñar, a partir de ellos, una agenda de investigación que ponga en diálogo los ensayos de tono pesimista sobre los países latinoamericanos a lo largo del siglo XX. En general, se ha tendido a leer cada uno de ellos en el contexto de historiografías de corte nacional, pero queda pendiente la tarea de establecer diálogos entre ellos para ponderar cómo eran percibidos los problemas regionales.⁵⁰

Considero que realizar este ejercicio permitiría establecer algunas líneas de continuidad y claves interpretativas para abordar un ensayismo desarrollado en el siglo XX y que, quizás, tuvo en *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano y en varios textos sobre el “mal gobierno” como mal intrínseco latinoamericano, lecturas que operaron como sinécdoques y que se reactivan y reviven en contextos críticos. Una investigación de estas características permitiría, a su vez, establecer análisis críticos de matrices que todavía se utilizan para explicar deficiencias estructurales e imposibles de revertir.⁵¹

Por último, considero que este tipo de análisis permitiría también comparar estas formulaciones con otro repertorio de ideas forjado en el largo plazo y que también articula todavía imaginarios que pueden llamarse redentoristas. Esta matriz interpretativa estaría articulada en torno a las nociones atemporales

⁴⁸ Ugarte, *La nación latinoamericana*, p. 328. La cita pertenece originalmente a *El dolor de escribir*, publicado en 1932.

⁴⁹ Real de Azúa, “Los males latinoamericanos y su clave”, pp. 17-28.

⁵⁰ He avanzado en algunas consideraciones al respecto en Bruno, Paula. (2022). “América Latina enferma. Notas de investigación sobre el ensayismo social pesimista”. *Literatura y lingüística*, núm. 45, pp. 571-579.

⁵¹ Pueden verse los siguientes trabajos para visiones de largo plazo: Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*; y Biagini, “América Latina, continente enfermo”, <http://journals.openedition.org/polis/4665>.

de América Latina como un vergel, una tierra prometida, un espacio constitutivamente propicio para la rebelión, la resistencia y el cambio. Es decir, como un territorio en el que todavía es posible encontrar la savia que revitalice a otros espacios geográficos considerados decadentes, corruptos o anquilosados.

FUENTES IMPRESAS

- Álvarez, Agustín, *Manual de patología política*, Buenos Aires, Peuser, 1899.
- Bulnes, Francisco, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899.
- Bunge, Carlos Octavio, *Nuestra América. Ensayo de psicología social*, Buenos Aires, La cultura argentina, [1905] 1918.
- Capelo, Joaquín, *El problema nacional de la educación pública*, Lima, La Industria, 1902.
- Darío, Rubén, *Cabezas, Obras Completas*, Tomo xxii, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1920.
- Espinosa, Juan, *Diccionario republicano*, Lima, Imprenta Libre, 1856.
- García Calderón, Francisco, *La creación de un continente*, París, Librería Pail Ollendorff, 1912.
- Gaxiola, José, *La frontera de la raza*, Madrid, Tipografía Artística, 1917.
- Madrid, Samuel de, *El gobierno enfermo*, Buenos Aires, Suárez, 1914.
- Mendieta, Salvador, *La enfermedad de Centro-América, Tomo I: Disrupción del sujeto y sistemas de la enfermedad*, Barcelona, Maucci, 1911.
- Sarmiento, Domingo Faustino, “La política electoral de un presidente”, *Obras*, Tomo LXIX, Buenos Aires, Imprenta y Tipografía “Mariano Moreno”, 1900.
- Vasconcelos, José, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Madrid, Agencia Mundial de Librería, 1925.
- Zumeta, César, *El continente enfermo*, Nueva York, s/e, 1899.

REFERENCIAS

- Altamirano, Carlos, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021.
- Ardao, Arturo, *Nuestra América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, [1909] 1937.
- Aronna, Michael, *Pueblos Enfermos. The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
- Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

- Biagini, Hugo, “América Latina, continente enfermo”, *Polis: Revista Latinoamericana*, núm. 16, 2007. <http://journals.openedition.org/polis/4665>.
- , *Lucha de ideas en Nuestra América*, Buenos Aires, Leviatán, 2000.
- Bruno, Paula, “América Latina enferma. Notas de investigación sobre el ensayismo social pesimista”, *Literatura y lingüística*, núm. 45, 2022, pp. 571-579. DOI: <https://doi.org/10.29344/0717621X.45.3274>
- , “Ecos de 1898. Los intelectuales latinoamericanos frente a España en el fin de siglo” en García Sebastiani, Marcela (coord.), *12 octubre: 100 años de hispanoamericanismo e identidades transnacionales*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2020, pp. 67-80.
- , “Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra”, en Archilés, Ferran y Fuentes, Maximiliano (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, Madrid, Akal, 2018, pp. 57-77.
- , “Positivismo y cultura científica. Escenarios, hombres e ideas”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, núm. 19, 2015 pp. 193-200.
- Cook, Noble David, *La conquista biológica. Las enfermedades en el Nuevo Mundo*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo continental*, Santiago de Chile, Zig-Zag, [1925] 1968.
- Funes, Patricia, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006
- Gómez, Miguel, “El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la raciología” en Weinberg, Liliana (coord.), *Estrategias del pensar. Ensayo y prosa de ideas en América Latina*. Siglo XX, volumen I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 93-123.
- González Prada, Manuel, *Páginas libres. Horas de lucha*, Barcelona, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Gouveia, Regiane, “Cura para um continente enfermo: unidade latino-americana e a fraternidade ibero/latina nos escritos de César Zumeta”, *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 3, 2016, pp. 33-54.
- Hale, Charles, “Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en Bethell, Leslie (ed.), *América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, col. Historia de América Latina, Tomo VIII, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 1-64.
- Haya De La Torre, Víctor Raúl, *Por la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Gleizer Editor, 1927.
- Huidobro, Vicente, *Altazor o el viaje en paracaídas*, Santiago de Chile, Petrópolis, 2010.
- Kozel, Andrés, Grossi, Florencia y Moroni, Delfina (coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina*, Buenos Aires, Clacso/Centro Cultural de la Cooperación, 2015.
- List Arzubide, Germán, *Emiliano Zapata. Exaltación*, México, Editorial, Secretaría de Educación Pública, 1935.
- Lyra, Carmen, “La farsa de ‘El soldado desconocido’”, *Repertorio Americano*, núm. 18, vol. 3, 1921, pp. 243-244.
- Martí, José, *Nuestra América*, con prólogo y cronología de Juan Marinello, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2005.

- , *José Martí. Correspondencia a Manuel Mercado*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003.
- Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.
- Paz Soldán, Edmundo, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, La Paz, Plural, 2003.
- Pita González, Alexandra, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009.
- Pocaterra, José Rafael, *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Tomos I, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
- Quesada, Ernesto, *Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo*, Buenos Aires, Coni, 1926.
- Ramos, Julio, “Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 10, núm. 3, diciembre de 2001, pp. 237-251. DOI: <https://doi.org/10.1080/13569320120090090>
- Real de Azúa, Carlos, “Los males latinoamericanos y su clave”, *Punto de vista*, vol. 6, núm. 18, 1983, pp. 17-28.
- , “Los males latinoamericanos y su clave”, *Punto de vista*, vol. 6, núm. 18, 1983, pp. 17-28.
- Ruggiero, Kristin, *Modernity in the flesh. Medicine, Law, and Society in Turn-of-the-Century Argentina*, California, Stanford University Press, 2004
- Salessi, Jorge, *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995.
- Silva H., Margarita, “Salvador Mendieta y la Unión Centroamericana”, en Marichal, Carlos y Pita González, Alexandra (coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México DF, COLMEX/Universidad de Colima, 2012, pp. 125-154
- Soler, Ricaurte, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*, México, Siglo XXI, 1980.
- Svampa, Maristella, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Terán, Juan B., *La salud de la América española*, París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926.
- Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- , “El primer antiimperialismo latinoamericano” en Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-97.
- , *América Latina, positivismo y nación*, México, Editorial Katún, 1983.
- Ugarte, Manuel, *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1999.
- , *La nación latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.
- , *El Porvenir de la América española*, Valencia, Sampere, 1931.
- Vallenilla Llan, Laureano, *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.
- Vezzetti, Hugo, *La locura en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

Reflexiones sobre la generación de 1900 a partir de la obra de Francisco Bulnes *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos (1899)*

Carlos Marichal*

Recibido: 1 de junio de 2023
Dictaminado: 7 de julio de 2023
Aceptado: 15 de julio de 2023

RESUMEN

En el presente ensayo nos concentraremos en un análisis del texto de Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos (1899)*, que explica la originalidad de esta obra, pero también la pesada carga racialista de la misma. Al respecto el ensayo también señala paralelos y contrapuntos con otros autores de la región que reflexionaron y escribieron sobre varios temas que le preocupaban a Bulnes, quien era un devoto de la escuela del positivismo, pero enfatizamos el hecho... que comulgaba con muchas y diversas escuelas de pensamiento, siendo afín a las nuevas tendencias de pensamiento sobre la biología, la raza, la psicología colectiva, así como una cantidad diversa de tendencias de interpretación de la economía, la política y la historia que eran comunes entre intelectuales destacados de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Además de la edición

* El Colegio de México, Ciudad de México, México. Correo electrónico: cmari@colmex.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1479-7239>

original del ya referido texto de Francisco Bulnes, como fuentes utilizamos numerosas obras de época y una amplia bibliografía secundaria.

Palabras clave: raza, biología, América Latina, positivismo, historia intelectual

Reflections on the generation of 1900 from the book of Francisco Bulnes *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos* (1899)

ABSTRACT

In this essay I focus on an analysis of Bulnes the book of essays by Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos* (1899), in order to explain the originality of this work, but also to emphasize the great weight of its racist discourse. In this regard, the essay also points out parallels and counterpoints with other authors from the region who reflected and wrote about several of the same issues that concerned Bulnes, who was a devotee of the positivist school. We also emphasize the fact that Bulnes was in communion with many and diverse schools of thought, including contemporary trends in thought on biology, race, collective psychology, as well as a number of trends in interpreting economics, politics, and history that were common among leading intellectuals of the late nineteenth century and early twentieth century. As a source we use numerous period works, an extensive secondary bibliography and especially the original edition of the work by Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas*, published in 1899.

Key words: race, biology, Latin America, positivism, intellectual history

Durante la mayor parte del siglo XIX los intelectuales, escritores, publicistas y políticos en América Latina centraron sus principales intereses y energías en la discusión de problemas referentes al marco nacional de sus respectivas sociedades. Por ello fue excepcional la publicación de libros o ensayos dedicados a la temática hemisférica. Sin embargo, en ciertas coyunturas esta tendencia podía revertirse. A mediados del siglo, a raíz de diversas invasiones externas —la invasión de México por el ejército estadounidenses (1846-1848), las posteriores incursiones de norteamericanos en Centroamérica, la invasión y ocupación de México por el ejército francés (1862-1867)—, un elenco diverso de intelectuales, diplomáticos y políticos de varios países de la región se dedicaron a escribir y difundir textos referentes al destino incierto de los países hispanoamericanos como un conjunto de naciones relativamente débiles frente a las potencias del norte.

Más precisamente fue en París a mediados del siglo que un prolífico y dinámico conjunto de escritores y diplomáticos latinoamericanos impulsó un programa de debates y escritos que se plasmaron en la invención del término y concepto de “América Latina”. Arturo Ardao, investigador uruguayo y pionero en historia intelectual latinoamericana decimonónica, argumenta que fue el escritor colombiano, José María Torres Caicedo, quien puede considerarse el verdadero padre de la expresión por varias razones, la más importante su labor propagandística a favor de la unidad de los países latinoamericanos y su proselitismo constante en revistas, libros y debates desde París, entre mediados del decenio de 1850 y principios de los años de 1880.¹ El bautizo del término “América Latina”, de acuerdo con esta interpretación se habría dado, a partir de la difusión del poema “Las Dos Américas” publicado en 1857 en el periódico *El Correo de Ultramar* que Torres Caicedo entonces dirigía en París.² La historiografía también ha subrayado que otro artífice destacado de esta nueva formulación fue el militante chileno, Francisco Bilbao, exiliado en París, como lo ha argumentado Miguel Rojas Mix.³ Pero tampoco debe olvidarse la importante labor del diplomático Carlos Calvo a principios de los años de 1860 al publicar en la *ciudad luz* los primeros volúmenes que llevaban el término “América Latina” en sus portadas, señaladamente en su gran *Colección completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos de todos los Estados de la América Latina* (11 vols, París, 1862-1869).⁴

No obstante la temprana difusión de textos y debates sobre el destino colectivo de los países latinoamericanos, lo cierto es que durante el resto de la centuria una mirada general a lo publicado en la región entre 1865 y 1895, indica que se publicaron muy pocos libros con un enfoque hemisférico e inclusive, estudios o ensayos largos que incluyeran un enfoque comparativo de la evolución de diversos países de la región. Estas temáticas atraían más bien artículos de coyuntura en periódicos y algunas revistas. En efecto, la prensa latinoamericana, tanto la publicada en la región como en Madrid y París, ofrece un material abundante y fértil para los historiadores interesados en explorar los escritos y planteamientos contemporáneos sobre la evolución de los distintos países latinoamericanos de la época. Algunos historiadores han aprovechado estos fondos periodísticos —que fueron los más importantes productos escritos de la cultura latinoamericana en el siglo XIX— para ahondar

¹ Ardao, Arturo, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Al mismo tiempo conviene comparar con los argumentos de Estrade, “Del invento de “América Latina” en París por latinoamericanos, 1856-1889”.

² El poema se recoge en Marichal, “El nacimiento”, pp.708-709.

³ Rojas-Mix, Miguel, “Bilbao y el hallazgo de América Latina”.

⁴ Calvo, Carlos, *Colección completa de los tratados, convenciones*.

en la temática. Así lo ha demostrado Aimer Granados en su libro publicado en 2005 sobre los debates centrados en el *hispanoamericanismo*, para lo cual recoge elementos significativos de gran número de publicaciones periódicas de indudable interés, incluyendo revistas de gran formato como *La Ilustración Española y Americana* de Madrid que circulaba en buen número de países, *La España Moderna*, la *Revista Iberoamericana de Madrid*, o la *Revista de la Unión Iberoamericana* que se editaba en la misma ciudad, aunque también debe rescatarse *El Continente Americano*, publicado brevemente en México.⁵ De igual forma, vale la pena revisar el espléndido libro reciente de Jens Streckert, *París, capital de América Latina* (2019), que reconstruye de manera estadística las trayectorias de los miles de latinoamericanos (casi todos de clase alta, hombres, mujeres y niños o niñas) que viajaron y residieron en la capital francesa en la segunda mitad del siglo XIX. Allí, algunos de los emigrados letrados promovieron periódicos muy representativos como *El Correo Hispano-Americano* publicado en la ciudad luz en 1870, *El Americano*, publicado en París entre 1872 y 1874, *Europa y América*, París 1880-1895, y *América en París. Periódico quincenal*, París, 1891-1892.⁶

En todo caso, a partir del estallido de la guerra en Cuba de 1895-1898, el interés por el destino del conjunto de las naciones de Latinoamérica se volvió a intensificar notablemente, en buena medida por el impacto internacional del conflicto bélico. Las reflexiones al respecto se multiplicaron, en especial a partir de las intervenciones de los Estados Unidos en varios frentes en 1898 que demostraron que ya competía con Europa como potencia militar y naval en esa era de apogeo del nuevo colonialismo. Los Estados europeos más fuertes y belicosos ya se habían apropiado a la fuerza de inmensos territorios en África y Asia. Pronto los norteamericanos se concentraron en consolidar sus intereses estratégicos en el Gran Caribe. Convirtieron a Cuba y Puerto Rico en colonias, y luego tomaron control de Panamá (desde 1903) para construir el Canal. Al mismo tiempo, expandieron sus intereses en el Pacífico, apropiándose de Filipinas (1898) que seguiría siendo colonia durante gran parte del siglo XX, además de llevar a cabo la anexión de Hawái (1898), que eventualmente se convertiría en el último de los cincuenta Estados Unidos de América.

Estos acontecimientos impulsaron a Francisco Bulnes (1849-1924), político y publicista polémico mexicano —que escribía constantemente en la prensa—, a publicar *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*, poco después de la conclusión de la guerra del 98. Debe señalarse que a lo largo de la primera edición de su texto, Bulnes utilizó repetidamente el término “América latina” y en casi ninguna

⁵ Granados, *Debates sobre España: El Hispanoamericanismo en México*.

⁶ Para un comentario extendido ver Streckert, *París, capital de América Latina*, pp. 227-245 y su bibliografía, pp. 273-274.

ocasión en el texto del libro empleó el término “naciones hispanoamericanas”, a pesar de que estaba en el título de la obra. Es posible que ese uso del término en la portada haya sido consecuencia de una decisión del editor para vender más, ya que en México durante la década de 1890 el término y concepto de lo “Hispanoamericano” había ganado amplia popularidad, como demuestra Aimer Granados en un texto detallado sobre dicha temática.⁷ En todo caso, lo cierto es que el título del libro de Bulnes, dio pie a pensar que era un texto de carácter antiimperialista, que buscaba denunciar las aventuras colonialistas que eran expresión militar de los países capitalistas más avanzados, y en particular de los Estados Unidos. De hecho, en algunas ediciones abreviadas posteriores, los editores habrían de resaltar esta supuesta faceta de la obra.⁸ Sin embargo, como tendremos oportunidad de observar, lo paradójico del texto de Bulnes es que su intención consistía en destruir el mito de los Estados Unidos y Europa como adversarios de las sociedades latinoamericanas.

En el presente ensayo nos concentraremos en el texto de Bulnes, aunque también es de interés señalar algunos paralelos y contrapuntos con otros autores de la región que reflexionaron y escribieron sobre varios temas que le preocupaban a Bulnes, quien era un devoto de la escuela del positivismo. Debe recordarse que a fines del siglo XIX en México y el resto de Latinoamérica era todavía dominante la escuela positivista y Bulnes, sin lugar a dudas se consideraba firme heredero de esta corriente intelectual que daba un sustento de autoridad a las propuestas de los llamados “científicos” del régimen de Porfirio Díaz (1876-1910) al que pertenecía, siendo diputado durante decenios, pero también asesor de políticas públicas en su calidad de ingeniero. De todas maneras, hay que recordar que su trayectoria como publicista cobró fama sobre todo por sus trabajos de crítica a la historiografía contemporánea de México, haciendo especial énfasis en su visión muy crítica de la hagiografía profusa sobre Benito Juárez, presidente de México (1858-1872).⁹ Esto claramente se debía a su afán por elevar a Porfirio Díaz en estatura como político liberal, ya que lo consideraba el verdadero forjador del México moderno.¹⁰ No obstante, Bulnes comulgaba con muchas y diversas

⁷ Granados, *Debates sobre España: el Hispanoamericanismo en México*, pp. 26-31.

⁸ Aquí analizamos y citamos el texto de la edición original de la obra de Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas*, publicada en 1899, pero es necesario tener en cuenta que posteriormente, dicho texto se reeditó en varias ocasiones con diversas modificaciones; las siguientes ediciones se publicaron en 1945, 1975, 1992 y 1998 y en todos los casos se titulaban *El porvenir de las naciones latinoamericanas*. Además, en varios casos se cambiaron algunas partes del escrito original.

⁹ Ver Bulnes, *El verdadero Juárez*, y Jiménez Arce, *La pasión por la polémica*.

¹⁰ Claudio Lomnitz señala que en un discurso de 1903 Bulnes lanzó la campaña de reelección de Díaz, quien retomaría la presidencia mexicana en 1904, cargo que venía ocupando sin interrupciones desde 1884. Lomnitz, *Los intelectuales y el poder*, p. 456.

escuelas de pensamiento, siendo afín a las nuevas tendencias de pensamiento sobre la biología, la raza, la psicología colectiva, así como una cantidad variopinta de tendencias de interpretación de la economía, la política y la historia.¹¹ Por ello conviene tener presente que sería muy difícil identificar a nuestro autor con una escuela determinada de pensamiento, ya que era eminentemente ecléctico, al igual que su contemporáneo argentino, el positivista Carlos Octavio Bunge, autor en 1903 de *Nuestra América, Ensayo de Psicología Social*, con el cual compartía muchos enfoques y también numerosos prejuicios raciales y sociales.¹² Tampoco puede considerarse que Bulnes mostró afinidades con las posiciones idealistas del posterior movimiento impulsado por el literato José Enrique Rodó, ni estaría de acuerdo con los antiimperialistas, como Manuel Ugarte, que pueden incluirse dentro de la categoría miembros de la generación de 1900, pero que manifestaron posiciones ideológicas y tesis políticas muy diferentes del autor mexicano.

En *El porvenir* Bulnes sostenía que los verdaderos enemigos de México y de sus vecinos radicaban no en las potencias externas sino en factores que podían considerarse propios de la “raza del maíz”. Sus defectos y sus debilidades estaban imbricados en su suelo y en su gente, afianzados por un complejo legado histórico, por el alcoholismo y por instituciones deficientes. Para Bulnes, esto planteaba dos retos formidables. El primero consistía en formular un diagnóstico de la *enfermedad* social, cultural, económica y política de México y de las demás sociedades latinoamericanas contemporáneas, lo que era un objetivo inmediato de su libro. El segundo reto consistía en encontrar fórmulas que pudiesen romper la secular maldición que pesaba sobre el subcontinente. De allí que el conjunto de ensayos de Bulnes incluidos en este libro polémico —escrito a todo vapor y con gran pasión— exploran el tema del porvenir de la extensa región no sólo desde la óptica de la biología y de los enfoques raciales sino también de la economía, la sociedad y la política. Ello llevó al autor a plantear múltiples interrogantes sobre el atraso relativo del subcontinente, aunque sus planteamientos estaban imbuidos de un racismo tan acendrado que gran parte de su texto resulta más bien un decálogo de características negativas de los pueblos latinoamericanos antes que un catálogo de propuestas concretas para mejorar sus circunstancias. En todo caso, representa una explícita comprobación del extendido racismo que era común entre tantos intelectuales y miembros de las élites latinoamericanas de la época.¹³

¹¹ Para una revisión muy sugerente ver Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América*.

¹² Véase Terán, “Carlos Octavio Bunge”, p. 96. Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América, Ensayo de Psicología Social*, p. 103.

¹³ Para una reciente interpretación de los textos racialistas en América Latina en el largo tiempo ver los excelentes ensayos en Pérez Vejo y Yankelevich (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*.

El discurso racial entre los intelectuales mexicanos de fines del siglo XIX y principios del XX estuvo vinculado con el arraigo del positivismo, la adopción del darwinismo social spenceriano y, en ciertas interpretaciones, con intereses de clase. Como veremos, el libro de Bulnes es un ejemplo excelente del pensamiento racial impregnado en las corrientes intelectuales de la época. En efecto, la diversidad de concepciones sociales entre intelectuales latinoamericanos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX obedecía a las distintas maneras de comprender la naturaleza de la raza, a cambios en las normas que determinaban la pertenencia a una supuesta raza y a la teoría de la herencia a la que se apelara.¹⁴ Bulnes estaba convencido de que si no se cambiaban las políticas y costumbres de las sociedades latinoamericanas, su progreso futuro sería inviable.

También es cierto que Bulnes no se limitó a argumentar que las causas de debilidad de dichas sociedades se debían en exclusiva a elementos biológicos, demográficos o climáticos. Igualmente consideraba que era importante una serie de factores históricos, culturales, sociales, militares, políticos y psico/colectivos. Trescientos años de gobierno español habían contribuido a acentuar los rasgos altamente perjudiciales en las colonias americanas que persistieron a lo largo del siglo XIX. La guerra de 1898 y la derrota de España frente a los más vigorosos angloamericanos era prueba irrefutable de la inferioridad de las razas meridionales frente a las del norte. En síntesis, el atraso se vinculaba con una amplia gama de factores institucionales y económicos que requerían conocer y explorarse. La secular y maléfica herencia hispana, además, pesaba sobre las sociedades y economías latinoamericanas que no habían podido desarrollar instituciones conducentes al progreso moderno.

En tanto Bulnes era uno de los “científicos” más conocidos del porfiriato, no resulta extraño confirmar que este escritor consideraba que para romper el legado de malas instituciones y costumbres se debía aplicar la ciencia a los problemas del buen gobierno. Por tanto, no es de sorprender que *El porvenir* sea un trabajo cargado de análisis político, económico y sociológico, en los que manifiesta su cepa positivista. Para ello consideró conveniente incluir decenas de tablas estadísticas comparativas de factores agrícolas, económicos y demográficos de diferentes países. La lectura de la obra demuestra que no constituye un tratado riguroso sino más bien un conjunto de ensayos provocativos, hilvanados de manera desordenada por este intelectual y político iconoclasta del régimen porfiriano. Ello quizá pueda atribuirse al hecho de que, en la práctica, los capítulos de *El porvenir* fueron originalmente un conjunto

¹⁴ Un excelente ejemplo de la difusión de este pensamiento racista en el Perú durante esta época es la tesis de Clemente Palma, “El porvenir de las razas en el Perú” presentada en la Universidad de San Marcos y leída ante el rector en 1897. C. Palma (1872-1946) fue escritor modernista, positivista y diplomático e hijo del famoso escritor peruano Ricardo Palma.

de artículos para un periódico, los cuales no llegaron a ser aprobados por el editor y quedaron inéditos hasta que Bulnes resolvió juntarlos en un volumen.

En realidad es tan amplia la gama de preocupaciones que Bulnes quiso proponer en este curioso y excéntrico libro que no puede afirmarse que logró abordarlas de manera consistente. No obstante, insistiremos que la revisión de su texto constituye un capítulo pertinente de la historia intelectual latinoamericana en tanto revela la forma en que este conservador pero inquieto ensayista (con pretensiones de filósofo) de principios de siglo entendía su sociedad y sus dilemas, planteando el problema hoy tan familiar del atraso, ligando sus causas y posibles soluciones a los temas de “las razas” y sus aparentes diferencias.

INTELECTUALES COSMOPOLITAS Y LA CRISIS DE FIN DE SIGLO: ALGUNOS PARALELOS

La similitud entre las preocupaciones que llevaron a Bulnes a escribir su obra y aquellas de varios intelectuales contemporáneos de España y Francia son notables, aunque debemos comenzar por recordar que el concepto de una “crisis de fin de siglo” se había impuesto antes de la guerra del 98. Esto lo demuestran, por ejemplo, los ensayos de Lucas Mallada, geólogo y paleontólogo español, que publicó en 1890 un largo ensayo titulado *Los males de la patria* que analizaba temas de la crisis española en las esferas demográfica y económica, a la cual agregó reflexiones sobre la necesidad de una regeneración política en España.¹⁵ Similares eran las preocupaciones de figuras como Ángel Ganivet, quien en su libro de 1897, *Idearium español*, plasmó fuertes críticas a la vocación imperialista de España y también a la abulia de grandes sectores de la sociedad española y a la falta de energía de sus clases dirigentes.¹⁶ Aún con más fuerza, en Francia, el malestar espiritual y político de *fin de siècle*, precedió a la guerra del 98, en tanto se había generado una sensación creciente de que los países latinos quedaban relegados y eran superados por las naciones germanas y angloamericanas. Un ejemplo llamativo que sin duda influyó en Bulnes, fue el texto de Edmond Demolins ¿*“A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?”*¹⁷ Sus preocupaciones se vinculaban con los conceptos de la posible inferioridad nacional y racial de los pueblos latinos, subrayando la falta

¹⁵ Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*.

¹⁶ Ganivet, *Idearium español*.

¹⁷ Este texto de Demolins fue traducido al castellano con el título *En que consiste la superioridad de los anglo-sajones*, con prólogo del político Santiago Alba, Madrid, Librería de Victoriano Salazar, 1899.

de iniciativa individual, que requería una profunda reforma educativa, idea que Bulnes incorpora a su texto.

El libro de ensayos de Bulnes revela muchas coincidencias con diversas corrientes de pensamiento de intelectuales europeos y latinoamericanos que son harto difíciles de definir por la mezcla de disciplinas que les caracterizaban, aunque muchos de sus expositores pueden calificarse como científicos. Su meta consistía en hacer un diagnóstico de los males sociales, económicos, políticos, pero también raciales y biológicos de los diversos pueblos latinoamericanos. Bulnes participaba de estas preocupaciones, con especial énfasis en la biología y la alimentación de los pueblos y sus impactos sobre las “razas” diversas que componían la sociedad mexicana.¹⁸ Al respecto, en su caso es especialmente importante subrayar la influencia de diversas escuelas de la biología en su pensamiento, en particular de la escuela lamarkiana, predominante en Latinoamérica en esta época, por encima de la darwiniana.¹⁹ Además, debe subrayarse que ejercieron una fuerte impronta en los escritos de Bulnes otras y diversas corrientes europeas que eran influyentes a fines del siglo XIX como el social darwinismo, especialmente las interpretaciones de Herbert Spencer, las escuelas devotas de la psicología social y colectiva al estilo de Gustave Le Bon, el racismo, la eugenesia, así como las interpretaciones allegadas al concepto de la degeneración promovidos por Max Nordau, estrechamente asociados a los adeptos de la nueva criminología, desarrollada sobre todo por el italiano Lombroso.²⁰

Lo cierto es que desde muy inicios del siglo XX, la idea de que América Latina sufría una serie de enfermedades sociales se popularizó.²¹ En la misma época en que se publicó *El porvenir de las naciones hispanoamericanas*, el temprano sociólogo venezolano, César Zumeta, presentaba su trabajo *Continente enfermo*, breve ensayo en el que buscaba realizar un diagnóstico medical/sociológico de los pueblos hispanoamericanos, confiando en que era

¹⁸ Jiménez Arce, “La construcción de las ideas sobre la raza”.

¹⁹ Ver Manuel Vargas “Biología y la filosofía de la raza en México: Bulnes y Vasconcelos”, en el libro editado por Aimer Granados y Carlos Marichal, *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual*, México, El Colegio de México, 2009, 159-176.

²⁰ En la misma época Ernesto Quesada sintetizó la amplia influencia de Spencer en América Latina: ver su largo ensayo *Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas* (1907), reeditado en edición facsimilar por Kessinger Publishers, Whitefish Montana, 2010. Entre otras obras más influyentes en Latinoamérica ver Le Bon, *Psychologie des foules*, París, 1895. Sobre Nordau ver Aschheim, Steven E., “Max Nordau”. Sobre Lombroso ver Velázquez Delgado y Christiansen, “Tras las huellas de la peligrosidad”.

²¹ Véase el libro muy interesante de Arona, Michael, *Pueblos enfermos*, que estudia a algunos autores del momento.

factible analizar a la sociedad como organismo socio/biológico y que dicho análisis permitiría descubrir algunos remedios para sus males. Poco después, en 1905, el sociólogo e historiador brasileño, Manoel Bomfim, había de publicar su obra *A América Latina: Males de Origem*, una colección de ensayos fundados en el paralelismo entre organismos biológicos y organismos sociales y la necesidad de profundizar en la formulación de una nueva sociología y antropología latinoamericanas. Para Bomfim, las causas del atraso eran históricas y se encontraban enraizadas en lo que él denominaba los efectos del parasitismo metropolitano sobre las sociedades coloniales. Ello había dado pie a un legado social pernicioso y a una herencia de cualidades psicológicas “comunes y constantes” a todos los pueblos iberoamericanos.

En un trabajo previo hemos esbozado algunos de estos planteamientos, a partir de la revisión de los ensayos y libros de varios escritores latinoamericanos de inicios del siglo xx que se concebían como médicos sociales de las respectivas sociedades latinoamericanas en que vivían. Entre éstos consideramos a Alcides Arguedas, Manoel Bomfim, Carlos Octavio Bunge, Francisco Encina, Salvador Mendieta y César Zumeta, además de Bulnes.²²

En general, es claro que —al igual que Bulnes— todos consideraban que las perspectivas para la futura modernización de Latinoamérica eran muy problemáticas, debido en buena medida a herencias biológicas, histórico/culturales y de psicología colectiva que atravesaban sus sociedades y que ellos sostenían que caracterizaban de manera negativa a las clases populares. Por ello enfatizaban ciertas tendencias que percibían como características de una *degeneración* racial y social, particularmente entre los sectores más pobres de sus respectivas sociedades, en especial entre indígenas y la población afroamericana. De allí la similitud en los títulos de algunos de los ensayos y libros de los cuales eran autores: César Zumeta, *Continente enfermo* (1899), Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo* (1909), Salvador Mendieta, *La Enfermedad de Centro-América* (vol. 1, 1912), Manoel Bomfim, *Los males de América Latina* (1905), por no hablar de textos como el de Agustín Álvarez, *Manual de Patología Política* (1899), y Manuel Ugarte *Enfermedades Sociales* (1905), que eran de diferente matriz ideológica.

A continuación, analizaremos las principales ideas adelantadas por Bulnes en las distintas secciones del libro, en relación con un conjunto más amplio de reflexiones de autores latinoamericanos contemporáneos. Comenzaremos con el concepto que tenía Bulnes de raza, o de *las razas* y su vinculación con las diversas líneas del pensamiento biológico de la época, así como ciertos elementos de lo que puede denominarse determinismo geográfico en las reflexiones de Bulnes, para concluir con algunas de sus propuestas de tipo

²² Marichal, “El lado oscuro de la generación del 900 en América Latina”.

sociológico, político y económico, las cuales establecen un contrapunto con quienes podrían caracterizarse como miembros de *la generación de 1900* en Latinoamérica.²³

BULNES, LA DIETA Y LAS RAZAS AGRARIAS

En su libro *El porvenir*, Bulnes insistía que para explicar el atraso y los males de Latinoamérica, resultaba indispensable comenzar literalmente con un análisis de las características orgánicas y físicas de la población. Así, la alimentación de los pueblos era factor fundamental que incidía sobre su desarrollo físico y mental. A ello dedicaría el primer capítulo del libro, aunque dicho argumento permea toda la obra. Así, los argumentos de Bulnes sobre las causas biológicas de la debilidad lo llevaron a concluir que éstas tenían graves consecuencias. La alimentación defectuosa implicaba debilidad demográfica y física frente a las sociedades del norte, más fuertes y prolíficas. Desde el primer capítulo de la obra *El porvenir*, Bulnes afirma que existen tres grandes razas humanas que se distinguen por su correspondiente dieta, a saber: las razas del trigo, del maíz y del arroz. Las que se alimentan de trigo obtienen los nutrientes apropiados para el desarrollo óptimo, lo cual hace de ellos “la única [raza] realmente progresista”, es decir, la única que evoluciona para mejor.²⁴

De acuerdo con la interpretación algo peculiar de Bulnes, las otras dos razas padecían desventajas derivadas de su dieta y entre las dos, la raza del arroz resultaba peor que la del maíz. Esas diferencias además se visibilizaban en su diversa capacidad para hacer la guerra. Argumentaba que la historia mostraba que sólo la raza del trigo era capaz de matar a sus enemigos en cantidades suficientemente grandes como para triunfar. La raza del trigo era superior en artes militares porque sus capacidades intelectuales y físicas eran nutridas y desarrolladas mediante la dieta adecuada.²⁵ Los pueblos del maíz y del arroz sólo podrían lograr estos beneficios ingiriendo trigo en una proporción superior. De acuerdo con Bulnes la historia demostraba que desde la conquista de América la raza del trigo se impuso sobre la del maíz y de manera similar, en la guerra de independencia, los “criollos” (de la raza del trigo) fueron los líderes de los ejércitos del maíz. De hecho, Bulnes sostenía que una de las grandes tragedias históricas fue el fracaso de España para elevar

²³ Colombi, Beatriz en “Camino a la meca”, analiza a los escritores latinoamericanos en París entre 1900 y 1920 que integraban este conjunto. Es necesario tener en cuenta que los autores que analizamos en este ensayo se distinguían de los literatos calificados como idealistas y arielistas que seguían la estela de José Enrique Rodó, o los antimperialistas que siguieron la huella de José Martí, como Manuel Ugarte, entre otros.

²⁴ Bulnes, *El porvenir*, p. 6.

²⁵ *Ibid.*, pp. 8-9.

el nivel de los aztecas, consumidores de maíz, mediante la transformación de su infraestructura agrícola en una producción de trigo de gran escala y con buena irrigación. Concluía: “La historia nos enseña que la raza del trigo, es la única verdaderamente progresista. Los grandes imperios de la antigüedad se fundaron sin excepción sobre los campos de trigo”.²⁶

La concepción de Bulnes sobre la raza sin duda es muy particular y puede parecer extraña a ojos de un lector moderno, motivo por el cual algunos estudiosos consideran que no es representativa del pensamiento mexicano sobre la raza.²⁷ Pero lo que resulta menos sorprendente es el estereotipo racista bastante ortodoxo que se manifiesta en su análisis sobre indios, mestizos y españoles.²⁸ Por ejemplo, para el autor, los “indios”, un subgrupo racial de la raza del maíz, sólo aman cuatro cosas: los ídolos, la tierra, la libertad personal y el alcohol.²⁹ Sobre el mestizo común, un vástago mezcla de maíz y trigo, Bulnes afirma que tiene el infortunio de haber heredado la “rapacidad” del español y de no tener otra aspiración que la de “ser muy hombre”.³⁰ Sin embargo, pese a esas desventajas, el mestizo habría logrado un gran “progreso” (o “evolución”) si no hubiera sido tan afecto al alcohol, como los indios. En cambio, sostenía que los mestizos mostraban más inteligencia y potencial para construir una civilización, si se les brindaban las oportunidades adecuadas.

Todo esto plantea interrogantes sobre la mecánica de la herencia: ¿cómo pueden heredarse los rasgos creados por la dieta? La respuesta que ofrece Bulnes era que en la dieta los fosfatos y productos azoados, esenciales al desarrollo y funcionamiento del cerebro, podían a su vez favorecer la inteligencia, la creatividad, la voluntad y el carácter. Las tendencias de nutrición ejercían impactos en las razas a lo largo del tiempo por lo que éstas podían prosperar o perecer. En suma, la idea de Bulnes era que las razas tenían posibilidad de adquirir determinados atributos (como la mayor o menor inteligencia) dependiendo de la dieta, y que estas diferencias, adquiridas a lo largo de la vida de un individuo tendían a ser heredadas.

A la luz de los conocimientos actuales sobre la herencia biológica, estas ideas resultan bastante exóticas, ya que la biología moderna demuestra que la adaptación no ocurre por la habituación a una determinada actividad. Esto es, sin embargo, precisamente lo que sugería Bulnes. Sin embargo, las teorías darwinianas modernas demuestran que comer ciertos alimentos o realizar cierto tipo de actividades no modifica por sí mismo nuestro material genético.

²⁶ *Ibid.*, p. 6.

²⁷ Véase W. Rex Crawford, *A Century of Latin-American Thought*, p. 252.

²⁸ Richard, Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, p. 52.

²⁹ Bulnes, *El porvenir*, p. 30.

³⁰ *Ibid.*, p. 30.

La adaptación a lo largo del tiempo es resultado de una mutación o de un cambio a nivel genético, con consecuencias subsecuentes en la propagación de la especie. Dado que Bulnes escribió esto alrededor de 1900, varios decenios después de la publicación de la obra de Darwin (quien en la época de Bulnes, ya tenía cierta influencia en México), resulta desconcertante que haya podido plantear tales hipótesis sobre las razas y el cambio racial.

La explicación de algunos de los enfoques de Bulnes se vincula con una tradición científica francesa cuyas tesis sobre la biología eran muy distintas de las que ahora conocemos.³¹ A fines del siglo XIX, la posición ortodoxa vigente en América Latina con respecto a la herencia y al cambio racial no solía ser de tipo mendeliano-darwiniano sino que se derivaba de la escuela *lamarckiana*. De acuerdo con el naturalista francés Lamarck, los rasgos adquiridos a lo largo de la vida por un organismo podían ser transmitidos a sus descendientes. Es muy conocida la explicación de los largos cuellos de las jirafas que eran consecuencia de estirarse para alcanzar las hojas de los árboles más altos. La selección natural mendeliano-darwiniana afirmaba, por el contrario, que la jirafa tiene el cuello largo por mutaciones genéticas que propiciaron la supervivencia de las jirafas de cuello largo sobre las de cuello corto en el medio ambiente en el que tuvo lugar su evolución. Si bien Bulnes conocía ambas teorías, en el momento que escribió *El porvenir*, recién acababan de descubrirse o recuperarse las evidencias clave en favor de las teorías mendeliano-darwinianas, por lo que no es extraño descubrir que la hipótesis lamarckiana sobre la herencia aún fuera bastante difundida. Además, como ha señalado el historiador intelectual Peter Bowler, si bien las ideas de Darwin ya constituían una parte importante del paisaje intelectual, incluso muchos biólogos de la época aún no tenían clara la incompatibilidad entre estos dos puntos de vista sobre la herencia y el cambio racial.³²

En este sentido, sigue estando abierto el interrogante acerca de porqué los pensadores latinoamericanos tenían una deuda intelectual tan fuerte con Francia, teniendo en cuenta la importancia contemporánea del pensamiento alemán e inglés en la mayoría de los campos científicos. Sin duda, la influencia francesa se debía en gran parte al papel de París como metrópolis cultural, ya que para las elites latinoamericanas, era referente fundamental a nivel tanto de la moda académica y cultura general, en el vestir, la gastronomía y como destino de los inevitables viajes transatlánticos de negocios o de esparcimiento.³³ A ello se agregaba la importancia de la industria editorial francesa que había logrado la creación de amplias redes internacionales gracias a la difusión del francés como la lengua más extendida entre las elites internacionales.

³¹ Para una síntesis ver Vargas, "Biología y el concepto de la raza", p. 166.

³² Sobre este tema véanse las conferencias de Bowler, *Biology and Social Thought, 1850-1914*.

³³ Véase Strecker, *París, capital de América Latina*.

En Latinoamérica el mercado por el libro, revista y periódico publicado en Francia era extendido, siendo atendido eficazmente por las imprentas francesas que inclusive crearon un nicho muy activo en la propia París a partir de la publicación sistemática de traducciones al español de las últimas novedades editoriales (literarias o científicas) que luego se exportaban a todas las librerías del mundo de lengua española y en una alta proporción a México, además de otros países latinoamericanos. En el caso de Bulnes, es evidente que sus lecturas de textos franceses de sociología, biología y psicología social debieron inclinarlo a adoptar enfoques que pueden parecernos algo extraños, pero al mismo tiempo vale la pena recordar que también leía ampliamente textos en inglés que proporcionaban gran cantidad de información estadística que le interesaba para sus comparaciones entre países y que le proponían otra gama de interpretaciones, que bien valdría la pena explorar a futuro.

EL DETERMINISMO GEOGRÁFICO, EL CLIMA, LAS RAZAS, EL ALCOHOL Y LA DEBILIDAD MENTAL

Para Bulnes resultaba evidente que los países que producían mayores cantidades de trigo eran los dominantes. En este sentido, argumentaba que el determinismo geográfico era fundamental, ya que solamente en las zonas “extra/tropicales” del mundo podía darse una gran producción de este tipo de cereal. Las zonas tropicales albergaban importantes recursos naturales, pero por la naturaleza del clima y el tipo de cultivos era necesario organizar el trabajo agrícola de manera distinta a la de tierras templadas. En el trópico podían existir grandes fincas muy organizadas —por ejemplo las plantaciones de azúcar o café— pero requerían el empleo de grandes cantidades de jornaleros por estación a los que se les pagaba salarios que representaban un desembolso de capital considerable. Esto, decía Bulnes, no era factible en unidades agrarias productoras de cereales donde el trabajo familiar era dominante. A su vez, en las zonas del trópico, era extremadamente alto el consumo de alcohol, lo cual tendía a producir una degeneración de la raza.

Por estos motivos las regiones tropicales de América quedaban condenadas al atraso. Afirmaba: “La gran calamidad de América latina, su gran maldición, es haber tendido la mayor parte de su cuerpo en el trópico”.³⁴ Además, tanto la mala alimentación, el alto consumo de alcohol y los efectos del clima tendían a provocar un crecimiento lento de la población. Ello representaba un profundo peligro frente a los Estados Unidos que, gracias a su sostenida expansión demográfica, amenazaba a todas las naciones al sur del Río Bravo.

³⁴ Bulnes, *El porvenir*, p. 45.

Pero no era sólo en el trópico donde se producían degeneraciones de la raza o de los grupos raciales mixtos. Bulnes sostenía que en muchos países del hemisferio sur —que contaban con tierras extra/tropicales y tropicales como México—, se heredaban una variedad de características generadas principalmente por la dieta de las razas originarias. Un primer paso adoptado por Bulnes para avanzar desde la reflexión biológica/racial hacia un análisis sociológico, consistía en enfocar la atención en las clases o grupos étnicos que conformaban la población en *América latina*, identificada en función de tres grupos predominantes: blancos, mestizos e indios. Se trataba de definirlos en grupos con rasgos biológicos codificados. Al igual que muchos de sus contemporáneos, argumentaba que si bien la población blanca seguía ocupando los puestos superiores en la jerarquía social, iría cediendo al avance de los mestizos, que resultaban ser igualmente vigorosos e inteligentes. En cambio, el destino de la población indígena se encaminaba indefectiblemente hacia la degeneración y la desaparición por tres motivos: la deficiente alimentación (exceso de consumo de maíz y de alcohol), la explotación laboral que sufría y lo tradicional de su economía agrícola.

Para Bulnes uno de los mayores vicios a combatir era el alcoholismo de los pueblos trabajadores y campesinos ya que, en su opinión, podía contaminar a una raza. Los rasgos engendrados por el consumo de alcohol no eran accidentes temporales de la conducta que podían ser fácilmente eliminados al dejar de beber. El consumo prolongado derivaba en rasgos de mayor estupidez y menos “carácter” y, por ende, infectaba el legado genético de una raza. En resumen —en seguimiento de las teorías de Lamarck— una serie de rasgos adquiridos, como la torpeza, la abulia o la estupidez, podían volverse parte de la herencia de las siguientes generaciones.

Estos prejuicios, sin embargo, no eran simples elucubraciones de Bulnes, sino tomados directamente de sus lecturas de autores alemanes y norteamericanos decimonónicos, que eran aún más condenatorias de los defectos de las razas en los países tropicales. Bulnes citó a un tal Dr. Forster, quien en su libro *Reflections on the destructive operation of spirituos and fermented liquors* decía: “las dos terceras partes de la población de Centro América, viven constantemente, en algún período la diarrea alcohólica; mi colega Lyons me comunica que el pueblo vive de plátanos, café y aguardiente”. A su vez, un escritor alemán, el Dr. Ferber, decía en el prólogo de su *Notizen über inige ungewöhnliche Krankheitsfülle*: “Creo que el alcohol ha terminado ya su obra amarga de destrucción mental en casi todas las decrépitas razas indígenas de la América Central y del Sur; los individuos de ellas tienen formas de hombres, pero llevan tiempo de no serlo”. Finalmente, Bulnes citaba a un tal Brown en su folleto *The political action of alcohol*, que decía: “La América española no necesita ser conquistada; el alcohol nos la entregará y no tendremos que vencer, sino simplemente acabar de enterrar a esas razas ya muertas para la

civilización”.³⁵ Bulnes concluía de manera lapidaria al afirmar: “Es el trópico el que ha educado la humanidad, es la embriaguez que rápidamente lleva a la esterilidad, al crimen, a la locura y al cretinismo”.³⁶

La similitud de los planteamientos de Bulnes con aquellos de autores contemporáneos como el boliviano Alcides Arguedas, autor de la obra *Pueblo enfermo* (1910), son notables y presuponen un enfoque social/darwinista muy pesimista que fue bastante extendido entre las élites latinoamericanas de la época. Sin duda puede observarse en Bulnes la fuerte impronta de sus lecturas de textos de Spencer, autor bastante conocido en México en la época y especialmente influyente en la difusión del darwinismo social. Pero, como se ha señalado, las fuentes de sus reflexiones eran extendidas y diversas.

Tanto en el caso de Bulnes como de Arguedas o del propio médico brasileño Bomfim, que escribía sobre los males de origen de las sociedades latinoamericanas, puede observarse la fuerte influencia de tempranos sociólogos franceses.³⁷ Para citar dos ejemplos especialmente significativos, mencionaremos a Demolins y a Gustave Le Bon. Demolins (1850-1907) era conocido por su obra *Les Français d'aujourd'hui: Les types sociaux du Midi et du Centre*, texto que fue ávidamente leído por numerosos latinoamericanos de la generación de 1900, ya que establecía una serie de lecciones sobre los fenotipos de grupos sociales por regiones en Francia que ofrecían modelos de lo que podría proponerse para describir y distinguir a los grupos étnicos en las regiones de los distintos países latinoamericanos a partir de ciertas características físicas, especialmente aquellas derivadas de la frenología que centraban su atención en los tipos de cabeza (y cráneos) de un grupo social determinado. En su libro *Pueblo enfermo*, Alcides Arguedas incorporó muchos de estos tipos de enfoques para distinguir los pobladores de distintas regiones de su Bolivia natal.

Por otra parte, quizás el más popular de los ensayistas contemporáneos franceses —entre los lectores de las élites latinoamericanas— era Gustave Le Bon, médico, arqueólogo amateur y sociólogo interesado en cuestiones raciales. En su libro, *Les lois psychologiques de la evolution des peuples* (1894), Le Bon desarrolló el concepto del alma de una raza o de un carácter nacional. En este sentido, se interesó menos por los rasgos físicos distintivos que por los elementos psicológicos, estableciendo una jerarquía de la psicología de las razas, situando a los indoeuropeos en la cúspide, seguidos sucesivamente por los asiáticos, africanos y australianos. Las razas superiores se distinguían de las inferiores por diferencias en inteligencia y carácter.

³⁵ Todas las citas en Bulnes, *El porvenir*, pp.42-43.

³⁶ La influencia de las teorías sobre la degeneración tan típicas de la época se observa en esta cita de Bulnes, *El porvenir*, p.66.

³⁷ Sobre lo social darwinistas franceses véase Bernardini, *Le Darwinisme Social en France*.

Por otro lado, se encontraron distinciones entre las propias razas superiores. Enfatizaba la importancia de ciertos rasgos psicológicos pero también de formación. Afirmaba, por ejemplo, que el *carácter* de los británicos explicaba por qué 60.000 británicos podían dominar a 250 millones de hindúes, incluso si muchos de estos últimos eran más inteligentes que los primeros.

En cuanto a las Américas, para Le Bon el carácter también diferenciaba a las *razas* de América del Norte y América del Sur. Por un lado estaban las razas enérgicas, fuertes, independientes y morales de AngloAmérica. Por otro, la falta de energía, la debilidad de la fuerza de voluntad y la moralidad se asociaba con los latinoamericanos: había progreso y libertad pero también anarquía, violencia y despotismo, cuestiones que argumentó con vehemencia en su texto extremadamente popular e influyente, *Psychologie des foules* (1895), que analizaba la psicología de las masas. Estas interpretaciones fueron claramente una simplificación y una popularización de muchos prejuicios raciales comunes sostenidos por las élites europeas contemporáneas, con un enorme impacto entre los intelectuales de la mayoría de los países latinoamericanos, incluyendo a Rodó, Bunge, Bulnes, Oliveira Vianna, Alcides Arguedas, Francisco García Calderón y muchos otros miembros de lo que llamamos la generación de 1900. De hecho, a Le Bon lo citaron quizás con mayor frecuencia que cualquier otro autor contemporáneo.

No obstante, para Bulnes, como hemos visto, tanto la inteligencia como la vitalidad de las diferentes razas dependía menos de la psicología que de un conjunto de factores que él denominaba orgánicos y súper-orgánicos. Entre las orgánicas ya hemos citado la alimentación, a la que agregaba el efecto del clima tropical, que “lanza al hombre al alcoholismo, el morfinismo, el cocaísmo, al nicotinismo”.³⁸ A ello se sumaban condiciones climáticas y geológicas que no eran favorables al desarrollo de las sociedades y economías hispanoamericanas. En esencia lo que encontramos en las teorías de Bulnes es una explicación basada en la biología de la raza como elemento clave que ayudaba a estructurar la respuesta a la pregunta sobre cómo llegaron los latinoamericanos a estar en condiciones de atraso. En este sentido, las ideas de Bulnes siguen el camino trazado por otros intelectuales latinoamericanos y comparten con ellos el racismo científico que imperaba en la época.

En las discusiones sobre los orígenes de la aparente inferioridad cultural, económica, científica o intelectual de América Latina, a menudo se hacía referencia a la raza como una de las mejores formas de explicar la causa por la cual Latinoamérica iba rezagada con respecto a Europa o los Estados Unidos. De hecho, la raza era tal vez el tema más importante para el grupo de intelectuales que Stabb llamó “los diagnosticadores del continente enfermo”,

³⁸ Bulnes, *El porvenir*, p. 41.

grupo que incluía, entre otros, a José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge, Alcides Arguedas y Francisco García Calderón.³⁹ Si las cualidades raciales resultaban ser fijas e inmutables, la preocupación era, entonces, que lo mismo ocurriera con la posición política, económica y cultural de América Latina. En cambio, si los rasgos raciales eran maleables, el reto consistía en determinar si América Latina contaba con las herramientas necesarias para hacer las modificaciones necesarias a los rasgos raciales o si dichas herramientas tuviesen que ser importadas.

En última instancia, Bulnes argumentaba que la América Latina del siglo xx tendría que enfrentar sus vulnerabilidades genéticas y dejar de buscar a los culpables en otras partes del mundo. Bulnes pensaba que: “El enemigo de los pueblos latinoamericanos no son Europa o los Estados Unidos, con sus ambiciones; ellos no son enemigos más terribles de nuestro bienestar e independencia que nosotros mismos. Nuestros adversarios se llaman nuestra tradición, nuestra historia, nuestra herencia mórbida, nuestro alcoholismo, nuestra educación contraria al desarrollo del carácter”.⁴⁰

REFLEXIONES SOBRE EL PESO DE LA HISTORIA EN LA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Además del impacto de factores orgánicos, para Bulnes era fundamental tener en cuenta lo que él denominaba los *súper-orgánicos*, como se observa en los capítulos 4 y 5 de su libro de ensayos. En esencia, Bulnes se refería a factores históricos, institucionales y políticos. Después de pasar revista al nefando legado colonial, que consideraba como la época de *tiranía de los abarroteros* españoles, Bulnes hacía hincapié en los peligros de la *teocracia*, expresada en el poder de la Iglesia Católica, a la cual acusaba de ser el principal obstáculo para el avance de la educación moderna. Además, en su habitual estilo demoledor, insistía en que la Iglesia auspiciaba la ignorancia, los prejuicios y la intolerancia, constituyendo un freno al progreso material.

Precisamente para vencer al partido eclesiástico y conservador, Bulnes reivindicaba el liberalismo y aquellos modelos políticos que pudieran favorecer un proceso de modernización económica. Sin embargo, en este punto Bulnes marcaba distancia con el régimen político vigente en Francia y en las demás naciones latinas de Europa, al enfatizar que prefería al modelo de gobierno vigente en los Estados Unidos, Suiza o Inglaterra. Para Bulnes las repúblicas parlamentarias latinas ostentaban gran cantidad de vicios que era necesario evitar. Además de propiciar un falso patriotismo y militarismo,

³⁹ Stabb, *In Quest of Identity*.

⁴⁰ Bulnes, *El porvenir*, p. 282.

dichos regímenes se prestaban a un alto grado de corrupción y además se encaminaban al populismo y a tendencias de anarquía política. Con algunas contadas excepciones, las repúblicas latinoamericanas, tendían a sufrir de los mismos males políticos. En este sentido, puede remarcarse que las opiniones de Bulnes acerca de la decadencia de las razas latinas y la degeneración de sus gobiernos no eran originales sino que reflejaban una literatura ya muy extendida en Francia, Italia y España, en la que se cuestionaba el futuro económico y político de los países latinos frente a los más vigorosos sajones y alemanes.

En un brillante ensayo, Tulio Halperín ha analizado los fundamentos conservadores de la crítica de Bulnes sobre el ejercicio del parlamentarismo en las sociedades latinas. Halperín señala agudamente:

Las razones propuestas por Bulnes para justificar esta conclusión son en cambio más originales: lejos de ser una planta exótica, democracia y parlamentarismo consolidan demasiado bien ciertos rasgos comunes de la mentalidad latina, pero estos rasgos no podrían ser más deplorables: la adhesión a una imagen de la sociedad en que el conflicto prevalece sobre la solidaridad, y a una concepción retórica, teatral y facciosa de la política.⁴¹

Pero no eran solamente los vicios del parlamentarismo en los países latinos que Bulnes consideraba responsables del atraso político. También pesaba el atraso de las instituciones. Es más, declaraba que su axioma de gobierno era que: “las instituciones deben ser para los hombres y no los hombres para las instituciones”.⁴² Esta afirmación, que parece muy actual, sugiere la originalidad de un político que había dedicado gran parte de su vida parlamentaria a la elaboración de legislación, particularmente en el campo de la economía. Sin embargo, Bulnes no confiaba mucho en las reformas, ya que opinaba que una parte de los avances eran canceladas por lo que denominaba el *canibalismo burocrático*, fenómeno que consideraba característico de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos. Se refería en esencia a la rapiña tanto de parlamentarios como de funcionarios, los cuales absorbían una gran cantidad de recursos públicos y desvirtuaban el modelo político del gobierno representativo.⁴³

Por ello Bulnes afirmaba que en México el camino idóneo para alcanzar la modernización pasaba por una *dictadura liberal* que ayudase a consolidar una

⁴¹ Halperín, “Francisco Bulnes: un itinerario entre el progresismo y el conservadurismo”, p. 177.

⁴² Bulnes, *El porvenir*, p. 240.

⁴³ Este concepto era similar a los que manejaban otros pensadores latinoamericanos de la época como Manoel Bomfim, quien denostaba el parasitismo social de los políticos y terratenientes en Brasil.

plutocracia liberal. En efecto, describía a grandes rasgos al propio régimen del que era un alto representante, el gobierno de Porfirio Díaz, aunque pasaba por alto la corrupción alentada por el propio dictador. Para Bulnes, había peligros mayores que la corrupción en el camino hacia la modernización. Afirmaba que la evolución política de las naciones pasaba por tres etapas: la anarquía, la tiranía y la democracia. México, como otros países de Latinoamérica, había logrado dejar atrás la etapa de la anarquía, pero aún no podía alcanzar la democracia. Para Bulnes, conservador ilustrado, se debía evitar a toda costa el regreso al republicanismo jacobino, ya que ello implicaba el peligro de la anarquía. En cambio, la tiranía representada por una dictadura liberal era un camino más seguro hacia una etapa superior de la evolución política. Como señala Halperín al comentar el texto de Bulnes: “El dictador liberal reemplaza así a la clase profesional para imponer a la política un curso dictado por la razón y la verdad”.⁴⁴ Ello era necesario para asegurar un orden y un progreso que debía establecerse antes de pensar en una todavía utópica y lejana democracia, como aquella alcanzada por naciones como Suiza o los Estados Unidos.

Esas mismas preocupaciones siguieron teniendo vigencia entre los intelectuales latinoamericanos hasta la Primera Guerra Mundial. En este sentido, es pertinente recordar las inquietudes del escritor peruano (exiliado en Francia), Francisco García Calderón, quien habría de plantear en el prólogo de su obra, *Las democracias latinas de América* (publicada en París en 1912):

Es nuestro propósito hacer un balance de estas repúblicas latinas: he aquí el objeto de este libro. Preguntamos a la historia de dichos estados la razón de su inferioridad y sus cálculos para el porvenir.⁴⁵

Sin duda, los paralelos de esta cita con algunas de las preguntas que presenta el libro de Bulnes son llamativos y nos hablan de la amplitud y persistencia de la *malaise* de muchos escritores latinoamericanos de principios de siglo con respecto al futuro.

EL ATRASO LATINOAMERICANO Y LAS TRES ETAPAS DE LA ECONOMÍA

Si para Bulnes el progreso político podía describirse en función de *tres etapas* cuasi-evolutivas, también era posible identificar las *tres fases* fundamentales en la vida económica de los pueblos que marcaban sucesivos periodos del *progreso* y de la *civilización*: la etapa forestal, la etapa pastoril y la etapa industrial. Debe aclararse que, a pesar de ser ingeniero y un político experimentado en la tarea de debatir reformas financieras, Bulnes no tenía una preparación

⁴⁴ Halperín, “Francisco Bulnes...”, p. 179.

⁴⁵ García Calderón, *Las democracias latinas de América*, p. 5.

teórica en economía que le permitiera una elaboración de sus ideas de manera profunda, pero mantenía comunicación frecuente con los encargados de los departamentos económicos y financieros del gobierno de Porfirio Díaz y, por lo tanto, estaba bien informado de los avances económicos en el país. Sin embargo, en lugar de desarrollar un pensamiento analítico o lógico realmente coherente en este terreno, en su libro presentó propuestas algo esquemáticas y descriptivas, apoyándolas con una gran diversidad de series estadísticas sobre población, comercio y producción de distintas naciones.

En los capítulos finales del libro, Bulnes se refería a la debilidad de la economía forestal en América Latina señalando, en contraste con los Estados Unidos o Canadá, que las exportaciones forestales de la región no eran excesivas aunque las divisas que producían sí permitían importar un cierto nivel de productos manufacturados, lo cual era conducente al progreso económico. Más importante, en opinión de Bulnes, era la economía pastoril o ganadera, la cual consideraba un factor positivo para el bienestar de un pueblo. Así, remarcaba que el aumento de las exportaciones ganaderas de Argentina, Brasil, Uruguay y México ofrecía perspectivas alentadoras para el futuro de sus respectivas economías.

En cambio, sobre la agricultura Bulnes ofrecía un mosaico de ideas algo contradictorias. Para proyectar un grado de coherencia con sus planteamientos ya esbozados en los primeros capítulos de *El porvenir* acerca de los efectos nocivos del trópico, sostenía en los últimos de sus ensayos recogidos en el libro, que la mayoría de los productos tropicales, en especial el café y el azúcar, no tenían un futuro brillante. En cambio, lo que sí era indispensable era el impulso a la agricultura, especialmente de trigo. En el caso de México ello requería la inversión de grandes sumas en irrigación con objeto de lograr el despegue de una agricultura intensiva para “llegar a ser una nación de segundo o tercer orden”.

Las naciones de *primer orden* —de acuerdo con Bulnes—, eran exclusivamente las industriales. En ellas, había ejercido un papel fundamental la minería de carbón que proporcionaba la fuente principal de energía para las sociedades industrializadas. Evidentemente, en América latina faltaba entrar en esa fase avanzada del progreso económico, lo cual no sería fácil debido al hecho de que las clases pudientes (“los de levita”) seguían demostrando demasiado orgullo para ensuciarse las manos en las tareas fabriles. Para Bulnes, en este terreno había que tener fe en el pueblo: “La pequeña industria, el pequeño comercio y la pequeña agricultura la ejercen en nuestra América las clases populares.” Sin embargo, el mismo autor señalaba que las mayores empresas, ferrocarriles, bancos, minas eran en su mayoría propiedad de grupos de inversores extranjeros, a los que habría que otorgarles una mayor influencia política, en vez de denostarlos.

Las contradicciones en algunos planteamientos de Bulnes eran manifiestas, cosa que probablemente no le preocupaba en absoluto.

En todo caso, nos parece que lo significativo del planteamiento de Bulnes no es el rigor (del que obviamente carecían sus escritos), sino el hecho de que estaba preocupado por preguntarse sobre las causas del lento desarrollo económico latinoamericano. En este sentido, conviene resaltar que sus escritos —por rudimentarios y polémicos que se consideren—, iniciaron una corriente ensayística volcada a la explicación del *atraso* latinoamericano con base en la incorporación de lo económico dentro de las interpretaciones más generales de la evolución histórica y contemporánea de las naciones latinoamericanas.⁴⁶

Un ejemplo claro de la difusión de esta preocupación es el libro de Francisco Encina, *La inferioridad económica de Chile* (1912), obra con un nivel de teoría económica superior a la de Bulnes que arrancaba sin embargo a partir de una serie de presupuestos y prejuicios similares. Le interesaba una descripción del desenvolvimiento de la economía chilena en el tiempo y la disponibilidad de recursos naturales, bosques, tierras, ganado y minas. Pero al final del texto se observa que Encina le presta especial atención a lo que denominaba la *psicología económica* del pueblo chileno, al subrayar rasgos como la falta de perseverancia, la obsesión por obtener fortuna rápida, el escaso espíritu de asociación y cooperación, además de otros vicios como el alcoholismo y la lasitud de muchos trabajadores, elementos característicos de los ensayos de Bulnes y Arguedas. Encina remarcaba

No está en nuestra mano modificar la naturaleza de nuestras riquezas que nos tocaron en suerte; en cambio, los avances de la sociología y de la psicología social nos permiten hoy modificar con rapidez el otro término de la antinomia: la eficiencia económica de la población por medio de la enseñanza que puede suplir los vacíos y contribuir directamente a rehabilitar el sentimiento de nacionalidad.⁴⁷

A Bulnes, sin duda, le habría parecido que estas reflexiones de Encinas coincidían con sus planteamientos expuestos en *El porvenir*, pero también es cierto que no volvió a escribir sobre temas latinoamericanos, sino que se concentró en los dilemas de la política mexicana, muy posiblemente por el tremendo shock de la revolución mexicana que estalló en 1910 y se prolongó por más de un decenio, lo que obligó a Bulnes al exilio. La obra de *El porvenir* debe verse sobre todo como un ensayo polémico de coyuntura en la que el autor, como tantos otros

⁴⁶ Incluso hoy podemos encontrar algunos ejemplos de este enfoque determinista en obras recientes de autores reputados como Gabriel Tortella, *La revolución del siglo xx*, pp. 317-319, en la que argumenta que el atraso de la mayor parte del Tercer Mundo está determinada por el trópico y la falta de una agricultura cerealera en estas zonas.

⁴⁷ Encina p. 243.

latinoamericanos, se preguntaba si la derrota de España en la guerra de Cuba y el triunfo de los Estados Unidos presagiaba un futuro negro para los países de la región o si existían oportunidades de conciliar diferencias y adoptar políticas más favorables para el desarrollo futuro. En realidad, los argumentos de Bulnes no abogaban por el “latinoamericanismo” que comenzaba a cobrar fuerza en los escritos de un número de miembros de lo que se puede denominar la generación de 1900, como era el caso de antimperialistas como Manuel Ugarte. Quizá paradójicamente, Bulnes abogaba no por enfrentamientos con los Estados Unidos sino, al contrario, por la conveniencia de adoptar sus mejores políticas en materia de desarrollo económico y comenzar así a curar los diversos males que aquejaban a los países latinos.

FUENTES PRIMARIAS

- Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo: contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*, Barcelona, Ed. Casa Editorial Viuda de Luis Tasso, 1910.
- Bulnes, Francisco, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899: puede consultarse el pdf de la edición original en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/el-porvenir-de-las-naciones-hispano-americanas-ante-las-conquistas-recientes-de-europa-y-los-estados-unidos/>
- Bunge, Carlos Octavio, *Nuestra América: ensayo de psicología social*, Buenos Aires, Henrich y Cia, 1903: nosotros sólo hemos podido consultar la segunda edición publicada en Buenos Aires, por la editorial Vaccaro en 1918
- Calvo, Carlos, *Colección completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos de todos los Estados de la América Latina, comprendidos entre el Golfo de Méjico y el Cabo de Hornos, desde el año de 1493 hasta nuestros días*, París, A. Durand, 1862-1869, 11 vols.
- Demolins, Edmond, ¿“*A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*” Publicado en 1897, pero hemos consultado la traducción al español, *En que consiste la superioridad de los anglo-sajones*, con prólogo del político Santiago Alba, Madrid, Librería de Victoriano Salazar, 1899.
- , *Les Français d'aujourd'hui: Les types sociaux du Midi et du Centre*, París, Firmin-Didot et cie, 1898.
- Ganivet, Angel, *Idearium español*, Granada: Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel, 1897.
- Le Bon, Gustave, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, París, Felix Alcan, 1894.
- , *Psychologie des foules*, París, Felix Alcan 1895.
- Mallada y Pueyo, Lucas, *Los males de la patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos*, Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1890.
- Mendieta, Salvador, *La enfermedad de Centro-América*, Barcelona, 1912, vol.1.
- Palma, Clemente, “El porvenir de las razas en el Perú” tesis presentada en la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en

1897. Puede consultarse en línea: https://cybertesis.unmsm.edu.pe/bitstream/handle/20.500.12672/338/Palma_cl.pdf?sequence=1

Zumeta, César, *Continente enfermo*, Caracas, 1898.

REFERENCIAS

- Altamirano, Carlos, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, 2021.
- Archivo General de Nación, *Archivo de Francisco Bulnes, Serie: Guías y Catálogos*, núm. 38, volumen preparado por Mira Rosovsky T., México, 1979.
- Ardao, Arturo, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- Arona, Michael, 'Pueblos Enfermos'. The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1999.
- Aschheim, Steven E., "Max Nordau, Friedrich Nietzsche and Degeneration", *Journal of Contemporary History*, vol. 28, núm. 4, 1993, pp. 643-657. DOI: <https://doi.org/10.1177/002200949302800404>
- Bernardini, Jean-Marc, *Le Darwinisme Social en France (1859-1918)*, Paris, CNRS Editions, 1999.
- Bomfim, Manoel, *América Latina: Males de Origem, Rio de Janeiro*, Topbooks, 1993 [la primera edición fue publicada en Río de Janeiro por la editorial Garnier en 1905].
- Bowler, Peter, *Biology and Social Thought, 1850-1914*, University of California, Berkeley, 1993.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la revolución: rectificaciones y aclaraciones a las memorias del general Porfirio Díaz*, estudio introductorio y notas de Alicia Salmerón, México, Instituto Mora, 2008,
- Bulnes, Francisco, *La deuda inglesa: colección de artículos publicados en el siglo XIX*, estudio introductorio y notas Leonor Ludlow, Instituto Mora e Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM México, 2008.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, estudio introductorio y notas de Erika Pani, Instituto Mora e INEHRM, México, 2009.
- Colombi, Beatriz, "Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París, 1900-1920", en Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, pp.544-566.
- Crawford, W. Rex, *A Century of Latin-American Thought* (ed. rev.), Nueva York, Frederick A. Praeger, 1961.
- Encina, Francisco, *Nuestra inferioridad económica, sus causas y consecuencias*, Santiago de Chile, 1912: hemos usado la quinta edición publicada por Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1981.
- Estrade, Paul, "Del invento de "América Latina" en París por latinoamericanos, 1856-1889", en *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, París, Université de Paris X, Nanterre, 1998, pp.179-188.

- García Calderón, Francisco, *Las Democracias de América Latina*, París, 1907, trad. y nueva ed. Ed. Ayacucho, Caracas, 1978.
- Graham, Richard, (ed.), *The Idea of race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas, 1990.
- Granados, Aimer, *Debates sobre España: el Hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México y Universidad Autónoma Metropolitana, 2005.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (eds.), *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual*, México, El Colegio de México, 2004 [reed. en 2009].
- Halperín Donghi, Tulio, “Francisco Bulnes: un itinerario entre el progresismo y el conservadurismo,” en Tulio Halperín, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1998, pp. 167-188.
- Jiménez Arce, Rogelio, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003.
- , “La construcción de las ideas sobre la raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”, *Secuencia*, núm. 59, mayo-agosto, 2004, pp.73-100.
- Lomnitz, Claudio, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México, del porfiriato a la revolución”, en Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, pp. 440-464.
- Marichal, Carlos, “El lado oscuro de la generación del 900 en América Latina: darwinismo Social, psicología colectiva y la metáfora médica”, en Aimer Granados, Álvaro Matute, Miguel Ángel Urrego (eds.), *Temas y tendencias de la historia intelectual en América Latina, Morelia*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 35-62.
- Marichal, Carlos, “El nacimiento de los estudios internacionales sobre América Latina: comentarios a las obras de José María Torres Caicedo y Carlos Calvo a mediados del siglo XIX”, *Foro Internacional*, (julio septiembre, 2015), núm. 3, LV, pp.707-736. doi: <https://doi.org/10.24201/fi.v55i3.2277>
- Pérez Vejo, Tomás y Pablo Yankelevich (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, Bonilla Artigas Editores, El Colegio de México, Iberoamericana Vervuert, 2017. doi: <https://doi.org/10.31819/9783954879311>
- Quesada, Ernesto, *Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas (1907)*, reeditado en edición facsimilar por Kessinger Publishers, Whitefish Montana, 2010.
- Rojas-Mix, Miguel, “Bilbao y el hallazgo de América Latina: unión continental, socialista y libertaria”, en *Caravelle*, Toulouse, núm. 46, 1986, pp. 35-47. doi: <https://doi.org/10.3406/carav.1986.2261>
- Stabb, Martin, *In quest of identity; patterns in the Spanish American essay of ideas, 1890-1960*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1967.
- Streckert, Jens, *0*, sin datos de lugar de publicación, Planeta, Colección Universo de Letras, 2019.

- Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- , “Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político”, *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, núm. 2, 1998, pp.95-110.
- Tortella, Gabriel, *La revolución del siglo xx*, Madrid, Taurus, 2000.
- Ugarte, Manuel, *La nación latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.
- Vargas, Manuel, “Biología y el concepto de la raza en México: Bulnes y Vasconcelos” en Granados, Aimer y Marichal, Carlos (eds.), *Construcción de identidades latinoamericanas: Ensayos de historia intelectual*, México, D.F., El Colegio de México, 2004 y reedición 2009, pp.159-178.
doi: <https://doi.org/10.2307/j.ctv3f8ntm.8>
- Velázquez Delgado, Graciela y María Christiansen, “Tras las huellas de la peligrosidad: la teoría criminológica de Cesare Lombroso en el siglo xix”, *La Razón Histórica*, núm. 29, 2015, pp. 231-253.

Pueblo enfermo de Alcides Arguedas o la desilusión como problema

*Alexandra Pita González**

Recibido: 1 de agosto de 2023

Dictaminado: 25 de agosto de 2023

Aceptado: 30 de agosto de 2023

RESUMEN

Este trabajo aborda las posibilidades que tiene el análisis de la producción y recepción de un libro, *Pueblo enfermo*, en sus distintas ediciones (1909, 1910 y 1937). Más allá de las polémicas que desató el boliviano Alcides Arguedas Díaz por su libro, interesa aquí estudiar el contexto de creación/producción y de difusión de esta obra. Interesa también, entender porqué Arguedas utilizó como prólogo una carta del español Ramiro de Maetzu (1909 y 1910) y agregó en la advertencia de la tercera edición (1937) una parte de la carta del uruguayo José E. Rodó. La combinación de dos visiones distintas de América Latina (la una proveniente del regeneracionismo, la otra del idealismo), permite plantear si la metáfora de la enfermedad social se conjugó con la de América Latina como menor de edad. Para ello se utilizan como fuentes primarias los diarios de Arguedas, las cartas entre éste y otros intelectuales latinoamericanos y europeos, así como las cartas entre Rodó y Miguel de Unamuno.

Palabras clave: *Alcides Arguedas, José E. Rodó, Ramiro de Maetzu, pesimismo, darwinismo social.*

* Universidad de Colima, Colima, México. Correo electrónico: apitag@uclm.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1211-0365>

***Pueblo enfermo* by Alcides Arguedas or disappointment as a problem**

ABSTRACT

This paper deals with the possibilities of analyzing the production and reception of the book, *Pueblo enfermo*, in its different editions (1909, 1910 and 1937). Beyond the controversies unleashed by the Bolivian Alcides Arguedas for his book, we are interested here in the study of the context of creation/production and dissemination of a work. Also interested understand why Arguedas used as a prologue a letter from the Spanish Ramiro de Maetzu (1909 and 1910) and added in the warning of the third edition (1937) a part of the letter of the Uruguayan José E. Rodo. Two different visions of Latin America (one coming from regenerationism, the other from idealism).

This combination allows us to consider whether metaphor of social disease was combined with that of Latin America as a minor. For this, the diaries of Arguedas, and the letters between him and other Latin American and European intellectuals, and the letters between Rodo and Miguel de Unamuno, are used as primary sources.

Key words: *Alcides Arguedas, José E. Rodó, Ramiro de Maetzu, pessimism, social darwinism*

INTRODUCCIÓN

Las críticas al boliviano Alcides Arguedas y a sus obras, se desataron desde su juventud, lo acompañaron en su madurez y persistieron tras su muerte. Pese a ser cuestionado por el racismo, el elitismo y el pesimismo que imprimió en algunas de sus publicaciones y a ser tachado de un “fascista boliviano”,¹ actualmente es reconocido en América Latina como un representante de

¹ El libro compilado por Mariano Batpista Gamucio, incluye dos capítulos en los que desde el título se acusa a Arguedas de Fascista y en uno de ellos asume que en *Pueblo enfermo*, Arguedas propone como remedio a los males sociales de los indígenas “incapaces de guiarse a sí mismos” de una persona audaz. El crítico de Arguedas asume que esto implica que Arguedas “pida un Hitler”. Para él, el mecanismo psico social que asume Argueas a través del estereotipo de razas inferiores (cholo, indio y mestizo boliviano) implica que existe una raza superior, y esto es una demostración de un pensamiento similar al que Hitler utilizó contra los judíos. Domic, “Alcides Arguedas, precursor del fascismo boliviano”, p. 250. Como veremos más adelante, en la tercera edición Arguedas cita a Hitler.

la corriente indigenista de la narrativa hispanoamericana junto a otros escritores como José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes y Rómulo Gallegos.²

Esta afirmación se sustenta en su libro *Raza de bronce* (1919). En cambio, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos Hispano-Americanos*, cuyas tres ediciones en 1909, 1910 y 1937, han generado desde su publicación y hasta el presente numerosas polémicas dentro y fuera de la academia boliviana. A raíz de esto, Arguedas es considerado por algunos un “intelectual respetado”, mientras que otros lo tachan de “un enemigo de la patria”, debate que tiene un fuerte componente político. Ambas versiones contrastan con la buena recepción del libro en el extranjero desde su primera edición.³

Pasando por alto la crítica patriótica para entenderlo como un intelectual, encontramos dos observaciones importantes. A nivel nacional, Arguedas es considerado miembro del primer grupo de intelectuales de Bolivia que se reconocen como tal por intervenir en los debates públicos a partir de asumirse conscientemente como especialistas que dominan “símbolos culturales” y deben emitir mensajes cargados de “ética social”. Esta función era novedosa en ese país a inicios del siglo xx y se relaciona con otros elementos de modernidad de una nación que pasó de lo rural a lo urbano. Estos primeros intelectuales bolivianos residieron en París a principios del siglo xx y desde Europa postulaban una “pedagogía sociohistórica” para contrarrestar el influjo de los “caudillos carismáticos” de su país.⁴

A nivel regional, Arguedas es considerado un exponente importante de la mirada médica que denuncia las enfermedades latinoamericanas, la cual puede entenderse como parte de una tradición latinoamericana que enfatiza en los males nacionales. En este grupo de pesimistas sociales se encontraba también el mexicano Francisco Bulnes (*El Porvenir de las Naciones*, 1899), el venezolano César Zumeta (*Continente enfermo*, 1899), los argentinos Octavio Bunge (*Nuestra América*, 1903) y Manuel Ugarte (*Enfermedades sociales*, 1905). Carlos Marichal señala sobre esta generación, que sus preocupaciones por lo racial desde el punto de vista científico era producto de la confluencia de ideas neodarwinistas, de la sociobiología y la psicología. Que estas lecturas

² Fernández y Tamaro, “Biografía de Alcides Arguedas”.

³ Para el autor, la crítica del antipatriota Arguedas inició tras su muerte y prosiguió de distintas maneras a lo largo del siglo xx. En los últimos años, acusa al viceministro Félix Cárdenas (del movimiento socialista), de pretender retirar de los libros de texto la referencia a Arguedas por su racismo y en su lugar incluir el libro *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. Zárate, “La visión chueca sobre Alcides Arguedas, de intelectual respetado a enemigo de la patria”, pp. 148-149.

⁴ Mansilla, “El surgimiento de los intelectuales en Bolivia: Alcides Arguedas visto por Salvador Romero”, pp. 11 y 12, 14.

—no en su idioma original sino a partir de traducciones y de manera bastante ecléctica— fundamentaría su discurso pesimista durante un período donde se denuncia la degeneración racial como el problema más significativo de América Latina. Para el caso de Arguedas, menciona que el escritor boliviano se familiariza con autores españoles de la generación del 98 y con autores latinoamericanos contemporáneos, pero retoma en su ensayo planteamientos de autores ingleses y de antropólogos y sociólogos franceses. Por esto es que su argumento se fundamenta en la descripción geográfica como determinante del comportamiento de esos pueblos bolivianos. Un último punto es necesario señalar de la interpretación de Marichal: la tensión entre estos “pesimistas” y los idealistas arielistas, pese a que *Pueblo enfermo* fue recibida elogiosamente por José E. Rodó.⁵

Otros autores enfatizan más la cercanía con la generación española que, fruto del desastre español (la pérdida de sus colonias), planteaban la necesaria regeneración. Sin embargo, algunos no están de acuerdo en considerar que Arguedas aplicaba de manera literal las ideas de este grupo, argumento que propició Ramiro de Maeztu en la carta que sirvió de prólogo a las primeras dos ediciones de *Pueblo enfermo*. Para Gomes, la “inquietud médica” recoge una mirada fatalista de las masas populares de estas tierras, por lo que la retórica arguediana respondería, en primera instancia, a la corriente racialista (de la mirada médica) que tiene como antecedente el fatalismo de los males nacionales en la generación argentina de 1837.⁶

Estas observaciones sobre las cercanías interpretativas del autor y la obra llevan a preguntarse hasta qué punto la degeneración racial fue un punto de contacto con la generación de españoles, y si pese a las tensiones con el idealismo arielista existió algún punto de contacto. Puesto de otra forma, queremos entender por qué Arguedas utilizó como prólogo una carta del español Ramiro de Maeztu (1909 y 1910) y agregó en la advertencia de la tercera edición (1937) una parte de la carta del uruguayo José E. Rodó. Dos visiones distintas de América Latina, dos formas de recepción distintas. Por ello, el presente texto se pregunta por el contexto de creación/producción y de difusión de una obra. Aunque este no pretende ser un estudio biográfico

⁵ Señala en especial las lecturas de Walter Bagehot y Herbert Spencer, de Taine, Renaan y Fustel de Coulanges; de Gustave Le Bon y fundamentalmente de Edmond Demolins. Marichal, “El lado oscuro de la generación del 900 en América Latina”, pp. 35-40 y 44-47.

⁶ Uno de sus exponentes más importantes, Sarmiento, adoptó esta “tropología clínica” de los “males” desde el *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845) y tiempo después en *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883) se marca desde un “modelo raciológico” entendido esto como la capacidad de diseñar una sociedad estructurada por la diferencia e inmediatamente sustentada por la distribución desigual de poder”. Gomes, “El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la radiología”, pp. 17-18.

del autor, es necesario plasmar algunos aspectos de su vida para comprender no sólo cómo y por qué el escritor boliviano decidió enviar ejemplares de su obra a tal o cual, sino también las expectativas que tenía y sus reacciones ante las críticas. Esto significa pensar el fenómeno de la recepción no sólo de quién recibe sino también desde quién envía. Para reconstruir estos sentidos, se utilizan dos tipos de fuentes documentales, ambas de carácter personal: los diarios de Arguedas (publicados tiempo después) y las cartas entre éste y otros intelectuales latinoamericanos y europeos. La trama que se sigue transcurre en una amplia temporalidad, pero se concentra en dos grandes escenas. La primera abarca algunos antecedentes de la vida de Arguedas para entender la publicación en 1909 de la obra y la primera ola de difusión de ésta. La segunda, es mucho más amplia temporalmente, inicia cuando Arguedas regresa a Bolivia en 1909 y termina cuando se publica la nueva edición en 1937.

PRIMERA ESCENA

El que Arguedas fuera pesimista parece tener sentido si se observa el contexto familiar y nacional en el que creció. Nació el 15 de julio de 1879 en la ciudad capital de La Paz; hijo primogénito de Fructuoso Arguedas y Sabina Díaz, “distinguida familia terrateniente, supuestamente castiza”.⁷ Fue parte de esa generación decimonónica de liberales que nació en el interludio del fin de las guerras civiles que se suscitaron tras la independencia y aquellas que conformaron el último eslabón de los Estados Nación. Para Bolivia, el año de 1879 marca una coyuntura importante, al iniciar el conflicto armado que enfrentó a Bolivia y Perú con Chile (conocido como la Guerra del Pacífico), la cual terminó casi cuatro años después, en 1883. Su infancia transcurrió en la ciudad capital de La Paz, donde ingresó en 1892 al prestigioso Colegio Ayacucho (fundado por Antonio José de Sucre en 1826), que desde 1831 compartía espacio con la Universidad Mayor de San Andrés. Era un espacio republicano, de ciencias y artes. En él, se graduó de bachiller en 1898, involucrándose en la revolución liberal que se levantó el 8 de septiembre de ese año contra el presidente Arce. Tras este levantamiento inició una guerra civil conocida como Guerra Federal, la cual duró casi dos años enfrentando a liberales y conservadores de las ciudades de Sucre y La Paz, hasta el triunfo liberal, gracias al apoyo del líder indígena Pablo Zárate.

En medio de este conflicto, ingresó en 1899 a la Universidad para estudiar derecho, donde traba amistad con personas que transcurrirían años después por la política, la diplomacia y el periodismo.⁸ Mientras estudiaba derecho

⁷ Domic, “Alcides Arguedas, precursor del fascismo boliviano”, p. 252.

⁸ Bautista Saavedra Mallea (que llegó a ocupar la presidencia de 1921 a 1925), Daniel Sánchez

incursionó en la política y la literatura. Como corresponsal de la Guerra Federal brindó información sobre los avances del bando liberal. El mismo año de 1899 expuso en una velada literaria el texto “Era un sueño nada más”, que se publica en *El Comercio de Bolivia*. Su capacidad periodística se amplía en los años siguientes, al publicar textos en los que defendía la libertad de la prensa a realizar una crítica. En 1903 se gradúa y, a sus 24 años, publica en La Paz su primera novela, *Pisagua*, en la que se remonta al año de 1871 para, a través de la historia de un personaje ficticio, recorrer las dificultades de aquella gran guerra con Chile. Fue un libro inspirado en los relatos de la Guerra del Pacífico que le había relatado su padre.⁹

Arguedas viaja a Europa costado por su padre. Junto con su amigo Bautista Saavedra conoce Francia, Suiza y España, viviendo temporalmente en Sevilla y París. Entra en contacto con los regeneracionistas españoles Altamira, Gavinet, Maetzu y Costa, quienes le convencen para solidificar su visión del problema nacional mediante la exploración de las causas profundas de sus crisis (ya antes había descubierto a Émile Zola y a Gustave Le Bon e Hypólito Taine).¹⁰ Se instala en París, donde colabora en el *Diario de La Paz* con una columna que se titula “A vuelta de pluma”, mientras escribe su libro *Wuata Wuara*, el cual se publica el año siguiente por la prestigiosa editorial de Barcelona Luis Tasso.¹¹

Para cuando se publica este libro, en 1904, Arguedas está de regreso en Bolivia y es recibido con una “conspiración de silencio y la burla” de sus compañeros de generación, quienes critican duramente ambas obras. Este rechazo causó (según Otero), su “sentimiento de protesta, de rebeldía y de resentimiento” contra los intelectuales de su país.¹² Según el recuerdo de Arguedas (plasmado en sus diarios), las deficiencias de esa segunda obra se debían a que se encontraba enamorado de una hermosa sevillana y esto lo tenía absorto en otros menesteres amorosos.¹³

En 1905, publicó otro libro, *Vida Criolla. La Novela de la ciudad* (por la librería paceña E. Cordova), la cual tampoco parece haber tenido repercusión.

Bustamante (ministro de Instrucción Pública y de Asuntos Exteriores entre 1909 y 1931) y José Palma y V (quien fue rector de la Universidad Mayor de San Andrés entre 1917 y 1920, hoy Universidad de La Paz).

⁹ Otero, “Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas”, p. 91.

¹⁰ Paz Soldán, “Prólogo”, xvii.

¹¹ Esta editorial había publicado en 1899 el libro *La revolución liberal de Bolivia y sus héroes*, del boliviano Moisés Ascarrunz Peláez, por lo que es posible el contacto de Arguedas con la editorial, Ascarrunz o al menos, que la publicación de su libro haya abierto el camino para que existiera el interés por publicar obras sobre Bolivia.

¹² Otero, “Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas”, p. 93.

¹³ Roca, “Bolivia en Arguedas y Tamayo”, pp. 3-5

Durante su estadía fundó junto a otros jóvenes liberales paceños el grupo literario “Palabras libres”, dedicado a denunciar los problemas políticos y sociales del país a través de la publicación de textos diversos (poemas, ensayos, entre otros), que fueron publicados tres veces a la semana en el periódico *El Diario*. En él, Arguedas jugó un papel relevante al otorgar una mirada realista y crítica que impactó para que el resto de los miembros tomaran distancia de la visión romántica. La iniciativa duró sólo diez meses (de mayo de 1905 a marzo de 1906) pero publicó más de 250 artículos. Concluyó porque una buena parte de sus integrantes se dispersó ante la presión del gobierno. Desterrado del país, Arguedas regresó a París en 1906, publicando antes de partir su “Manifiesto de despedida” (octubre 1905).¹⁴

En su segunda etapa parisina publicó artículos periodísticos y fundamentalmente se dedicó a escribir un nuevo libro. Según Arguedas, los tres libros anteriores no habían logrado “sacudir la modorra de nuestro ambiente”, por lo que se propuso dejar la “fábula” para escribir “observaciones directas, lleno de datos recogidos de diversas fuentes y que, bajo una idea central, estudiase nuestros problemas poniendo a las claras las deficiencias de nuestro medio y educación”.¹⁵ Esta nueva mirada, de diagnóstico social (posicionado más en el lugar del intelectual que del novelista), culminó en la obra *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos*, publicada en 1909 por la misma casa editorial de Barcelona, ahora llamada viuda de Luis Tasso.¹⁶

En enero de 1909 recibió las pruebas de imprenta de los últimos dos capítulos y la carta que serviría de prólogo del español Ramiro de Maetzu, a quien le había solicitado que lo escribiera. Estaba contento con esos capítulos: “podría ser la frase incorrecta, pero es precisa, clara, sin redundancias ni frondosidades tan comunes en nuestra literatura tropical”. Estaba contento

¹⁴ El grupo estaba conformado por Alcides Arguedas, Armando Chirveches, José Luis Tejada Sorzano, Abel Alarcón, Fabián Vaca Chávez, Benigno Lara, Roberto Zapata, Walter Méndez, Roberto Zapata y Rosendo Echazú. León, “Palabras libres: crítica, arte y literatura”.

¹⁵ Medinacelli, “La inactualidad de Alcides Arguedas”, p. 50.

¹⁶ La empresa familiar comenzó cuando Luis Tasso se instaló en Barcelona (1835) y fundó un negocio editorial en el que fundía la labor del impresor con la del editor. Su hijo tomó las riendas de la empresa en 1877 brindándole adelantos técnicos que la impulsaron a otra escala, contando con sus propios talleres. Por su muerte, se hizo cargo de la misma su viuda, Elena Matamala, en 1906, siendo gestionada por su yerno Alfonso Vilardell. En 1936 cuando la empresa es colectivizada por trabajadores del Sindicato de Artes Gráficas de la CNT (Sindicato único del papel y artes gráficas de Barcelona). Al terminar la guerra civil española, Vilardell vuelve a España para vender el edificio y las máquinas. Martínez, *Historia de la edición en España, 1836-1936*, pp. 41-42 y March, “La imprenta Luis Tasso en el corazón del barrio chino”.

también con la letra y el papel que utilizaría la imprenta, aunque se mostraba preocupado porque sabía que el libro levantaría “polvo en el país”.¹⁷

La edición se demoró, por lo que el autor se molestó porque le resultaba “inaudita e intolerable” la lentitud de la casa Tasso. El manuscrito había sido entregado en abril de 1908 (casi un año antes) y la condición que habían pactado con la editorial era que el libro apareciera en agosto de ese año, pero “entre la pereza de Maetzu y la del impresor, he aquí corridos a once meses y el bendito libro sin aparecer”. Se queja de no haber elegido otra casa editorial como la Ollendorff, donde otros escritores latinoamericanos han publicado más rápido, o haber pagado a la casa Garnier. Esperaba que la editorial Tasso cumpliera su palabra y enviara en abril los primeros ejemplares impresos.¹⁸

La promesa se cumplió y en marzo de ese año recibió los primeros treinta ejemplares. Su actitud era expectante a la reacción que tendría. Era consciente de que sería una gran obra y que causaría mucho revuelo:

Sé que este libro no ha de desquiciar al mundo ni es la cabada (sic) expresión del ingenio humano. Es un libro cualquiera, más malo que bueno en estos centros de gran cultura; pero más bueno que malo en Bolivia donde nadie trabaja.

Y sin embargo ha de ser precisamente en Bolivia que me ataquen e insulten. Todos han de sentirse con derecho a arrojarme su piedra sin detenerse a reflexionar que hay desinterés en quien, por ser leal, con sus propios pensamientos, echó —como dice Maetzu— a la otra orilla del río la bolsa que contiene toda su fortuna. Es allí que proclamarán la inutilidad de mi obra, su intención corrosiva; mas en voz baja que se me ha de dar la razón. Y es que somos desleales, hipócritas y envidiosos.¹⁹

A manera de prólogo, como ya comentamos, se utilizó una carta del español Ramiro de Maetzu. En él, el escritor español destacó la relación existente entre esa generación española y la obra del boliviano, al señalar los “males” existentes y las posibles soluciones. Esta acción de ver desde afuera las pérdidas los une. La diferencia es que ellos constituyen un grupo (de 15 o 20 intelectuales) y cada uno abordó un aspecto del problema, mientras él sólo tuvo el valor de afrontarlos juntos, sistematizando “asuntos tan complejos y diversos, que mi simpatía la había ya ganado el gesto mismo de encarar el problema”. Al hacerlo, “quemó las naves, como Cortés”, por lo que recibiría numerosas críticas y sería rechazado en su país. Esta posición empero, lo colocaba en el lugar del verdadero intelectual hispanoamericano, del “pensador hegeliano”, que tiene una posición objetiva. Se distancia de los que tienen una posición mística adoptada por poetas naturalistas, de la postura moralista “que

¹⁷ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 4. Carta, París, enero 23 de 1909.

¹⁸ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 8. Carta, París marzo 13 de 1909.

¹⁹ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 8-9. Carta, París, marzo 17 de 1909.

compara el ideal con las realidades” y por supuesto de los que no tienen moral “que cierran los ojos a las realidades para abrirlos a la mitología wagneriana y a los refinamientos de Versalles”. Acusa también a quienes tienen una posición intelectualista, como Anatole France, al perdonar. El observar y comprender debe servir para cuestionar a la patria para reformarla, para equilibrarla poniendo orden al hacer diagnósticos certeros. Para el español, el ver y comprender es un deber patriótico y moral; es un sentimiento que no impide reformar, buscar el equilibrio a través de la crítica. Implícitamente lo interpela al afirmar: “No somos el Hombre-Providencia, ni creemos tampoco en el Cirujano de Hierro y Hacedor de Pueblos. Sabemos demasiado para creer en la arbitrariedad de ese Yo Creador.”²⁰

No por casualidad, la obra tuvo buena acogida en España. Vicente Gay, director de la prestigiosa revista *España Moderna* y profesor de la Universidad de Salamanca, dijo del libro, que se trataba de un estudio cuidadoso de su país, donde se observaba la influencia de las ideas regeneracionistas de Joaquín Costa, así como el procedimiento analítico de Macías Picavea. De modo que la obra es digna de una atenta lectura pues el escritor boliviano está “nutrido con savia de pura cepa española”.²¹ Efectivamente el contenido del libro abarcaba 267 páginas divididas en XI capítulos en los que se repiten las palabras de decadencia (colectiva, física), las de enfermedades (asociadas a la nación) y el problema étnico. De ellos, el último capítulo, el onceavo, titulado la terapéutica nacional resume los males y expone los remedios a esta “fatalidad étnica”. Para salvarla, echa mano al principio de regeneración social que tiene en la educación (y por ende en los intelectuales y no en los políticos tan despreciados), un medio para cambiar la psicología de los pueblos.

Pese a estos puntos de contacto, Arguedas se encargó de presentar su obra por su carácter de diagnóstico social (no novelesco) de su país y de la región. En 1909, desde París escribe a Pedro Dorado, profesor en la Universidad de Salamanca para enviarle copia de su libro, el cual espera llame su atención para conocer la situación “en que se desarrolla mi país, que es, más o menos, como los demás de América de habla castellana, salvo excepciones”.²² El español respondió en dos misivas. En la primera sólo acusaba de recibido del ejemplar enviado mientras que en la segunda le confiesa que lo leyó con gran interés al encontrar en él un estudio de ese estado “constituyente”, de una “incipiente civilización” en el que se encuentran las ex colonias de España en la América

²⁰ Ramiro de Maetzu, prólogo, en Arguedas, *Pueblo enfermo*, 1909, pp. 7-15.

²¹ Medinacelli, “La inactualidad de Alcides Arguedas”, pp. 47-48.

²² Carta de Alcides Arguedas a Pedro Dorado Montero, marzo de 1909. Arguedas, Alcides, 1879-1946. Gestión del Repositorio Documental de la Universidad de Salamanca, Spain. CC BY-NC-ND. https://www.europeana.eu/item/2022712/lod_oai_gredos_usal_es_10366_76709_ent0

del Sur, crítica que aqueja también a España, al menos en algunas cosas. Por ello lo considera una obra útil.²³

Al tiempo que se difundía la obra, Arguedas recibió la amnistía decretada por el presidente de Bolivia, pero temía el regreso por la reacción negativa que esperaba tuviera su libro en aquel país. Para despedirse, Maetzu le escribe una cariñosa carta en la que le desea que tenga un buen regreso a su país, recordándole que el libro *Pueblo enfermo*, era bueno y estaba destinado “si mucho no me engaño, a marcar huella en la historia de su país”.²⁴

La despedida de París se demoró, por lo que Arguedas aprovechó el tiempo para ordenar papeles mientras recibía saluciones y buenas críticas de su libro. Recibió la carta de Miguel de Unamuno, quien le confiesa que apartó su libro del montón que tiene por leer porque sentía curiosidad por leer sobre Bolivia, país del cual sólo ha leído a través de peruanos, chilenos o argentinos, pero no por bolivianos. Espera que la lectura sea interesante como para publicar una reseña en La Nación de Buenos Aires. Tras despedirse, Unamuno agrega una nota que surge de impresiones que le surgen tras leer las primeras páginas del libro: la descripción de la puna boliviana (en las páginas 18 y 19), le recuerdan a Castilla. Lo felicita por estas primeras páginas leídas. Recibió otra carta de Unamuno, felicitándolo y confirmando que el comentario que haría de su libro servirá para varios artículos. Pese a esto, le aclara que no está de acuerdo con su afirmación de que el alcoholismo en las razas indígenas era causado por su inadaptabilidad a la civilización. En España también hay alcohólicos, por lo que lo relaciona más con una degeneración individual que con la incivilización colectiva. Le señala también un equívoco grave (en la página 61 de su libro), al describir erróneamente la relación entre presión atmosférica y altura.

En esos días, Arguedas también recibió una postal con dos líneas del poeta mexicano Amado Nervo, felicitándolo por el libro. Pese a esto, se lamentaba de no tener noticia de los otros escritores (la mayoría españoles), a los que había enviado también un ejemplar: los españoles Eduardo Gómez Baquero (conocido por su seudónimo como crítico de Andrenio), Gregorio Martínez Sierra (escritor y dramaturgo), José Martínez Ruiz (escritor conocido por su seudónimo Azorin), Francisco Ganmontagne (periodista y escritor), Francisco López Acebal (editor y periodista conocido como Francisco Acebal), Luis Morote y Greuss (escritor, periodista y político), Pedro Dorado Montero (abogado y catedrático), Federico Rahola Tremols (economista, jurista, escritor y político), Rafael Altamira (historiador), Pablo de Azcarate (político, jurista, diplomático e historiador), Marcos Rafael Blanco Belmonte (poeta, traductor y periodista), González Blanco (novelista, poeta y crítico literario), José María

²³ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 33-34. Carta, París, 22 de mayo de 1909.

²⁴ Arguedas, *Diario íntimo*, p.10. Carta, París, 22 de marzo de 1909.

Hinojosa (poeta), José María Llanas Aguilaniedo (militar, escritor, periodista y crítico literario); Buylla (posiblemente Vicente Álvarez Buylla Lozana o Vital Aza Álvarez Buylla). A estos se sumaban dos latinoamericanos relacionados con España: Antonio Corton (crítico, escritor y periodista puertorriqueño, diputado a Cortes durante la Restauración) y Enrique Deschamps (periodista, escritor y diplomático dominicano).²⁵

En los días que siguieron, algunos de los que no habían respondido al envío del libro comenzaron a hacerlo. Carlos Rahola lo define como “un libro heroico”, al actuar a través de la escritura por su país, aunque posiblemente sea reconocido por las nuevas generaciones y no por las actuales.²⁶ Rafael Altamira, se extiende en su carta para agradecer el libro, porque le permite conocer más de su país y compartir “la común aspiración a penetrar la psicología de las actividades”. Coincide con el autor en que es la educación la base de los remedios para reorganizar una sociedad. Lo invita a aunar fuerzas para trabajar por la “intimidad de espíritu” a través de una comunicación intelectual intensa entre americanos y españoles. Esta tesis había sido definida en su libro *América en España* (próximo a publicarse) y sería el objeto de un próximo viaje por América Latina. Lo que más llamó la atención de Arguedas es la “gran modestia del sabio”, quien en lugar de juzgar dice “coincidimos”. Las cartas son tan halagüeñas, que Arguedas piensa en publicarlas, porque la modestia le parece, hasta cierto punto, un artilugio de simulación del intelectual. La realidad, empero, le señala que debe ser cauteloso al recibir una carta del cónsul boliviano en España quien le aconseja retrasar el regreso porque teme la reacción de sus paisanos, a lo que Arguedas reflexiona “sería estúpido, tonto, ridículo. Ni siquiera podían acusarme de que los calumnio, porque allí están los hechos para darme razón”.²⁷

El único halago que recibe de un compatriota es de J. Avelino Aramayo, quien recibió el ejemplar enviado y lo leyó con avidez. Aramayo lo felicitaba por exponer los “defectos y nulidades”, y esperaba que el libro sea leído por hombres que inicien una “reacción favorable”, para lo que le comenta escribirá a la editorial para que le remita 100 ejemplares a fin de enviárselos a sus amistades. Arguedas se complace de que su acaudalado amigo tome esta acción.²⁸ En cambio, otro acaudalado amigo, Manuel Crespo, le confiesa en un encuentro en París que, aunque sea verdad lo que dice hubiera preferido que

²⁵ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 10-11. Carta, París, 26 de marzo de 1909.

²⁶ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 11-12. Carta, París, 29 de marzo de 1909.

²⁷ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 12-13. Carta, París, 30 de marzo de 1909.

²⁸ Arguedas y Aramayo se conocieron en persona pocos días después (10 de abril) en la casa de Arguedas en París. En el encuentro Aramayo le advierte que cuando vaya a Bolivia le “ladrarán”, porque son envidiosos. Arguedas, *Diario íntimo*, p. 15. Carta, París, 6 de abril de 1909 y Carta, París, 10 de abril de 1909, pp. 20-21.

no lo publicara en un libro, porque así causará más daño al identificar a Bolivia como un “país de salvajes”, “la patria es una madre y no hay que sacar a relucir los defectos de una madre”. Tras oírlo, Arguedas se puso a temblar de miedo porque si todos pensaban como él debería expatriarse, toda vez que no lo dejarían vivir en Bolivia. Confiesa, “sí, tengo miedo”, pero ese día recibe una carta del español Vicente Blanco Ibañez quien lo felicita por su obra. Al mismo tiempo, comienzan a aparecer en Bolivia los anuncios de la obra, en buena medida porque el padre de Arguedas se lo propuso para difundirlo al enviarle una parte del prólogo de Maetzu a *El Diario*, a fin de que éstos anunciaran que saldría el libro. Para Alcides empero, el corto anuncio lo calificaba de laborioso (en lugar de inteligente), con lo que creía que la crítica había ya comenzado sólo por conocer el título, aún sin leer el libro.²⁹

Mientras tanto, para aligerar sus maletas se dedicó a romper papeles. Entre ellos encontró una lista de títulos posibles que hacía un año había pensado para bautizar el libro: Tierras baldías, Savia mestiza, Tierras vírgenes, Savia enferma, Cosas del yermo, Ab ovo, Tierra de cóndores y de siervos, Raza caída, Raza vencida y Pueblo enfermo. Confiesa que estuvo días y aún meses ocupado en la cuestión, por temor a que como aconsejaba Schopenhauer eligiera un mal título y como una dirección equivocada en una carta, se extraviara. Decidió que el contenido de la obra respondía mejor al último. Junto a ese recuerdo anotó en su diario con beneplácito, que había recibido carta de Emilio Bobadilla, el crítico agresivo al que había admirado en otros tiempos, quien prometió leer *Pueblo enfermo*.³⁰

Pese a los halagos, Arguedas confesó a su amigo argentino Manuel Ugarte su temor al regreso, lo cual demoró hasta mediados de año, en espera de que para ese entonces se aplacara el escándalo y la irritación que seguro provocaba el texto:

Ya Ud. sabe que por allí somos en extremo quisquillosos. Una nada nos remonta a las nubes; y como mi pueblo está muy metido en el fondo de nuestras breñas andinas, no sabe discutir y ni aun creo que razonar. Las mejores razones no valen allí lo que una tanda de golpes inmoderadamente propinada. Y pues sería humillante verme con las espaldas sobadas”.

²⁹ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 29-30. Carta, París 6 de mayo de 1909. Y pp. 31-32. Carta, París, 18 de mayo de 1909. En un almuerzo pocos días después en París con su amigo Crespo y otros bolivianos, Arguedas es recriminado por Matildita Gutiérrez, la cual le confiesa su enojo por la manera en que su libro representa a sus paisanas, quienes no lo perdonarán. Arguedas responde que sabe que no lo perdonarán y que deberá de vivir aislado como consecuencia. Sin embargo, en el mismo almuerzo, se le acerca otro compatriota para confesarle que el libro le parecía soberbio y que era verdad lo que decía. Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 34-35. Carta, París, 22 de mayo de 1909.

³⁰ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 14-15. Carta, París 5 de abril de 1909.

Por esto termina su carta afirmándole que él (Ugarte), debería sentirse feliz porque “está libre de no tener que ejercitarse en puñetazos para lanzar sus ideas. Nada es vencer la hostilidad de un medio: lo grave es tener que luchar con gentes ignorantes, vanidosas y patrioterías”.³¹

Arguedas continuó recibiendo comentarios. El escritor francés Max Nordeu respondió escuetamente, definiendo la obra como valiente y temeraria, profundo en su patriotismo, pero Arguedas duda que lo hubiera leído.³² Estaba ansioso por ver la recepción que tenía. Compró dos meses seguidos la revista española *Nuevo Mundo* en busca de alguna nota, la cual finalmente apareció de un colaborador regular, Emilio del Villar, quien lo declaró hijo preclaro de Bolivia y definió como indispensable la lectura de la obra.³³ Para Arguedas, el más significativo de los elogios fue el del argentino Carlos O. Bunge, quien había publicado en 1903 *Nuestra América*, libro del cual el propio Arguedas confiesa que le debe mucho porque es uno de los mejores sobre psicología hispanoamericana. La carta es interesante por varios motivos: halaga al autor tanto como estudioso como patriota (con lo que remarca el perfil de intelectual que busca él mismo representar); halaga la obra, defendiendo que su interpretación desde la psicología social y la sociología diagnóstica los males y busca sus remedios, defendiendo también la necesidad de adaptar un método europeo a la realidad latinoamericana. El que un miembro de esta generación pesimista enfatice estos argumentos, es importante para comprender cómo estos libros retroalimentaron mutuamente una posición que los diferenciaba dentro del campo intelectual latinoamericano. Por ello, vale la pena la lectura completa:

Con apasionado interés he leído su hermoso libro *Pueblo enfermo*. Ha llegado en momentos en que, por ciertas circunstancias, estudiaba yo sociológicamente a Bolivia. Sus hondas observaciones, sus copiosos datos, sus vividas páginas han aportado gran luz a mis estudios.

Ante todo, después de agradecerle su obsequio valioso, he de felicitar a Ud. por la entereza de su alma. Se atreve Ud. a decir verdad, y la dice alta, categórica y valientemente. Desafía Ud. a la fiera en su antro. Acto temerario es el suyo. Prueba su temple guerrero y una intención pura. Con patriotas de su fibra sí se

³¹ Archivo MU, carta de Alcides Arguedas a Manuel Ugarte, 18 de abril de 1909.

³² Arguedas, *Diario íntimo*, p.29. Carta, París, 5 de mayo de 1909. La desconfianza de que Max Nordeu hubiera leído su libro proviene de que en 1907 narró en su diario su desilusión cuando paseando por los muelles del río Sena de París, encontró un lote de libros de escritores españoles y latinoamericanos que fueron enviados (con dedicatoria) a este escritor francés. Cuenta cómo los libros ni siquiera fueron hojeados, porque todos estaban sin “recortar”. Le da pena como los escritores de la talla de Rodó dedicaron sus libros. Arguedas, “Diario de Alcides Arguedas”, p. 84. Carta, París, abril 4 de 1907.

³³ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 35. Carta, París, 25 de mayo de 1909.

puede “hacer patria”, como decimos nosotros por acá en expresión muy gráfica.

Trata Ud. sin falsas retóricas ni pueriles sensiblerías, el problema básico de la organización en su primer fundamento: la psicología colectiva. Y estudia la psicología colectiva según sus factores étnicos, geográficos e históricos y en sus manifestaciones de sociabilidad y de cultura. Sigue Ud. un excelente método que no puedo menos de aprobar y aplaudir. Así, la psicología social y la sociología son verdaderas ciencias.

Me admira el cúmulo de datos que ha reunido Ud., no menos que su perspicacia para interpretarlos. No hallo en su libro una sola generalización que no tenga base y fundamentos suficientes. ¡Es esto por desgracia tan raro aún en nuestros escritores hispanoamericanos...!

Su estudio sobre el problema étnico es completo y sus conclusiones me parecen acertadas. Estudia Ud. el tema con métodos europeos y con un criterio verdaderamente nacional. Ese me parece que debe ser el sistema de los sociólogos hispanoamericanos: utilizar la experiencia científica universal en beneficio propio nacional.

Admirables sus páginas sobre la historia de Bolivia. Bien hace Ud., mil veces bien, en decir las cosas como han sido y son. ¿Para qué engañarnos con mentiras y ficciones? Las primeras víctimas del engaño seríamos nosotros mismos, pues que, desconociendo nuestros males, no les aplicamos el indicado remedio.

También apruebo el tratamiento que aconseja Ud. para la enfermedad de su patria. Su terapéutica es excelente. ¡Ojalá se le entienda y aplique!

Veo que está Ud. en vísperas de regresar a esa patria que tan varonilmente ama, cooperando a su progreso. Mis deseos son que la halle en prospero estado. A pesar de todo, estos países de América adelantan; aumentan de población, multiplican sus recursos, mejoran su cultura. No sé por qué -tal vez por mi vehemente deseo y mi sincera simpatía-, se me ocurre que no han de caer sus consejos en olvido, y, como decimos vulgarmente, en “saco roto”. Éste es al menos el anhelo de su amo. C. O. Bunge.³⁴

Tras recibir esta carta, Arguedas recibe de su padre los fondos para pagar el viaje de regreso a su país y dos recortes de periódicos en que se anuncia la publicación del libro. La primera nota es corta pero amable, y la segunda es un artículo elogioso escrito por Bautista Saavedra (a quien respeta). Tras leer la nota se siente contento “porque me basta ser loado por Saavedra para no hacer caso de las piedras que me arrojen los politiquillos menudos que se han de sentir molestos, heridos por mis ataques”.³⁵

Finalmente se despidió de París, con tristeza porque a esa ciudad deba no sólo el estilo de vida que llevaba con el círculo de latinoamericanos, sino

³⁴ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 35-36. Carta, París, 28 de mayo de 1909.

³⁵ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 37. Carta, París, 29 de mayo de 1909.

también a una pequeña hija, a lo que suma su preocupación por el recibimiento que tendría en su país. Pese a esto, se embarca rumbo Bolivia a inicios de julio. En el barco Orcoma, escribe a Ugarte para comentarle de su fastidio y mal humor, que sólo lo consuela el leer el tercer artículo que publicó el “bondadoso y bien amable” Miguel de Unamuno sobre su libro. “Hay en él frases que me halagan no como escritor sino como hombre”. Desesperado por cómo estaba tratando su país los conflictos con los países limítrofes, Arguedas esperaba poner distancia al llegar, residiendo en el campo. Pero le aclaraba que, si la guerra se desataba entre Bolivia y Perú, entonces “echaré al diablo a todos y me iré donde pueda porque sé que iríamos al matadero y yo no soy carne de cañón; yo no pago las estupideces de nuestros politiquillos con vista de topo”.³⁶

En el barco, conoció a un español que le habló del último artículo publicado por Unamuno en el periódico argentino *La Nación*. En él, a razón de *Pueblo enfermo*, habla de la envidia. Los tres artículos del español lo llenaban de emoción y alegría, los considera una recompensa por su labor y lo convencen de que “la labor seria y honrada tiene muchas posibilidades de alcanzar recompensa algún día”. Necesitaba ese aplauso en particular porque es de una persona a la que considera “inteligente, sincero y con gran nombre”. Lo que más le gustó de ese tercer artículo es que el español se detuviera en partes del libro que le emocionan, aquellas en que “he sentido y sufrido con más fuerza. Ha sabido penetrar, a través de las páginas, en la conciencia del autor; ha sabido comprender. Y esta es cualidad de almas sensibles y superiores”. Las palabras de Unamuno —que transcribe por partes en su diario íntimo—, lo llevan a reafirmar que las personas sensibles e inteligentes pueden ser tenidos por locos en su sociedad. Demostrando que ese intelectual se siente herido por la incomprensión y por la envidia que causa el ser valiente y poder expresar las verdades.³⁷

³⁶ FMU, carta de Alcides Arguedas a Manuel Ugarte, 4 de agosto de 1909. A Ugarte lo conoció en París y como narra en su diario, le abrió las puertas de su casa el 5 de enero de 1909 para conocer a otros escritores latinoamericanos que residían en esa ciudad, entre ellos Hugo Barbagaleta, con quien mantendría una amistad durante los siguientes años. Sobre su primer encuentro, narra cómo el argentino se mostraba intrigado por conocer más sobre los escritores bolivianos. Al preguntar a Arguedas sobre su país éste confiesa que conoce poco y nada, por lo que afirma “los suramericanos somos curiosos. En vez de viajar por nuestros países nos venimos a Europa”, afirmación tras la cual los demás escritores responden que tampoco conocen del suyo. El encuentro termina con un intercambio de libros y la solicitud de Ugarte de que lo visite pronto para llevarle tres o cuatro nombres de escritores bolivianos para la Antología que estaba escribiendo. Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 0-3. Carta, París, 1 de enero de 1909.

³⁷ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 60-61. Carta, alta mar, 30 de julio de 1909.

SEGUNDA ESCENA

Es difícil sintetizar los acontecimientos de vida de Arguedas en el amplio margen de tiempo que transcurre entre su regreso a Bolivia en 1909 y la publicación de la tercera edición de *Pueblo enfermo* en 1937. Por ello sólo mencionaremos algunos hitos que permiten contextualizar sus idas y vueltas como diplomático, escritor y su breve incursión en política.

Al llegar a La Paz, el 20 de agosto de 1909 lo esperaba su padre, hermanos y algunos amigos. Se siente sin energías y se retira a una casa de campo, pero pronto encuentra a una mujer que conoció de niña, Laura, con la que se casa poco después. El enamoramiento le permite retirarse al campo a observar y reflexionar. Su amigo Saavedra lo visita para ofrecerle ser diputado, lo cual rechaza, pero le pide que lo nombren en alguna secretaría de Europa (de preferencia París), petición que se cumple a los pocos días.³⁸ Mientras aún estaba en La Paz, recibió de parte de la editorial Tasso una carta solicitando la autorización de una segunda edición de *Pueblo enfermo*, la cual correría por cuenta de la editorial (suponemos que porque se agotó la edición anterior, pero no hay información al respecto). No había cambios en la forma ni su contenido, por lo que autoriza. Al respecto, afirmó con orgullo “quiero llenar el país con ese libro: quiero que todos lo lean y sepan definitivamente que no fincan mis aspiraciones en una diputación o en un ministerio. Ese libro, me aparta de estas funciones”.³⁹

Efectivamente para mayo de 1910 Arguedas y su esposa se encontraban ya en el barco que los llevaría a París. El largo viaje incluía una parada por Montevideo, la cual aprovechó para visitar a Rodó en su casa y buscar en las librerías el libro de José E. Rodó, *Motivos de Proteo* (publicado también en 1909). El libro no lo consiguió por estar agotado, pero Rodó, que sólo guardaba dos ejemplares le dedicó uno. El recibimiento de Rodó sorprendió a Arguedas:

Apareció el hombre en el hueco oscuro de la puerta, con la cabeza inclinada sobre la cartulina que tenía en las manos. -El señor Arguedas?

—Sí, señor, a sus órdenes...

Me miró detenidamente y un gesto de estupor se pintó en su rostro. Se detuvo algunos momentos mirándome y luego me preguntó:

—Es Ud. el autor de “Pueblo enfermo”?

—Sí, señor...

Entonces abrió los brazos y me atrajo a ellos.

³⁸ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 79. Carta, La Paz, 15 de diciembre de 1909.

³⁹ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 83-84, Carta, La Paz, 15 de enero de 1910.

—Permítame que lo abrace.

Su libro es un libro de madurez y usted es muy joven todavía...

No cesaba de mirarme con curiosidad e interés. Al fin me dijo:

- ¡Ah, el señor Arguedas! Pues tengo gusto de conocerlo. Siéntese aquí”.

El relato señala un encuentro amigable, en el que Arguedas tuvo tiempo para observar al sabio, mientras que Rodó le comentaba que había comprendido muchas cosas de su país a través de su libro y que lo había recomendado a varios para que lo compraran porque lo consideraba un libro valioso, que enseña. Le preguntó si estaba escribiendo algo más y le comentó que él ya no escribía para *La Nación*, pues el periodismo es para que los jóvenes escritores se formen. La charla continuó hablando de los métodos de trabajo del escritor. Rodó le aseguró que escribe una o dos páginas al día, las guarda, al tiempo lo lee y si le gustan las guarda, si no las rompe. Le aconseja hacer lo mismo y no apresurarse porque no es bueno publicar todo lo que se escribe. El encuentro terminó con la entrega de Rodó de uno de los dos únicos ejemplares que había guardado de su libro *Proteo*, al que tuvo que arrancar la primera hoja de dedicatoria que había escrito para otro, pero estaba seguro de que, en sus manos, tendrían mejor futuro. Esa fue la única vez que se vieron.⁴⁰

Antes de este encuentro habían intercambiado cartas. Además, Rodó había pedido a un amigo en común, el uruguayo Hugo Barbagaleta, a quien Arguedas conoció en casa de Manuel Ugarte en París. Como amigo y compatriota, Barbagaleta estaba en contacto con Rodó, intercambiaban noticias e información útil del medio literario, de las casas editoriales (le ayudaba con la editorial Ollendorff de esa ciudad), de los estudios que estaba realizando Barbagaleta en aquella ciudad y de sus escritos. Entre estas idas y vueltas, Rodó le pregunta si conoce a un estudiante boliviano Arguedas, el autor de *Pueblo enfermo*. Quería saber si le había llegado una carta suya en la que le comentaba algunas ideas sobre su “excelente obra”. Asegura estar muy interesado en la labor del boliviano “por lo reflexiva y bien orientada. Espíritus así necesitamos en la juventud americana, hartos fecunda en poetillas decadentes y en vanos imitadores de imitadores”. Un mes después, escribe nuevamente a su compatriota porque no había tenido respuesta de Arguedas, por lo que le comenta que aquella carta, así como el ejemplar del libro *Proteo*, lo envió a una dirección en París (posiblemente para que revisara si era la correcta).⁴¹ La carta, que veremos un poco más adelante, fue utilizada en el prólogo a la tercera edición de *Pueblo enfermo*.

⁴⁰ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 95-97. Carta, Montevideo, 23 de mayo de 1910.

⁴¹ Rodó, *Epistolario*, pp. 87 y 88. Carta, Montevideo 3 de diciembre de 1909 y Montevideo 29 de enero de 1910.

Al llegar a Europa se dirige a la ciudad de Bruselas, donde su amigo Saavedra (ministro de instrucción) lo había enviado como delegado en el Congreso Internacional de Educación Popular que se reuniría el 30 de agosto.⁴² Ya instalado en París participa del banquete fúnebre celebrando el aniversario de la muerte de Zola, se reúne con el argentino Manuel Ugarte quien le presenta al peruano Francisco García Calderón. Hablaron de sus proyectos: Ugarte había enviado a imprenta su libro de “sociología americana” (*El porvenir de la América Latina*) porque estaba convencido que era necesario prevenir a estos países del “peligro yankee”, el cual considera es inminente y no lo han querido ver (los latinoamericanos) porque se preocupan por “pequeños intereses”. “¡Y así no se hace patria, mi querido amigo!”. Arguedas, que al parecer ya conocía la obra, la define como un estudio valiente y crítico. El boliviano les confiesa que estaba trabajando en una novela, *Vida Criolla*. Esto genera inquietudes a García Calderón porque le dicen que lo creía más sociólogo que literato, a lo que Ugarte responde que se puede hacer sociología a través de una novela (recordando que Zola era un sociólogo). De hecho, tiene muchas ventajas para América, donde los escritores se reducen a reflejar “otros medios y no el suyo propio”.⁴³

A inicios de 1911 Arguedas recibe carta de la editorial barcelonesa Tasso, quien le envía los primeros ejemplares de la segunda edición de *Pueblo enfermo* (el cual está fechado en 1910). Ésta consistía en 3100 ejemplares (a cargo de la editorial), quien le pagaría 500 francos cuando se agotara, lo cual ve poco probable “Ya puedo esperar esperando con calma”. Avanza con *Vida criolla*, aunque aún no sabe con quién se publicará.⁴⁴

Al parecer la segunda edición corrió con la misma suerte que la primera, a saber, con grandes comentarios en la prensa internacional y con desprecio por parte de la de su país. Arguedas se lamenta del maltrato que recibe, de la hipocresía de muchos que, en voz baja, casi en secreto reconocen que lo dicho es verdad, pero fomentan que o no se diga nada de su obra o si se hace, se la denigre. Para demostrar este malestar copia en su diario fragmentos de un artículo titulado “Creación de la Pedagogía Nacional” publicado en *El Comercio de Bolivia* (18 de febrero de 1911), de autor anónimo que se escribe como respuesta a otro aparecido con el mismo título en *El Diario* (en el que se lo trataba con “alguna consideración”, escrito por Franz Tamayo). La crítica del primero es feroz porque, aunque indirectamente acepte que existen vicios en la población del país, lo acusa de exagerar los males, de reducir a Bolivia en una especie de podredumbre nauseabunda que “difama a la raza” al no rescatar lo bueno que sí se tiene. Ataca también el método. Las supuestas verdades sociológicas son para el crítico sólo “divagaciones de gabinete”, sin

⁴² Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 97-98. Carta, Bruselas 26 de agosto de 1910.

⁴³ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 101-103. Cartas, París, 2 y 26 de octubre de 1910.

⁴⁴ Arguedas, *Diario íntimo*, p. 108. Carta, París, 12 de febrero de 1911.

las características de una “ciencia positiva con aplicaciones inmediatas a la vida real”. No da una verdadera explicación de la raza, de sus condiciones psicológicas y biológicas, concluyendo que lejos de ser un estudio serio, es una obra, de tipo panfletaria, que sólo busca lastimar al desacreditarlos en el extranjero. El otro artículo, el publicado en *El Diario* el 14 de febrero, lo firma José Luis Reyes. Arguedas lo define como una “enconada respuesta de *El Comercio de Bolivia*”. En éste defiende a *Pueblo enfermo* porque, al igual que la obra de Tamayo, muestra —sin violencia, sino con curiosidad científica— lo valioso de la literatura nacional. Compara ambas obras: la de Arguedas es científica, sociológica y busca “arrancando la venda que cubría nuestros ojos”. La única contra es que desanima. En cambio, el mérito de Tamayo es que les da fuerza y valor al encontrar el lado bueno de los hombres.⁴⁵

Lo que resta del año de 1911, Arguedas anota en su Diario una detallada narración de la vida bohemia que llevaban esos latinoamericanos de la generación del 900 en París, sólo que a diferencia de sus primeros años en La ciudad luz cuando conoció a Ugarte y a otros más, ésta es ya una visión desencantada de los estragos que genera ese tipo de vida en los escritores latinoamericanos (una mezcla de alcohol, cabarés, pobreza). Remarca la soledad y la incompreensión en que viven, las dificultades que enfrentan los que ya estaban hace tiempo y de los recién llegados. De las dificultades de vivir de publicar artículos en la prensa y de las tensiones entre ellos (sobre todo el alejamiento entre Rubén Darío y Manuel Ugarte, y entre Darío y Alejandro Sux). La desilusión vuelve a ser un problema compartido por un grupo que ya no encuentra lugar en su tierra pero que tampoco encaja ya por completo en París. De su vida diplomática habla poco y nada. Menciona el nacimiento de su hija y eso lo hace reflexionar nuevamente sobre la necesidad de tener alguna ilusión. Arguedas publica *Vida Criolla*, que sale a la luz en 1912 pero el proceso de escritura y de negociación con la editorial es anterior, la cual recibe buenos comentarios, pero no tan halagüeños como *Pueblo enfermo*. Su amigo Rubén Darío le escribe para pedirle remita una nota biográfica para sus artículos. Él responde que “no tiene historia qué contar”. Da algunos datos básicos, nacimiento, su viaje a Europa, el choque y dolor que le provocó su regreso a Bolivia de joven, lo que motivó que al regresar a Europa se dedicara a escribir *Pueblo enfermo*, por haber comprendido que su misión, como hombre honrado, era “mejorar el medio en que vive”. Cataloga esa obra como su mejor libro, aunque haya sido combatido por los escritores de su país. Fue halagado por los de otros países, donde personas con talento fueron bondadosos:

Darío, Unamuno, Posada, Ugarte, Buylla, H. del Villar, Vicente Gay, Blanco Fombona, Rahola Cristóbal de Castro, García Calderón, Darío Pérez y otros.

⁴⁵ Arguedas, *Diario íntimo*, pp. 114-116. Carta, París, 11 de abril de 1911.

También —y en reconocerlo hay patriótica complacencia— lo fueron los políticos de mi patria. Vieron sin duda la buena intención que me obligó a ser franco hasta la brutalidad, y me dieron la misión de representar a esa patria en una modesta situación diplomática, que hoy ocupo.⁴⁶

Los días que siguieron a ese año narran la alegría que le da su hija, la tranquilidad de su hogar, la esperanza de su nuevo libro y, sobre todo, la emoción que le genera leer los versos de Unamuno, aquellos en los que proclama la desesperanza. Ese largo y detenido diario, termina ahí.⁴⁷

Lo que sabemos es que en 1914 regresa nuevamente a Bolivia iniciando un período de actuación política intenso, del que no saldría bien parado: fue jefe del Partido Liberal por el cual tuvo el cargo de Diputado entre 1916 y 1918. En 1919 publica la primera edición de *Raza de bronce*, libro del que salió una segunda edición en 1924, ahora con un prólogo/carta de Rafael Altamira (firmada en 1923). Se ha planteado que la idea de Arguedas fue repensar el argumento principal de Wuata Wuara (1904), dedicada a narrar la violencia entre indígenas y hacendados. En *Raza de bronce* se retoman algunos personajes y nudos de la trama anterior, pero desarrolla de manera reflexiva una construcción narrativa que excede aquella lectura costumbrista de tono romántico de la obra de 1904. Se ha planteado también que esta obra contrasta con *Pueblo enfermo* porque en ella abandona su racismo y moralismo, y se aleja del positivismo. En *Raza de bronce*, Arguedas veía plausible la incorporación del indígena de su país, por otra donde en lugar de ser débiles fueran fuertes, resistentes, poderosos y saludables. Al parecer, no advirtió ni hizo juicio sobre este cambio, sólo lo expuso.⁴⁸ Para otros autores, ambas obras tienen “un sustrato positivista”, que busca en el análisis de la región precisar “las condiciones históricas específicas que generaron el abatimiento y degradación de los indios”.⁴⁹

En 1922, tras la caída del partido liberal en el gobierno, Arguedas vuelve a París (cuarta estadía), como cónsul general “por haber cometido la insigne tontería de criticar los actos del nuevo gobierno”.⁵⁰ Posiblemente esto le permitió dedicarse de nuevo a la escritura, sólo que ahora sobre historia,

⁴⁶ Arguedas, *Diario íntimo*, p.171 Carta, París, 14 de noviembre de 1911.

⁴⁷ Hay una nota inicial en el encabezado a la izquierda dice: “Recopiado el 23 de abril de 1940 por robo de 13 volúmenes de estas copias”. Consultada en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b100841806/f3.item.zoom>

⁴⁸ El autor matiza este contraste aunque acepta que sí es menos pesimista que el libro anterior. Borello, “Arguedas, *Raza de bronce*”, p. 112.

⁴⁹ Cornejo, “De Wuata Wuara a *Raza de bronce*”, pp. 544 y 547.

⁵⁰ Roca, “Bolivia en Arguedas y Tamayo”, p. 10.

publicando en los siguientes años varias obras de corte histórico sobre Bolivia.⁵¹

En 1929 deja Francia al ser nombrado embajador en Colombia, donde radica cerca de un año, pero pierde de nuevo su puesto bajo el pretexto de que no existían fondos públicos. Para Arguedas la explicación recaía en que “la verdad, no resultaba muy cómodo en la diplomacia”. Ese mismo año regresa a Bolivia donde recibe la noticia del inicio de una nueva guerra que enfrentará a su país con su vecino Paraguay (entre septiembre de 1932 y junio de 1935). La disputa por el control del Chaco Boreal finalizó con una pérdida material y humana enorme para ambos países y la división del territorio en conflicto entre ambas partes (pero no de manera igualitaria, favoreciendo el acuerdo al Paraguay).

Pese a sus desencuentros con la política nacional, el gobierno lo envía de nuevo a París ese año como cónsul general, pero antes de cumplir dos años lo echan de nuevo, “porque dije que la guerra con el Paraguay era un absurdo y un crimen”. Estando en Europa muere su esposa, por lo que vende su casa en Francia y regresa a Bolivia en septiembre de 1934, donde vivirá los siguientes diez años de su vida. Al llegar, aparece su libro *La Danza de las Sombras* en dos tomos publicados en Barcelona nuevamente, pero con otra editorial, Sobs. De López Robert y C^a, fruto de su diario donde recopila sus experiencias de viaje como diplomático y sus críticas a la actitud tomada por el gobierno boliviano en la Guerra del Chaco. El libro ofende e irrita a los militares que estaban en el poder, por lo que sufre numerosas críticas y es prohibido en Bolivia.⁵² Aunque se ha dicho que es un diario, se trata de un texto en el que se mezcla el recuerdo del pasado con el análisis político latinoamericano (ya no sólo de Bolivia).⁵³ El libro recibe buenos comentarios y es premiado en Roma por la Italia fascista en 1936.

Ese año también Arguedas viaja a Buenos Aires para participar del Congreso Internacional de los PEN Clubs donde presenta “la historia en Bolivia”, conoce al historiador peruano Luis Alberto Sánchez, quien después hará el prólogo de las Obras Completas de Arguedas. Pese a estos éxitos, Arguedas ensombrece por la muerte de su esposa.⁵⁴

⁵¹ *La fundación de la República* (1920). *Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad, 1809-1921* (1922), *Los caudillos letrados. La confederación Perú-boliviana* (1923), *La plebe en acción, 1848-1857* (1924), *Anarquía* (1926) y *Los caudillos bárbaros* (1929).

⁵² Roca, “Bolivia en Arguedas y Tamayo”, pp. 9-10 y 13.

⁵³ Al parecer el promocionarlo como su diario para causar mayor interés, porque Arguedas necesitaba publicar algo. Vargas, “Vida y obra tardías de Alcides Arguedas”, p. 99.

⁵⁴ Cronología bio-biográfica de Alcides Arguedas, <https://www.ensayistas.org/herbst/crono/arguedas.htm> (consultado el 20 de julio de 2023).

Poco después, aparece la tercera edición de Pueblo Enfermo. Aunque el contenido del libro no se modifica radicalmente, hay algunas diferencias que deben señalarse. Fue editada en Santiago de Chile por la editorial Ercilla (fundada en 1933 por Laureano Rodrigo y Luis Figueroa y dirigida para el año de la publicación por el peruano Manuel Seoane Corrales). Al parecer, el libro debía publicarse en 1934 por la editorial Barcelona Viuda de Tasso (la misma que publicó las dos ediciones anteriores y varias de las obras de Arguedas), pero la edición se detuvo de manera indefinida mientras estaba en proceso.⁵⁵

Este cambio de editorial posiblemente influyó en que el libro tuviera una nueva portada que evoca un mapa de toda América Latina, lo cual da la impresión de que las enfermedades no eran exclusivas de Bolivia. La editorial chilena agrega una nota titulada “nuestro propósito” (firmada por los editores), en la que menciona que su deseo al publicar esta nueva edición era llegar a “las nuevas generaciones” para mostrarles una realidad que, lamentablemente, no había cambiado mucho desde su primera edición en 1909. Definen al autor como un patriota que demostró con sinceridad las “verdades dolorosas”. Aclaran que los “males y defectos” no son exclusivos de los bolivianos, otros pueblos los padecen y para corregirlos es necesario leer al “noble” escritor y “extraer saludables enseñanzas”.⁵⁶

El prólogo de Maetzu se mantuvo, pero la nueva edición incorporó algunas modificaciones en su contenido. De inicio, cambió el subtítulo del último capítulo, dedicado con anterioridad a dar una especie de recetas para curar los males sociales. El nuevo, en tono pesimista es “Inutilidad de los consejos para curar los males del país”. Al parecer la amargura por la derrota de la Guerra del Chaco daban al autor la convicción plena de que la terapéutica era imposible. Otro elemento fatalista se incorporó para reafirmar la inferioridad racial boliviana y arremeter contra el mestizaje. Para este argumento citó a Hitler, afirmando que el alemán había puesto de relieve los peligros del mestizaje de los pueblos.⁵⁷

Arguedas agrega una advertencia a la tercera edición (redactada unos meses antes, en enero de 1936). En ella, el autor recuerda cómo tras publicar la primera edición de este libro en 1909 recibió una carta confidencial del uruguayo José Enrique Rodó, “el severo maestro ilimitado de la juventud

⁵⁵ Esta suposición se encuentra en la Cronología bio-biográfica de Alcides Arguedas, <https://www.ensayistas.org/herbst/crono/arguedas.htm>

⁵⁶ Arguedas, *Pueblo enfermo*, p. XIII.

⁵⁷ En esta edición de *Pueblo enfermo*, mencionó en referencia a las ideas expuestas por Hitler en su libro *Mi lucha*, “Todo cruzamiento de razas conduce fatalmente, tarde o temprano, a la extinción del producto híbrido mientras en el ambiente coexista, en alguna forma de unidad racial, el elemento cualitativamente superior representado por este cruzamiento”. Paz Soldán, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, pp. 77 y 171.

estudiosa hispanoamericana”. En ella, tras expresarle su reconocimiento por la obra, lo felicitaba por señalar los males que no eran sólo de su país, sino de toda Hispanoamérica, pues en menor o mayor grado todos padecían estos males. Sin embargo, le advertía que este estado lamentable no debía desanimarlo pues era necesario mantener la “esperanza y fe en el porvenir”. Por ello, enfatizó a Arguedas que su libro no debería llamarse “pueblo enfermo” sino “pueblo niño”. Este concepto no sólo era más amplio, sino también justo porque incluía al otro: “la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida, nueva y pujante, para saltar sobre los obstáculos que se le oponen”.

Arguedas recordaba cuan profunda fue su impresión al leer esta carta 28 años atrás. El “reparo” como llama al comentario de Rodó, es absolutamente cierto, escribe. Esto se debe a que hispanoamérica no puede compararse con el occidente europeo porque son países de reciente formación que contrastan con la madurez europea. Citando a Unamuno menciona que su “reciente formación” como naciones “es un obstáculo a todo desarrollo”, sin contar con que “sus primitivos elementos étnicos estaban muy lejos de encontrarse aptos y adaptables a las nuevas condiciones de cultura y civilización que se les exigía”. Esta toma de conciencia, años después de haber recibido la carta de Rodó, lo llevó a realizar algunos cambios en la nueva edición del libro, puesto que observando su propia evolución, él mismo como autor pasó de ser un joven en la primera edición a un adulto. Pese a las enmiendas y adiciones, que ensanchan para el autor las perspectivas del libro, la desilusión vuelve a aparecer: “La tela es nueva: sus perspectivas son más abiertas, aunque siempre se presenten limitadas en el fondo por un cortinaje de oscuras sombras que ojos humanos todavía no pueden penetrar”.

Advierte que el libro fue —en sus ediciones anteriores— “fuente de desencanto” porque generó polémicas y calumnias a su persona, quien fue presentado como “recalcitrante pesimista”. Los años pasaron y aquéllo que se había expuesto como males, aparecieron de nuevo en “la tragedia del Chaco”, donde otra vez, se los condujo “a la derrota, a la vergüenza y a la desmembración”. Esta nueva edición entonces buscaba explicar a los bolivianos el porqué de la desgracia, mostrando cómo “el desencanto y la desesperanza de los llamados pesimistas y denigradores era lo sólo honrado que se dejaba escuchar en ese concierto de loas y alabanzas que han mareado al país y conducido a su sacrificio estúpido y estéril”.⁵⁸

Es interesante señalar que en el archivo Rodó se encuentra un borrador de esta carta (sin fecha), en el que se explaya un poco más sobre esta idea de minoridad:

⁵⁸ Arguedas, *Pueblo enfermo*, pp. IX-XI.

Bienvenido su interesante libro. Desde antes de leerle, ya me predispuso bien, por el tema, por la tendencia meditativa y fina de su espíritu. No puede usted imaginar cuánto me complace ver en la juventud hispanoamericana manifestaciones de éstas, que revelan una clara noción del deber social del escritor y prometen para un cercano porvenir en nuestros pueblos un movimiento intelectual henchido de ideas y sentimientos fecundos y una (sic) y animado por la fuerza de (sic) en que hallan la superior finalidad del arte. Además, la condición de boliviano aumentó el interés con que empecé la lectura de su libro. Su patria de usted es quizá la nación suramericana de cuyo movimiento intelectual estoy menos enterado; por usted empiezo a conocer y a estimar a la novísima generación boliviana. Preserve usted en su orientación actual; inspírese siempre, como ahora, en ideas de interés real y merecerá bien de los suyos.

A continuación sigue un texto bastante parecido al que transcribe Arguedas en el prólogo: “Nuestra América triunfará de las enfermedades de su infancia y será grande y fuerte. Pero para ello es necesario que el espíritu amor de la verdad, digan dónde está el mal, como usted lo dice”. Al margen de la hoja, Rodó anotó una idea más, que no fue incorporada al prólogo: “El pesimismo es un optimismo paradójico y de eficacísima acción, cuando tiene un carácter relativo y provisional que reconoce por límites la posibilidad y la necesidad de acudir al remedio de los males que se denuncian”.⁵⁹

Cabe mencionar también, que ésta no era la primera ocasión en que Rodó utilizaba la metáfora del menor de edad, del infante, el cual retoma un sentido filosófico.⁶⁰ En la correspondencia con el español Miguel de Unamuno (iniciada tras la publicación de su *Ariel* en 1900), el uruguayo explicita en una carta fechada el 12 de octubre de 1900, que ambos comparten un mismo propósito: “Nuestros pueblos (España por ser anciana y América por infantil) son perezosos para todo lo que signifique pensar o sentir de manera profunda y con un objetivo desinteresado. No importa; trabajaremos mientras nos quede un poco de entusiasmo, estimulándonos recíprocamente los que formamos la

⁵⁹ Rodó, *Obras completas*, p.1426.

⁶⁰ Este sentido de minoría recuerda a la noción de Kant, quien encontraba dos causas de esta minoridad. La primera se relaciona con la naturaleza, entendida como capacidad de maduración, lo cual implica que aunque se postergara el tiempo que sea necesario para alcanzarla, es un estado temporal inevitable porque se relaciona con la naturaleza. El otro sentido, se vincula con las leyes que hace el hombre, por lo que implica una incapacidad tanto civil como natural para representarse a sí mismo. En este caso se encontraba la mujer. Esta segunda es más peligrosa, porque al poder perdurar en el tiempo de manera indefinida, se convierte un estado natural en un estado civil. González, “La minoría de edad como despotismo de las facultades”, pp. 194-195.

minoría más o menos pensadora”.⁶¹ En respuesta, Unamuno le escribe el 13 de diciembre de ese año para felicitarlo por esta definición, “Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil, hay que trabajar”. Con ello quiere decir que era necesario “sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos”. Ese deseo es un fin común y los reúne pese a sus diferencias.⁶²

CONCLUSIÓN

Aunque hay diferencias generacionales significativas entre Rodó, Unamuno y el joven Arguedas, los tres coinciden en la reafirmación del papel del intelectual en sus diagnósticos de las enfermedades sociales y su seguridad en que eran ellos (y no los políticos), quienes debían prescribir los remedios. Pese a esto, es factible pensar que la metáfora del menor de edad no modificó la metáfora de la enfermedad en Arguedas. Lo que se produjo no fue un cambio, sino un acomodo producido en buena medida por el propio Rodó al intentar encontrar puntos de contacto con el boliviano, superando las diferencias generacionales entre idealistas y pesimistas. Hizo alusión al espíritu, pero en relación con la verdad, elemento sustancial de la matriz cientificista a la que aspiraba el boliviano. Lo identificó como “pesimista paradójico”, pero le dio una vía de escape al convertirlo en un optimista que busca a través del diagnóstico de los males, encontrar remedios sociales. Arguedas tomó el cumplimiento de Rodó y aunque dijo haber ensanchado su mirada, lo cierto es que no rompió con el biologicismo social. Seguirá siendo esta matriz desde la que asume los males de la infancia de estas naciones. Estamos de acuerdo con Aronna al decir que la inclusión de esta carta responde más a un acto de reafirmación del autor que a un verdadero cambio porque éste siguió sosteniendo que era el problema racial -no importaba si por ser niños o jóvenes naciones- el que desde un punto de vista psico-biológico daba esa inferioridad que hacía imposible para algunos países latinoamericanos adaptarse a la modernidad.⁶³

Si esta matriz se mantuvo, no es extraño que la desilusión también continuara. Sabemos que en los siguientes años, aunque intensos en vida política, no mejoraron este problema. Después de la publicación de la nueva edición de *Pueblo enfermo*, Arguedas, ya radicado en Bolivia, continuó publicando cartas públicas en oposición a los gobiernos en turno, lo que le acarrea problemas políticos y una seria golpiza que lo lleva al hospital, convirtiéndose en un “símbolo de la oposición”. Por esto, es electo senador por

⁶¹ Rodó, *Obras completas*, p. 1380.

⁶² Romiti, Elena (ed. y est. preliminar), *Unamuno y Uruguay*, pp. 52-53.

⁶³ Aronna, *Pueblos enfermos*, p. 154.

La Paz y en 1940 nombrado Ministro de Agricultura, cargo al que renuncia al año siguiente. Ese mismo año es nombrado embajador de su país en Venezuela, puesto diplomático al que renuncia en 1943. Los siguientes dos años viaja a Buenos Aires, donde se queda tres meses para firmar el contrato de reedición de *Raza de bronce* con la editorial Losada y pronuncia una conferencia, invitado por la Comisión de Cooperación Intelectual Argentina. A su regreso a Bolivia, sufre un ataque al corazón y fallece en su país el 6 de mayo de 1946 pero se publica como obra póstuma.⁶⁴

Años después *Pueblo enfermo* es reeditada en varias ocasiones, al tiempo que las polémicas sobre su autor y la obra se amplían y reproducen, generalmente en la politización ya señalada.

El objetivo de este trabajo no fue entrar en esos debates, sino encontrar nuevas rutas. Una de ellas, la que subtitula este texto, hace referencia a la desilusión como problema. Lo visto hasta aquí permite ratificar la concepción de que Arguedas fue parte de ese grupo cientificista, que al buscar males sociales se enfrentó con la frustración de que sus obras en lugar de ser consideradas como rutas a seguir por parte de los dirigentes, fueron un recordatorio de que su relación con el presente de su país era frustrante. Lo que salvó al libro de Arguedas en todas sus ediciones del fracaso editorial fue su buena acogida en ciertos círculos de España y Francia. En este contexto, es interesante dejar para futuras investigaciones la posibilidad de ahondar en el estudio del influjo que tuvo en Arguedas, como en otros miembros de este grupo de pesimistas, la idea de desilusión.

Como Andrés Kozel plantea, no existe una relación simple entre fracaso, pesimismo y desilusión porque todo pensamiento de fracaso es predominantemente pesimista, pero no todo pensamiento pesimista es necesariamente de fracaso o desilusión. Este pensamiento parece caracterizarse por una compleja relación con “un conjunto de certezas más o menos nítidas acerca del porvenir de la colectividad”. Para el autor, la aparición de los pesimismos tiene que ver con la crisis de esa “experiencia de modernidad”, donde el progreso ya no fue percibido lineal y la modernidad no había resuelto todos los problemas. Es necesario entender esas reflexiones sin etiquetarlas, sino al contrario, entenderlas como formas a través de las que los intelectuales se descentraron del papel de las etapas decimonónicas anteriores, donde fungían como consejeros del poder.⁶⁵

Como menciona Paula Bruno, el replanteo del compromiso intelectual en el cambio de siglo se presentó en distintos escenarios donde simultáneamente jugaron fuerzas en paralelo para forjar “repertorios identitarios”. Pese a sus diferencias, comparten estos “desencuentros de la modernidad”, ayudan a ubicar esta literatura cientificista en un marco de ideas diverso —y a veces

⁶⁴ Cronología bio-biográfica de Alcides Arguedas, <https://www.ensayistas.org/herbst/crono/arguedas.htm> (consultado el 20 de julio de 2023).

⁶⁵ Kozel, *La Argentina como desilusión*, pp. 7-15.

contradictorio—, que no puede ser entendido sólo como un positivismo latinoamericano de carácter lineal. El “ensayo social pesimista” mantiene la búsqueda “por alcanzar una unidad y garantizar un futuro posible para América Latina”.⁶⁶

Retomando estas ideas, me pregunto hasta dónde la elaboración discursiva de la desilusión de Arguedas en *Pueblo enfermo* puso de manifiesto las crisis que resonaban en distintos actores de la intelectualidad latinoamericana: la de los residentes en París que con matices miraban a sus naciones y alertaban de los peligros; la de los cientificistas que, imbuidos de lecturas varias, diagnosticaban males; la de sus propios compatriotas bolivianos que habían resentido las pérdidas de su país. Para responder con mayor claridad es necesario desentrañar aún las especificidades de esta desilusión. El estudio de las metáforas permitiría romper la falsa idea de que idealistas y pesimistas no compartían ideas más profundas y arraigadas para los intelectuales latinoamericanos como la de civilización y modernidad.

SIGLAS

FMU, Fonfo Manuel Ugarte, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

REFERENCIAS

- Arguedas, Alcides, *Raza de bronce*. Prólogo, cronología y bibliografía de José Edmundo Paz Soldán, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 2006.
- Arguedas, Alcides, *Diario íntimo, 1909-1911*, gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France. Département des Manuscrits. Espagnol 634 (consultado el 5 de julio de 2023).
- Arguedas, Alcides, “Diario de Alcides Arguedas”, *Revista Ciencia y Cultura*, vol. 11, núm. 19, julio 2007, pp. 71-113.
- Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo*, Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937.
- Aronna, Michel, *Pueblos Enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-Of-the Century Spanish and Latin American Essay*, USA, University of North Carolina Press, 1999.
- Borello, Rodolfo A, “Arguedas, Raza de bronce”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 417, marzo 1985, pp. 112-127.
- Bruno, Paula, “Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra”, en Archilés, Ferran y Fuentes, Maximiliano (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, Madrid, Akal, Colección Reverso, 2018, pp. 57-77.
- Cornejo Polar, Antonio, “De Wuata Wuara a Raza de bronce”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 35, núm. 2, 1987, pp. 543- 548. DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v35i2.648>

⁶⁶ Bruno, “Un momento latinoamericano “, pp. 58 y 70.

- Domic, Marcos. "Alcides Arguedas, precursor del fascismo boliviano", en Mariano Baptista Gumucio (ed.). *Alcides Arguedas. Juicios bolivianos sobre el autor de Pueblo enfermo*, La Paz, Los amigos del libro, 1979.
- Gomes, M., "El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la radiología", *Cuadernos del CILHA*, núms. 7-8, 2005-2006, pp. 17- 34.
- González Fisac, Jesús, "La minoría de edad como despotismo de las facultades. Antropología y política en respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?", *Ideas y Valores*, vol. 65, núm. 162, 2016, pp. 189-212.
DOI: <https://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v65n162.49255>
- Kozel, Andrés, *La Argentina como desilusión. Contribución a la historia de la idea del fracaso argentino (1890-1955)*, México, UNAM-Nostromo ediciones, 2008.
- León, Sergio, *Palabras libres: crítica, arte y literatura*, publicado el 10 de mayo del 2020, <https://ecdótica.com/palabras-libres-crítica-arte-y-literatura/> (consultado el 1 de julio del 2023)
- Mansilla, H.C.F., "El surgimiento de los intelectuales en Bolivia: Alcides Arguedas visto por Salvador Romero", *Ciencia y cultura*, núm. 31, diciembre 2013, pp. 9-19.
- March, José, La imprenta Luis Tasso en el corazón del barrio chino, 1 de junio de 2015, <http://lavaix2003.blogspot.com/2015/06/la-imprenta-luis-tasso-en-el-corazon.html> (consultado el 20 de junio del 2023).
- Marichal, Carlos, "El lado oscuro de la generación del 900 en América Latina: darwinismo social, psicología colectiva y la mteáfora médica", en Aimer Granados, Álvaro Matute y Miguel Ángel Urrego, *Temas y tendencias de la historia intelectual en América Latina*, Morelia, UMSNH-UNAM, 2020, pp. 35-61.
- Martínez Martín, Jesús A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- Medinacelli, Carlos, "La inactualidad de Alcides Arguedas", en Mariano Baptista Gumucio, *Alcides Arguedas*, La Paz, Editorial Urquiza, 1979, pp.41-82.
- Otero, Gustavo Adolfo, "Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas", en Mariano Baptista Gumucio, *Alcides Arguedas*, La Paz, Editorial Urquiza, 1979, pp. 83- 108.
- Paz Soldán, Edmundo, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, La Paz, Plural, 2003.
- Roca, Jose Luis, "Bolivia en Arguedas y Tamayo", *Latinoamérica*, núm. 79, 1979, pp. 3-29.
- Rodó, José E., *Obras completas*, editadas, con introducción, prólogo y notas, por Emir Rodríguez Moegal, Madrid, Editorial Aguilar, 1967.
- Rodó, José E., *Epistolario*, con notas preliminares de Hugo D. Barbagaleta, París, Agencia general de librería, 1921.
- Romiti, Elena (ed y est preliminar), *Unamuno y Uruguay: archivo epistolar*, España, Ediciones Universidad de Salamanca y Biblioteca Nacional de Uruguay, 2016.
- Vargas, Walter I, "Vida y obra tardías de Alcides Arguedas", *Ciencia y Cultura*, núm. 39, diciembre 2017, pp. 95-122.
- Zárate, Freddy, "La visión chueca sobre Alcides Arguedas, de intelectual respetado a enemigo de la patria", *Journal de Comunicación Social*, vol. 3, núm. 3, pp. 39-153, diciembre 2015.

Variaciones sobre la metáfora del “Continente Enfermo”. El caso de César Zumeta: “El hierro fortifica. Armémonos”

*Aimer Granados**

Recibido: 1 de agosto de 2023

Dictaminado: 25 de agosto de 2023

Aceptado: 30 de agosto de 2023

RESUMEN

Este trabajo involucra dos niveles de estudio. En el primero de ellos se tipifica analíticamente lo que el escritor venezolano César Zumeta representó en términos de un “escritor politizado” y de un “intelectual polivalente”. Estas dos categorías involucran la siguiente pregunta ¿Qué fue un intelectual latinoamericano durante el cambio del siglo XIX al XX? A partir de tipificar a Zumeta dentro de ciertas figuras del intelectual, paralelamente se dan algunas puntadas críticas al problema de las generaciones con el fin de posicionar a Zumeta dentro de la generación latinoamericana del 900. En el segundo nivel de estudio, se aborda el opúsculo de Zumeta titulado *El Continente Enfermo*, con el fin de contextualizar este escrito dentro de una serie de ensayos escritos por intelectuales latinoamericanos que, a la vuelta del siglo XIX al XX, reflexionaron, escribieron y compartieron un horizonte de expectativas nada positivo para los países de la región. De allí que hubieran acuñado la metáfora del “continente enfermo”. Sin embargo, no fue ésta una noción unívoca, todo lo contrario, como lo muestra la reflexión que sobre las “enfermedades” del continente realizó Zumeta.

* Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Ciudad de México, México. Correo electrónico: agranados@cua.uam.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8274-8324>

Palabras clave: *intelectual, el problema de las generaciones, horizonte de expectativas, continente enfermo, imperialismo.*

Variations on the metaphor of the "Sick Continent". The case of César Zumeta: "Iron fortifies. Let us arm ourselves"

ABSTRACT

This work involves two levels of study. In the first of them is typed analytically what the writer Venezuelan Caesar Zumeta represented in terms of a "politicized writer" and a "polyvalent intellectual". These two categories involve the following question: What was a Latin American intellectual during the change from the nineteenth to the twentieth century? From typifying Zumeta within certain figures of the intellectual, some critical points are made in parallel to the problem of generations in order to position Zumeta within the Latin American generation of the 900s. The second part of the paper deals with Zumeta's booklet entitled *El Continente Enfermo* (The Sick Continent), in order to contextualize this writing within a series of essays written by Latin American intellectuals who, at the turn of the nineteenth to the twentieth century, reflected, wrote, and shared a horizon of expectations that were not at all positive for the countries of the region. Hence, they had coined the metaphor of the "sick continent". However, this was not a univocal notion, quite the contrary, as shown by Zumeta's reflection on the "diseases" of the continent.

Key words: *intellectual, the problem of generations, Horizon of expectations, sick continent, imperialism.*

1. INTRODUCCIÓN

En la historia de la formación de América Latina como unidad continental lo identitario resulta ser una de las aristas más importantes para que, de cara al siglo xx, efectivamente el continente adquiriera significado pleno en torno a esta denominación. La formación de esta identidad continental con base en el nombre *América Latina* inició en París hacia la década de 1960, bajo la tutela y el empuje de algunos exiliados latinoamericanos.¹ Para que tal

¹ Son varios los estudiosos que han analizado el proceso por medio del cual la región se constituyó identitaria y geopolíticamente en torno al nombre *América Latina*. El que inició esta línea de investigación fue el filósofo e historiador Arturo Ardao. Luego ha venido una zaga historiográfica en torno a este tema. A continuación se mencionan dos autores que

identidad y nombre se posicionaran como tales, el toponímico, algunos hablan del concepto “América Latina”, tuvo que abrirse espacio y ganar legitimidad en relación con otros proyectos identitarios referidos a la misma región: Hispanoamérica, Iberoamérica, Panamérica e Indoamérica, por ejemplo. Por otra parte, para que este nombre se posicionara en el discurso político, social y económico, su circulación en impresos de toda clase (libros, folletos, prensa, debates, informes diplomáticos, etc.) fue de imperiosa necesidad. En estos impresos y debates el género ensayístico realizó una contribución notable.

Durante la vuelta del siglo xix al xx fue fundamental la participación de una pléyade de intelectuales, que a través de “su pluma”, pensaron en las potencialidades, pero también en las dificultades de la región, en un contexto internacional en el que, al menos desde 1870, el imperialismo y el reparto de ricos y extensos territorios por fuera de los países centrales movilizó capitales, hombres, maquinaria y sentidos debates en torno al imperialismo y el antiimperialismo. En cuanto a las dificultades para alcanzar el progreso y la civilización debidas, teniendo como espejo a Europa y a los Estados Unidos, un sector de la intelectualidad latinoamericana del cambio de siglo, con fuerte ascendencia positivista, a través de una serie de ensayos y libros se dedicó a diagnosticar, estudiar, analizar y ofrecer “remedios a las enfermedades” socioculturales, políticas y económicas que padecía el continente, a casi un siglo de su independencia de la monarquía española. Es lo que en la literatura sociológica e historiográfica continental se ha dado en llamar “la metáfora del continente enfermo”.

Uno de los integrantes de esta generación de intelectuales que abundaron en la metáfora del continente enfermo fue el venezolano César Zumeta —más adelante se proporciona la lista completa de otros ensayistas que escribieron sobre el asunto—. Se los suele ubicar en la llamada generación latinoamericana del 900 cuya cabeza visible fue José Enrique Rodó y su “arielismo”. Pero el grupo de intelectuales del 900 latinoamericano que escribió sobre las “enfermedades” del continente se bifurcaron del humanismo y espiritualismo del *Ariel* de Rodó. Una parte de la producción ensayística de carácter sociológico de este grupo de intelectuales, se abocó a realizar una especie de introspección a propósito de los problemas regionales. La conclusión a la cual llegaron buena parte de ellos tuvo que ver con que las causas de tales “enfermedades” continentales había que encontrarlas en el negativo carácter y costumbres de la población indígena, de los afrodescendientes, de los

siguieron los pasos de Ardao, pero hay algunos más. Marichal, “La historia latinoamericana: ¿Quo vadis? Reflexiones sobre el concepto de América Latina desde la perspectiva de las relaciones internacionales”; Marichal, “Reflexiones sobre el concepto de América Latina”. Y Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*.

marginados y sectores populares. Evidentemente, dada su formación dentro de los preceptos del positivismo, el racialismo, el racismo y el desprecio por estas poblaciones marginadas acompañó sus análisis y diagnósticos.

Sin embargo, como casos excepcionales, el brasileño Manoel Bomfim y el venezolano César Zumeta, coincidieron en que los males de la región no devenían del carácter de la población marginada, sino de la incapacidad de gobernanza de las élites. Zumeta argumentó además que las causas de las “enfermedades” del continente venían de las condiciones que las naciones imperialistas (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, entre otras) habían impuesto a los países pertenecientes a la zona tropical del continente. Justamente la hipótesis que le da norte a este trabajo plantea que el discurso en torno a la metáfora del “continente enfermo”, tanto en el diagnóstico, como en la cura, no fue lineal, ni unívoco. Todo lo contrario. Por ejemplo, en relación con el diagnóstico, como en la cura, Zumeta se apartó del racialismo y del racismo que acompañó a sus “pares” regeneracionistas de la población marginada, para centrar su atención en la denuncia del imperialismo y la inmovilidad de las élites latinoamericanas mostrada frente a los padecimientos de la región. También, como parte de esta hipótesis, en un espíritu bolivariano de unidad y defensa del territorio, Zumeta sugirió que era a través del armamentismo como podrían encontrarse las soluciones al “continente enfermo”.

En complemento a la hipótesis señalada en el párrafo anterior, en este trabajo también está presente la preocupación de ubicar a César Zumeta como un intelectual de su época. Definir al intelectual latinoamericano del cambio de siglo XIX al XX reviste cierta complejidad en la medida que el panorama de tal circunstancia, la del intelectual, apunta hacia variables que hasta cierto punto hacen difícil aprehenderlo en una sola tipificación. La propuesta que se ha encontrado es ubicar a Zumeta dentro de dos perfiles de intelectual muy socorridos por la época en estudio: la del “escritor politizado” y la del “intelectual polivalente”.

Reflexionar sobre el intelectual latinoamericano de vuelta del siglo XIX al XX, así como analizar la discursiva en torno a la metáfora “del continente enfermo” que algunos de estos intelectuales estudiaron y debatieron en su momento, es incidir sobre una historia intelectual latinoamericana a partir de dos grandes asuntos: el problema del intelectual latinoamericano durante el período en estudio con el fin de pensarlo en sus distintas tipificaciones y funciones socio/culturales; y el análisis del discurso que implica, entre otros asuntos, preguntarse por “la marcha de las ideas”, por cómo éstas evolucionan, se contorsionan y dan como resultado diferentes interpretaciones de acuerdo con ciertos intereses y contextos en los cuales ciertas ideas son recibidas y percibidas de diferente manera. En este sentido, sin duda alguna, la discursiva en torno al “continente enfermo” abrevó en buena parte del pensamiento sociológico positivista europeo del último tercio del siglo XIX. Pensamiento

sociológico y positivista que a su vez fue alimentado por teorías racialistas, racistas y fue impregnado de “darwinismo social”, de la psicología social, la criminología, la etnología, la historia y la biología.²

2. CÉSAR ZUMETA: UNA TIPIFICACIÓN DEL INTELECTUAL LATINOAMERICANO

El perfil del intelectual hispanoamericano que interactuó durante el último cuarto del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX en el campo de la política, la cultura y, en general, en el ámbito social, es una cuestión sobre la cual más o menos los investigadores están de acuerdo. Se trata de un actor social que simultáneamente ejerce diferentes funciones o tareas dentro del amplio y diverso mundo de la cultura: escritor, periodista, poeta, ensayista, crítico literario, político, diplomático, maestro, mediador cultural, editor, fundador/director de revistas y periódicos, entre otras actividades. No obstante este visible acuerdo sobre el carácter variopinto del intelectual durante el periodo antes señalado, se pueden derivar tipificaciones de este actor social que, tienden a agrupar, en una sola actividad, el trabajo del intelectual. Paralelamente, plantea problemas historiográficos a propósito de estas tipificaciones.

A continuación, muy sintéticamente, se establecen algunas de estas caracterizaciones del intelectual hispanoamericano. Estas tipificaciones consideran, no solamente el cambio del siglo XIX al XX, periodo en el que el venezolano César Zumeta ejerció sus funciones de intelectual, sino también algunas notas de estas clasificaciones del intelectual, presentes hacia el inicio

² Esta línea de investigación, al menos en relación con la metáfora del “continente enfermo”, ha sido muy bien establecida por Marichal en su artículo, “El lado oscuro de la generación del 900 en América Latina: Darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica”. En este texto, Marichal estudia la recepción de este tipo de discurso entre algunos intelectuales latinoamericanos de inicios del siglo XX. Marichal ha establecido que si bien los intelectuales latinoamericanos que escribieron sobre la metáfora del “continente enfermo”, reflejan un difuso pero poderoso *darwinismo social*, es conveniente tener en cuenta que esta categoría también requiere ser matizada y discutida”, p. 37. Además, Marichal establece muy bien qué tradiciones de pensamiento en torno a ese difuso “darwinismo social” leyeron los intelectuales latinoamericanos interesados en establecer las enfermedades del continente americano. En complemento a esta perspectiva estudiada por Marichal, la orientación que se adopta en el presente trabajo no es tanto hacer un análisis de la recepción de este tipo de ideas social-darwinistas, sino revisar críticamente una variante, la de Zumeta, en torno a la metáfora del “continente enfermo”.

La expresión “la marcha de las ideas”, se toma del título que el historiador francés François Dosse da a uno de sus libros más conocidos: *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*.

del siglo XIX y la segunda mitad de esta centuria. Cabe aclarar que estas tipificaciones no son fijas, ni estáticas. Sólo dan una idea general del actuar de los hombres de letras durante el largo siglo XIX. Algunos de estos perfiles o tipificaciones del intelectual se superponen, sus actividades se mezclan o el perfil puede variar de país a país. En cualquier caso, el actuar y perfil de estos hombres de letras será más fácil de aprehender y definir, según el Estado nacional y su desarrollo capitalista, así como el mayor o menor grado de organicidad y estructuración de los respectivos campo intelectual y cultural.

En el contexto de las Independencias y las posindependencias hispanoamericanas fue el “letrado patriota”³ la figura predominante en el emergente campo intelectual de la región. Como se sabe, el “letrado patriota” fue uno de los actores sociales que desde el pensamiento, las letras y la praxis, impulsó y empujó los procesos de independencia y primeros ensayos de organización política de los nacientes Estados nacionales. Otra manera de concebir al hombre de letras durante la coyuntura de las Independencias y de las posindependencias hispanoamericanas es referida por Julio Ramos, quien habla de “los intelectuales patricios”. Para Ramos, estos actores sociales tuvieron en su pluma el encargo de “la formalización de la ley” que debía dar sustento legal a los nuevos Estados nacionales. De acuerdo con Ramos, ésta “había sido una de las tareas claves de los intelectuales patricios, dominados, como han señalado Claudio Véliz y especialmente Ángel Rama, por el modelo renacentista del *letrado*”.⁴ En la segunda mitad del siglo XIX el campo intelectual tiende a ser copado por la categoría que agrupó a los *polígrafos*.⁵ Especialmente, esta categoría se refiere a los individuos comprometidos con establecer el canon de una identidad nacional, en gran medida, definida e impulsada a través de la formación de una literatura y una historia nacionales. En relación con esta última afirmación, Tomás Pérez Vejo señala:

Literatos, historiadores, periodistas, profesores, funcionarios de las nuevas burocracias estatales y, en general, todo un difuso grupo de “especialistas” del trabajo intelectual, formarán el caldo de cultivo idóneo para el nacimiento y desarrollo de una identidad colectiva de tipo nacional.⁶

³ Sobre esta categoría véase el estudio de Myers, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en el colapso del imperio español en América”. También es muy útil la investigación de Loaiza, “La república de los Ilustrados”.

⁴ Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, p. 9.

⁵ Para el caso de esta noción, particularmente referida a México, véase el estudio de Luna, “Mexicanizar la cultura, una empresa civilizatoria, 1830-1860”, p. 69 y ss. También es muy útil el libro de Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*.

⁶ Pérez Vejo, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, p. 294.

En ese “difuso grupo de especialistas”, Pérez Vejo agrega las tareas del pintor (la pintura de historia académica), del grabador, del músico y del escultor.

El crítico literario Rafael Gutiérrez Girardot argumenta que en el caso hispanoamericano, a falta de una tradición, de un referente en el pasado, que en el caso europeo lo fue el filósofo, especialmente el de la Ilustración, el intelectual hispanoamericano encontró en la figura del *escritor*, con cierto grado de profesionalización, a ese referente histórico que justamente, como tal, como escritor, empieza a reconfigurarse y profesionalizarse durante el último cuarto del siglo XIX.⁷ El punto que quiere resaltar Gutiérrez Girardot es, de acuerdo con su hipótesis, que en Hispanoamérica “la primera acepción de “intelectual” propiamente dicha es la del “escritor politizado”.⁸ Cabe aclarar que por “intelectual”, Gutiérrez Girardot se refiere al sujeto sustantivado, aquel que de acuerdo con la tradición historiográfica francesa emerge en el contexto del caso Dreyfus, con Emile Zola a la cabeza.⁹ En el caso hispanoamericano, de acuerdo con Gutiérrez Girardot, el intelectual encarnado por Zola, correspondería al “escritor politizado”. Cabe señalar que la tesis del “escritor politizado” tiene cierta tradición entre los críticos literarios latinoamericanos. Ahí están las investigaciones de Ángel Rama y Julio Ramos a quienes se puede sumar al colombianoista Malcolm Deas.¹⁰

Como se muestra más adelante en esta investigación, César Zumeta correspondería a un tipo de intelectual que perfectamente embona en la dinámica y funciones del escritor politizado. Sin embargo, en el contexto de la vuelta del siglo XIX al XX hispanoamericano, el investigador se encuentra con el problema metodológico de no poder precisar al intelectual, al menos desde la perspectiva de sus funciones, tareas y oficios. Así, el “escritor politizado” agrupa toda una serie de tareas entre las cuales destaca, sí la del escritor, que apunta a lo político y al poder (aunque cada vez menos, en tanto la escritura se profesionaliza dando paso a la figura del escritor propiamente dicho, el que escribe literatura), pero que dado su oficio, asume otras funciones: diplomático, periodista, editor, mediador cultural, maestro, etc. Es lo que Julio Ramos, en

⁷ Gutiérrez Girardot, “El intelectual: historia y política”, p. 57 y ss.

⁸ *Ibid.*, p. 64.

⁹ Para esta tradición historiográfica francesa, entre otras investigaciones, véanse los estudios de Dosse, La marcha de las ideas, capítulo 2; Ory y Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, capítulo 2.

¹⁰ Rama, *La ciudad letrada*, capítulo IV, “La ciudad modernizada”, p. 61 y ss. Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, capítulo II, “Saber decir: lengua y política en Andrés Bello”, p. 35 y ss. Deas, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre Historia, Política y Literatura colombianas*. De este último estudio especialmente véase el texto “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”, p. 25 y ss.

su ya aludido estudio, llama "Fragmentación de la República de las Letras". O, como otros autores lo han señalado y el mismo Ramos lo ha confirmado: en el trasfondo de esta "fragmentación de la República de las Letras", se encuentra una "división del trabajo intelectual", "considerándola", afirma Julio Ramos, "como uno de los procesos distintivos de las sociedades finiseculares".¹¹

Otra manera de ver el estatus del intelectual hispanoamericano durante el período en estudio es la propuesta que en torno a este actor social han concebido Carlos Marichal y Alexandra Pita. Marichal y Pita centran su atención en la figura del "intelectual diplomático", que especialmente centra sus actividades en el ejercicio de la diplomacia. Marichal y Pita plantean que más allá de la "proyección y el prestigio cultural" que ciertos intelectuales/diplomáticos han otorgado a sus respectivos países al asumir cargos diplomáticos, lo importante a destacar para el análisis de la historia intelectual latinoamericana es ver a estos intelectuales/diplomáticos dentro de la trama de la historia de las relaciones internacionales. Efectivamente, frente a una clásica visión sobre ciertos intelectuales en labores diplomáticas que exalta su "prestigio cultural" y su calidad de representantes de la "alta cultura" nacional, Marichal y Pita dimensionan el ámbito de la "historia cultural de las relaciones internacionales" como uno de los importantes ejes de análisis sobre el intelectual/diplomático. Dadas sus diversas ocupaciones (políticos, escritores, coleccionistas de antigüedades, publicistas, directores de periódicos, revistas y colecciones editoriales, entre otras actividades), nuestros autores los califican de "intelectuales polivalentes".¹² Para Marichal y Pita, la noción de diplomacia cultural:

implica entenderla no sólo en función de la expresión de ciertos valores nacionales y culturales dentro y fuera del país, sino también otorgar peso a la información, los contactos personales, los programas culturales y todo aquello intangible que requiera de una pluralidad de herramientas para persuadir, captar y convencer. Implica considerar juicios, valores y normas de un gran número de actores sociales encabezados por el Estado y prestar una atención especial a los diplomáticos como actores principales.¹³

¹¹ Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, capítulo III, "Fragmentación de la República de las Letras", p. 50 y ss. En relación con una "división del trabajo intelectual", Ramos encuentra que esta percepción divisional del trabajo de los intelectuales ya está presente en las interpretaciones de Pedro Henríquez Ureña, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, José Emilio Pacheco, Noé Jitrik y otros, p. 11.

¹² Marichal y Pita, "Algunas reflexiones sobre la historia de los intelectuales/diplomáticos latinoamericanos en los siglos XIX y XX. Introducción al dossier intelectuales y diplomáticos en América Latina", p. 99.

¹³ Marichal y Pita, *Ibid.*, p. 100.

El presente estudio plantea que César Zumeta (Caracas, Venezuela; 19 de marzo de 1863-París, Francia, 28 de agosto de 1955) tipifica, en la realidad hispanoamericana de su época, a un intelectual devenido de los modelos presentados con anterioridad: El del “escritor politizado” y el “intelectual diplomático”. El “escritor politizado”, al menos en la figura de Zumeta, alude a dos significantes. En primer lugar, al sujeto/escritor que por su oficio con la “pluma”, justamente la del escritor, llega a ocupar posiciones importantes dentro del organigrama de un gobierno. Zumeta, por ejemplo, fue senador de la república, ministro del interior, representante diplomático de Venezuela ante los gobiernos de Italia y Francia, así como delegado venezolano en la Sociedad de Naciones, de la cual también fue su presidente en 1930. Paralelo al desarrollo de sus tareas como político, César Zumeta escribía ensayos de carácter social, político y económico; aunque se daba espacio para otros géneros literarios, como la lírica. Así, uno de sus más reconocidos amigos, el también venezolano Santiago Key Ayala se refería a Zumeta en los siguientes términos: “De cuantos prosadores forman hoy la primera línea de nuestros talentos nacionales, César Zumeta considerado como estilista es el primero”.¹⁴ El también venezolano Rafael Ángel Insausti, estudioso y editor de la obra de Zumeta, lo retrata, al menos en su perfil literario de la siguiente manera:

Hombre de letras, Zumeta conoció varias literaturas, antiguas y modernas. De la literatura, como expresión del sentimiento estético, derivó pronto a la problemática social y política de su país y de su tiempo. No por ello, ni por la urgencia del escribir, desmerece jamás la forma del concepto. Conceptista a la moderna, también es un moderno culterano, sin que el “modernismo” escolar de la época le haya dejado herencia de oropeles. A tiempo le aleccionaron Gracián y Quevedo en ceñir la palabra a la idea.¹⁵

Otro de sus compatriotas, Eloy G. González lo ha catalogado como “Alteza Serenísima de las Letras americanas”. En *Escrituras y Lectura* (1899), Zumeta “reunió algunas de sus más hermosas y formidables páginas”.¹⁶ No obstante, al

¹⁴ Zumeta César, *Notas críticas. Con dos comentarios separados por tiempo y distancia de Santiago Key Ayala*, p. 3. De estas *Notas Críticas* de Zumeta, Key señaló que en ellas el lector podía apreciar “variadas muestras de la crítica literaria, estética, filosófica política, sociológica” de su amigo, *Ibid.*, p. 15. Santiago Key Ayala fue un escritor e internacionalista venezolano. Al igual que Zumeta, fue delegado ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el Tribunal de La Haya y la Conferencia Panamericana en La Habana, en representación del gobierno venezolano. Fue miembro de la Academia de la Lengua y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

¹⁵ Insausti, “Introducción” al libro de César Zumeta, *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*, p. 39.

¹⁶ Zumeta César, *Notas críticas. Con dos comentarios separados por tiempo y distancia de Santiago Key Ayala*, p. 10.

decir de uno de sus críticos, Santiago Key Ayala, “en libro, ha hablado Zumeta veces muy contadas”: *Primeras páginas*, Caracas, La Opinión Nacional, 1892. Su segundo libro en vida fue *Escrituras y Lecturas*, New York, Unr & Cía., 1899, con prólogo del colombiano José María Vargas Vila, uno de sus amigos más próximo. Luego, el grueso de su obra ha sido póstuma, por ejemplo, *Notas Críticas*, Caracas, Cuadernos Literarios de la “Asociación de Escritores Venezolanos, 1951; *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1963, selección y notas de Rafael Ángel Insausti; *El Continente Enfermo*, Caracas, Presidencia de la República de Venezuela, Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1960. Al parecer, hubo cierta “leyenda de la parquedad de la obra de Zumeta [desmentida] oportunamente por Alberto Zérega Fombona, [originada] de no haber recogido en libro sino algunos de sus primeros trabajos”.¹⁷ Su obra póstuma, demuestra lo contrario.

El segundo significativo que se vislumbra en Zumeta como “escritor politizado”, alude al sujeto/escritor estudioso y analista de su sociedad en diferentes planos y espacios de conexión a nivel internacional. Por ejemplo, el corredor New York-Venezuela-Hispanoamérica o el eje París-Venezuela-Hispanoamérica. Rafael Ángel Insausti afirma que Zumeta fue “un cronista de sucesos internacionales”.¹⁸ Justamente, uno de sus libros póstumos, titulado *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*, Caracas, 1963, reúne textos del Zumeta internacionalista. Cabe señalar que esta compilación fue seleccionada, anotada e introducida por Insausti. La ensayística de Zumeta de carácter político y con visión internacional hace pensar que en Zumeta encontramos a un intelectual que, de alguna manera, incidió sobre una emergente y reducida opinión pública venezolana, con audiencia también reducida, en la selecta república de las letras hispanoamericana de su época. Aún más, Zumeta se convirtió en uno de los líderes de ciertos intereses programáticos de carácter continental hispanoamericano, como la denuncia y el combate al imperialismo norteamericano y europeo, particularmente el alemán y el inglés que habían atentado contra los intereses venezolanos; también, como otros intelectuales latinoamericanos, Zumeta asumió el liderazgo de la necesidad de la unión latinoamericana,¹⁹ frente a las amenazas llegadas del exterior. Paralelamente, Zumeta se erige como salvaguarda de valores políticos que, como la

¹⁷ Insausti, “Introducción” al libro de César Zumeta, *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*, p. 15.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ La necesidad de la unión latinoamericana ventilada durante las primeras décadas del siglo xx fue uno de los grandes proyectos de los intelectuales latinoamericanos de ese momento. El caso argentino ha sido estudiado por Pita, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920.*

democracia, también era amenazada por gobiernos autoritarios, llamados y denunciados por la época en estudio como “cesarismo”, de los cuales, Venezuela, por ejemplo, hacía parte. Zumeta, a nivel americano, fue uno de los intelectuales que abanderó la causa del antiimperialismo. En complemento a la causa antiimperialista, denunció prolijamente el imperialismo en sus escritos aparecidos en diferentes materialidades impresas (libros, folletos, prensa, revistas, documentos). Uno de estos impresos fue su opúsculo *El Continente Enfermo*, un pequeño tratado, a la vez panfleto, en torno a la penetración imperialista norteamericana y europea en América Latina.

3. LA DENUNCIA DEL IMPERIALISMO EN *EL CONTINENTE ENFERMO*

En *El Continente Enfermo* (1899)²⁰ Zumeta especialmente hace una dura denuncia del imperialismo norteamericano y europeo sobre América Latina. Esta denuncia, de cierta tradición en el continente durante la vuelta del siglo XIX al XX, se dio en el contexto de lo que Zumeta llama las “jornadas de Manila y Santiago”. Esto es, el famoso “desastre español en América” de 1898 que finiquitó la presencia territorial del imperio español en América. Frente a esta

²⁰ En la obra de César Zumeta y, en relación con este título, debe aclararse que, en primera instancia, *El Continente Enfermo* hace referencia al folleto que con este nombre Zumeta publicó en New York en marzo de 1899, sin pie de imprenta. La versión que se ha utilizado para el presente trabajo es la reproducción que de ese folleto realizó la Coordinación de Humanidades y su Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, bajo el mismo título y en su colección “Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana”, que corresponde al número 50, edición de 1979. Por cierto, es esta una edición un tanto descuidada por sus muchas erratas. En segunda instancia, *El Continente Enfermo* en la obra de Zumeta, refiere a un libro póstumo que reunió el folleto publicado por Zumeta en New York en 1899, al cual se sumaron otros textos de su autoría. La referencia bibliográfica de esta colección de textos de Zumeta es como sigue: *El Continente Enfermo*, Caracas, 1961, Colección “Rescate”. Este libro de Zumeta con diferentes ensayos firmados por él, aparecidos en revistas y periódicos, inicialmente conformó, en sus primeras 343 páginas, el tomo segundo de *La Doctrina Positivista*, volumen 14, de la Colección “Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX”, dirigida por Ramón J. Velásquez; volumen éste preparado por Pedro Grases y Manuel Pérez Vila, con notas de Tomás Lander, Caracas, Presidencia de la República de Venezuela, Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1960. Recientemente, dentro de una nueva colección de libros titulada “Colección Bicentenario Carabobo”, que celebró los 200 años de la Batalla de Carabobo, se realizó una nueva edición de *El Continente Enfermo*, Caracas, Fundación Imprenta de la Cultura, 2022. En una nota al final de esta edición se afirma lo siguiente: “Reunidos bajo un título que anuncia la principal inquietud de su autor, los más de 60 textos que aquí se presentan vuelven una y otra vez sobre temas a los que su autor nunca renunció: la apremiante necesidad de la “América ibérica” de unirse y hacerse fuerte, la mirada crítica del legado espiritual hispánico, la preocupación por la educación, la vocación bolivariana y la alerta ante el imperialismo sobre cuyas apetencias no albergaba dudas”.

coyuntura, la guerra Hispano-Cubana-Norteamericana, Zumeta vio claramente que: “El criterio democrático americano ha sido sustituido con el criterio monárquico europeo; y el resto de la América queda a la merced de las fuerzas complejas y múltiples que pone en juego el nuevo orden de cosas”.²¹ Ese nuevo orden de cosas no fue otro que el imperialismo norteamericano sobre América Latina, específicamente sobre lo que por la época en estudio aparecía en la literatura sociológica como la franja tropical del continente americano. Citando al sociólogo y filósofo anglo-irlandés Kidd,²² Zumeta asumió la definición que este autor dio del imperialismo:

Lo que se disputaban las naciones, era la posesión de la tierra habitable por la raza blanca. Se inicia ahora otra gran rivalidad, la de heredar los trópicos, no en el sentido de poseerlos, porque ya los pueblos más civilizados de la tierra han dejado atrás ese criterio, sino en el de dominar esas regiones, según determinado plan.²³

Paralelo a la denuncia de la penetración norteamericana en América Latina, Zumeta, en su opúsculo, como muchos latinoamericanos contemporáneos a su momento histórico, emprendió la defensa del continente, de su independencia y en favor del antiimperialismo. Además, Zumeta realizó un diagnóstico sobre las dificultades históricas, políticas y socioeconómicas que arrastraba Hispanoamérica, para lo cual apeló, como el mexicano Francisco Bulnes y otros más, a la metáfora del “Continente Enfermo”.

De acuerdo con el sociólogo alemán Karl Mannheim, los intelectuales, como finalmente todos los individuos, tienen una “posición generacional” a la cual se accede natural y biológicamente cuando se nace. Pero para el abordaje crítico de una generación o “posición generacional”, Mannheim agrega “la conexión generacional” que es la que permite,

estar incluido en una posición generacional, para soportar pasivamente los frenos y las oportunidades de esa posición, pero también para poder utilizarlos activamente, tiene uno que haber nacido en el mismo ámbito histórico-social —en la misma comunidad de vida histórica— y dentro del mismo periodo. Sin embargo, la conexión generacional es algo más que esa mera presencia circunscrita en una determinada unidad histórico-social. Para que se pueda hablar de una conexión generacional tiene que darse alguna otra vinculación concreta.

²¹ Zumeta, “El continente enfermo”, p. 5.

²² Se trata de Benjamin Kidd (1858-1916), quien tras escribir una serie de artículos solicitados por The Times, fueron luego reunidos y publicados bajo el título *The Control of the Tropics*, New York, The Mac Millan Co, 1898.

²³ Zumeta, “El continente enfermo”, p. 7.

Para abreviar, podría especificarse esa adhesión como una *participación* en el *destino común* de esa unidad histórico-social.²⁴

Se introducen estos referentes al análisis crítico de las generaciones establecida por Mannheim, con el fin de hacer notar que fue a través de la discursiva de la metáfora médica del “Continente enfermo”, cómo algunos miembros de la generación latinoamericana del 900 coincidieron en torno a un horizonte de expectativas compartido; esto es, concordaron alrededor del destino común de esa unidad histórico-social de principios del siglo xx llamada Latinoamérica. Lo singular a destacar en este vínculo o conector es que los intelectuales cuya ensayística apuntó a la metáfora del “Continente enfermo”, señalaron diferentes diagnósticos de las causas de la “enfermedad”, así como distintos “remedios” para sanarla.

Carlos Marichal, en un interesante estudio de la generación latinoamericana del 900, que es a la que perteneció César Zumeta, ha realizado un análisis de la conexión generacional que unificó a cierta intelectualidad en torno a la metáfora médica del Continente enfermo.²⁵ En su estudio, Marichal identifica al menos dos grandes motivos que permitieron que una serie de intelectuales participaran, como argumenta Mannheim, en el destino común de esa unidad histórica y social latinoamericana de fines del siglo xix y principios del xx: *los idealistas* (Rodó y los Arielistas) y los social *darwinistas*, entre ellos César Zumeta, Francisco Bulnes (mexicano), Carlos Octavio Bunge (argentino), Salvador Mendieta (salvadoreño), Alcides Arguedas (boliviano), Manoel Bomfim (brasileño). Todos ellos, de acuerdo con Marichal, proclives a la lectura de temas relacionados con la sociología, la psicología social, la criminología, la etnología, la historia y la biología:

no consideraban que existían motivos para ser optimistas sobre el futuro de sus respectivos países o acerca del destino de la región, en su conjunto. Al contrario, sacaron la conclusión de que las perspectivas para la modernización eran oscuras, debido en buena medida a herencias biológicas, histórico/culturales y de psicología colectiva que atravesaban sus sociedades pero caracterizaban de

²⁴ Mannheim, “El problema de las generaciones”, p. 221. Cursivas en el original.

²⁵ Marichal, “El lado oscuro de la Generación del 900 en América Latina: darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica”. En este trabajo Marichal realiza una comparación a propósito de las hipótesis que en torno a la metáfora del “Continente enfermo” realizaron autores como Manoel Bomfim (parasitismo degenerativo de las clases altas en Brasil), Alcides Arguedas (geografía andina de razas), Carlos Octavio Bunge (Psicología social hispanoamericana), Francisco Bulnes (las razas del trigo, maíz y arroz). En complemento a este estudio, véase el artículo de Marichal en este número de la *Revista de Historia de América*, cuyo análisis se centra en el libro de Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y los Estados Unidos* (1899).

manera negativa, en especial a las clases populares. Por otra parte, su pesimismo era acentuado por el hecho de que apenas observaban elementos claros de una posible *regeneración*, sino que al contrario insistían, más bien, en ciertas tendencias a la degeneración racial o social, particularmente entre las clases más pobres de sus respectivas sociedades, y en especial entre indígenas y negros. En cambio, tenían mayor confianza en las capacidades culturales de las elites y sectores que podían ser calificados como blancos o de ascendencia europea, lo que reflejaba su profundo racismo.²⁶

Como interprete de los problemas nacionales y continentales de su época, Zumeta se inscribe en aquella generación de hispanoamericanos, la generación del 900, que muy desde el positivismo adoptó ciertas corrientes social darwinistas²⁷ mediante las cuales interpretaron los “males” de las sociedades hispanoamericanas. Uno de los diagnósticos más socorridos de los males del continente en la transición del siglo XIX al XX fue el que acudió a la metáfora del Continente enfermo.

El texto de Marichal sobre “El lado oscuro de la generación del 900” tiene la virtud de realizar un comparativo entre la ensayística que algunos intelectuales latinoamericanos realizaron en torno a la metáfora del Continente enfermo. De esta comparación se desprende que en tales ensayos hubo elementos comunes. Como por ejemplo, el desprecio, traducido en racismo, hacia los sectores populares de aquellas sociedades latinoamericanas de vuelta del siglo XIX al XX, especialmente indígenas, afrodescendientes, marginados y gente del pueblo: perezosos, proclives al alcohol, inadaptados e incapacitados para la modernidad y la civilización. Aunque, de acuerdo con Marichal, como ya se señaló, en el caso del brasileiro Manoel Bomfim, la metáfora médica recayó en

²⁶ *Ibid.*, p. 36. Aunque Marichal aclara que en autores como el brasileño Manoel Bomfim, el discurso sobre la metáfora del Continente enfermo obedecía a la degeneración de la dominante raza blanca.

²⁷ El asunto de la teoría social-darwinista y su recepción en Hispanoamérica y, en general, en Occidente, es un asunto muy complejo. De acuerdo con Marichal, quien cita a Peter Bowler, *Biology and Social Thought, 1850-1914* (1993), “las bases biológicas de muchos de los textos que luego se han calificado como social darwinistas, contenían muy poco de Darwin y, al contrario, mucha más influencia de otras escuelas científicas de tipo biológico o sociológico”. De allí que Marichal se dé a la tarea de identificar las diversas fuentes y escuelas de pensamiento que sirvieron de base a los textos de varios intelectuales en torno a la metáfora del Continente enfermo. En el caso del mexicano Francisco Bulnes, por ejemplo, Marichal concluye que “resulta manifiesta la influencia del pensamiento biológico Lamarckiano. También ocurre algo similar con los demás intelectuales que revisamos, los cuales bebieron con especial avidez en fuentes francesas de reflexión sociobiológico y de psicología social”. Marichal, “El lado oscuro de la Generación del 900 en América Latina: darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica”, p. 37.

la incapacidad de las élites para gobernar. También, de acuerdo con Marichal, el diagnóstico de las enfermedades del continente tenía que ver con herencias biológicas y de alimentación (el consumo del maíz y del pulque) por ejemplo, a los cuales se agregaban motivos histórico-culturales y de psicología social. La degeneración racial en aquellos sectores populares y marginados socialmente fue un elemento más o menos común entre los autores de la metáfora médica.

El caso de César Zumeta es un tanto singular en relación con los integrantes de su generación de intelectuales que forjó la ensayística de la metáfora del Continente enfermo. Como ya se señaló en este trabajo, uno de los ejes transversales al ensayo-folleto de Zumeta fue su denuncia del imperialismo norteamericano y europeo sobre América Latina. Para tal fin, Zumeta realiza un esbozo de la economía política del imperialismo de la época, mediante el cual se impuso una división del trabajo internacional entre países centrales productores de bienes industrializados y los países que con sus recursos naturales debían sostener aquella producción industrial. En este sentido, Zumeta sentenció que “las necesidades del progreso moderno les imponen a los grandes estados industriales, como condición de mantenimiento de su poderío, el deber de activar la producción de las materias primas de que sus industrias se alimentan, y el de estimular, al propio tiempo, el comercio de sus productos”. Y remataba su denuncia imperialista en el siguiente tenor:

Repartido ya el resto del mundo, los ojos ávidos se vuelven hacia la posesión de la América afligida [...] y la diplomacia europea solicitará necesariamente la anulación o modificación de la doctrina Monroe, y el arreglo con los Estados Unidos de un *modus vivendi* adaptable a la política de la Casa Blanca.

Esas negociaciones con su arreo de partijas territoriales versarán sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, sus grandes vías fluviales, y las selvas cuasi vírgenes de sus hoyas hidrográficas.

Zumeta, en una tesis que da testimonio del desigual derecho internacional de la época, argumentó que frente al voraz imperialismo de las grandes potencias de su época, nada valía el derecho “cuando se trata de cuestiones de hecho”. Para Zumeta, el imperialismo empujado por aquellas potencias “cuyas fuerzas se equilibran” tenía un sustento no del derecho, sino del “derecho que no prescribe que es el de la fuerza”. Y afirmaba que la doctrina imperialista que imperaba “en su día” podía ser enunciado de la siguiente manera:

Los pueblos que no saben o no pueden explotar las riquezas de su suelo, y poblar las soledades que el acaso geográfico, o el político, encerró dentro de sus fronteras, menoscaban en esa medida la labor universal, y es altamente moralizador que los más aptos y laboriosos ocupen lo que la incuria mantiene ocioso. Los bosques son del leñador, los caminos de quien los cultiva; los ríos de quien los canaliza y navega. Es la brega inmemorial de los pueblos y las razas que representan las más

avanzadas formas del progreso, contra los pueblos y las razas que representan los infinitos matices del estancamiento y la barbarie.²⁸

Por la época en estudio la discursiva imperialista en pro y en contra del imperialismo circulaba profusamente a nivel mundial.²⁹ Lord Salisbury, por ejemplo, articuló una discursiva en torno a lo que llamó las “naciones agonizantes” (latinas) y el derecho que sobre sus posesiones tenían las “naciones vivas” (sajonas y germanas). En la anterior cita de Zumeta, como él señaló, en la discursiva que imperaba en la época, se encuentra una narrativa en favor del imperialismo que se articulaba perfectamente con los postulados de Lord Salisbury; esto es, “los pueblos y razas del progreso, contra los pueblos y las razas del estancamiento y la barbarie”. Este carácter cultural y racista flotaba en las disputas imperialistas por el reparto de la América Latina. Efectivamente, el 4 de mayo de 1898, tres días después del combate naval de Cavite, más conocido en la historia de los Estados Unidos como la batalla de la Bahía de Manila, que enfrentó a las fuerzas de España y de los Estados Unidos, un año después de que Zumeta publicara su *Continente Enfermo*, Robert Gascoyne-Cecil (III marqués de Salisbury, destacado político de origen británico), planteó una división de las naciones del mundo en dos grupos: el *living nations* y las *dying nations*. Presidida por una especie de darwinismo político, la teoría del *living* y del *dying nations*, deja ver una “euforia de germanos y anglosajones”, propia del período en estudio, en la que se combinaban “nociones científicas procedentes del evolucionismo con la

²⁸ Las últimas citas en Zumeta, *El Continente Enfermo*, pp. 6 y 7.

²⁹ Un ejemplo de esta discursiva imperialista en favor y en contra, al menos para el caso latinoamericano, es la compilación realizada por Pita y Marichal, *Pensar el Antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, en la que se estudian autores y textos que abordaron esta temática durante el primer tercio del siglo xx. La contribución de Marichal a este libro colectivo sugiere la importancia de los medios impresos a través de los cuales circuló esta ensayística en torno a los impulsores y a los detractores del imperialismo. Esta circulación de las ideas imperialistas, como las de sus opositores, los antiimperialistas, tienen que ver con el mundo de la edición de libro y de las revistas. Marichal, por ejemplo, identifica las revistas que publicaban artículos sobre el imperialismo/antiimperialismo en relación con Latinoamérica. Igualmente destaca en este mundo del impreso y la edición, grupos de la izquierda norteamericana muy vinculados con temas latinoamericanos que, como los latinoamericanos desde este lado del río Bravo, además de reflexionar y estudiar el *antimperialismo*, también denunciaron la expansión de su país hacia el sur. El mismo opúsculo de Zumeta cita constantemente una literatura europea que desde el otro lado del Atlántico empujaba el brioso imperialismo de la época. Marichal, “Comentarios sobre un temprano clásico de la izquierda norteamericana: *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism* (1925), de Scott Nearing y Joseph Freeman”

percepción satisfecha del propio poderío” en favor de germanos y anglosajones y, en detrimento del mundo latino.³⁰

En una discursiva que coincidía con la que años más tarde formuló el brasileño Manoel Bomfim en su *Los males de América Latina* (1905), Zumeta argumentó en su ensayo que la responsabilidad de los males del Continente recaía sobre las clases dirigentes y políticas, sobre los partidos políticos y sobre la prensa de la región, por no haber atendido “el deber primordial [de] acordarse entre sí las repúblicas de América, en el sentido de obtener una definitiva interpretación y promulgación de la doctrina Monroe, a fin de incorporarla a nuestro derecho público y hacerla perder su carácter exclusivamente norteamericano”. El carácter de nuestra política interna y externa, argumentaba Zumeta, “ha sido la imprevisión”. En la base de la reinterpretación que Zumeta realizó de la doctrina Monroe, subyace un planteamiento bolivariano/martiano y de otros líderes hispanoamericanos que tenía que ver con la unidad continental: “Desoídas fueron las voces que se alzaron aconsejando el agrupamiento de estos pueblos en una o varias confederaciones para la común defensa de su soberanía y resguardo de su integridad territorial”, argumentó. Pero por otra parte, para Zumeta los males del continente también tenían que ver con el manejo que se había dado a los recursos naturales de la región. Es decir, en Zumeta la estrategia política y económica de las clases dirigentes de la región había sido fallida:

En más de uno de nuestros países, el bosque y la maleza han recobrado tierra que les fue arrebatada por el hacha y la roza durante la Colonia: faltas de cultura intensiva han permanecido relativamente improductivas nuestras zonas agrícolas y criadoras; inexploradas están las selvas y el subsuelo opulento; entregada a un cultivo único y dando de mano a otro pingües y prometedores (plantas textiles, caña, algodón, añil, tabaco, caucho, trigo) hemos logrado que hasta el orden público dependa, en veces, de las fluctuaciones en el mercado de un fruto; por el afán de contratos con especuladores extranjeros hemos estimulado las más voraces formas del peculado, y por el monopolio hemos ahogado, en la cuna, las industrias; nos hemos hecho tributarios de banqueros y contratistas londinenses pagando cincuenta, ciento, y más, por lo que malamente vale uno; [...] fluctuando entre la anarquía y la dictadura hemos hecho precarias las garantías individuales, y la propiedad, y la vida, y, en consecuencia, la gran corriente migratoria mediterránea, adaptable y asimilable a nuestra zona y nuestra raza, ha fluido al norte y al sur, y esquiva nuestras costas.

Enfáticamente Zumeta señaló en su ensayo los males del continente en clave de lo político, económico y financiero. En relación con el mundo de las finanzas,

³⁰ Granados, *Debates sobre España. El Hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, citando a José María Jover Zambrano, p. 33.

por ejemplo, argumentó que las reclamaciones internacionales a los gobiernos de la región por parte de las “living nations” y, los empréstitos, habían “paseado por el continente el espectro de la bancarrota, y nos han impuesto dolorosas derogaciones de derecho”. Y agregaba otros elementos de “enfermedad” a la estructura política-económica que atravesaban el imaginario político de las dirigencias de la región: postergación de las potencialidades del continente, incremento “vergonzante del comercio, de la producción y de la población; y un aumento de la deuda pública”.

A su “pliego de cargos”, así lo llamó, de los síntomas enfermizos del continente, de carácter político, económico y financiero, Zumeta sumó una crítica al determinismo climático según el cual, eran las áreas por fuera de la zona tórrida (la zona intertropical) las que eran las más aptas para la civilización y el desarrollo político y económico. En este sentido planteó que:

Cualesquiera que sean las razas pobladores, en la zona tórrida no imperará sino una civilización lentamente progresiva: cualquiera que fuese el esfuerzo hecho por asimilarla a la de las zonas templadas, fracasaría a la postre, vencido por algo inmanente e inexorable que nos obliga a mantenernos dentro del cuadro que el medio nos demarca; y *que únicamente nos exige a propender a vivir en el decoro de la paz y el trabajo, a hacernos fuertes dentro de nuestra propia casa, y a ligarnos todos contra el invasor extraño*.³¹

En cuanto a los remedios que debían aplicarse a las “enfermedades” continentales, Zumeta también realizó una lectura muy diferente a los “tratamientos” que ofrecieron sus “pares”. La cura, en el decir de Zumeta debía plantearse en los siguientes términos: la unión continental frente al enemigo.

4. A MANERA DE CIERRE: “LIGARNOS TODOS CONTRA EL INVASOR EXTRAÑO”

Después de señalar los síntomas de “las enfermedades” que padecía el continente, Zumeta, en la última parte de su opúsculo, inspirado en el ideal bolivariano de la unidad, se dio a la tarea de retomar ese postulado:

[...] si nuestras repúblicas están pobres de caudal, de población y de orden y los que codician su imperio están pletóricos de sangre y de tesoro, si la conquista está a la orden del día y la ocasión de intentarla a costa nuestra es propicia, justo es pensar que ante semejante perspectiva los gobiernos y los pueblos de América deben apercibirse a la defensa

³¹ Las anteriores citas en Zumeta, *El Continente Enfermo*, pp. 8-10. Las cursivas en la última cita son nuestras.

Lo singular en Zumeta es que al legado de la unidad latinoamericana, tantas veces argumentada por los líderes de las independencias hispanoamericanas, Bolívar, el primero de ellos, Zumeta sumó, contempló y sugirió la defensa del territorio vía las armas. Para ello recomendó sacar ventaja del clima, del valor del soldado, del armamento moderno, de implementar modernas escuadras marinas y de la formación de “la milicia nacional”. Para esto último estableció un programa que iba en el sentido de profesionalizar los ejércitos de la región y paralelamente “establecer sociedades de tiro en cada parroquia”, crear academias militares y establecer tácticas de defensa del territorio y de las costas de los países pertenecientes a la región. Para el logro de todo ello insistía en la necesidad de establecer “un plan común de defensa entre los varios grupos geográficos del Centro y del Sur”. En suma, Zumeta puntualizó su estrategia en los siguientes términos: “El deber inmediato es armarnos”.

Zumeta también apeló al sentimiento de la “raza latina”, “alianza fuerte y generosa de todos *los hijos de la loba* contra todos los hijos del leopardo”. Citando a Simón Bolívar, ya no en su ideario político, sino en su legado militar, Zumeta cerró su ensayo *El Continente Enfermo* en el siguiente tenor:

Tras prolongada tregua se ha reabierto la era aquella, prevista por el libertador, “de una contienda general de los imperios contra la libertad”.

Acállese ante el peligro común la discordia civil, y preparémonos, a los setenta y cinco años de Ayacucho, a lo que Bolívar estuvo preparado al día siguiente de la victoria, “a una brillante guerra muy prolongada, muy ardua, muy importante”.

Los fuertes conspiran contra nuestra independencia y el continente está enfermo de debilidad.

El hierro fortifica.

Armémonos.³²

El mundo de las ideas es complejo. Una de las razones de esta complejidad es la capacidad que tienen las ideas para dejarse interpretar de acuerdo con determinadas temporalidades, contextos, circulaciones y recepciones. A estos vectores analíticos de las ideas, la historia intelectual (la Nueva Historia Intelectual), agrega la perspectiva de las materialidades por donde circulan las ideas, el mundo de los impresos. Es evidente que el pensamiento latinoamericano en torno a la metáfora del Continente enfermo fue diverso. El caso de César Zumeta y su opúsculo *El Continente Enfermo*, es interesante en la medida que muestra una variación de esta discursiva de inspiración médico-biológico-sociológico. En Zumeta, la responsabilidad de las “enfermedades” del continente es de las élites, de los partidos políticos y de la prensa. No de

³² Las últimas citas en Zumeta, *El Continente Enfermo*, pp. 13-15. Cursivas en el original.

los sectores populares, como lo establecieron otros autores contemporáneos a Zumeta. También es muy singular en Zumeta la “cura” a las enfermedades. Es, según explícita estrategia esbozada por Zumeta, la defensa, armarse frente al enemigo europeo y norteamericano.

REFERENCIAS

- Deas, Malcolm, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre Historia, Política y Literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007.
- Granados, Aimer, *Debates sobre España. El Hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, 2a. edición, 2010.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, “El intelectual: historia y política”, *El intelectual y la historia*, Caracas, Fondo Editorial la Nave, pp. 57-106.
- Illades, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta, 2005.
- Insausti, Rafael Ángel, “Introducción”, en Zumeta, César, *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1963.
- Loaiza, Gilberto, “La república de los Ilustrados”, en *Poder Letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia. Siglos XIX y XX*, Cali, Universidad del Valle, pp. 21-70.
- Luna Argudán, María, “Mexicanizar la cultura, una empresa civilizatoria, 1830-1860” en Hernández Chávez, Alicia (dir.), *México Contemporáneo 1808-2014. La cultura*, vol. 4, México, El Colegio de México-Fundación MAPFRE-Fondo de Cultura Económica, pp. 69-111.
- Mannheim, Karl, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, 1993, pp. 193-244.
DOI: <https://doi.org/10.2307/40183643>
- Marichal, Carlos, “El lado oscuro de la Generación del 900 en América Latina: darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica”, en Aimer Granados, Álvaro Matute y Miguel Ángel Urrego (eds.), *Temas y tendencias de la historia intelectual en América Latina*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo- Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 35-61.
- Marichal, Carlos, Marichal, “Comentarios sobre un temprano clásico de la izquierda norteamericana: *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism* (1925), de Scott Nearing y Joseph Freeman”, Alexandra Pita González y Carlos Marichal (coord.), *Pensar el Antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012, pp. 319-331.

- Marichal, Carlos, “La historia latinoamericana: ¿Quo vadis? Reflexiones sobre el concepto de América Latina desde la perspectiva de las relaciones internacionales”, *Tierra Firme*, vol. 14, núm. 55, 1996, pp. 307-321.
- Marichal, Carlos, “Reflexiones sobre el concepto de América Latina”, *Estudios del Hombre*, núm. 9, 1999, pp. 141-152.
- Marichal, Carlos y Pita, Alexandra, “Algunas reflexiones sobre la historia de los intelectuales/diplomáticos latinoamericanos en los siglos XIX y XX. Introducción al dossier intelectuales y diplomáticos en América Latina”, *Revista de Historia de América*, núm. 156, 2019, pp. 97-124.
DOI: <https://doi.org/10.35424/rha.156.2019.235>
- Myers, Jorge, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, vol. I, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 121-144.
- Ory, Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007.
- Pérez Vejo, Tomás, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo Hispánico”, *Historia Mexicana*, vol. 53, núm. 2, 2003, pp. 275-311.
- Pita, Alexandra, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Zumeta, César, *Notas Críticas. Con dos comentarios separados por tiempo y distancia de Santiago Key Ayala*, Caracas, Cuadernos Literarios de la “Asociación de Escritores Venezolanos”, 1951.

Reseñas



Cristina Fonseca Ramírez y Pedro Pérez Herrero (eds.), *El poder de la imagen: iconografía, representaciones e imaginarios en América (siglos XVI-XX)*, Madrid, Silex Ultramar, 463, pp. ISBN: 978-84-19077-26-4

*Fabián Herrera León**

La reconocida y prestigiada Colección Silex Ultramar vuelve a nuestras manos con un noveno título acerca de la imagen, la iconografía, las representaciones y los imaginarios en América a lo largo de los siglos XVI y XX. Se trata de un volumen colectivo bajo el cuidado de dos conocidos historiadores de México y España, respectivamente: Cristina Fonseca Ramírez (Universidad Jaume I de Castellón) y Pedro Pérez Herrero (Universidad de Alcalá).

Integrado por trece capítulos y un bien logrado estudio introductorio, *El poder de imagen* propicia la reflexión colectiva sobre la utilidad de la imagen y las representaciones de la historia y, en particular, de nuestra historia americana. En su introducción, Fonseca Ramírez y Pérez Herrero problematizan la imagen como expresión del poder y destacan su relevancia como objeto de análisis, en correspondencia con la palabra oral y escrita.

Estas primeras páginas del libro colectivo consiguen vincular adecuadamente las temáticas distintas de sus capítulos, de modo tal que un trabajo sobre la imagen de Carlos II en América no es tan distante —en virtud de la problemática compartida—, de aquel dedicado al cine y a la violencia política con motivo de los movimientos juveniles del 68. La organización cronológica permite intimar mejor los trabajos propios del periodo colonial americano, de cartografía, de imagen monárquica y dinástica con impacto en este continente. Este primer grupo de trabajos permite un juego de ubicaciones en distintas partes del subcontinente, pero los hace igualmente parte de estudios que caracterizan una perspectiva europea y metropolitana sobre la nueva España o a un más remoto Tarapacá.

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, México. Correo electrónico: fabian.herrera@umich.mx.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9101-0137>

La segunda parte del libro corresponde a la América independiente y a un nuevo y progresivo discurso a través de la imagen que tiene que ver con el culto a los héroes patriotas o, bien, a la protección de los cultos, tal como Cristina Fonseca nos permite apreciar en su contribución en torno de las advocaciones marianas. Los capítulos sobre el siglo xx analizan un mural anticapitalista en la sala de conferencias de una central obrera mexicana y el libro de texto sobre historia de América —o el lugar del continente en la enseñanza de la historia a estudiantes españoles—, que Pedro Pérez Herrero ofrece en un extenso estudio.

Las imágenes y su uso por el poder siguen asociados a la representación del pasado aún en ese muy distinto siglo xx, aunque es muy cierto el sentir de Fonseca Ramírez y Pérez Herrero respecto de la disolución de la imagen como recurso ilustrativo o de relato visual acompañando a la historia. Aquél que entre otras muchas cosas podría ser considerado historiador u hombre notable de letras, se explica claramente en esta obra: no era extraño que recurriera a la imagen y ensayara con ello crear una opinión pública concreta o una conciencia ciudadana común. Los coordinadores de este libro refieren como ejemplo ilustrativo:

La figura de un rey montado a caballo en el centro de una plaza, el cuadro de una batalla en un ayuntamiento o en la cámara de diputados, el frontispicio de un edificio público relatando una gesta, una bandera, el retrato de un santo en una iglesia, la reproducción de la constitución, una poesía, una obra de teatro, una sinfonía, una canción, un villancico, una novela, un cuento... (p. 16).

En el terreno historiográfico, la imagen dejó el espacio a un nuevo tipo de historia, que buscaba ganar *seriedad* a costa de todo aquello que pudiera ser juzgado por su informalidad o subjetividad inapropiados como la imagen para una historia que pretendieron científica, metodológica y aislada de las expresiones artísticas y literarias con las que antes se encontraba relacionada.

Como si se tratara de una paradoja, este volumen de historia especializada representa un homenaje a aquella forma de historia tan dependiente de lo visual y a la atención popular puesta en ella; todo esto en una época, la nuestra, colmada por la imagen y cada vez más distante del relato escrito. Así es que este podría ser muy bien un relato colectivo sobre el lugar de la imagen en la historia americana, de su partida y su singular regreso triunfal como una versión breve, contundente aunque momentánea.

Cristina Fonseca Ramírez y Pedro Pérez Herrero advierten al historiador que vive este nuevo siglo sobre la apremiante necesidad de manejar nuevas imágenes para nuevas narrativas historiográficas. A este respecto, me pregunto —puesto que también soy historiador—, si nos corresponde elegir las imágenes antes que entender las que han elegido las mujeres y hombres que acompañan

nuestra existencia; si nos corresponde algo más que la explicación de su uso cambiante e intencional de parte de los actores históricos y sociales.

El número nueve de la Colección Silex Ultramar cumple así con su principal propósito: llevar América a Europa, a España, su primera referencia externa y lo hace también en beneficio de la propia América, con ideas novedosas sobre su pasado y una selección de autorías contemporáneas. Las plumas que congrega el volumen, detrás de las de Cristina Fonseca Ramírez y Pedro Pérez Herrero, son las de Lourdes de Ita, Víctor Mínguez, Juana Martínez, María Inmaculada Rodríguez, Inmaculada Simón, Antonio Marrero, Rebeca Viñuela, Rodrigo Escribano, Cecilia Mercedes Quevedo, Ailén Suyai Pereyra, Dulce María Pérez, Aitor Díaz-Maroto, José Suárez-Inclán y Gonzalo Andrés García. Un buen libro es aquel que deja preguntas y reflexiones personales, y éste en particular las propicia desde sus primeras páginas.

Marina Franco y Claudia Feld (dirs.), ESMA. Represión y poder en el centro clandestino de detención más emblemático de la última dictadura argentina, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 198 pp. ISBN: 978-987-719-328-2

*Mario Vega Henríquez**

Esta obra de carácter colectivo reúne los resultados de un conjunto de investigaciones, realizadas por un destacado equipo académico, en torno a las violaciones a los Derechos Humanos perpetradas en contra de militantes de organizaciones políticas de izquierda, durante la última dictadura argentina (1976-1983). Estos hechos tuvieron su núcleo en el recinto de la Escuela de Suboficiales de Mecánica de la Armada (ESMA), en la ciudad de Buenos Aires, que llegó a albergar a cerca de cinco mil prisioneros e integró una amplia red de centros de reclusión política.

Las directoras de la obra señalan, sin embargo, que su propósito no es el de presentar una historia integral de la ESMA, asunto tal vez inabarcable dada la magnitud del horror ahí experimentado por las víctimas, sino, más bien, dilucidar cuál era el proyecto que los militares pretendieron levantar a partir de ésta; en particular, ¿cómo se relacionaron el proyecto político y la acción represiva? ¿de qué manera robaron las propiedades de las y los desaparecidos y cuál fue el destino de ese botín?¹ De este modo, para Franco y Feld, la violencia represiva debe ser entendida como un instrumento habitual de gobierno; así el terrorismo de Estado formó parte de una lógica que recorre buena parte del siglo xx argentino, sobre todo desde 1955.

Si bien el recinto de detención en que se centran las investigaciones presentadas resultó paradigmático respecto de la lucha contra la “subversión”,

* Doctorando en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico: mariovega@ug.uchile.cl.
ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-9745-0926>

¹ Franco y Feld (dir.), “ESMA. Represión y poder en el centro clandestino...”, p. 14.

todos los hechos ocurridos en él forman parte de un universo más amplio de prácticas “legalizadas y públicas”,² destinadas a aniquilar a los opositores al régimen de facto instaurado, desde luego, mediante la prisión política, el exilio, la censura, la intimidación psicológica y la “reeducación” de las y los prisioneros.

A modo de introducción, el primer capítulo de este trabajo, “Una breve historia del centro clandestino”, a cargo de Hernán Confino y Marina Franco, se centra en trazar la trayectoria del recinto, tradicionalmente destinado a la formación de mandos intermedios especializados de la marina, para asumir el carácter de centro de detención ilegal desde 1976, a partir de las definiciones establecidas en el Plan de Capacidades Internas de la Armada Argentina durante el año previo. A este respecto, especifican que las políticas de lucha contrainsurgente se efectuaron de manera descentralizada y carecieron de un mando único dentro del conjunto de las ramas militares.

Desde estos argumentos, los autores desentrañan una trama más amplia y profunda que se relaciona no sólo con una aproximación a la violencia experimentada por sus víctimas, asunto de suyo complejo, sino que la vinculan con el proyecto de poder levantado por Emilio Eduardo Massera, integrante de la junta militar hasta su retiro en 1978, quien aspiró a emerger como figura de continuidad del régimen una vez reestablecido el orden democrático a través de la creación de un movimiento político, mediante el despliegue de un importante dispositivo periodístico estructurado con el objetivo de proyectar su imagen ante la ciudadanía.

El segundo acápite, “El poder en las sombras: el grupo de tareas de la ESMA”, a cargo de Valentina Salvi, focaliza en el análisis de la unidad militar que tuvo su asiento en el recinto clandestino y el modo en que ésta, bajo el amparo de Massera y en el marco de las tensiones existentes entre la Armada y el Ejército, se transformó en un verdadero e impune poder fáctico dentro del aparato represivo estatal. La autora entrega un detalle pormenorizado de su estructura, a fin de explicar la magnitud de su ámbito de acción y destacando la condición que el Grupo de Tareas (GT 3.3) poseía una doble dependencia tanto de la Dirección de Instrucción Naval como del Comando de Operaciones Navales, mientras su línea de mando describía una perfecta pirámide de autoridad. Respecto de los recursos materiales, el GT contaba con diversos medios operativos e instrumentos de tortura, incluso con una droga anti cianuro para evitar el suicidio de los capturados.

Salvi plantea la existencia de procedimientos rutinarios de tortura que pretendió configurar una suerte de “violencia aséptica” que hacía posible que el personal destinado a tales actos se observara como “simple personal

² *Ibid.*, p 17.

técnico”,³ práctica que implica la transposición del concepto de “banalidad del mal” propuesto por Hannah Arendt aplicado a los crímenes perpetrados por el nacionalsocialismo alemán. De igual modo, destaca la existencia de un conjunto de eufemismos, destinados a normalizar la violencia, referidos a delitos como secuestro, tortura y desaparición, por ejemplo. Hacia 1976, el mando del GT asumió una determinación que lo hizo adquirir una mayor influencia, al monopolizar el vasto acervo de información que era capaz de generar y sistematizar, producto de sus crímenes, respecto de las organizaciones insurgentes, relevándose, en ese sentido el rol de su jefe de inteligencia, Jorge “Tigre” Acosta.

Dentro de ese proceso, el acceso a las finanzas de Montoneros otorgó prestigio y reconocimiento al GT dentro de la dictadura, produciéndose, a su vez, una ruptura definitiva con el SIN y asumiendo la conducción de las operaciones de “guerra psicológica” destinadas a generar adhesión e intimidación en la ciudadanía hacia el régimen e infiltrar organizaciones sociales para asegurar su control. La autora destaca que la hegemonía alcanzada por los oficiales de la ESMA llegó a tal extremo, que no sólo algunos de ellos realizaron charlas sobre su “experiencia” en otras unidades de la Armada, sino que hasta este recinto fueron llevados los teletipos de la Cancillería debido a las mayores competencias de su personal para realizar seguimiento de acciones de contrapropaganda frente a las denuncias en contra de la dictadura militar argentina efectuadas en Europa. No obstante, una de las prácticas represivas a los que sometieron a los prisioneros en la ESMA fue el intento de modificar su subjetividad para transformarlos en personas adictas al régimen a partir de la coerción, la violencia y la intimidación.

Por su parte, el tercer capítulo de esta obra, “Un nivel superior de aniquilamiento: el 'proceso de recuperación’”, a cargo de Claudia Feld, se enfoca en las prácticas perpetradas por las oficiales navales destinadas al aniquilamiento físico y moral de los detenidos, así como la implementación de un conjunto de dispositivos destinados a su docilización mediante el quebrantamiento de su voluntad. Este fue uno de los objetivos que trazó para la ESMA Jorge Acosta, a cargo de su dirección entre los años 1976 a 1979, cuya primordial característica fue la permanente coexistencia de las personas con “la muerte, la violencia y la producción de vínculos perversos con sus captores”,⁴ con los más sofisticados métodos de destrucción.

De este modo recintos como el “casino de oficiales”, “la pecera” y el “sótano” resultaron ser los lugares comunes del horror, aquellos en donde los prisioneros bajo vigilancia constante fueron forzados a cumplir las llamadas

³ *Ibid.*, p. 62.

⁴ *Ibid.*, p. 80.

“labores manuales especializadas”,⁵ como la falsificación de documentos mientras en espacios próximos se practicaba la tortura, configurando un dantesco cuadro en donde la violencia física y psicológica adquirieron un carácter cotidiano y sistemático. Es este el período en el que recrudecen las desapariciones de prisioneros y, a su vez, se propagaron diversas operaciones de desinformación a fin de encubrir sus crímenes.

Dentro de la perversión en los vínculos implementados en este centro de detención, se encontraba la asignación de un responsable para cada prisionera, relación que implicaba, según plantea la autora, su permanente control, el someterla eventualmente a abusos sexuales e, incluso, a visitar a sus parientes bajo la compañía de su captor cuando se hacía acreedora de esta “garantía”, práctica que ejemplifica la manifestación llamada “tortura permanente” como han denunciado las víctimas.

Claudia Feld señala que la fase superior de este conjunto de procedimientos era, según lo planteaba el propio Acosta, “la reconversión de enemigos” en agentes de inteligencia, proceso que no era otra cosa que extraer el potencial intelectual de las y los cautivos al hacerlo funcionar con las tareas de represión e inteligencia, alcanzando el óptimo de terror que se ejercía mediante el pleno sometimiento de las víctimas.

Por su parte, en el cuarto capítulo: “Solidaridades y tensiones”, Rodrigo González Tizón y Gabriela Messina, se enfocan en la reconstrucción de los vínculos y en las solidaridades construidas por las y los cautivos, en tanto pulsión de nuestra irrenunciable condición humana a pesar del horror experimentado dentro del recinto clandestino. De acuerdo con González y Messina, su carácter “complejo y contradictorio”,⁶ debe ser comprendido dentro del adverso contexto en que tuvieron lugar, y se desarrollaron en el marco del violento amedrentamiento al que fueron sometidos, mismo que significó, para sus víctimas, la posibilidad de mantenerse un tiempo más con vida.

A este respecto, en este acápite se describen algunos tipos de actitudes propias de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los reclusos: la solidaridad, la desconfianza, las ambigüedades, así como los cambios y persistencias. Mientras la solidaridad se presenta como un modo de sobrellevar el espanto cotidiano a partir de mínimos, pero elocuentes gestos. La desconfianza se impone como actitud fundada en la entrega de información, en la delación de los cercanos derivada de las graves torturas infringidas por los captores.

Los testimonios presentados refieren la existencia de un ambiente de disociación creado de manera intencional por la dirección de la ESMA, cuyo

⁵ *Ibid.*, p. 83.

⁶ *Ibid.*, p. 101.

objetivo era tensionar las relaciones entre las víctimas e instalar la idea de que era posible la sobrevivencia. Una de sus prácticas deliberadas fue la de otorgar mínimas garantías para unos y violentos castigos para otros, situación que evolucionó de manera constante y atomizó progresivamente los vínculos al agudizar el terror psicológico al que se sometía a los prisioneros.

El quinto título de este libro: “De la rapiña a los millones: el robo de bienes en la ESMA”, de la autoría de Hernán Confino y Marina Franco, se enfoca en el panorama del sistemático expolio del patrimonio material de las personas recluidas y de sus familiares, que configuró un amplio fraude financiero cuyo propósito era no sólo apropiarse de los recursos de las organizaciones políticas insurgentes, conteniendo su accionar, sino ser apropiado por los captores como parte de un verdadero botín de guerra en tanto segunda etapa del proceso represivo.

A fin de consumir estos ilícitos, los oficiales navales utilizaron a los cautivos como mano de obra forzada para falsificar diversos documentos que les facilitarían el arrebato de diversos bienes de los detenidos y sus familias. Lo anterior fue posible, asimismo, gracias a la participación de una trama civil que, actuando en complicidad, se benefició de las estafas. Por su parte, militantes peronistas como Carlos Bartolomé fueron utilizados para crear materiales audiovisuales de propaganda nacionalista, aun cuando era prisionero en la ESMA. Además, la desposesión forzada de bienes fue incluso más allá e implicó la apropiación, por parte de integrantes de las fuerzas represivas, de predios rurales de considerable extensión, así como la constitución de empresas destinadas a la operación de casinos, por ejemplo, conformando una amplia trama liderada por Massera, Acosta y los mandos del GT.

En el sexto capítulo “El lugar sin límites. El centro clandestino fuera de la ESMA”, Claudia Feld dedica una dimensión al “proceso de recuperación” al que fueron sometidas las víctimas, el cual implicó mantener su condición de rehén fuera del recinto de detención, mediante la vigilancia de uno de sus captores. Este procedimiento, que representa un caso extremo de intimidación, se apoyaba en la intención de demostrar que los prisioneros se mantenían con vida desacreditando las múltiples denuncias realizadas en contra de la dictadura por desaparición forzada de personas. Su puesta en práctica implicó, además, la extensión del “universo concentratorio” a las familias que, al recibir la visita de víctimas y captores, quedaban impedidas de realizar denuncias como un modo de resguardar a su ser querido cautivo.

Para su ejecución, se dispuso de algunos recintos como casas-quintas con el objetivo de congrega a los prisioneros y familiares con sus captores, bajo una atmósfera de tensa cordialidad. Por otra parte, los cautivos fueron en ocasiones trasladados varios cientos de kilómetros incluso para delatar a sus compañeros

o para identificarlos cuando pretendían ingresar clandestinamente a través de pasos fronterizos.

La intención de manipular a las víctimas incluía una transformación de su subjetividad, especialmente en el caso de las mujeres quienes debían vestirse y maquillarse “como señoras”, siendo exhibidas como “trofeos de guerra” en sus ciudades de origen, con una vida social que amplió la reclusión de éstas a otros espacios, causándoles graves perjuicios psicológicos y sociales. Otra manifestación de esta estrategia fue el régimen de “libertad vigilada” que implicó la supervisión constante e intimidación de sus entornos familiares, práctica que alcanzó el paroxismo cuando tres secuestradas fueron trasladadas a París para desempeñarse en un centro piloto de la Cancillería argentina destinado a desarrollar acciones de contrapropaganda para falsificar documentos utilizados en el enriquecimiento ilegal de altos oficiales navales.

Finalmente, en las conclusiones, las directoras de esta publicación, Marina Franco y Claudia Feld, plantean que las políticas represivas consideraron a la prisión política como una condición clave y ampliamente extendida durante la dictadura militar en Argentina, y que la ESMA constituyó un caso singular dentro de ella, pues no sólo dependió directamente de Massera, también la existencia del recinto se prolongó durante toda la dictadura y los crímenes ahí perpetrados fueron permanentemente denunciados a nivel nacional e internacional. Todo lo anterior se da en el marco de la existencia de un aparato represor, el GT, que disfrutó de una amplia autonomía en su actuar, pero también de aquello que las autoras señalan como la retroalimentación entre la función represiva y su aprovechamiento como base de poder, hecho que se une de modo indisoluble a la figura particular de Emilio Eduardo Massera que le imprimió no sólo un carácter criminal al conjunto del actuar de este centro, sino observó en él un punto de partida para disputar la hegemonía política a sus pares de la junta de gobierno.

Por otra parte, la ESMA ejemplifica de modo simultáneo la acción de la justicia por imponer la verdad y sancionar a los responsables de crímenes de lesa humanidad, como también la impunidad en la que quedaron parte de los crímenes ahí ocurridos y sus autores, transformándose de manera indudable en un símbolo de la dictadura militar, que desde 2015 es un Museo de Sitio; esta obra, no es solamente una aproximación historiográfica de su dramática trayectoria, sino parte del deber de memoria del horror perpetrado por los regímenes inspirados en la Doctrina de la Seguridad Nacional en nuestro continente.

Documentos



La Decena trágica narrada por uno de los acompañantes del presidente Madero

*Juan González Morfín**

RESUMEN

Después de catorce meses de haber iniciado el periodo presidencial de Francisco I. Madero, en los primeros días de febrero de 1913, un levantamiento militar lo llevó a refugiarse en el Palacio Nacional y desde ahí buscar la contención de los sublevados. Sin embargo, luego de nueve días de combates callejeros fue obligado a presentar su renuncia como presidente para dejar la puerta abierta a una sucesión con aires de legalidad a favor del general Victoriano Huerta, quien había abandonado a Madero y pactado con los sublevados el cese al fuego a cambio de ser él quien ocuparía la primera magistratura. En este artículo se presenta un documento que, por haber sido escrito por uno de los hombres de confianza de Madero que lo acompañó hasta el momento de su detención, contiene pormenores poco conocidos sobre los últimos días del presidente y la gestación de los hechos que precipitaron su caída.

Palabras clave: Decena trágica, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta, conspiraciones, levantamiento militar.

The Decena trágica narrated by one of President Madero's companions

ABSTRACT

Fourteen months after Madero began his presidential term, in the first days of February 1913, a military uprising forced him to take refuge in the National

* Universidad Panamericana, Ciudad de México, México. Correo electrónico: jgonzalezmorfín@yahoo.com.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7278-7872>

Palace and from there seek the containment of the rebels. However, after nine days of street fighting, he was forced to resign as president to leave the door open to a succession with an air of legality in favor of General Victoriano Huerta, who had betrayed Madero and agreed with the insurgents to cease the fire in exchange for being the one who would occupy the first magistracy. This article presents a document that, because it was written by one of Madero's trusted men who accompanied him until the moment of his arrest, contains little-known details about the last days of the president and the gestation of the events that precipitated his fall.

Key words: *Decena trágica, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta, conspiracies, military uprising.*

INTRODUCCIÓN:

UNA VERSIÓN DE PRIMERA MANO SOBRE LA DECENA TRÁGICA

Posiblemente uno de los hitos de la Revolución mexicana sobre los que más se ha escrito, sea el periodo convulso que hizo caer al presidente Madero, conocido vulgarmente como la Decena trágica. Las obras que describen estos pocos días que marcaron de un modo indeleble la historia del país son de índole muy diversa y algunas realmente buenas. Casi todas ellas relatan pormenores interesantes de lo acontecido y no pocas tienen el mérito de ser relatos autobiográficos, escritos en primera persona. Uno de ellos, el del licenciado Federico González Garza tiene el mérito de narrar, paso por paso, lo que ocurría en el entorno más cercano a don Francisco Madero, pues en su calidad de gobernador del Distrito Federal, le tocó estar al lado del presidente desde los primeros momentos del día en que se iniciaron las hostilidades.¹

El 4 de julio de 1913, a menos de cinco meses de los sucesos que condujeron a la caída de Madero, González Garza termina su escrito, lleno todavía de recuerdos cercanos de lo que le tocó vivir al lado del prócer. El origen de este relato había sido refutar un artículo publicado el 29 de junio de 1913 por el diario *New York Times*, en el que un político porfirista y, ahora, huertista, de nombre Emeterio de la Garza,² justifica el derrocamiento de Madero con base

¹ Federico González Garza (1876-1951) fue un político antirreeleccionista, hombre de confianza de don Francisco I. Madero, quien lo nombró primero subsecretario de Gobernación y después gobernador del Distrito Federal.

² Emeterio de la Garza (1873-1928) fue diputado federal durante varios periodos en el régimen porfirista. Con Victoriano Huerta, sirvió en el servicio diplomático y se destacó como conferencista.

en imprecisiones y falsedades.³ González Garza reconoce que su larga réplica no llegó a ser publicada en *The New York Times*, puesto que había que pagar por ello y carecía de fondos.⁴ No obstante, a poco menos de un año de haber escrito el relato, González Garza consiguió que fuera parcialmente publicado por *El Dictamen de Veracruz*, el 8 de junio de 1914. En ese mismo año, un libro anónimo que reúne muchos testimonios sobre los meses que gobernó Huerta, recoge parte del escrito de González Garza.⁵ No fue sino hasta 1936 que, en una versión corregida, el propio González Garza publicara el relato completo y con algunas adiciones.⁶

El documento original, como se va a presentar, se encuentra en el archivo del Centro de Estudios de Historia de México Carso y es un documento de 28 folios mecanografiados, con algunas correcciones a mano, y firmado por el autor el 4 de julio de 1913. Contiene una visión muy fresca de los acontecimientos dramáticos que Federico González Garza vivió al lado de Madero, pues fue redactada apenas unos meses después de los hechos. Sirve también para aclarar algunas dudas sobre el momento en que se presentó Huerta con Madero y sobre su comportamiento posterior a lo largo de la Decena trágica. Refleja, con el realismo propio de quien está metido en el problema, muchos de los estados de ánimo que se suscitaban y, sobre todo, es un documento fidedigno para dilucidar la historia de aquellos días de convulsiones y traiciones. Por todo eso, me ha parecido oportuno que se publique para que esté al alcance de cualquiera que se interese por estos acontecimientos. Antes de ofrecer el texto, conviene recordar algunos hechos que lo contextualizan.

1. ANTECEDENTES DEL CUARTELAZO

Don Francisco I. Madero, quien habiendo participado en las elecciones de 1910 contra el anciano presidente Porfirio Díaz había desconocido la legitimidad de los resultados y convocado un levantamiento generalizado para derrocar por las armas al dictador, consiguió en muy pocos meses, con los Pactos de Ciudad Juárez, la renuncia de Díaz y, después de un breve interinato por parte del abogado Francisco León de la Barra, triunfó en las elecciones de octubre de 1911 y asumió la presidencia de la República en noviembre siguiente.

Desde sus primeros días en la primera magistratura tuvo que hacer frente a una despiadada campaña de importantes periódicos que no dejaban de ridiculizarlo y exhibir supuestos errores. La campaña se extendió también

³ El artículo se titulaba: “Huerta’s spokesman tells problems that face Mexico”.

⁴ Véase González Garza, *La Revolución mexicana*, p. 385.

⁵ Véase Anónimo, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 37-45.

⁶ González Garza, *La Revolución mexicana*.

por los foros teatrales y la figura presidencial sufrió rápidamente un fuerte desgaste. A esto se unieron los incesantes levantamientos regionales en contra del régimen maderista; principalmente el de Orozco en el norte y el de Zapata en el estado de Morelos. Por otro lado, antiguos revolucionarios que lo habían apoyado se distanciaron de él, ya sea porque había elegido en puestos claves a personajes emblemáticos del antiguo régimen, o porque las demandas sociales que enarbolaron junto con él en la lucha contra Díaz no estaban en el calendario inmediato del nuevo presidente. No obstante, Madero seguía siendo un mandatario con una inmensa popularidad y la esperanza de la mayoría de los mexicanos estaba puesta en él.

Esto último no quitaba que, al amparo de las libertades que con el régimen maderista se habían comenzado a gozar, se multiplicaran las conspiraciones en contra de Madero, pues se tenía la seguridad de que no acarrearían mayores represalias.⁷ De todos eran conocidas y muchos de los implicados eran militares o personas que colaboraban con el nuevo régimen, aunque mayoritariamente conspiraban quienes veían en el general Bernardo Reyes al estadista adecuado para continuar la obra que Porfirio Díaz había iniciado. También se encontraban en estas reuniones no pocos partidarios de un gobierno encabezado por Félix Díaz, general de brigada cuyo principal mérito estribaba en ser sobrino del viejo dictador.

Las conspiraciones fueron creciendo a tal punto que muchos aventuraban fechas para que se diera un cuartelazo que derrocaria a Madero. Algunos más arrebatados habían fijado la fecha de su caída en las fiestas patrias de 1912; otros, en los albores de 1913. La noticia de que en estas reuniones conspirativas participaban también algunos integrantes del recién creado Partido Católico Nacional, condujo a que los principales representantes del episcopado, reunidos en Zamora para un congreso social, escribieran a los dirigentes de dicho partido para recordarles que “la Iglesia condena toda rebelión contra las autoridades constituidas”, que “todo católico debe reprobar cualquier rebelión” y que, si bien es lícita la censura a los gobernantes por sus actos públicos, sin embargo, “en los amagos de la anarquía que asoma en nuestros días, la prudencia y el verdadero amor patrio aconsejan que los católicos y todo buen ciudadano limiten sus censuras”⁸ para no menoscabar el principio de autoridad.

Efectivamente, como se comprobó después, algunos miembros de ese partido participaban en las intrigas contra el régimen. Pero la inconformidad no

⁷ Véanse Arenas, *Radiografía del cuartelazo*, pp. 135-146; Guzmán, *Muertes históricas...*, pp. 105-106.

⁸ Carta de los obispos José Mora y del Río, Eulogio Gillow, Francisco Orozco y Jiménez, Leopoldo Ruiz y Flores, Jesús María Echevarría y José Othón Núñez a los dirigentes del Partido Católico Nacional, febrero 6 de 1913, Archivo Histórico de la Arquidiócesis de México, fondo episcopal: José Mora y del Río, caja 88, expediente 17, ff. 2 y 3.

se concentraba en los militantes de ese partido. En distintos ambientes, sobre todo en la Ciudad de México, se hallaban inconformes que descalificaban de plano a Madero para sacar adelante al país; unos, simplemente lo consideraban demasiado débil, incluso ingenuo; muchos más, temían ver afectados sus intereses económicos en el momento en que el dignatario se diera a la tarea de promover las reformas sociales que había prometido y se hallaban deseosos de un retorno inmediato al antiguo régimen, por eso es que su mirada estaba puesta sobre todo en el general Bernardo Reyes y, secundariamente, en Félix Díaz.

El general Reyes, en un desplante que a muchos llevó a sospechar de su salud mental, después de dejar el ejército se había declarado en rebelión contra el gobierno de Madero el 14 de diciembre de 1911 y, apenas unos días después, se entregó a las autoridades gubernamentales reconociendo que no tenía ningún apoyo. Sin embargo, desde la cárcel en que se encontraba, la prisión militar de Santiago Tlatelolco, en complicidad con su hijo Rodolfo y un apreciable número de seguidores, llevaba meses conspirando y había aceptado encabezar el cuartelazo que depusiera el gobierno de Madero apenas se dieran las circunstancias oportunas, entre ellas, la de ser excarcelado por sus seguidores.

Por su parte, el brigadier Díaz, quien primero abandonó el ejército para evadir así la justicia militar que lo habría pasado inmediatamente por las armas en caso de ser capturado en rebelión, se pronunció en Veracruz a mediados de octubre de 1912 en contra del gobierno central y, en cosa de una semana, se rindió a las fuerzas leales a Madero, al ver la imposibilidad de que prosperara su movimiento. Encarcelado primero en San Juan de Ulúa, consiguió rápidamente ser trasladado a una prisión de la Ciudad de México, para poder intrigar mejor junto con Rodolfo Reyes y otros conspiradores afines al general Reyes. Así, bajo el pretexto de ser abogado de ambos, el hijo de don Bernardo no cesaba de ir a una prisión y otra, y de terminar de atar los cabos para llevar a cabo la asonada, manteniendo contacto con el general Mondragón y con algunos otros miembros del ejército, como el general Gregorio Ruiz, que estaban dispuestos a poner los elementos con los que contaban y buscar otros para tal efecto. No se sabe hasta dónde también con Victoriano Huerta, quien manejaba su propia agenda con las mismas intenciones, aunque se encontraba en desventaja, por no tener en ese momento hombres a su mando.⁹

⁹ En su obra sobre el fin trágico del régimen maderista, el ministro de Cuba en México, Manuel Márquez Sterling, asegura que Reyes, Díaz y Mondragón sí habían entrado en contacto con Huerta, pero éste se había separado de la conjuración, pues pretendía quedar como presidente, mientras que el resto de los conjurados optaban por Reyes (Márquez, *Los últimos días del presidente Madero*, p. 359).

2. VOCES QUE NO SE ESCUCHARON

En su relato sobre el inicio de la Decena trágica, Martín Luis Guzmán aporta una gran cantidad de detalles obtenidos de testigos de primera mano. Permite ver cómo se fueron dando los preparativos y cómo, casi todos ellos conocidos por las autoridades con el tiempo suficiente para reaccionar y, sin embargo, la respuesta fue más bien débil.¹⁰

A guisa de ejemplo se ofrece ahora la siguiente reconstrucción, siguiendo principalmente el relato de Guzmán. El 8 de febrero, sábado, los preparativos para la sublevación que comenzaría en la madrugada del día siguiente se dejaban percibir desde las entradas y salidas que tuvo Rodolfo Reyes en la cárcel donde estaba preso su padre, hasta en los movimientos tácticos de algunas de las compañías que se iban a levantar, como el acuartelamiento de tropas en el cuartel de Tacubaya, sin que mediara alguna explicación. Por otra parte, muchas indiscreciones hacían que en aquel momento la existencia del complot fuera ya conocida por las autoridades y el gobierno, que de manera paciente buscaba recabar pruebas antes de actuar: “anónimos, y por boca de personas serias y dignas de crédito, uno tras otro llegaban a los ministerios y demás oficinas públicas los avisos de que el levantamiento se preparaba para aquella noche”.¹¹

El viernes 7, de manera accidental o porque fungía como espía, uno de los hombres leales a Madero participó en una de las reuniones en las que se ultimaban los detalles del levantamiento. Inmediatamente solicitó entrevistarse con el presidente, que lo citó para el día siguiente y luego se negó a recibirlo. El coronel, sobremanera preocupado, buscó a la esposa del presidente para comunicarle lo que sabía. La respuesta fue que ahora sí fue buscado por Madero, pero para reprenderlo por su conducta.

Con todos los datos que había, el comandante militar Lauro Villar citó a todos los jefes de las diferentes guarniciones para exhortarlos a la lealtad, con lo que previno a los conjurados para actuar con mayor cautela. Además, tomó algunas precauciones que dificultaron un poco el levantamiento, mas no lo hicieron abortar.

Todavía a las diez de la noche de ese sábado, después de haber vigilado de cerca a los principales conspiradores, el inspector general de policía buscó en su casa al ministro de la guerra, general Ángel García de la Peña, para asegurarle que esa noche se llevaría a cabo el levantamiento. El ministro, molesto, le espetó:

¹⁰ Guzmán, *Muertes históricas...*, pp. 114-120.

¹¹ *Ibíd.*, p. 114.

¿Qué generales son los que se pueden levantar? Bernardo Reyes y Félix Díaz están presos, a Mondragón no lo sigue nadie; Huerta es un borracho que sólo anda a la caza del dinero que ya se le va a dar; de Gregorio Ruiz no puede creerse. Conque váyase usted a dormir y déjeme a mí hacer lo mismo.¹²

Todavía a las tres de la mañana, después de él mismo haber ido a cerciorarse, el inspector de policía informó a los generales Lauro Villar y Ángel García de la Peña sobre todos los movimientos que se estaban dando en el cuartel de Tacubaya; sin embargo, después de una llamada telefónica al general Villarreal, que formaba parte de la conspiración y disuadió a Villar y a García Peña de lo que habían sido enterados, se le pidió al inspector despreocuparse del asunto. No satisfecho por la respuesta, redobló su vigilancia, pero antes de las cuatro de la mañana ya habían sido apresados sus espías y, un poco antes, también había sido hecho prisionero don Gustavo Madero, quien sí le había creído y por cuenta propia había intentado cerciorarse de lo que acontecía.

Los informes del inspector de policía continuaron poco después de las cuatro de la mañana, cuando las tropas acuarteladas principalmente en Tacubaya, aunque también en otros puntos, comenzaron a avanzar unas hacia palacio y otras hacia las prisiones en que se encontraban los generales Reyes y Díaz. En ese momento, por fin, el general Lauro Villar se levantó y comenzó a preparar la defensa con algunas tropas de las que estaba cierto de su lealtad.

Es justamente aquí donde, luego de algunos prolegómenos, enlaza el relato del documento de González Garza que se presenta en esta edición tal como fue escrito el 4 de julio de 1913, apenas unos meses después de los acontecimientos.

3. EL PAPEL DE LA DIPLOMACIA EXTRANJERA

Para una mejor comprensión del texto que se ofrecerá a continuación, es oportuno hacer una breve mención del papel desempeñado por la diplomacia extranjera, que tuvo reuniones constantes para deliberar sobre los hechos que acontecían y que, en el caso de los ministros de Estados Unidos, principalmente, pero también de España, intervino en asuntos que rebasaban su ámbito de competencia y pertenecían a la política interna de nuestro país.

Los ministros extranjeros que tuvieron mayor preponderancia en los acontecimientos seguidos de la sublevación de Mondragón y Díaz fueron el ministro de Cuba, Manuel Márquez Sterling; el de España, Bernardo J. Cóloman y, desde luego, Henry Lane Wilson, embajador en México de Estados Unidos.

El embajador norteamericano se había singularizado por ser un detractor del régimen de Madero a la vez que, a nivel personal, se había enemistado

¹² *Ibid.*, p. 119.

con el presidente por no haberle otorgado pensión alguna que complementara su sueldo, como él mismo había postulado. Pero, además de que sus informes a la Secretaría de Estado de su país “no los hubiera hecho con tintas peores el más encarnizado enemigo político de Madero”,¹³ ya desde antes de la Decena trágica se le encontraba inmiscuido en diversas reuniones en las que se conspiraba contra Madero, incluso antes de la sublevación, como observó el ministro de Cuba:

a mi entender entonces y, más tarde, con el testimonio del Ministro de España Sr. Cologan, y las numerosas pruebas que el tiempo ha venido acumulando, la embajada fue, y no otra cosa, el centro de una verdadera conjura en contra del gobierno y su política, desde antes de la sublevación.¹⁴

La actitud intervencionista de Lane Wilson se acentuó apenas iniciada la Decena trágica; tal vez él esperaba que todo hubiera terminado en un día, pero al ver que aquello se prolongaba indefinidamente, comenzó a tratar de unir a todos los elementos contrarios a Madero en un solo frente, desde el mismo día 10 de febrero.¹⁵ Así, el 18 de febrero, Wilson telegrafía a su gobierno informando:

Alarmado por la situación que puede sobrevenir con la caída del presidente Madero invité al general Huerta y al general Díaz, para que vinieran a la embajada con objeto de considerar la cuestión de preservar el orden en la ciudad. Cuando llegaron, vi que había muchas otras cosas que discutir y resolver y, después de enormes dificultades, conseguí que se pusieran de acuerdo y llegaran a una inteligencia para trabajar en conjunto los dos, de manera que Huerta sea el presidente provisional y Díaz nombre el gabinete y en seguida le dará [Huerta] todo su apoyo para que [Félix Díaz] sea electo presidente permanente.¹⁶

Después de su triste actuación para que se llevara el pacto de la embajada, Lane Wilson tendría todavía una actitud más reprochable al negarse a atender las peticiones de Sara Pérez de Madero para que interviniera a favor de salvar la vida de su marido y, todavía más, al ser consultado por Huerta sobre qué hacer con el ahora ex presidente, Wilson le respondería que “debía hacer lo que fuera mejor para asegurar la paz del país”,¹⁷ con lo que no sólo estaba justificando el asesinato de Madero, sino que de un modo pragmático y fácilmente entendible lo estaba recomendando.

¹³ *Ibid.*, p. 86.

¹⁴ Márquez, *Los últimos días...*, p. 380.

¹⁵ Prida, *La culpa de Lane Wilson...*, p. 72.

¹⁶ *Ibid.*, p. 62.

¹⁷ *Ibid.*, p. 111.

Entre sus colegas del cuerpo diplomático, Wilson encontró especialmente eco en sus sentimientos contrarios al régimen maderista en el ministro de España, Bernardo J. Cóloman, quien participó activamente en diversas intrigas y tuvo la osadía de presentarse personalmente en el Palacio Nacional ante el primer magistrado para exigirle su renuncia a nombre del cuerpo diplomático acreditado en el país:¹⁸ “Cóloman se dejó llevar por las presiones de Wilson y no hubo acontecimiento público donde no creyera que se requería su presencia. La labor del ministro español quedó francamente fotografiada al lado de los conspiradores”.¹⁹

Aunque no participó tan directamente en las conspiraciones ni se encontró entre los que ya desde antes lo hacían en contra del régimen de Madero, en las ceremonias de felicitación al presidente del pasado primero de enero, Cóloman se había dado permiso de regañar al gobernante y exhortarlo, a nombre del cuerpo diplomático, a trabajar más decididamente por la pacificación del país, pues, solo “así podrá el gobierno, dignamente presidido por Vuestra Excelencia, dedicarse a fomentar, en sana concordia, el progreso cultural, ya tan acentuadamente iniciado, y procurar el desarrollo de las fuentes vivas de riquezas que atesora el suelo mexicano”.²⁰

Después, en los días de la Decena trágica, tuvo la temeridad de ir varias veces a la Ciudadela, para tratar de acordar una tregua al menos, cuando no el alto completo de las hostilidades.

“La conducta del Ministro Cóloman —afirmaría meses después el ministro de Cuba— fue, en un principio, diáfana, pero Mr. Wilson lo envolvió en sus tinieblas y, aunque no le tenga, ni mucho menos, por cómplice disimulado y pérfido, es indudable que no supo evadir la borrasca a donde Mr. Wilson lo había impulsado”.²¹

Manuel Márquez Sterling, ministro de Cuba en México, es un personaje del cuerpo diplomático que se distinguió por su simpatía con Madero y que se caracterizó por poner de su parte todo lo que estaba para conseguir sacarlo con vida del país cuando éste era ya prisionero. Presenció la desesperación del mandatario cuando fue descubriendo que una vez y otra había caído en las trampas de Huerta; su desolación al saber que Huerta había faltado nuevamente a su palabra y que el día 19 de febrero no saldría rumbo a Veracruz, como lo había pactado, con lo que sus vidas corrían inminente peligro.

¹⁸ Véase Márquez, *Los últimos días...*, pp. 419-420.

¹⁹ Flores, *El gobierno de su majestad Alfonso XIII...*, p. 108.

²⁰ Guzmán, *Muertes históricas...*, p. 85.

²¹ Márquez, *Los últimos días...*, p. 423.

La presencia de Sterling junto a los prisioneros nos permite conocer también las cavilaciones de Pino Suárez:

En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución; asesinarlos equivale a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derroque a los traidores para rescatar a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que nos fusilen. Carece de la educación cívica necesaria para lo primero. Le sobran coraje y pujanza para lo segundo.²²

También, junto con el consuelo que les prestó con su compañía y con la noticia de que el vapor Cuba, que había solicitado, se hallaba ya en el puerto de Veracruz para cuando las autoridades permitieran el traslado de los reos, Márquez Sterling nos transmite algunas de las reflexiones finales de Madero: “Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... ésta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse...”. Y más adelante: “Si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres que no sean medias tintas... He cometido grandes errores. Pero... ya es tarde”.²³

Sobra decir, para quienes conocen ya el desenlace, que los esfuerzos y facilidades del ministro cubano, junto con algunos otros, para llevarse del país al derrocado presidente, no dieron resultado y que, a los pocos días sobrevino el resultado fatal, pero esperado: el asesinato de Madero. Un último favor haría todavía el ministro cubano a su querido amigo ahora ya difunto: el de auxiliar a su viuda, a quien se le había negado la entrega del cadáver, a recuperarlo con la intervención de Mr. Lane Wilson y del nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, personajes ambos con quien la viuda prefería no tratar.²⁴

4. EL SALDO DE LA DECENA TRÁGICA

Cuando en París el expresidente Porfirio Díaz fue enterado de lo ocurrido en México, además de explicar que de momento no pensaba regresar al país en tanto que no tuviera un régimen constitucional fuerte (con lo que de algún modo desautorizaba el gobierno de Huerta y su apariencia legaloide), condensó en una frase lo que había ocurrido: “un fuerte golpe para el país”.²⁵ Efectivamente,

²² *Ibid.*, p. 515.

²³ *Ibid.*, p. 500.

²⁴ *Ibid.*, pp. 562-566.

²⁵ *El Imparcial*, 23 de marzo de 1913, p. 1.

el trauma del cuartelazo había terminado con el encanto del sueño democrático de muchos. En unos cuantos minutos (los que bastaron para la investidura de Huerta), las cámaras quedaban completamente cuestionadas en relación con su independencia;²⁶ las reformas en el orden social que habían llevado a muchos a tomar las armas, aplazadas indefinidamente; el ejército, ese ejército en el que el presidente y el pueblo tanto habían confiado, desautorizado y con la etiqueta de traidor; y el presidente, ¿qué decir del nuevo presidente? Al menos, y lo que ya era de todos conocido, que era un borracho, pero, además, un traidor y, en pocos días más, un asesino. Asesino del experimento democrático apenas comenzado, asesino también de los exmandatarios Madero y Pino Suárez,²⁷ asesino de la nascente democracia.²⁸

Paradójicamente, una vez que se conoció el cese de las hostilidades, a pesar de la prisión de Madero y las renunciaciones forzadas de quienes habían sido electos con una abrumadora mayoría, muchedumbres enteras salieron a festejar el retorno de la paz, las campanas repicaron y hubo un verdadero alborozo popular. Silva Herzog explica de modo benevolente esta actitud de la población:

Es explicable el desbordamiento de júbilo de la gente al saber que la lucha había terminado. ¿Qué importaba que el Presidente, el Vicepresidente y sus ministros estuvieran presos por órdenes de Victoriano Huerta? Lo único que importaba era volver a la normalidad después de la tremenda pesadilla de diez días. Además, es necesario reconocer que precisamente en la ciudad de México fue donde Madero siempre tuvo mayor número de enemigos y lógicamente menos partidarios.²⁹

En cuanto al número de muertos, las cifras varían muchísimo. Martín Luis Guzmán afirma que en el primer combate hubo cerca de mil víctimas tan sólo de los no combatientes;³⁰ Ramón Prida, en el polo opuesto, después de revisar los libros de actas de defunciones en el registro civil, concluye que “los civiles muertos no llegaron a cincuenta”; un artículo firmado con el seudónimo

²⁶ La renuncia del presidente en la cámara de diputados fue aceptada por 123 votos a favor y 5 en contra.

²⁷ No está probado que Huerta los haya mandado matar, pero difícilmente se puede creer que se les hubiera ultimado sin su anuencia. Una prueba indirecta es el comunicado oficial en el que se inventó un supuesto intercambio de disparos con partidarios de Madero que buscaban rescatarlo. El rural Francisco Cárdenas, hombre que asesinó a Madero, le contó al poeta José Santos Chocano que recibió la orden directamente de Aureliano Blanquet (Saborit, *Febrero de Caín y de metralla...*).

²⁸ Una visión contrastante de Huerta, no necesariamente apologética, y académicamente bien trabajada, se encuentra en Meyer, *Huerta: un retrato político*.

²⁹ Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana...*, p. 7.

³⁰ Guzmán, *Muertes históricas...*, p. 153.

de “Almafuerte”, recogido por Saborit en su antología, apunta un número de “cerca de seis mil heridos y más de dos mil muertos durante la Decena Trágica”.³¹ Es más que probable que el número de muertos se cuente por cientos y, tal vez rebase la barrera de los mil; también el número de heridos. En cualquier caso, un cargo más para quienes conspiraron primero y alentaron después el levantamiento será también el elevado número de víctimas, mayoritariamente civiles, fallecidas durante los combates y bombardeos indiscriminados de estos días.

5. EL DOCUMENTO DE FEDERICO GONZÁLEZ GARZA

La refutación de González Garza al artículo injurioso contra Madero, además de transmitir la información de quien vivió los hechos al lado del presidente Madero casi hasta el final, contiene elementos muy interesantes.

Comienza alabando a la prensa de los Estados Unidos y poniéndola como ejemplo de lo que debe ser el ejercicio periodístico en los países civilizados. Inmediatamente después pasa a contradecir las principales afirmaciones del artículo sobre Madero que menciona en el título. Luego busca contextualizar los acontecimientos de febrero de 1913 describiendo la situación que reinaba para, finalmente, dedicar la mayor parte del escrito a la narración pormenorizada de lo ocurrido en aquellos días trágicos.

A lo largo de su relato, vierte algunos juicios personales sobre lo que facilitó la caída del prócer: su verdadero error —según González Garza— fue haber designado en puestos claves de su gabinete a personas que ni lo entendían ni lo sostenían en sus acciones, como Ernesto Madero, Rafael Hernández, Pedro Lascuráin, Jesús Flores Magón y Jaime Gurza; algunos de ellos, amigos del antiguo régimen; otros, simplemente actuaban por su cuenta. Por otra parte, ya en los días de la Decena trágica, a la pregunta de por qué no se deshizo de Huerta cuando comenzó a sospechar sus malos manejos, González Garza responde:

todo se resume en estas breves palabras: porque el Sr. Madero, hombre de una confianza excesiva en sí mismo, no por ser un presuntuoso, sino por ser un inspirado, creía poder conjurar todas las tormentas que sobre él se desencadenaban.

Pasemos pues a la transcripción del documento de Federico González Garza en que nos narra cómo se vivían estos acontecimientos al lado del presidente Madero:

³¹ Saborit, *Febrero de Caín y de metralla...*, p. 573.

Refutación a un artículo intitulado “Huerta’s spokesman tells problems that face Mexico”, publicado en el periódico “The New York Times” el día 29 de Junio de 1913.

El ex-Gobernador del Distrito Federal, Lic. Federico González Garza, como testigo presencial de los sucesos sangrientos que se desarrollaron durante los días que se ha dado en llamar la “decena trágica”, relata hechos emocionantes que forman parte de la verdadera historia del movimiento militar que estalló en la Capital de la República Mexicana y que concluyó con la caída de un gobierno constitucional al ser asesinado el Presidente D. Francisco I. Madero.

Reputo a la Prensa americana como signo que mucho se acerca al ideal de prensa que deben tener los pueblos más civilizados. En este país, muy poco tiempo puede permanecer oculta la mentira: los periódicos, esos instrumentos civilizadores por excelencia, se encargan de desvanecer por la mañana todas las tinieblas que se acumulan por la noche y logran que la verdad termine por abrirse paso para seguir siendo el guía seguro que habrá de conducir con firmeza a este pueblo hacia la realización de sus grandes ideales.

Es el amor a la verdad el impulso único que mueve mi pluma; pues como mexicano considero un deber desvanecer errores que fácilmente pueden extraviar la opinión de los extranjeros respecto de nuestro país en los momentos mismos en que más necesidad tenemos los mexicanos de que se crea en la sinceridad de nuestras luchas por la libertad y por el afianzamiento, no de los gobiernos tiránicos emanados de la fuerza de las armas, sino surgidos de la voluntad popular expresada en forma pacífica, según los procedimientos electorales establecidos en las leyes.

En las páginas de este mismo periódico, correspondiente a la edición del Domingo 29 de Junio, apareció un artículo intitulado “Huerta’s spokesman tells problems that face Mexico”, suscrito por un individuo que expresamente ha venido a este país por instrucciones de Victoriano Huerta, el usurpador, con la pretensión de sorprender al pueblo americano, refiriéndole los asuntos de México en términos que se apartan mucho de la verdad, con el objeto de justificar lo injustificable, como son los medios violentos por los cuales Huerta y Félix Díaz se apoderaron de la persona del Sr. Francisco I. Madero, Presidente Constitucional de la República Mexicana, para establecer un nuevo gobierno que repugna a la mayoría del pueblo, como lo está demostrando el hecho de hallarse en armas casi toda la República para demostrar que no tolerará más gobernantes que los que elija su soberana voluntad.

Durante la “decena trágica”, que comprendió los días del 9 al 19 [de febrero] del corriente año, yo desempeñaba el puesto de Gobernador del Distrito Federal y con ese carácter, uno de mis deberes principales era el de mantener el orden y seguridad en la Capital y especialmente cuidar la persona del Presidente de la República y de sus ministros. Fui, pues, testigo de la mayor parte de los acontecimientos que entonces se desarrollaron, y si a esto se añade la estrecha

amistad que me ligaba con el extinto Presidente, se comprenderá que estoy capacitado para hablar con cierta autoridad sobre estos asuntos.

La primera inexactitud que asienta el autor del artículo mencionado consiste en decir que cualquier hombre con dinero, como el Señor Madero, pudo haber hecho la Revolución de 1910 como él la hizo: pues que la dictadura de Porfirio Díaz se volvió tan despótica que ya el pueblo no la podía soportar.

Esto último es enteramente cierto y con ello queda justificado aquel movimiento emancipador; pero puedo asegurar que era tal la degradación política a que habían llegado las clases directoras en México, bajo la corruptora administración del dictador Díaz, que era muy difícil encontrar un hombre de la talla de Madero que irguiéndose sobre aquel pantano de miserias, tremolase con la fe de un apóstol la bandera de las libertades públicas y congregara a su alrededor a tantos buenos mexicanos que vivían anhelando llegar a ser verdaderos ciudadanos.

El defensor de Huerta comete las más burdas injusticias asegurando que el señor Madero, a quien aduló en la prosperidad, era intelectual, moral y físicamente incapaz de gobernar a nuestro país.

En lo físico no sé yo de ningún hombre que soportara tantas fatigas como él sin desmayar jamás; era proverbial su incansable actividad y todo el mundo sabía que en su deporte favorito, el caballo, dejaba atrás y rendidos a los miembros de su Estado Mayor; pues no todos podían seguirlo hasta el fin de sus expediciones, no siendo raro el caso de que cayeran muertos los corceles que montaba, viéndose obligado a continuar su marcha en nueva cabalgadura.

En cuanto a su aspecto físico, Madero no tenía la majestuosa corpulencia de un Taft; pero sí la proporcionada estatura de un Poincaré; no era tan bajo de cuerpo como el actual Rey de Italia, tan querido de su pueblo; pero sí como Benito Juárez, el hombre más insigne que ha tenido México, sin hablar de las facciones de Madero, que eran mejores sin disputa que las de nuestro gran indio de Guelatao.

Para medir la talla moral de Madero, necesitamos buscar un patrón que quizás no existía en México; pues la incapacidad que le atribuye en ese sentido el representante de Huerta, no radicaba en Madero, radicaba en el bajísimo nivel moral y cívico de todos los que adulaban al viejo dictador y eran las que componían por entonces y en primer término, las clases directoras de la sociedad.

Para que Madero hubiera podido satisfacer a esa clase corrompida, habría sido menester que descendiera hasta el nivel de inmoralidad en que se hallaba la “buena” sociedad mexicana en aquella época, según la pinta con vivísimos colores el autor del artículo que refuto en un opúsculo que escribió atacando a su benefactor el dictador Díaz.

Es deplorable que este individuo en su afán de justificar la conducta de Huerta, llegue a afirmar con desplante inconcebible, que hace muy poco honor a su buena fe, hechos absolutamente falsos, como que Madero fue electo por 20,000 votos en una población de trece millones de almas. Sepa el pueblo americano a este respecto que la ley electoral que rigió las elecciones que dieron el triunfo al señor Madero, divide los Distritos electorales en Secciones de quinientos habitantes

cada una, correspondiendo un elector por cada sección, de modo que los veinte mil de que habla el defensor de Huerta, no son votantes, sino electores que representan cada uno quinientos votos, resultando a favor del extinto presidente, diez millones de votos, poco más o menos, suponiendo que el dato del partidario de Huerta no sea correcto.

Es cierto que al llegar al poder el señor Madero, varios de los que se decían sus amigos lo traicionaron: pero fue porque cometió un error que lo engrandece: porque no supo matar como lo supo hacer el viejo Díaz y actualmente su discípulo Huerta. Si Madero hubiera castigado con la muerte, la primera traición de Orozco a la caída de Ciudad Juárez juntamente con los que fueron en nombre de Díaz a cohecharlo y a corromperlo para que se rebelara contra el Jefe de la Revolución, se hubiera extinguido en su origen la fuente de futuras infidencias, cometidas por hombres que muy pronto probaron que no era el sincero deseo de mejorar la condición política y social de nuestro pueblo lo que les había hecho abrazar la causa que con tan absoluta buena fe y con tan acendrado patriotismo había iniciado el señor Madero; sino ocultas ambiciones que fueron y serán todavía las causantes de muchos de los infortunios de nuestro pueblo, hasta que éste no logre, como es seguro que está para realizarlo, sanear y purificar nuestro ambiente político de todos los gérmenes morbosos que dejó tras de sí el nefasto régimen del dictador Díaz.

El verdadero error en que en mi concepto incurrió el señor Madero y que exclusivamente a él debe atribuírsele y del cual derivaron una cadena sin fin de desastrosas consecuencias, fue el haber puesto los destinos de la revolución que acaudilló, en manos de personas que no sólo no la comprendieron ni simpatizaron con ella, sino que la hostilizaron y reprobaron. Los señores Ernesto Madero, Lic. Rafael Hernández, Lic. Pedro Lascuráin, Lic. Jesús Flores Magón y Jaime Gurza, siempre sostuvieron esta tesis paradójica: que sólo poniendo al frente de los principales puestos públicos a elementos del antiguo régimen, los que por fuerza tenían que ser enemigos de la Revolución y, por ende, enemigos del señor Madero, se podía salvar su gobierno. Los hechos muy pronto se encargaron de dar un tremendo mentís a semejantes teorías.

Se puede colegir el interés que podrían tener en apoyar al señor Madero los muchos enemigos que lograron permanecer e introducirse en su administración por virtud de la influencia de los ministros antes mencionados, cuando estos mismos en los supremos momentos de aguda crisis originada por el Cuartelazo de la Ciudadela, y unidos al señor Ministro de la Guerra, Gral. Ángel García Peña, le pidieron que renunciara al puesto que el pueblo le había conferido, porque así lo pedía un militar infiel cuyo mérito único era ser el sobrino de un tirano. Semejante abandono de sus deberes de parte de estos miembros del último gabinete del señor Madero, provocó en primer lugar que los senadores se congregaran a solicitud del señor Lascuráin, como ministro de Relaciones, y que envalentonados por el apoyo de éste, también le pidieran su renuncia al Señor Presidente, y en segundo lugar, precipitaron de un modo inconsciente la traición de Huerta, puesto que a cada momento éste era testigo de que aquél estaba siendo abandonado por dichos ministros.

Es falso que el señor Madero mandara llamar a su casa a Huerta para que lo defendiera el Domingo 9 de Febrero, día en que estalló el cuartelazo en la Capital de la República. Los hechos pasaron así:

A las 4 A.M. fue a despertarme a mi casa el Sr. Vice-Presidente de la República, Pino Suárez, diciéndome, con la mayor alarma retratada en su semblante: ¿Qué no sabe Ud. que acaba de pronunciarse el Gral. Mondragón en Tacubaya? Se me asegura que en estos momentos tiene ya lista la artillería de un Regimiento y que están encendidos los fanales de varios automóviles, listo todo para salir para esta Capital con el propósito de poner en libertad al Gral. Bernardo Reyes que está en la prisión de Santiago. Inmediatamente salté de la cama, me lancé al teléfono llamando al Inspector general de Policía, el Mayor Emiliano López Figueroa, quien en pocos minutos me confirmó la noticia. Llamé en seguida a la Prefectura de Tacuba y pronto recibí igual confirmación. Dudando aún de la verdad de la noticia, violentamente nos trasladamos en su auto el Sr. Pino Suárez y yo, al Palacio Nacional en busca del Comandante Militar de la Plaza, y nuestra sorpresa fue grande cuando al llegar a la puerta de honor del mismo Palacio, por las sombras de un incipiente amanecer, los alumnos de la Escuela de Aspirantes, a quienes en mala hora gente infame había corrompido, y que desprendiéndose de Tlálpam venían a apoderarse de Palacio, iniciando su carrera militar con un acto indigno de deslealtad hacia las supremas instituciones de la República. Nuestro auto estuvo a punto de chocar con la falange rebelde; pues de no haber verificado nuestro chauffeur un movimiento habilísimo con su máquina, emprendiendo en seguida una veloz carrera para dar la vuelta al Palacio por la calle de la Moneda, se nos hubiera fácilmente reconocido y habríamos caído prisioneros en sus manos. Teníamos ya la prueba evidente que buscábamos para tomar las providencias que eran de mi resorte como Gobernador, nos dirigimos a la Inspección Gral. de Policía, luego que no nos fue posible encontrar al Comandante Militar. Allí se despidió de mí el Sr. Pino Suárez y, en seguida, después de hablar con el Sr. Presidente por teléfono, me puse de acuerdo con el Inspector y dispusimos que se concentraran en Chapultepec, en donde vivía el Sr. Madero, los dos batallones de Seguridad y los dos regimientos de la Gendarmería Montada, pues era posible que los alzados intentaran un ataque a Chapultepec, hallándose este punto tan cercano de Tacubaya.

A las 6 a.m. me trasladé al lado del Presidente, acompañado del Inspector General de Policía, encontrándome al Sr. Madero tomando todos los datos que podía recoger, antes de partir para el Palacio Nacional, asiento oficial del Gobierno.

Mientras tanto, Mondragón con su artillería llegaba hasta la Prisión de Santiago y ponía en libertad al Gral. Reyes, a quien encontraron ya en traje de campaña. De allí se dirigieron a la Penitenciaría para libertar a Félix Díaz; pero antes de entregarlo, habla conmigo el Director de ese Establecimiento, y me dice:

—Frente a esta Prisión se halla en actitud amenazante con toda su artillería el Gral. Mondragón acompañado del Gral. Reyes y me exigen la inmediata libertad de Félix Díaz. No tengo para defenderme más que 20 hombres, creo que la resistencia y cualquier sacrificio serían inútiles: ordéneme Ud. lo que deba hacer.

Al mismo tiempo que esto ocurría, se habían ido reuniendo al pie de Chapultepec las fuerzas a que antes había aludido, más todos los alumnos del Colegio Militar que estaban listos para defender al Gobierno constituido.

A la sazón, se estaban dando las últimas disposiciones antes de partir y entonces, comprendiendo lo ventajoso que sería impedir que los pretorianos llegaran a Palacio antes que el Sr. Presidente, contesté al Director de la Penitenciaría, de acuerdo con aquel Magistrado:

—Resista Ud. todo lo que pueda sin sacrificar a la guardia y valiéndose de cuantos medios diplomáticos tenga a su alcance.

En seguida y en medio del mayor entusiasmo para batir a los rebeldes, descendió el Sr. Presidente del Castillo de Chapultepec montado en un magnífico caballo, después de haber arengado con el calor que sabía hacerlo en las circunstancias difíciles, a los alumnos del Colegio Militar, aumentando con sus palabras el sentimiento de adhesión hacia un Gobierno de cuyo origen legítimo estaban perfectamente persuadidos.

Fue en el trayecto por toda la Calzada de la Reforma que se fueron incorporando a nuestra columna todos los Ayudantes del Estado Mayor del Presidente, varios ministros y numerosísimos amigos leales que querían correr la misma suerte que el Jefe Supremo de la República, en aquellos solemnes momentos en que el encono de la pasión política, el rencor de los vencidos y el ansia de restauración, experimentada por una minoría que nunca supo amar al pueblo, de una dictadura que éste odiaba, había llegado a su máximo, sin comprender la reacción que todos sus esfuerzos serían vanos, pues ya el mismo pueblo había saboreado a sus anchas las libertades que fueron incapaces de concederle el viejo dictador con su cohorte de Procónsules.

Fue también allí cuando se acercó al Sr. Presidente, sin que éste lo hubiera llamado, y entre los muchos amigos que se iban presentando para ponerse a sus órdenes, su falso amigo Huerta, quien bajando de un coche de sitio y cubiertos sus ojos con unos espejuelos negros, quizá menos que su conciencia, se venía a poner a su disposición ahora que no tenía mando y con el pensamiento oculto de aprovechar esa oportunidad que ya venía buscando, para dar un golpe de muerte al que había sabido derrumbar el Militarismo, representado por el viejo dictador Díaz.

No estando presente el Comandante Militar, Gral. Lauro Villar, por hallarse en Palacio, las fuerzas que acompañaban al Sr. Presidente iban a las órdenes directas del Gral. Ángel García de la Peña, Ministro de la Guerra, quien se había incorporado antes que Huerta y había puesto en antecedentes al Sr. Madero de lo ocurrido en Palacio, al ser desarmados los Aspirantes por dicho Comandante Militar.

El entusiasmo del pueblo al paso del Sr. Presidente iba cada vez más en aumento y la columna avanzó sin novedad por la Avenida Juárez hasta llegar frente al Teatro Nacional, en donde tuvo que hacer alto porque comenzó a escuchar un nutridísimo fuego de fusilería en dirección de las calles de Plateros y Palacio Nacional; pero sin que por el momento pudiera localizarse con precisión de dónde partía.

Esto fue causa de que se originara cierta confusión en la columna y en toda la comitiva, y desde luego se le hizo ver al Sr. Madero que no debería avanzar hasta que no se hiciera una exploración en las calles que había que recorrer antes de llegar a Palacio, así como en las adyacentes y en las avenidas del 5 de Mayo y del 16 de Septiembre. Descendió de su caballo y, mientras se hacía la exploración, él y todos los que lo acompañábamos, entre los que se encontraban ya los ministros Manuel Bonilla, Ernesto Madero y Rafael Hernández, nos replegamos hacia la acera oriente de la antigua calle de Santa Ysabel, entre San Francisco y 5 de Mayo.

Allí se discutió con calor y entre un verdadero desorden si el Sr. Presidente debería continuar hasta entrar a Palacio o regresar a Chapultepec. El ministro de la Guerra era de la primera opinión y Huerta de la segunda porque decía que el Presidente de la República no debería exponerse como lo estaba haciendo el Sr. Madero. La confusión seguía aumentando y llegó a advertirse que parte de un cuerpo de Caballería, sin saber quién lo ordenaba, se desprendió del núcleo y a galope tomó el camino de la calle de San Juan de Letrán, a la vez que se veían atravesar por las calles del 16 de Septiembre, en vertiginosa carrera, a muchos caballos sin jinete pertenecientes a las fuerzas rebeldes que al frente del Gral. Reyes se habían presentado minutos antes frente a Palacio, habiendo sido rechazados y cayendo acibillado por las balas de una ametralladora el General mencionado.

Se hacía necesaria, por lo tanto, una acción decisiva, tanto más cuanto que una bala que se supuso había partido de los balcones del edificio de Mutua para herir de muerte al Sr. Madero, había hecho rodar por tierra a un gendarme que estaba a su lado. El ministro de la Guerra no acertaba a dar un pronto desenlace a aquella insegura situación. Huerta, por otra parte, seguía insistiendo en que debería hacerse esto y lo otro y lo de más allá, en todo lo cual no estaba de cuerdo de la Peña, hasta que Huerta, comprendiendo que había llegado la oportunidad que ambicionaba, dijo con resolución y audacia al Sr. Madero:

“¿Me permite Ud., Sr. Presidente, que me haga cargo de todas estas fuerzas para disponer lo que yo juzgo debe hacerse para la defensa de Ud. y de su Gobierno?” El Ministro de la Guerra cometió en esos instantes la imperdonable debilidad de no hacer observación alguna a lo que Huerta solicitaba, abdicando sin razón de su autoridad militar y permitiendo con ello, él que sabía quién era Huerta y los malos pasos en que andaba, que se consumara la primera parte del plan que aquel militar traidor se había trazado para aniquilar al magnánimo Presidente que poco antes le había otorgado la banda azul de General de División.

El Sr. Madero viendo que de la Peña no dominaba la situación ni hacía oposición alguna ni tampoco ninguno de los ministros que le rodeaban, no tuvo más que ceder, dejándose guiar por su excesiva buena fe y confiando en la buena estrella que hasta entonces parecía no haberle abandonado.

Esta es una relación exacta de una parte de los hechos que se verificaron durante la mañana del primer día de aquella decena trágica, que concluyó con el asesinato del Sr. Madero, su hermano Gustavo y su ministro Pino Suárez.

No fue el Sr. Madero, en consecuencia, quien llamó a Huerta para que salvara a su Gobierno, fue este hombre falso que astutamente logró engañar a aquél a quien le juró muchas veces, bajo su palabra de honor militar y por las cenizas de su madre, que era su leal amigo.

Asegura el apologeta de Huerta que éste fue el salvador del Gobierno en los campos de Chihuahua y que el pago que el Sr. Madero le dio fue recibirlo fríamente a su regreso a México, quitarle el mando de las fuerzas del Norte y abandonarlo a la miseria, todo lo cual es falso, pues es público y notorio que él mismo pidió se le sustituyera en el mando para atender una grave enfermedad que se le había desarrollado en los ojos; el Sr. Madero fue personalmente a la estación a recibirlo a su regreso y le concedió a los pocos días el grado de Gral. de División. Y es tan cierto que este hombre quedó aparentemente satisfecho, que por la prensa manifestó que el Sr. Presidente le había otorgado con su ascenso la más alta recompensa y el más alto honor a que podía aspirar un soldado de la República.

Sin embargo, aquel soldado había comenzado a traicionar al Sr. Madero desde que le confirió el mando de las fuerzas del Norte para batir al rebelde Orozco. El Presidente adquirió esa convicción por datos fidedignos que sus amigos le habían suministrado.

En francachelas privadas que tuvo Huerta antes de irse al Norte, se había expresado en términos despectivos del Gobierno, declarándose porfirista, y ya en el Estado de Chihuahua, después del primer triunfo sobre los rebeldes, se manifestó con suma indolencia para proseguir las operaciones; dejó de aprovechar excelentes oportunidades para consumir verdaderas derrotas sobre el enemigo, si hubiera tenido la voluntad de hacerlo; se pasaba días y días embriagándose y teniendo a las fuerzas en una inactividad completa, gastando enormes sumas de dinero y dejando que se perjudicara la caballada, cuya conservación descuidaba por completo. Logró llegar hasta C. Juárez, pero dejando tras de sí en completa rebeldía a todo el Estado de Chihuahua. Hostilizó todo lo que pudo a D. Abraham González, Gobernador del Estado y, por último, llegó a expresar públicamente, en las cantinas de El Paso, Tex., su completo desacuerdo con el Sr. Madero.

Todo esto y mucho más que por ahora no hay tiempo ni oportunidad de referir, fue confirmado y evidenciado por el mismo Huerta, cuando después de consumir toda su infame traición y teniendo ya preso en el Palacio Nacional al Sr. Presidente, le dijo estas cínicas palabras:

—“Sepa Ud., Sr. Madero, que desde que me confirió el mando de la División del Norte, Ud. era mío, había Ud. caído en mis redes y su suerte estaba a mi disposición”.

Se ve por lo anterior que no hubo ingratitud de ninguna especie de parte del Sr. Madero para Huerta; fue este hombre indigno que se colocó por sí mismo fuera de toda estimación y de todo respeto, y que merece que sobre él caiga el castigo de los hombres y la maldición de la Historia.

Conocidos los hechos anteriores, fácil es explicarse lo ocurrido durante los días en que Mondragón y Díaz se posesionaron de la Ciudadela, y adivinar cuál sería la conducta de Huerta y la de todos los que él logró contaminar con sus ideas de traición. En efecto, Guillermo Rubio Navarrete que había sido llamado a raíz del cuartelazo para prestar sus servicios en la artillería que debería atacar la Ciudadela, en presencia del Presidente y con el acento de la más profunda convicción, extendiendo unos planos sobre la mesa demostró científicamente lo fácil que era rendir esa fortaleza, diciéndole al Sr. Madero: “Yo, Sr. Presidente, me comprometo a tomar la Ciudadela en el término de 24 horas”. El Presidente creyó en su lealtad a tal grado, que en esos mismos instantes lo ascendió a Brigadier, y se dieron inmediatamente las órdenes correspondientes para poner a su disposición el material de artillería bastante para acometer la empresa. Después de su entrevista con el Sr. Madero, Rubio Navarrete pasó a ponerse a las órdenes de Huerta, a quien en sustitución del Gral. Villar que había sido herido al defender heroicamente el Palacio Nacional, se le había confirmado el puesto de Comandante Militar de la Plaza que de hecho comenzó a desempeñar en las circunstancias que dejó antes relatadas. Grande fue la sorpresa y la decepción que experimentamos los que rodeábamos al Sr. Madero en Palacio, cuando en la mañana siguiente se presentó de nuevo Navarrete para comunicarle que había cambiado de opinión: pues científicamente se había convencido de que la Ciudadela no se podía tomar en las 24 horas que él había fijado, ni siquiera en una semana, pues la consideraba casi inexpugnable y había que causar muchos estragos en los edificios antes de poderla rendir. No había duda; teníamos ya en nuestro seno un nuevo traidor: Huerta se lo había conquistado. El mismo Navarrete ha confirmado más tarde que en aquel momento engañaba al Presidente, pues en un banquete en que los felixistas [sic] se envanecían de haber resistido como unos héroes en la Ciudadela, según dio cuenta la prensa mexicana en su oportunidad, Rubio Navarrete interrumpió bruscamente al orador, lanzándole estas palabras: “Miente Ud., si nosotros no tomamos la Ciudadela, fue porque no quisimos”.³²

Efectivamente, Huerta, alegando siempre mil pretextos para justificar por qué se dilataba tanto el ataque y simulando en todo los instantes una fidelidad inalterable al Gobierno, seguía mientras redondeando su plan de traición, acumulando todos los preparativos necesarios, mandando emisarios de toda su confianza al Gral. Blanquet que se hallaba en Toluca para advertirle sus propósitos y poniéndose de acuerdo por medios indirectos con el embajador Wilson y directamente con varios senadores y con de la Barra, para que los Ministros diplomáticos por una parte y los senadores por la otra, le pidieran al Presidente que renunciara. Esto no impedía que inmediatamente después que el Sr. Madero había desoído por absurdas las pretensiones de dichos senadores y diplomáticos, en términos que serán memorables en nuestra historia por la lección de dignidad y patriotismo que

³² Rubio Navarrete escribió, años después, un relato pormenorizado en el que explica cuáles fueron las circunstancias que impidieron tomar la Ciudadela.

dio a unos y a otros, no impedía, digo, que Huerta se expresara de los senadores en voz alta y en el mismo Salón de Acuerdos de la Presidencia, con las siguientes frases que encerraban un mundo de hipocresía: “Estos senadores son unos bandidos”.

Y se me preguntará: ¿Por qué, pues, si el Sr. Madero y todos los que lo rodeaban, tenían tan vehementes sospechas de los manejos de Huerta, por qué no lo despojaron del mando que tan imprudentemente habían puesto en sus manos? Todo se resume en estas breves palabras: porque el Sr. Madero, hombre de una confianza excesiva en sí mismo, no por ser un presuntuoso, sino por ser un inspirado, creía poder conjurar todas las tormentas que sobre él se desencadenaban. En vano era que a cada instante le llamáramos la atención y le señaláramos el peligro; lo característico de su persona era recrearse siempre en considerar la parte buena de las cosas y no querer aceptar este hecho en todas sus consecuencias: que el hombre es la expresión de la más formidable antítesis que puede ofrecernos la naturaleza, puesto que reúne en sí, en el orden moral, las más grandes excelsitudes y sublimidades, a la vez que las abominaciones y deformidades más monstruosas que puedan existir en la creación.

Es falso de toda falsedad que el Sr. Madero mandara romper el armisticio que se había pactado con los rebeldes de la Ciudadela. Recuerdo con toda precisión la sorpresa y profunda contrariedad que él experimentó cuando inesperadamente se comenzaron a escuchar de nuevo los disparos de la artillería y el fatídico traqueteo de las ametralladoras. Con toda ansiedad preguntaba él qué había ocurrido, e inmediatamente comisionó a uno de sus ayudantes a fin de que se ordenara cesar el fuego. ¿Qué había ocurrido? Pronto se aclaró que los pretorianos habíanse aprovechado de aquella tregua para hacer avances y colocar uno de sus cañones donde no hubieran podido llegar en lucha franca, lo que al fin fue impedido de la única manera que podía impedirseles con todo derecho, a cañonazos. Este incidente fue la causa de que se generalizara el fuego nuevamente.

Una de las razones que alegaban los autores del cuartelazo para que el Sr. Madero renunciara, razón que era de esperar contagiara, como en efecto contagió, hasta a algunos miembros del gabinete, amigos en el fondo del antiguo régimen, eran los grandes perjuicios que estaban sufriendo la ciudad en sus edificios y el pueblo en sus intereses por la paralización del tráfico y de los negocios. Para poder apoyarse en esta consideración, desataron previamente en la forma más inicua y brutal, un espantoso bombardeo sobre todos los rumbos de la ciudad, destruyendo innumerables propiedades y segando la vida a multitud de mujeres, niños y pacíficos e inocentes ciudadanos que a larga distancia de la Ciudadela se entregaban a sus labores cotidianas.

Aquel procedimiento era bárbaro en extremo y con él creían hacer presión en el ánimo del Gobierno, exasperando a todas las clases sociales; pero el pueblo, indignado ante aquella iniquidad, no dejó de estar ni un momento del lado del

Gobierno y se propuso durante la crisis dar un ejemplo admirable de conducta correcta; pues que no obstante la completa falta de la policía, no se dio un solo caso de atropello a las personas o ataques a la propiedad, contribuyendo en parte a este resultado las gestiones del Distrito que desde el principio del bombardeo estuvo suministrando, por medio de cada Comisaría, considerables cantidades de pan y otros artículos de primera necesidad para atender a las clases menesterosas. La simple narración de los hechos inclina al ánimo más prevenido a creer que los responsables de todas las calamidades por las que atravesó la capital de la República, fueron causadas por los transgresores de la ley, no por los que la respetaron; por los rebeldes a un gobierno que el pueblo se había dado para que rigiera sus destinos; por los militares sin disciplina y sin honor que siguen extrañando todavía aquellos tiempos en que el sable y las charreteras daban al individuo una preeminencia social que el viejo dictador colocaba por encima de todos los derechos y prerrogativas del ciudadano; pero que hoy más que nunca esas charreteras y ese sable se han convertido, por la indignidad de quienes las usan, en símbolos de ignominia y de traición, ya que en su mayoría han sido incapaces de comprender la altísima misión que a los soldados les toca desempeñar en el seno de toda sociedad civilizada; pero que sin duda la sabrán desempeñar las nuevas legiones de ciudadanos que hoy han empuñado la bandera de la República, arrebatándosela a quienes quieren subyugar otra vez a nuestro pueblo infortunado para convertirlo en un rebaño de almas.

En el duelo entablado en la Ciudad de México por los defensores de la legalidad y los pretorianos de la Ciudadela, no dio el triunfo a los segundos, ni la superioridad militar que no la tenían, ni la fuerza del derecho, porque de él carecían en lo absoluto; el triunfo lo dio un golpe de mano, una traición; de la misma manera que lo da una puñalada por la espalda cuando menos se espera y que la recibimos del amigo íntimo en quien hemos puesto la salvaguarda de nuestras vidas y de nuestros intereses. ¡Y venir el panegirista de Huerta desde la Ciudad de México para sostener en las páginas de uno de los periódicos más serios y honorables de esta gran República, que Madero cayó porque así lo quiso el pueblo y no porque así lo quisieran sus asesinos!

Se equivoca deliberadamente este mismo señor cuando asienta que al saber el pueblo de la metrópoli el atentado de que había sido víctima el Sr. Madero, recorría jubiloso las calles de la Ciudad; pues solo al principio hubo semejantes demostraciones y se debieron exclusivamente a que el pueblo atribuyó los repiques de las campanas a que había triunfado el Gobierno obteniendo la rendición de la Ciudadela y nunca a que se hubiera cometido una traición en la persona de un Presidente a quien el pueblo le debía su libertad. Cuando el verdadero pueblo supo al fin la horrible verdad, era de verse a las masas de hombres y mujeres correr desalentadas por las calles, llorando de rabia y de dolor, impotentes para aliviar la desgraciada situación de su amado Presidente.

Se ha dicho con frecuencia que cuando fue hecho prisionero el Sr. Presidente, sacó su pistola e hizo fuego sobre sus aprehensores. Esa verdad es falsa, hasta dónde a mí personalmente me consta y lo averigüé directamente de algunos de los protagonistas, esos dramáticos momentos ocurrieron de esta manera:

Era la una y media de la tarde del día 18 de Febrero; el Sr. Presidente acababa de obtener una victoria moral sobre un grupo de senadores que había ido a manifestarle la conveniencia de que faltara a su deber, entregando las riendas del Gobierno a sus enemigos. En esos momentos se hallaba en un saloncito contiguo al gran Salón de Acuerdos de la Presidencia, acompañado de sus ministros Pino Suárez, Lascuráin, Hernández, Vázquez Tagle, Bonilla y Ernesto Madero. Estaban ausentes los ministros de la Peña y Gurza. Se hallaba también uno o dos de sus ayudantes de Estado Mayor y yo. Se trataba sobre la necesidad de aumentar la cantidad que se había destinado para proporcionar alimentos a la clase pobre mientras durase la lucha en la Capital, cuando intempestivamente penetró a la pequeña estancia el Gral. Jiménez Riveroll, haciéndose acompañar en seguida por el Sr. Presidente a un pasillo en donde le comunicó como cosa urgentísima y de parte de Huerta, que se acababa de recibir la noticia de que el Gral. Rivera, que se acercaba a la capital procedente de Oaxaca, venía rebelado y dispuesto a unirse a los alzados de la Ciudadela, y que para colocar al Presidente en un lugar enteramente seguro, y fuera de todo peligro, era necesario que en seguida lo acompañara para que fuera protegido debidamente. Simultáneamente a esta escena, observé que detrás del Gral. Riveroll comenzaba a penetrar al salón de acuerdos un pelotón compuesto poco más o menos de 25 soldados rasos bien armados.

Como un relámpago cruzó por mi mente la idea de que en esos momentos comenzaba a desarrollarse una escena de traición y sangre, y lancé este grito: ¡Señores, están penetrando soldados y vienen a aprehender al Sr. Madero! — Todos se levantaron instantáneamente a la vez que el Sr. Madero regresaba, viniendo a su lado Riveroll, quien daba muestras del mayor afán de convencer al Primer Magistrado de que debía acompañarlo, llegando hasta ponerle una de sus manos sobre las espaldas, como empujándolo insinuantemente.

Penetra el Sr. Madero al umbral del Salón de Acuerdos con paso acelerado, seguido de Riveroll, Marco Hernández —hermano del ministro Hernández—, de varios ayudantes de su Estado Mayor y de algunos de los que estábamos en el saloncito; se encuentra frente a frente de aquel pelotón de soldados, que ya empezaba a evacuar el Salón obedeciendo órdenes enérgicas de un fiel ayudante, y comprendiendo que Huerta le ha tendido una celada, se detiene y le dice todavía sonriendo a Riveroll que no lo acompañaría y que le diga a Huerta que pase a su presencia para que le imponga de los acontecimientos.

Se inicia entonces un diálogo rapidísimo, seguido de un violento forcejeo y comprendiendo el ejecutor de las órdenes de Huerta que su víctima está por escapársele, detiene a los soldados con voz estentórea: “¡Alto!; media vuelta a la derecha; ¡levanten armas!; ¡apunten!..., y antes de que pudiera dar a los soldados, cuyas armas estaban ya dirigidas hacia nosotros, la terrible orden de

hacer fuego, advierto yo en un bravo ayudante que se hallaba inmediatamente delante de mí, un vivo movimiento de su brazo derecho, veo brillar en sus manos el pavoneado cañón de una pistola, lo dirige instantáneamente en la dirección de la sien izquierda del Gral. Riveroll, se escucha una tremenda detonación y el infidente militar recibe su castigo desplomándose en tierra, con el cráneo atravesado por la certera bala de un leal.³³

No concluye allí la tragedia; los soldados, quizás por haber creído oír la orden de fuego o por haber adivinado la intención de su jefe, o por la simple inercia, dispararon también sus armas, haciendo retemblar con su múltiple detonación los cristales de las ventanas, agitando los cortinajes y llenando el ambiente de una nube espesa de humo, fuertemente saturado con el olor acre de la pólvora, y entonces el Salón que antes fuera el asiento de deliberaciones serenas y en el que el Presidente y sus ministros celebraban sus consejos sobre las graves cuestiones nacionales, se convirtió en teatro de una espantosa confusión: sobre un charco de sangre yacían juntos los cadáveres de Riveroll y Marcos Hernández y en el extremo opuesto, el del Mayor Izquierdo, segundo jefe del pelotón, que también encontró la muerte en manos de otro leal ayudante, y sobre aquella escena de horror se destacaba, como producto de milagrosas contingencias, la serena y nobel figura del Sr. Presidente, que con los brazos abiertos en Cruz, como un nuevo Cristo sobre la tempestad, avanzaba majestuosamente de cara al peligro, hacia los soldados, a quienes les decía: “¡Calma, muchachos, no tiren!”; hasta llegar a ellos y parapetarse tras de sus propios cuerpos.

De este modo, él pudo ganar la puerta que conducía a la antesala y dirigirse a los salones que dan frente a la Plaza de la Constitución, mientras los soldados, desconcertados por la muerte de sus jefes, se desbandaron, buscando como pudieron una salida.

El Sr. Madero no perdió tiempo, se asomó a uno de los balcones y arengó a las tropas rurales que rodeaban a Palacio, participándoles la asechanza de que estaba siendo víctima. Ellos le contestaron con entusiasmo delirante estar prontos para su defensa y que aguardaban sus órdenes.

Entretanto, todos sus ministros habían abandonado el lugar en que se encontraban, bajando al primer patio por la escalera de Honor y dirigiéndose a la Comandancia Militar, en busca de Huerta, imaginándose que no fuera de éste todo lo que ocurría. Yo bajé por la misma escalera, acompañado por el Vicepresidente, nos dirigimos con rapidez hasta la puerta central de Palacio, en busca del Gral. Blanquet, en cuya fidelidad en esos momentos nadie dudaba, para pedirle el auxilio necesario para la defensa del Sr. Presidente.

Al llegar a su presencia y con la sorpresa que es fácil imaginar, en lugar de cumplir con su deber ordenó nuestro arresto inmediato, desarmándonos y recluyéndonos en el garitón de la derecha de la puerta central mencionada,

³³ En su relato corregido, que presenta el autor en su libro publicado en 1936, asienta que este soldado fue Gustavo Garmendia, miembro del Estado Mayor presidencial (González Garza, *La Revolución mexicana*, p. 406).

poniéndonos incomunicados entre sí, con centinelas de vista, quienes recibieron órdenes estrictas.

El Sr. Madero, entretanto, junto con tres o cuatro de sus ayudantes y varios amigos de los más fieles, descendió por el elevador hasta el patio en busca de apoyo en algún cuerpo del Ejército que estuviera cercano, y encontrándose allí formada una parte del 29º. Batallón, que él siempre había reputado como de los más fieles y por haber llenado de consideraciones a su jefe Aureliano Blanquet, a quien había ascendido al grado de General de Brigada, por todo lo cual el mismo Presidente había dispuesto que este jefe se encargara de la custodia de Palacio; con entereza se adelantó hasta las filas, las que al reconocerle le presentaron respetuosamente las armas, y en vibrantes palabras les dijo: “Soldados: se quiere aprehender al Presidente de la República; pero Uds. sabrán defenderme; pues que si estoy aquí, es por la voluntad del pueblo mexicano”.

Al mismo tiempo, desde el centro de Palacio y seguido por varias Compañías de soldados del mismo Batallón, Blanquet se había desprendido a paso largo para venir al encuentro del Sr. Madero, y empuñando aquél en su mano un revólver, avanzó hacia él hasta colocarse a pocos pasos de su persona y le intimó la rendición en estos términos: “Señor Madero, es Ud. mi prisionero”; entonces el Presidente con ademán de indignación profunda y revistiéndose de toda la dignidad que su puesto y sus convicciones le imponían, le contestó con este apóstrofe: “¡Es Ud. un traidor!” Blanquet repitió: “Es Ud. mi prisionero”. El Presidente responde con más virilidad: “¡Es Ud. un traidor!”; pero viendo que ya toda resistencia era inútil, se dejó conducir en seguida hasta la Comandancia Militar, cuyas oficinas están situadas en el mismo patio de Palacio, y en una de las cuales fueron internados el Sr. Presidente y los ministros, con excepción del Sr. Bonilla que logró escaparse y del Sr. Pino Suárez que, como antes dije, estaba en otro lugar.

Nada hay más absurdo que sostener, como lo hace el comisionado de Huerta, que la renuncia del Sr. Madero como Presidente de la República fue espontánea y no obra de la fuerza y la violencia. Voy a referir a grandes rasgos en qué condiciones se hallaba el Sr. Madero al tiempo de renunciar.

A las 5 p.m. del mismo día 18, después de una escena dramática desarrollada entre Huerta y sus prisioneros, fueron puestos en completa libertad los ministros del Sr. Madero y a éste se le trasladó a las habitaciones del Intendente del Palacio bajo rigurosa incomunicación, mientras se decidía sobre su suerte.

Sin duda para cerciorarse por sí mismo de que el Vicepresidente también estaba bien preso, a esa misma hora se presentó Huerta en nuestra prisión. Su llegada la anunciaron sus acicates que resonaban en el pavimento de asfalto con la pesadez propia de una persona que va arrastrando los pies porque el alcohol que ha ingerido en su organismo ha privado a sus músculos de la energía suficiente para levantarlos. Llega al umbral de nuestra prisión; escudriña con la mirada todos los rincones, descubre a Pino Suárez de pie en el garitón del centinela que da para la gran Plaza de la Constitución, se informa que yo también estoy allí

en un separo adyacente, queda satisfecho y ya para alejarse, pronuncia con voz aguardientosa y bronca y poco inteligible, estas palabras que en sus labios y en aquellos momentos, resonaron en el fondo de nuestras conciencias como una blasfemia: “¡Viva la República!”

Como a las diez y media de la noche, se nos sacó de aquella prisión, así como al Gral. Felipe Ángeles, un pundonoroso y leal soldado que fue Director del Colegio Militar y que había sido aprehendido esa misma tarde. Grande fue nuestra sorpresa al advertir que nos llevaban al lado del Sr. Madero, con quien yo temía no poder volver a hablar jamás.

La misma sorpresa tuvimos al ver llegar al Sr. Gustavo Madero, hermano del Presidente, y al Gral. Delgado, en calidad de prisioneros. Apenas comenzábamos a comunicarnos recíprocamente nuestras impresiones y a considerar la gravedad de nuestra situación, cuando se presentaron varios soldados con orden de trasladar al hermano del Presidente, y a los Grales. Ángeles y Delgado a otros lugares.

Así lo verificaron, dejándonos nada más en aquel departamento al Sr. Presidente, al Sr. Vicepresidente y a mí, y no obstante la necesidad que había de examinar y discutir las probabilidades que hubiera en nuestro favor de que nuestras vidas no corrieran peligro, hablamos muy poco sobre el asunto y el Sr. Presidente determinó que nos acostáramos para descansar, lo que efectuamos en seguida, buscando cada uno el mueble que mejor pudiera hacer las veces de cama; pues en aquella estancia no había una sola.

En la puerta de nuestro aposento se hallaban instaladas dobles guardias, ejerciendo estricta vigilancia sobre nosotros. Rendidos por el cansancio causado por una lucha de 10 días, durante los cuales habíamos experimentado toda clase de fatigas y emociones, muy pronto un sueño reparador dio tregua a nuestros morales sufrimientos.

Mientras esto acontecía dentro de Palacio, Huerta y Félix Díaz se repartían el producto de su traición, de acuerdo con las cláusulas de un pacto que formularon en la Embajada Americana y que sellaron con un abrazo de alianza y franca amistad en el crimen.

Efectivamente, y mientras el Sr. Presidente quizás soñaba en un amanecer en que la justicia brillaría en todo su esplendor, su hermano Gustavo era conducido a la Ciudadela, en medio de la mofa y el escarnio de los esbirros, y asesinado por la espalda y acosado como un perro, al pie mismo de la estatua del gran Morelos, que un siglo antes había sacrificado su existencia en aras de nuestra emancipación y de nuestra libertad.

Nosotros pasamos la noche sin novedad, ignorantes de esta espantosa tragedia, y sólo advertimos que muy temprano se nos redobló la guardia que nos vigilaba, introduciéndose en nuestros cuartos varios centinelas que se colocaron en cada una de las puertas por las cuales se comunicaban los cuartos entre sí, de modo que no podíamos hacer ningún movimiento que no pudiese ser observado por dichos centinelas. El Sr. Presidente quiso hacer alguna observación; pero era

inútil y fue en estas condiciones que se presentó a las ocho de la mañana como comisionado de Huerta el Gral. Juvencio Robles para exigir a los Sres. Madero y Pino Suárez la inmediata renuncia de sus respectivos puestos de Presidente y Vicepresidente de la República.

Para tratar sobre este asunto, el Sr. Madero y dicho general pasaron a la pieza contigua, y fue tal el tono y la forma en que este último cumplió su comisión que equivalía plantear al Sr. Presidente este dilema:

Es Ud. un vencido; el Ejército, que todavía antier era el principal apoyo de Ud. y su Gobierno, lo ha abandonado; está Ud. rodeado por todas partes de enemigos y no hay tiempo ni manera de que alguien intente rescatarlo; su vida en estos instantes depende en lo absoluto de la voluntad de Huerta y Félix Díaz, habiendo sido ya reconocido el primero, de hecho, como jefe de ese Ejército. Ahora bien, vengo a participar a Uds. que, o renuncian a sus respectivas magistraturas, en cuyo caso tendrán la garantía de la vida, o de lo contrario quedarán expuestos a todas las consecuencias. –El Sr. Presidente, con aquel optimismo que jamás lo abandonó, creyó que de buena fe Huerta le mandaba hacer aquella proposición, puesto que habiéndosele reducido a la impotencia y despojado de toda probabilidad de volver a ganar lo perdido, a lo menos por el momento, no necesitaban sus enemigos arrebatarle también la vida, y bajo esa consideración se resolvió a investigar en qué condiciones, además de la renuncia, se le dejaría en libertad, y al efecto manifestó al comisionado que como el asunto se trataba de suma gravedad, deseaba que intervinieran en el arreglo altas personalidades diplomáticas para que así revistiese toda la solemnidad debida y para mejor garantía de su cumplimiento.

Los diplomáticos que propuso al principio fueron los Sres. ministros de Japón y Chile.

Luego que se retiró el Gral. Robles, el Sr. Presidente discutió con nosotros el asunto y al fin fijó sus ideas en el sentido de exigir a su vez a Huerta que la renuncia se haría bajo estas condiciones: 1ª Que se respetaría el orden constitucional de los Estados, debiendo permanecer en sus puestos los gobernadores existentes; 2ª No se molestaría a los amigos del Sr. Madero por motivos políticos; 3ª El mismo Sr. Madero, junto con su hermano Gustavo, el Lic. Pino Suárez y el Gral. Ángeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos esa misma noche del día 19 y en condiciones de completa seguridad, en un tren especial que los llevaría a Veracruz, para embarcarse en seguida al extranjero; y 4ª Los acompañarían en su viaje los ministros del Japón y Chile (más tarde se sustituyó el primero por el ministro de Cuba), quienes recibirían el pliego conteniendo la renuncia del Presidente y del Vicepresidente, a cambio de una carta en que Huerta debería aceptar todas estas proposiciones y ofreciera cumplirlas.

Poco tiempo después se presentó el Sr. Lascuráin, a quien el Presidente impuso de lo anterior, manifestándose el primero lleno de satisfacción al saber que al fin se había encontrado una forma decorosa de concluir el conflicto, retirándose en seguida para encargarse de arreglar lo conducente.

Llegó el mediodía y se nos dijo que la mesa estaba servida, y cuando empezábamos a comer, se presentó de nuevo el Sr. Lascuráin, pero ya no satisfecho como antes, y acompañado del Sr. Ernesto Madero y un cuñado de éste,³⁴ los tres con sus semblantes sombríos, y el último de ellos me llamó aparte con disimulo, para decirme que la noche anterior habían matado a Gustavo Madero en las circunstancias que antes indiqué. Disimulé mi emoción y entonces comprendí por qué los recién llegados traían en sus rostros las huellas de una honda pena; pero los Sres. Madero y Pino Suárez no se dieron cuenta de ello y todos procuramos ocultarles la terrible verdad.

El ministro Lascuráin manifestó piadosamente, con fingida satisfacción, que todo estaba arreglado: que Huerta aceptaba todas las proposiciones del Sr. Madero, en las que estaba inclusa la libertad de su hermano Gustavo, quien desde una noche antes había pasado a la eternidad. Sólo faltaba ahora formular la renuncia, lo que en calidad de borrador verificó en el acto el Sr. Madero, al mismo tiempo que con tranquilidad comía, escribiendo con lápiz en una hoja de papel que colocó al lado de su platillo. Concluida la operación, Pino Suárez manifestó con altivez no estar conforme con la razón que se daba como causa de las renunciaciones y pretendía que se hiciera constar que lo hacían obligados por la fuerza de las armas. Los intermediarios, que se daban cuenta exacta del verdadero e inminente peligro que estaban corriendo la vida de ambos magistrados, lo persuadieron con tacto de lo inconveniente que sería redactar ese documento en los términos en que lo deseaba Pino Suárez, y al fin se puso como causa la idea general que contiene esta frase: “Obligados por las circunstancias...”.

Los ministros presentes pasaron en limpio el borrador, y una vez examinado de nuevo y aprobado, salieron presurosos para ir a mostrarlo a Huerta, guardándose el borrador original el Sr. Lascuráin.

La diligencia empleada por este Señor en todo este asunto, se debía a que más que ninguno, estaba presenciando y sufriendo a toda hora la terrible presión de los enemigos, siendo él el verdadero intermediario entre ellos y el señor Madero, y tenía la convicción de que, si no obtenía la renuncia de éste en un término perentorio, le arrebatarían la vida al Presidente, como se la habían arrebatado ya a Gustavo Madero y a otras personas adictas a su administración. De allí que pronto regresara nuevamente para llevarse aquel anhelado documento, modificando así el propósito original del señor Madero. En cambio, trajo la novedad que, como prueba de la buena fe con que se quería conducir Huerta, comenzaba a cumplir una de las condiciones estipuladas, poniéndome a mí y a los cuñados de Pino Suárez, según orden que por escrito nos mostró el señor Lascuráin, en absoluta libertad.

Una o dos horas más tarde la Cámara de Diputados entraba en sesión en las condiciones más contrarias para la libre acción de sus miembros y no fue difícil

³⁴ En su relato corregido de 1936, González Garza señala que también se encontraba en esa reunión el ministro de Chile: Hevia Riquelme (González Garza, *La Revolución mexicana*, p. 411).

obligar al Sr. Lascuráin a presentarse en ella para dar cuenta con las renunciaciones. En las afueras del edificio, en lugares apropiados para que no fuese visible la maniobra, se habían apostado fuerzas competentes, por órdenes de Huerta, listas para obligar por la fuerza a los diputados a admitir de plano dichas renunciaciones y a declarar Presidente Provisional, por ministerio de la ley, al ministro de Relaciones. A obligar en seguida a éste, en su efímero itinerario de horas, a nombrar Ministro de Gobernación a Huerta, a renunciar *in continenti* la Presidencia para que ésta en definitiva fuera a recaer en la persona de Huerta, también por ministerio de la ley, obligando por último a la Cámara a hacer la declaración respectiva.

Todo esto ocurría entre 6 y media y 8 de la noche, entre tanto que los Sres. Madero y Pino Suárez, sin sospechar lo que allá pasaba, daban en su prisión sus últimas disposiciones, antes de que fueran conducidos a la estación del F. Carril, según estaba convenido, y creyendo que ya no sobrevendría ninguna otra complicación; pero habiendo llegado a su conocimiento a última hora que Lascuráin se había dirigido a la Cámara sin obtener previamente la carta en que Huerta aceptara las condiciones que antes habían enumerado, pretendió el Sr. Madero que su hermano Ernesto o cualquier otro amigo corriese a alcanzar a Lascuráin para que cuando menos no renunciara éste a su puesto de Presidente interino, ni nombrara a Huerta Ministro de Gobernación, que era una parte del plan que los enemigos tenían para que este militar llegara a hacerse cargo del Ejecutivo, hasta que todos estuvieran enteramente a salvo en las aguas del Golfo. Poco tiempo después regresó Ernesto Madero para informar a D. Francisco que ya no pudo hacer nada, que todo estaba consumado y que ya Huerta era Presidente de la República.

El Sr. Madero comprendió entonces que se le había tendido un nuevo lazo y comenzó a darse cuenta, en esta vez seriamente, de que sus enemigos eran implacables y a temer por su vida y por la de su compañero Pino Suárez. El Sr. Lascuráin no era el hombre a quien se pudiera exigir actos de suprema energía como los que era menester ejecutar para poder cumplir los deseos del Sr. Madero.

El Ministro de Relaciones sucumbió a la fuerza de las circunstancias, aunque es responsable en buena parte, como lo son varios de los miembros del gabinete del Sr. Madero, de haber contribuido a amontonarlas, todo por su falta de entusiasmo y de convicciones en favor de las libertades del pueblo.

Declarado Huerta Presidente de la República, éste no se preocupó más de las promesas hechas al Sr. Madero; antes bien nombró inmediatamente su gabinete, convocó a los ministros que había elegido de acuerdo con Félix Díaz, y allí se decidió la suerte de aquel hombre que habrán de admirar y bendecir las generaciones futuras.

Dos días después se consumó el gran crimen que llevó a las víctimas a la inmortalidad y a sus verdugos a la execración universal.

Si el Sr. Madero hubiera sospechado, siquiera por un momento, que lo que sus enemigos necesitaban era su vida, jamás habría renunciado a un puesto que la soberana voluntad del pueblo le había conferido; los que pudimos apreciar todo su temple de alma, sabemos que habría muerto heroicamente, con la dignidad de

un patricio, y defendiendo hasta el último momento la bandera de la legalidad y los derechos del pueblo mexicano.

Federico González Garza.
Ex gobernador del Distrito Federal,
bajo la Administración del Sr. Francisco I. Madero.
Nueva York, 4 de Julio de 1913.³⁵

CONSIDERACIÓN FINAL

La admiración, el cariño y la gratitud del autor del relato hacia Madero, no demeritan el valor testimonial del mismo, pues, aunque transido de tintes apologeticos, constituye, un documento de primera mano para acercarnos no sólo a los acontecimientos, sino a los detalles que los rodeaban. Por otro lado, esos detalles confirman que las narraciones de otros autores que no estuvieron tan cerca de los acontecimientos no caen en estereotipos —la ingenuidad de Madero, la perversidad de Huerta, la deslealtad de algunos de sus ministros, la injerencia de Lane Wilson, etc.— sino que más bien los reproducen tal como se vivieron. Es una suerte poder aproximarse a lo sucedido a través de un documento redactado en fecha tan cercana por quien fue, junto con Madero, uno de los desafortunados protagonistas.

ARCHIVOS

Archivo Histórico de la Arquidiócesis de México (AHAM).
Centro de Estudios de Historia de México Carso (CEHM).

PRENSA

El Imparcial, 23 de marzo de 1913.

REFERENCIAS

- Anónimo, *De cómo vino Huerta y cómo se fue. Apuntes para la historia de un régimen militar. Del cuartelazo a la disolución de las cámaras*, Ciudad de México, Librería General, 1914.
- Arenas Guzmán, Diego, *Radiografía del cuartelazo*, Ciudad de México, INEHRM, 1969.
- Flores, Óscar, *El gobierno de su majestad Alfonso XIII ante la Revolución mexicana*.

³⁵ Reseña histórica de Federico González Garza, en la que refuta el artículo de Emeterio de la Garza “Huerta’s spokesman tells problems that face Mexico”, Centro de Estudios de Historia de México Carso (CEHM), Archivo Federico González Garza 1889-1920 (fondo CMXV), legajo 2974, carpeta 30, documento 1.

- Oligarquía española y contrarrevolución en México, 1909-1920*, Monterrey, Senado de la República-Universidad de Monterrey, 2001.
- González Garza, Federico, *La Revolución mexicana. Mi contribución político-literaria*, Ciudad de México, A. Del Bosque Impresor, 1936.
- Guzmán, Martín Luis, *Muertes históricas. Febrero de 1913*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 2013.
- Márquez Sterling, Manuel, *Los últimos días del presidente Madero (mi gestión diplomática en México)*, La Habana, Imprenta El Siglo xx, 1917.
- Meyer, Michael C., *Huerta: un retrato político*, Ciudad de México, Domés, 1983.
- Prida, Ramón, *La culpa de Lane Wilson, embajador de los E.U.A., en la Tragedia Mexicana de 1913*, Ciudad de México, Ediciones Botas, 1962.
- Saborit, Antonio, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, Ciudad de México, Ediciones cal y arena, 2013.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana, vol. II: La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Revista de **Historia de América**

PRESENTACIÓN

Revista de Historia de América es una publicación de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, organismo especializado de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Fundada en 1938 por Silvio Zavala es una de las revistas especializadas más antiguas en el continente y una de las pocas que se propuso a través de un espacio de discusión académica generar un conocimiento de y sobre el continente como conjunto o sobre alguno de los países que lo integran. Retomando la idea original de su fundación, la revista es un espacio de construcción de una identidad regional y de redes académicas entre historiadores para fomentar el interés de la historia de América como objeto de estudio.

Durante los últimos 80 años ha sido dirigida por reconocidos académicos de distintas instituciones internacionales. Actualmente la nueva época en su versión digital y de acceso abierto, que inicia en octubre de 2017, se encuentra a cargo de la dirección de Alexandra Pita González (Universidad de Colima).

Se trata de una publicación cuatrimestral de carácter académico que busca contribuir en las tareas de investigación y de enseñanza de la Historia de América, a través de la publicación de contribuciones evaluadas por pares académicos nacionales y extranjeros en las siguientes secciones: artículos libres o temáticos, reseñas y documentos. Dado que es una publicación que depende de un organismo internacional puede publicarse en los cuatro idiomas oficiales: español, inglés, francés y portugués.

SECCIONES

ARTÍCULOS (LIBRES O TEMÁTICOS)

Trabajos que den cuenta de una investigación original, ya sean reflexiones teóricas, metodológicas, estudios de caso, síntesis de tesis de posgrado (preferentemente galardonadas con algún premio otorgado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia) y experiencias didácticas sobre la enseñanza de la Historia de América. Asimismo, puede tratarse de artículos temáticos que respondan a una convocatoria de la Revista para conformar dossiers coordinados por destacados especialistas.

Para el primer caso, se recibirán propuestas de manera permanente; si el dictamen es favorable, se indicará el número en el que aparecerá el artículo. En el segundo, deberá atenderse a las fechas de apertura, cierre y publicación que

señala la convocatoria del dossier temático.

RESEÑAS

Ensayos críticos realizados por expertos en el tema sobre alguna novedad bibliográfica de uno o más autores que sea significativa para el estudio de la historia de América o de alguno de sus países. Las obras deben haber sido publicadas en los últimos años y contar con ISBN. De forma excepcional se podrán considerar los comentarios de libros no actuales, clásicos, que sean significativos para el debate actual.

DOCUMENTOS

Reflexiones sobre documentación oral o escrita. En esta sección pueden contemplarse: notas necrológicas de destacados historiadores, reflexiones del uso de software en la investigación, entrevistas o cuestionarios aplicados a especialistas, debates temáticos, traducción de obras relevantes para la Historia de América y reportes de determinado acervo, colección o conjunto de fuentes históricas.

PROCESO DE EVALUACIÓN POR PARES

En atención a las buenas prácticas editoriales que la Revista de Historia de América promueve, los artículos que cumplan con los requisitos formales y de calidad serán evaluados por pares académicos externos a la institución editora. Se aplicará el sistema de evaluación “doble ciego” cumpliendo con el siguiente proceso:

ETAPA DE REVISIÓN

El equipo editorial de la revista dará acuse de recibido de los envíos en un máximo de 5 días.

Posteriormente, en un plazo de 6 días, enviará un pre dictamen en el cual se avala que el texto cumple con:

1. Requisitos formales que indican nuestras “Normas para autores” (revisar el documento “lista de verificación” en nuestra página web).
2. Originalidad del texto verificada por software antiplagio.
3. Pertinencia del texto de acuerdo con el enfoque y alcance de la revista.

Caso contrario, será devuelto al autor o autora y se podrá enviar de nuevo en un plazo no mayor a 7 días.

ETAPA DE EVALUACIÓN

Si el artículo cumple con los requisitos, se elaborará una versión doble ciego del artículo antes de enviarse a dictaminadores.

Luego, el trabajo será enviado a dos árbitros académicos quienes determinarán en forma anónima si es aceptado, rechazado o condicionado. En caso de discrepancia entre ambos resultados, se enviará el texto a un tercer dictaminador para el dictamen final.

Los resultados del dictamen serán inapelables y se comunicarán al autor en un plazo de tres a seis meses a partir de la fecha de envío.

Si el texto resulta Aceptado pasa a la etapa de edición y se solicitará al autor la “carta de cesión de derechos” (revisar documento en página web).

Si el texto resulta Condicionado se le indicará al autor los cambios a realizar, para los cuales dispone de un plazo de dos semanas para reenviar su texto. En caso de no cumplir este plazo se entiende que el autor retiró la contribución salvo que exista una comunicación de su parte para solicitar una ampliación de tiempo. El autor entregará la versión definitiva junto con un documento en el que se indiquen los cambios realizados.

ETAPA DE EDICIÓN

Recibida la versión definitiva por parte del autor, el equipo editorial verificará si se realizaron los cambios en caso de haber sido condicionado. Se extenderá una constancia de que el texto fue evaluado por pares indicando el número en el cual será publicado. Una vez aceptado el texto no se podrá modificar. La redacción de la revista se reserva el derecho de hacer la corrección de estilo y los cambios editoriales que considere pertinentes para uniformar la presencia editorial.

NORMAS PARA AUTORES

Los lineamientos generales para presentar contribuciones a la revista son los siguientes:

1. Toda contribución enviada debe ser producto de una investigación original e inédita. El envío de una colaboración a Revista de Historia de América compromete al autor a no someterla a consideración de otras publicaciones. El autor debe enviar una carta de originalidad firmada junto con su trabajo (revisar formato descargable en nuestra página web).
2. Las contribuciones deben presentarse en formato Word, impresión a espacio y medio, tipo de letra Arial, a 12 puntos, tamaño carta. Los títulos deben ser concisos, reflejar el contenido del aporte, no exceder las 15 palabras e incluir una versión en inglés.
3. Las fotografías, figuras, gráficas, cuadros y tablas deben tener calidad óptima y ser referenciados en el cuerpo del texto. Además, las imágenes

se enviarán por separado en formato PNG sin compresión y a color. Estas deben ser de dominio público o tener la respectiva autorización.

4. Los aportes podrán ser escritos en cualquiera de los cuatro idiomas oficiales del Instituto Panamericano de Geografía e Historia: español, inglés, francés y portugués. En el caso de artículos escritos en inglés, francés o portugués se evitará el corte de palabras.
5. Se debe eliminar del formato Word del documento los datos personales (en Windows: Archivo / Información / Inspeccionar documento / Propiedades del documento e información personal; y en Mac: Revisar / Proteger documento / Quitar información personal).
6. Se remitirá en un documento por separado: nombre completo, nacionalidad, adscripción institucional, último grado obtenido e institución, principales líneas de investigación, tres últimas publicaciones y ORCID (revisar formato en página electrónica).
7. Los **artículos** tendrán una extensión mínima de nueve mil palabras y máxima de quince mil, incluyendo notas, gráficas, tablas, citas y bibliografía.
8. Los **artículos** incluirán un resumen de trescientas palabras máximo, en el cual se exprese de forma ordenada:
 - a. los objetivos
 - b. originalidad del trabajo
 - c. hallazgos/conclusiones
 - d. las fuentes utilizadas
9. Los **artículos** incluirán de tres a seis palabras clave. Se aconseja el uso de expresiones y no solo palabras sueltas, en tanto que el objetivo de las palabras clave es facilitar la visibilidad del trabajo en repositorios y bases de datos.
10. Tanto los resúmenes como las palabras clave se presentarán en el idioma original y su traducción al idioma inglés. En el caso de trabajos en francés o portugués debe incluirse también una versión en español.
11. Las **reseñas** tendrán una extensión mínima de dos cuartillas y máxima de seis. La ficha bibliográfica del libro reseñado debe incluir autor, título, lugar de publicación, editorial, año, número de páginas e ISBN. Para la elaboración de la reseña se debe considerar al autor (formación y líneas de investigación), las ideas principales del libro, los métodos y fuentes usados, los principales resultados y su diálogo con otros trabajos del tema. En caso de ser una compilación u obra colectiva se comentará el planteamiento que estructuró las contribuciones y los aportes más importantes de cada capítulo, así como de la obra general. La antigüedad de la publicación de la obra será de máximo tres años.
12. Las contribuciones para la sección de **documentos** tendrán una extensión mínima de dos mil palabras y máxima de quince mil. Por el tipo de texto que se recibe en esta sección el autor puede solicitar una ampliación a la extensión máxima. En esta sección se contemplan:

- a) Reportes de determinado acervo, colección o conjunto de fuentes históricas y traducción de obras relevantes para la Historia de América. En estos casos el documento deberá contar con unas palabras introductorias donde se aclare el tipo de documento, sus características, el acervo donde se encuentra y el por qué para el autor o autora es importante para el estudio de América.
 - b) Avances de investigación y tesis defendidas. En el caso de difusión de tesis y avances de investigación se debe incluir una introducción con datos generales (institución donde se presentó la tesis, grado al que accedió, nombre del asesor/a, fecha de defensa, área o disciplina y enlace a página web) y una nota bibliográfica sobre el autor.
 - c) Notas necrológicas de destacados historiadores, reflexiones sobre el uso de software en la investigación, entrevistas o cuestionarios aplicados a especialistas y debates.
13. Todas las contribuciones se remitirán mediante la página electrónica de la revista: <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam/about/submissions>.

Nota importante: únicamente serán considerados para su posible publicación los artículos que cumplan en su totalidad con los lineamientos editoriales de la Revista de Historia de América.

CITAS Y LISTA DE REFERENCIAS

El estilo de citación para la revista se basa en el Manual de estilo Chicago, sistema notas-bibliografía. Es decir, las referencias en el cuerpo del texto se colocan en notas al pie de forma abreviada. Al final del trabajo, se incluye la lista de referencias utilizadas.

EJEMPLO DE NOTAS A PIE DE PÁGINA

- Libros: Klein, *A concise history of Bolivia*, p. 32.
 - Artículos y capítulos de libro: Zuleta, “Oleadas impetuosas y arenas movedizas”, pp. 167-209.
 - Periódicos: “Cuba independiente”, *La América Libre*, Ciudad de México, 8 de enero de 1874.
 - Referencias electrónicas: El Colegio de México, “Seminario de Historia Intelectual de América Latina siglos XIX y XX”, <http://shial.colmex.mx/>, [consultado el 20 de octubre de 2017].
 - Documentos de archivo: “Comisión Técnica del Puerto de Tampico”, México, 13 de febrero de 1915, AHP, fondo expropiación, caja 2012, exp. 54581, f. 1.
- * El material de archivo utilizado (documentos, panfletos, folletos, obras inéditas, documentos institucionales, etc.) solo será citado a pie de página.

La lista de los archivos consultados irá al final del texto y antes de la Lista de referencias.

LISTA DE REFERENCIAS

- Libros
Apellidos, nombre(s), *título en itálicas*, lugar de edición, editorial, año de edición.
- Artículos
Apellidos, nombre(s), título en letra normal entrecomillado, *nombre de la revista en itálicas*, volumen, número, año, páginas que comprende el artículo, DOI.
- Capítulos de libros
- Apellidos, nombre(s), título en letra normal entrecomillado, nombre del autor o autores de la obra colectiva, *título de la obra en itálicas*, lugar de edición, editorial, año de edición y páginas que comprende el capítulo.
- Páginas electrónicas
- Apellido(s) y nombre(s) del autor o de la entidad responsable, título en letra normal entrecomillado, título del portal, dirección electrónica y fecha de consulta entre corchetes.

POLÍTICA EDITORIAL

ENFOQUE Y ALCANCE

La *Revista de Historia de América* es una publicación de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, organismo especializado de la Organización de Estados Americanos (OEA). Desde su fundación en 1938 por el historiador Silvio Zavala se propone ser un espacio de discusión especializado en la Historia de América como objeto de estudio, por lo que los artículos publicados son de carácter científico, no especulativos ni de opinión. La revista se dirige a investigadores internacionales, consolidados o en formación, interesados en la difusión de la Historia de América a través de investigaciones rigurosas.

Las contribuciones pueden ser: artículos libres o temáticos (*Dossiers*), reseñas y documentos, escritos en español, francés, inglés y portugués. No tiene fines de lucro, y cuando se aplica algún cargo para la impresión bajo demanda, manejo y envío, el recurso ingresado al IPGH se usa específicamente para estos fines. Por esto, no recibe pagos de autores ni contrata a dictaminadores. Se publica de forma cuatrimestral en versión electrónica (ISSN-L: 2663-371X) e impresa (ISSN: 0034-8325).

FRECUENCIA DE PUBLICACIÓN

La *Revista de Historia de América* se publica de forma cuatrimestral las primeras semanas de enero, mayo y septiembre. Atendiendo a nuestra política de publicación continua consideramos los meses de febrero, junio y octubre para el cierre de envíos.

POLÍTICA DE ACCESO ABIERTO

La *Revista de Historia de América* provee acceso abierto inmediato a su contenido, bajo el principio de hacer accesibles los resultados de investigación a los especialistas y el público en general. El acceso abierto tiene el objetivo de fomentar un mayor intercambio de conocimiento a escala global. Los autores podrán efectuar el archivo de sus trabajos por iniciativa propia a través de repositorios institucionales, colectivos o temáticos sin ningún tipo de embargo.

SOBRE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

Con respecto a los Derechos de autor, la *Revista de Historia de América* es respetuosa de la legislación internacional y, por razones de representación institucional, se realiza conforme a las leyes mexicanas en la materia.

El envío de una propuesta para publicación por parte de los autores se interpreta como que comprenden y aceptan de conformidad los términos, principios y condiciones de la *Revista de Historia de América* expresados en

esta página, así como aquellos de uso común en la comunicación científica; en particular, con el envío de su trabajo los autores aceptan ceder el derecho patrimonial que corresponda para efectos de publicación electrónica e impresa de su trabajo en esta Revista, si bien en todo momento conservan su derecho moral como autores. Los autores son responsables de ostentar los derechos de aquellos elementos que incluyan como propios en sus artículos y conservarán los derechos de aquellas patentes, metodologías, imágenes y otros conceptos que se encuentren contenidos en su trabajo a publicar. En caso de que su trabajo sea rechazado, el autor conservará todos los derechos sobre su obra.

Los trabajos presentados por los autores deben ser inéditos y no encontrarse en proceso de aceptación por parte de otra publicación, congreso o cualquier otro medio de difusión científica. En el caso de los artículos, los trabajos presentados deben ser originales al trabajar con fuentes primarias (éditas o inéditas) que aporten al campo disciplinar.

La *Revista de Historia de América* se inscribe en el esquema de Libre Open Access y, en particular, en el de Creative Commons (CC) en la modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike / Atribución-NoComercial-CompartirIgual (CC BY-NC-SA), en conocimiento de que esta iniciativa no reemplaza a los derechos de autor, sino que reserva algunos de los derechos conforme al espíritu de libre acceso al conocimiento científico; esta licencia permite el derecho fundamental de redistribuir la obra con fines no comerciales y sin modificaciones.

Las diferentes fases del proceso de la *Revista de Historia de América* observan el código del Comité de Ética de Publicaciones (COPE), dirigido tanto a editores como a dictaminadores y autores.

CONDUCTAS INACEPTABLES POR PARTE DE LOS AUTORES

1. El plagio en todas sus formas.
2. Prácticas de publicación redundante: a) **Publicación múltiple o duplicada:** cuando un mismo texto se publica en distintas revistas; b) **Publicación fragmentada:** cuando los resultados del análisis de una investigación son presentados de manera complementaria en diferentes textos; c) *Publicación inflada:* cuando a un estudio ya publicado se le agregan datos nuevos sin modificación del objeto o conclusión de la investigación original.
3. Invención o alteración de datos y/o de sus fuentes.

DE LAS ACCIONES ANTE LAS CONDUCTAS INACEPTABLES

1. Para despejar cualquier sospecha de que un autor ha incurrido en conductas inaceptables como el plagio, la publicación redundante en todas sus formas, la invención o alteración de datos, se utilizarán todos los recursos disponibles, incluida la consulta sistemática de índices y bases de datos de publicaciones, el uso de programas (software) anti-plagio y, dado el caso, la comunicación directa con los editores de otras publicaciones académicas.

2. En el caso de detectar conductas inaceptables durante el proceso de recepción, evaluación, aceptación y/o edición de los materiales remitidos a la redacción de la revista, se seguirán los protocolos sugeridos por el Committee on Publication Ethics (COPE).
3. En caso de confirmarse que el autor de una contribución en proceso de evaluación o edición incurrió en conductas inaceptables, se retirará el texto del proceso y se enviará aviso a las partes involucradas y/o afectadas para que a su vez tomen las medidas que consideren pertinentes.
4. En caso de confirmarse que el autor de una contribución ya publicada en la revista incurrió en conductas inaceptables, se colocará una carta de aviso y retiro de la contribución en el lugar correspondiente a dicho artículo en la versión electrónica de la revista, a la vez que se publicará la carta en el número inmediato próximo de la versión impresa, para conocimiento de nuestros lectores y público en general.

DECLARACIÓN DE PRIVACIDAD

Los nombres, direcciones de correo electrónico y otros datos personales-profesionales publicados en esta revista y/o registrados en sus bases de datos, serán usados solo para los fines establecidos en la política editorial y no se harán disponibles a terceros para propósitos diferentes.

PUBLICACIÓN ADELANTADA

Revista de Historia de América adopta la modalidad de edición "Publicación adelantada" –"Ahead of print" en inglés– a partir del número 156 de enero-junio de 2019. Con el concepto "Publicación adelantada", el equipo editorial se refiere a la publicación en línea de un documento o un artículo arbitrado, con cuidado editorial y que no se modificará más, apareciendo en fecha previa a la integración del número completo de la Revista al que corresponde. De esta forma el autor y sus lectores pueden disponer de la información varias semanas o incluso meses antes de la publicación definitiva.

LEGAJOS BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

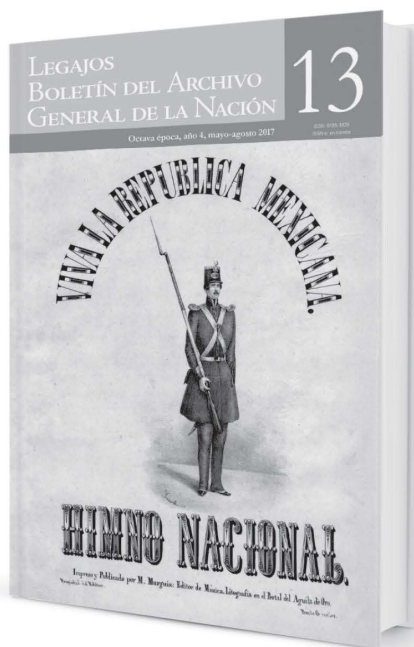
88 años difundiendo la historia

Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación es una publicación cuatrimestral especializada en historia y archivística, que tiene el propósito de difundir productos de investigación en ambas materias.

Los textos enviados a *Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación* son sometidos a un procedimiento de evaluación doble ciego que garantiza la calidad y pertinencia de contenidos.

La recepción de artículos y reseñas es permanente en la dirección de correo electrónico:

legajos.boletinagn@agn.gob.mx



www.gob.mx/agn

HISTORIA MEXICANA

VOL. LXXII OCTUBRE-DICIEMBRE 2023 NÚM. 2
290

Artículos

- IVÁN RIVERO HERNÁNDEZ *El oro y los "pesos de oro" en los inicios de Nueva España. Una propuesta de reinterpretación*
- CLAUDIA CEJA ANDRADE *Escandalosos, ebrios, malos y pendencieros. Militares, milicianos y guardas que deshonran su institución, ciudad de México (1822-1860)".*
- MADDALENA BURELLI *La influencia del contexto europeo posterior a 1848 en el pensamiento de José María Gutiérrez de Estrada*
- ANA ROMERO VALDERRAMA *Sangre revuelta, virtud y civilización: usos políticos de las ascendencias asociadas a Vicente Guerrero*
- JUAN MANUEL MENDOZA ARROYO y JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ AGUILAR *Rebeldes antiagrarristas en el distrito de Pátzcuaro. El caso de José María Guizar y Ladislao Molina*
- ALEJANDRO PONCE HERNÁNDEZ *Atentados dignos de los negros días de la dictadura. Violencia policiaca y resistencia en la ciudad de México durante la década de 1920*
- IVÁN RAMÍREZ DE GARAY *El sismo de 1985 y la deuda externa. Economía política y moral de un desastre*

Semblanza

- ERIKA PANI *Enrique Florescano: historiador de lo moderno, historiador moderno*
- JUAN ORTIZ *Enrique Florescano: el veracruzano*

Historia Mexicana • Periodicidad: trimestral (4 números) • Instituciones e individuos

País		Ejemplar*
México	300 pesos	75 pesos
Otros países*	100 dls.	30 dls.

*Vigente o atrasado

**Debe sumar al costo de su suscripción, 20 dólares por gasto de envío.

El Colegio de México, A. C. Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,
Col. Ampliación Fuentes del Pedregal, C. P. 14110, Tlalpan, Ciudad de México.
Para mayores informes: 5449-3000, exts. 3090, 3138, 3278 y 3295.
Correo electrónico: histomex@colmex.mx

ARCHIPIÉLAGO

Revista Cultural de Nuestra América



De venta en las tiendas Sanborns,
librerías de la UNAM, UAM,
Fondo de Cultura Económica,
EDUCAL, Gandhi, El Péndulo y Casa Lamm

Número 121 / julio - septiembre 2023

La organización de la vida y el trabajo en el mundo

Entre lawfares te veas

Fernando Ortiz: estudios antropológicos en defensa de la cubanía

Aspectos críticos de la universidad republicana uruguaya

Chile 11 de septiembre 1973

La invasión norteamericana a Panamá

Hostos: la biografía interminable

Homenaje a Francesca Gargallo

Y ahora... la inteligencia artificial

El planeta de los simios (1968)

Cien años de teatro y de público en el Perú

Tres grandes obras de la historia de la música en Cuenca

Una mirada al modelo cubano de bienestar

Presencia africana en Guerrero

La administración securitaria de las poblaciones migrantes

Tláloc y el culto a la lluvia en la cuenca del Río Atlitlic

Antoni Tàpies: el arte como sustancia sagrada

Suscríbete por un año (cuatro ediciones)
México: \$320.00 / Centroamérica: 40.00 US DLS
Caribe y América del Norte: 55.00 US DLS
Sudamérica y Europa 70.00 DLS

ARCHIPIÉLAGO A.C. Torre II de Humanidades, Piso 1, Cubículo 9,
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
Tel. 55 3469 8860 / 5622 1904 / email: elaleph@archipelago.com.mx
Cuenta Banco Scotiabank Núm: 00103333725
Transferencia electrónica: Clabe 044180001033337256

CUADERNOS AMERICANOS

184

NUEVA ÉPOCA

Abril-Junio de 2023

OCHO DÉCADAS DE *CUADERNOS AMERICANOS*

Estela MORALES CAMPOS. *Cuadernos Americanos*: larga vida a un esfuerzo colectivo con grandes liderazgos

Rafael ROJAS. La Doctrina de México, *Cuadernos Americanos* y la Guerra Fría

DOSSIER

AMÉRICA LATINA, EL IMPERIO OTOMANO Y LA TURQUÍA MODERNA

Hernán G.H. TABOADA. Presentación

Felipe Amalio COBOS ALFARO. La embajada a la corte otomana y la misión a Tierra Santa durante el Segundo Imperio mexicano

Merve USTA. Relaciones Turquía-México en el periodo de Mustafa Kemal Atatürk y de Plutarco Elías Calles

Andrés ORGAZ MARTÍNEZ. México, Turquía y John Dewey: un pedagogo frente al “mundo revolucionario”

Yolotl VALADEZ BETANCOURT. El movimiento Hizmet en América Latina

Hernán G.H. TABOADA. La imagen de Turquía en la América criolla, 1770-1930

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

David R. MACIEL y María Rosa GARCÍA-ACEVEDO. Los “dos Méxicos” y el muralismo transfronterizo

Víctor Manuel RAMOS. Guillermo Toriello, canciller de la dignidad

IN MEMORIAM

Enrique Florescano (1937-2023)
Pablo González Casanova (1922-2023)

Cuadernos Americanos

Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina
Solicitud de suscripción / Subscription order

Adjunto giro bancario núm. / Enclosed money order n°. _____

Por la cantidad de / Amount: \$ _____

A nombre de *Cuadernos Americanos*, importe de mi / made out to *Cuadernos Americanos* for my
Suscripción / Subscription Renovación / Renewal

Nombre / Name: _____

Dirección / Address _____

Ciudad / City _____ Código Postal / Zip Code _____

País / Country _____ Estado / State _____

Precio por año (4 números) / Price per year (4 numbers)

México \$500

Otros países / Other countries \$290 USA dls (tarifa única)

Redacción y Administración: 1er. piso, Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México,
tel.: (52 55) 5622-1902; fax: 5616-2515, e-mail: <cuadamer@unam.mx>.

Preparación y cuidado editorial:
Centro Universitario de Investigaciones Sociales
de la Universidad de Colima.

Diagramación:
Instituto Panamericano de Geografía e Historia
en su Departamento de Comunicación Social,
Ex Arzobispado núm. 29, Col. Observatorio
11860, Ciudad de México, México
Tels.: 5277-5791 / 5277-5888 / 5515-1910
publicaciones@ipgh.org

2023

**ESTADOS MIEMBROS
DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E
HISTORIA**

Argentina

Belice

Bolivia

Brasil

Chile

Colombia

Costa Rica

Ecuador

El Salvador

**Estados Unidos
de América**

Guatemala

Haití

Honduras

México

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Perú

**República
Dominicana**

Uruguay

Venezuela

EL IPGH, SUS FUNCIONES Y SU ORGANIZACIÓN

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) fue fundado el 7 de febrero 1928 por resolución aprobada en la Sexta Conferencia Internacional Americana que se llevó a efecto en La Habana, Cuba. En 1930, el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos construyó para el uso del IPGH, el edificio de la calle Ex Arzobispado 29, Tacubaya, en la Ciudad de México.

En 1949, se firmó un convenio entre el Instituto y el Consejo de la Organización de los Estados Americanos y se constituyó en el primer organismo especializado de ella.

El Estatuto Orgánico del IPGH cita en su Capítulo II, artículo 2, su Misión:

1. Fomentar, coordinar y difundir los estudios pertenecientes a sus áreas de interés, las cuales son Cartografía, Geografía, Historia, Geofísica y las ciencias afines en beneficio de América;
2. Apoyar la iniciativa, innovación y generación de conocimiento en sus áreas de interés, a través de estudios, capacitaciones y trabajos de sus Comisiones;
3. Promover la cooperación interdisciplinaria entre los institutos de América y organizaciones internacionales afines.

Solamente los Estados Americanos pueden ser miembros del IPGH. Existe también la categoría de Observador Permanente, actualmente se encuentran bajo esta condición: España, Francia, Israel, Jamaica y República de Corea.

El IPGH se compone de los siguientes órganos panamericanos:

1. Asamblea General;
2. Autoridades;
3. Secretaría General; y
4. Comisiones.

Además, cada Estado Miembro designa y crea oficialmente una Sección Nacional, órgano establecido para el cumplimiento de la misión, visión y estrategia científica del IPGH en el ámbito nacional, contando para ello con el apoyo financiero de su gobierno.

